

GR 1 SENDERO HISTÓRICO

Trayecto palentino:

**El Parque Natural de Fuentes Carrionas
y Fuente Cobre-Montaña Palentina**

GR 1 SENDERO HISTÓRICO

Trayecto palentino:

**El Parque Natural de Fuentes Carrionas
y Fuente Cobre-Montaña Palentina**

LUIS FRECHILLA GARCÍA



© 2012, de esta edición:
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
CONSEJERÍA DE FOMENTO Y MEDIO AMBIENTE

Coordinación: Servicio de Espacios Naturales
(Pilar Cabrera)

© Texto: Luis Frechilla
© Textos sobre geología: Miguel Gutiérrez
© Fotos y dibujos: Luis Frechilla, excepto páginas 59,
250,251,252 (Abel Fernández), 249 (Fernando Cuevas/CIM) y
259-arriba (Ayuntamiento de Velilla del Río Carrión)
© Mapas: Yolanda Colubi
Maquetación: Presen Ordíñez

Edición realizada por:
DABOECIA Arte y Naturaleza S.L.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción,
almacenaje o transmisión total o parcial de esta publicación
mediante el uso de sistemas electrónicos, mecánicos, ópticos, por
fotocopia o cualquier otro, sin el consentimiento explícito de los
titulares del copyright.





En la era del urbanismo, la tecnología y el dinero, no debemos subestimar el incalculable valor intangible y emocional que una naturaleza viva, salvaje y funcional posee para el ser humano.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se basa, sobre todo, en el trabajo de campo realizado a lo largo de más de dos años de continuas visitas a la Montaña Palentina. Durante una primera fase, la exploración del territorio abarcado en el libro, básicamente el comprendido en el ámbito del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, se realizó de forma anónima e intimista, recorriendo cada valle con atención, dedicando tiempo a interpretar las luces de la montaña, escuchando el ritmo de la naturaleza y observando la interacción continua entre los habitantes de la zona y el medio que les rodea. En cambio, la segunda fase del trabajo se planteó de una forma radicalmente distinta, buscando el contacto espontáneo con la población y dedicando largas horas a la conversación con los paisanos. Debo decir que esta parte del trabajo ha resultado especialmente gratificante, en primer lugar por la predisposición mostrada por la gran mayoría de las personas con las que he tenido la fortuna de coincidir y, en segundo lugar, por la interesante información que muchas de ellas han sabido transmitir, posiblemente de modo involuntario, pero ciertamente acertado y útil.

Algunos de esos contactos quedarán para siempre en el anonimato, pero me gustaría agradecer en primera persona la colaboración de otros tantos que me abrieron las puertas de sus pueblos y, en ocasiones, incluso de sus propias casas: la señora Petra de Valberzoso, Uvaldo de Salcedillo, Pedro Olea y Luis Ángel de

Villabellaco, María del Carmen de Herrerueta de Castillería, Julio Ramos de Arbejal, Jerónimo Castillo de San Martín de los Herreros, Conrado Cuesta y Pedro Ramos de Triollo, Eufrasio y Máximo de Camporredondo de Alba...

Adicionalmente, he contado con la colaboración de Miguel Gutiérrez, geólogo de la Universidad de Oviedo, al que agradezco enormemente que se haya ocupado de los apartados relacionados con su especialidad. Nuestra idea ha sido hacer una introducción a la geología de la Montaña Palentina que resultara amena y didáctica al tiempo que bien documentada, tratando de transmitir al lector la enriquecedora visión de la zona que se desprende de la interpretación de "sus rocas". Del mismo modo, quiero reflejar mi profunda gratitud hacia Mariluz González, historiadora de León, que, una vez más, ha estado ahí para resolver mis dudas sobre temas diversos relacionados con aspectos muy variados del pasado de los pueblos del norte palentino. Fruto de su mediación ha sido también la ayuda del profesor de Paleografía Santiago Domínguez, del Departamento de Patrimonio Artístico y Documental de la Universidad de León, para la correcta interpretación de una inscripción existente en el presbiterio de la iglesia de Valberzoso.

En resumen, fruto de la información recibida gracias al contacto con estas personas, de la revisión de la bibliografía existente sobre la zona y de las propias experiencias vividas, es esta publicación, que pretende ser no solo una guía del sendero GR 1 a su paso por el norte palentino, sino también un libro de compañía que anime al lector a recorrer esta ruta con los cinco sentidos a flor de piel, prestando atención al entorno, a su riqueza paisajística, sus valores naturales y humanos, y su larga historia. Un libro que le ayude a descubrir e interpretar toda la belleza que esconde este mágico sector de la cordillera Cantábrica que denominamos Montaña Palentina.



ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN.....	13
INTRODUCCIÓN.....	15
LA MONTAÑA PALENTINA.....	21
<i>El Parque Natural de Fuentes Carrionas</i>	
<i>y Fuente Cobre-Montaña Palentina.....</i>	<i>31</i>
+Características geológicas de la Montaña Palentina.....	34
+El clima.....	40
+El paisaje vegetal.....	43
-Los bosques.....	48
<i>Bosques de singular interés de la Montaña Palentina....</i>	<i>51</i>
+La fauna.....	54
<i>El oso pardo.....</i>	<i>55</i>
-Otros mamíferos.....	56
-Aves de la Montaña Palentina.....	60
-Anfibios y reptiles.....	66
-Peces del curso alto del Pisuerga y el Carrión.....	70
-Apuntes sobre la fauna invertebrada.....	72
<i>El discurrir de las estaciones en la Montaña Palentina....</i>	<i>76</i>
+El hombre en la Montaña Palentina.....	84
-Cántabros y romanos.....	84

-La invasión árabe y la repoblación de la montaña.....	86
<i>El románico en las iglesias del Parque Natural.....</i>	88
-Una vida ligada al ganado y al trabajo de la tierra.....	90
-Las propiedades comunales.....	92
-La trashumancia.....	94
<i>Arquitectura tradicional de la Montaña Palentina.....</i>	96
-La historia reciente: la minería del carbón en la Montaña Palentina.....	100

**EL GR 1 A TRAVÉS DEL
PARQUE NATURAL DE FUENTES CARRIONAS Y
FUENTE COBRE-MONTAÑA PALENTINA.....102**

1. PRIMERA ETAPA: POR TIERRAS DE LA BRAÑA

De Mata de Hoz a Brañosera.....	105
-Mata de Hoz-Brañosera.....	105
<i>Valberzoso y su iglesia románica.....</i>	109
<i>Salcedillo.....</i>	112
-Brañosera.....	114
<i>La mojonera del Sel de la Fuente.....</i>	118

2. SEGUNDA ETAPA: LA CASTILLERÍA

De Brañosera a Estalaya.....	121
-Brañosera-Barruelo de Santullán.....	121
-Barruelo de Santullán.....	124
-Barruelo-Herreruela de Castillería.....	127
<i>La vieja industria de las piedras de molino.....</i>	135
-Herreruela de Castillería.....	136
-Herreruela-San Felices.....	139
-San Felices de Castillería.....	141
-San Felices-Estalaya.....	144
-Estalaya.....	146
<i>El bosque fósil de Verdeña.....</i>	148

3. TERCERA ETAPA: EL VALLE DEL PISUERGA

De Estalaya a Cervera de Pisuerga.....	151
-Estalaya-Vañes.....	151
<i>El Roblón de Estalaya.....</i>	152
-Vañes.....	155
-Vañes-Arbejal.....	156
<i>El embalse de Requejada.....</i>	158
<i>Variante para bicicleta de montaña entre Vañes y Arbejal por el alto de Las Matas.....</i>	162
-Arbejal.....	164
-Arbejal-Cervera de Pisuerga.....	167
-Cervera de Pisuerga.....	169

4. CUARTA ETAPA: EL VALLE ESTRECHO

De Cervera de Pisuerga a Triollo.....	175
-Cervera de Pisuerga-Ruesga.....	175
-Ruesga.....	176
-Ruesga-Ventanilla.....	179
<i>El embalse de Ruesga.....</i>	182
-Ventanilla.....	183
-Ventanilla-San Martín de los Herreros.....	185
<i>El gigante del Valle Estrecho.....</i>	188
-San Martín de los Herreros.....	190
-San Martín de los Herreros-Rebanal de las Llantas.....	192
<i>La Fuente Deshondonada.....</i>	194
-Rebanal de las Llantas.....	196
-Rebanal de las Llantas-La Lastra.....	198
-La Lastra.....	203
<i>Curavacas y Espigüete,</i>	
<i>cumbres emblemáticas de Fuentes Carrionas.....</i>	206
-La Lastra-Triollo.....	208
-Triollo.....	210

5. QUINTA ETAPA: EL ALTO CARRIÓN

De Triollo a Camporredondo de Alba.....	215
-Triollo-Camporredondo.....	215
<i>El despoblado de Miranda.....</i>	217
<i>Los embalses del Alto Carrión.....</i>	220
-Camporredondo de Alba.....	223

6. SEXTA ETAPA: LOS COLLADOS DEL ESPIGÜETE

Subida al paso de la Cruz Armada.....	229
-Camporredondo-collado de la Cruz Armada.....	229
<i>La continuidad del sendero GR 1</i>	
<i>en la provincia de León.....</i>	236

ANEXOS.....239

Anexo 1. Perfiles y características de las etapas.....	241
Anexo 2. Instalaciones de uso público.....	245
<i>Casa del Parque Natural de Fuentes Carrionas</i>	
<i>y Fuente Cobre-Montaña Palentina.....</i>	245
<i>Casa del Oso.....</i>	247
Anexo 3. Museos y visitas.....	249
Anexo 4. Senderos de uso público.....	253

GLOSARIO.....	261
---------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	265
-------------------	-----



PRESENTACIÓN

Seis años después de la inauguración de esta colección sobre rutas y senderos, precisamente con un título dedicado al "Sendero Histórico" pero en su trayecto por la provincia de León, volvemos a retomar el curso del GR 1, en esta ocasión para caminar de su mano por la Montaña Palentina.

Tomando el relevo de la ruta en el límite con la comarca cántabra de Campoo-Los Valles, y con la mirada puesta en su enlace con la provincia de León a través del collado de la Cruz Armada, este Sendero de Gran Recorrido surca de este a oeste el tercio norte palentino, atravesando paisajes espectaculares y engranando pueblos de larga historia, que destacan por su arquitectura montañesa de piedra gris, amarilla y roja pero, sobre todo, por sus iglesias y ermitas, en las que se conservan magníficas muestras de la arquitectura y el arte religioso románico. El itinerario discurre casi íntegramente por el interior del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, en cuyo ámbito se localizan las más altas cumbres de la cordillera Cantábrica -excepción hecha, claro está, del macizo central de los Picos de Europa- pero también amplios valles de fértiles vegas y extensos bosques de robles y hayas. Motivo, a partes iguales, de orgullo y responsabilidad, este espacio protegido es una de las joyas de Castilla y León, y uno de los últimos grandes baluartes de naturaleza salvaje de nuestra Comunidad (y, por extensión, de toda la península Ibérica). Testigo de ello es la presencia del oso pardo, una de las

especies más fascinantes y amenazadas de la fauna ibérica, convertida en símbolo indiscutible del Parque Natural. Aunque su población en la zona sigue siendo reducida y vulnerable, los esfuerzos realizados en las últimas décadas para su protección están surtiendo efecto y empezamos a ver signos de recuperación que van disipando las negras expectativas de futuro que se cernían sobre este importante núcleo osero, exiguo en efectivos pero crucial para garantizar la viabilidad genética y la conservación del oso pardo en el conjunto de su feudo cantábrico.

Siendo la naturaleza protagonista absoluta de esta porción de nuestra geografía, creo sinceramente que no existe mejor forma de descubrirla y conocerla que recorrerla a pie o en bicicleta de montaña, experimentando cada una de sus facetas: sus bellos paisajes, sus pueblos apacibles, sus fantásticos monumentos,... Y qué mejor opción que seguir un itinerario que la cruza de lado a lado, visitando cada una de sus comarcas y un buen número de sus pueblos. Desde el histórico solar de La Braña, que presume con razón de ser el más antiguo municipio de España, hasta las altas soledades de Fuentes Carrionas, coronadas por las formidables murallas pétreas del negro Curavacas y del blanco Espigüete, pasando por los acogedores y frondosos valles de la Castillería, en la cuenca alta del Pisuerga, el GR 1 depara un recorrido tan variado como lo es el territorio de la Montaña Palentina, y tan cálido como lo son sus gentes. Animo desde aquí al viajero ávido de nuevas experiencias a no dejar pasar la ocasión de entablar conversación con los ancianos de los pueblos que visite, pues estoy seguro de que le recibirán con los brazos abiertos y con gran entusiasmo le abrirán los ojos a un entorno que solo puede transmitir con igual sencillez quien está acostumbrado a vivir de lo que le da esta tierra, no sin sufrimiento pero también disfrutando de un entorno espiritualmente incomparable.

Por último, quiero terminar estas líneas haciendo una breve reflexión acerca de la enorme contribución en términos de arte, historia y naturaleza que supone el tramo palentino para el conjunto del sendero GR 1, una ruta que nació con ánimo de mostrar al senderista el legado histórico de los viejos caminos y las villas de antaño, pero que, con el tiempo, ha visto enriquecido su trazado con el excepcional entorno natural por el que discurre en tramos como el que nos ocupa del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina.

JUAN VICENTE HERRERA CAMPO
Presidente de la Junta de Castilla y León



INTRODUCCIÓN

A lo largo de los últimos años, y de forma paralela al proceso, todavía inacabado, de creación y consolidación de la Red de Espacios Naturales autonómica (REN en sus siglas abreviadas), la Consejería de Fomento y Medio Ambiente de la Junta de Castilla y León ha venido promoviendo y ejecutando proyectos para la señalización de sendas de uso público en espacios protegidos de toda la geografía regional. El fin último de estas actuaciones, comprendidas en el marco del Plan Forestal y del Programa Parques Naturales de Castilla y León, es dotar a cada espacio natural de una red coherente y bien planificada de senderos autoguiados. Con ello se pretende, por un lado, satisfacer la creciente demanda social de actividades al aire libre y fomentar el contacto con la naturaleza, y por otro, dar cumplimiento a uno de los objetivos fundamentales que subyacen a la declaración de estos espacios, como es el de facilitar su uso, disfrute y conocimiento por la población de forma compatible con la preservación de sus valores naturales y propiciando, al mismo tiempo, oportunidades de progreso a las comarcas rurales en las que se integran.

En el momento actual, muchas de las sendas ya señalizadas son itinerarios cortos, pensados para hacer en excursiones de un día de duración y dirigidas a un público amplio y diverso, en el que se tienen en cuenta, cada vez más, sectores minoritarios como el de las personas discapacitadas. Estas rutas ofrecen la posibilidad de recorrer o contemplar, de una forma cómoda, razonablemente segura y



bien informada, lugares emblemáticos y representativos de cada espacio natural, ofreciendo, en su conjunto, una visión coherente y atractiva de sus valores paisajísticos, biológicos, geológicos, históricos y etnográficos.

Pero también se han marcado varios trazados de largo recorrido que atraviesan y conectan espacios protegidos, a veces separados por grandes distancias, en un intento de unificar la oferta e invitar al amante de la naturaleza y al senderista a descubrir de una forma global toda la riqueza y diversidad del solar castellano y leonés. La filosofía de estos senderos de Gran Recorrido (GR), pensados para hacer de forma lineal y en varias etapas, es promover un contacto con el medio más íntimo y dilatado en el tiempo, favoreciendo un conocimiento más profundo y ofreciendo una percepción más completa de la realidad natural, cultural e histórico-artística de las zonas por las que discurren. Este es el caso del sendero GR 1 que, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, atraviesa de este a oeste espacios tan variados como el Parque Natural de Montes Obarenes-San Zadornil en Burgos, el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina en Palencia, y el Parque Regional de Picos de Europa en la provincia de León, proporcionando una oportunidad única de experimentar cómo van cambiando la orografía, las condiciones ambientales y el poblamiento humano de un lado a otro de la Comunidad. A menor esca-

la, este sendero permite recorrer cada uno de estos Parques cruzando sus distintas comarcas, mostrando su diversidad en cuanto a paisaje, vegetación y fauna, y reportando al senderista una gratificante visión de conjunto del espacio natural.




En el caso concreto del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, y en consonancia con lo dicho anteriormente, el trazado del GR 1 ha sido cuidadosamente planificado para resultar, al mismo tiempo, atractivo para el senderista y escrupulosamente respetuoso con el entorno (especialmente con su flora y fauna amenazada). A lo largo de más de 85 km de recorrido (ver anexo 1), cruza todo el Parque, atravesando la boscosa comarca de La Braña y el pintoresco valle de la Castillería, acompa-

Señalización del GR 1 en la Montaña Palentina y otros senderos

Todo el trazado del GR 1 está señalizado con las marcas horizontales rojas y blancas que identifican internacionalmente los senderos de gran recorrido (GR). Este tipo de balizas se encuentran regularmente dispuestas a orillas del camino, así como en todas las intersecciones y nudos, donde resultan especialmente importantes para confirmar la continuidad y la dirección correcta del sendero. En algunos puntos del itinerario, pueden aparecer marcas del mismo tipo pero de distintos colores, indicando tramos en los que el GR coincide o se separa de otras sendas de pequeño recorrido (PR), balizadas con marcas amarillas y blancas, o senderos locales (SL), señalizados con rayas verdes y blancas. Estos dos últimos se diferencian de los senderos de gran recorrido, fundamentalmente, por su longitud y grado de dificultad, que permite hacerlos en una sola jornada e incluso, en el caso de los Senderos Locales, en un sencillo paseo de apenas unas horas de duración.

Adicionalmente, en una parte importante del recorrido entre Cervera de Pisuerga y Camporredondo de Alba, el GR 1 se superpone a una ruta especialmente diseñada para bicicletas que forma parte de las denominadas "Rutas turísticas de bicicleta de montaña por los valles mineros de Castilla y León". La señalización de esta ruta se basa en otro tipo de marcas, formadas por un triángulo y dos círculos de color rojo, con significado similar al de las balizas de senderismo. Es importante tener en cuenta estas "señales de bicicleta" puesto que en algunos cruces pueden dar indicaciones opuestas a las que emanan de la señalización senderista.

Por otro lado, junto a las balizas que jalonan todo el itinerario, el GR 1 cuenta con otro tipo de señales de apoyo, como son las direccionales (que indican dirección, distancia y tiempo a los siguientes hitos del trazado), las señales de inicio (que están dispuestas en los principales puntos de acceso al recorrido y describen de una forma concisa el camino) y los carteles interpretativos, que proporcionan interesante información sobre aspectos naturales, culturales e históricos del ámbito de influencia del sendero.

 Sendero de Gran Recorrido (GR)  Sendero de Pequeño Recorrido (PR)  Sendero Local (SL)



Dirección correcta en ruta de bicicleta



Mala dirección en ruta de bicicleta



Orígenes e historia del Sendero Histórico GR 1

La historia particular del GR 1 se remonta prácticamente a los inicios del senderismo en España. Fue creado en la década de 1980 cuando los senderistas catalanes se propusieron marcar una senda que recorriera el piedemonte pirenaico, sin ansias montaÑeras, sino más bien turísticas. Para ello se estableció un punto de partida al este de los Pirineos y a orillas del Mediterráneo: Ampurias, antigua villa romana situada en la provincia de Gerona, y se fueron buscando y recuperando las viejas calzadas, las cañadas del ganado, los senderos que unían los pueblos... en definitiva caminos cargados de tradición que unían localidades llenas de significado histórico a través de paisajes cambiantes, fiel reflejo de la riqueza natural del norte ibérico. Con el tiempo, el sendero señalado cruzó la muga de Aragón y alcanzó tierras navarras, donde fue bautizado como Sendero Histórico a tenor de la riqueza histórico-artística que jalonaba su trazado. Paralelamente, se fijó el ambicioso objetivo de llevar el GR 1 nada más y nada menos que a Finisterre, en el extremo más occidental de la provincia gallega de La Coruña, a orillas del Océano Atlántico. Quedó configurado así lo esencial de un trazado que atraviesa Cataluña, Aragón, Navarra, el País Vasco, La Rioja, Castilla y León, Cantabria, Asturias y Galicia, evitando en la medida de lo posible el asfalto y huyendo de las grandes ciudades.



Trazado del GR 1 por la Montaña Palentina. El recorrido principal se indica en rojo y las variantes en magenta. En azul aparecen dibujadas las sendas de uso público del Parque Natural.

ñando después el curso del Pisuerga hasta Cervera, y remontando a continuación el Valle Estrecho hasta coronar el alto la Varga, que da acceso al agreste sector del Carrión, por el que discurre el último trayecto del camino hasta el límite con la provincia de León. En este periplo, el sendero muestra los diferentes ambientes que caracterizan el Parque: los extensos y continuos robledales que cubren el paisaje alomado de la vertiente del Pisuerga, los pastizales montanos y subalpinos que se abren entre laderas de monte bajo y sirven de pasto a la cabaña ganadera y a los ungulados silvestres, los embalses que jalonan los principales cursos fluviales y que representan un reservorio hídrico de enorme importancia para el abastecimiento y regadío de toda la provincia de Palencia y parte de la provincia de Valladolid, los cortados calizos de la peña de Santa Lucía con sus comunidades de rapaces rupícolas, los sabinars rastreros que cubren grandes extensiones de suelo calizo y esquelético a los pies de las cumbres desafiantes de Fuentes Carrionas, las extensas repoblaciones de pino silvestre que tapizan la Sierra del Brezo,...

En el punto medio de este trazado, el GR 1 visita la localidad de Cervera de Pisuerga, donde se halla ubicado el centro de interpretación del Parque Natural (su Casa del Parque). Es éste un punto de referencia obligado para obtener documentación sobre todo lo referente al espacio protegido e informarse sobre visitas o lugares de interés, sendas, actividades organizadas, etc. En la Casa del Parque, el usuario del GR también puede conseguir el denominado "cuaderno del viajero", con el cual podrá acreditar su paso por los diferentes hitos del GR 1 dentro del Parque Natural y acceder a una serie de ventajas, regalos y promociones. Este cuaderno forma parte del programa "Grandes Senderos Naturales de Castilla y León" con el que la Junta de Castilla y León y la Fundación del Patrimonio Natural quieren impulsar el uso de los Grandes Recorridos que discurren por el ámbito de la Red de Espacios Naturales castellano y leonesa.





LA MONTAÑA PALENTINA



Si pudiéramos sobrevolar las vastas llanuras del centro y sur de Palencia con la libertad de un milano o la destreza de un aguilucho siguiendo las irregularidades del terreno en dirección norte, al encuentro de la cordillera Cantábrica, chocharíamos de golpe con las repentinas laderas de la sierra de La Peña. Este relieve es una auténtica muralla pétreo que protege, como si de un tesoro se tratara, el ámbito de la montaña y lo independiza de los llanos de cereal que mueren a sus pies. Tanto es así que los pueblos de adobe y ladrillo de un lado de la sierra, con su atmósfera meseteña, sus primillas y cogujadas, se transforman del otro lado en aldeas de piedra inmersas en un vergel de fresnos y robles con escribanos en los prados y pájaros carpinteros en las matas frondosas. De por medio, las vertientes de La Peña evidencian y resumen en su tapiz vegetal el drástico cambio ambiental que se da entre la cara meridional, donde predominan encinas y arbustos aromáticos asociados a un clima mediterráneo, y las laderas que miran al norte cubiertas de robledales albares y hayedos, que precisan de la humedad y el carácter atemperado del clima atlántico.

Arriba: Llanuras de cereal a las puertas de la Montaña Palentina. Cara sur de la sierra de La Peña.



Cara norte de la sierra de La Peña con los bosques del Valle Estrecho y Resoba. El paisaje cambia radicalmente a este lado de la montaña.

Con una trayectoria paralela y excéntrica al eje de la Cantábrica, la sierra de La Peña, y su prolongación occidental en la sierra del Brezo, conforman una potente barrera que ronda los dos mil metros de altitud en sus cumbres más altas (como son la Peña del Fraile y Peña Redonda). Del lado norte esconde un reducto eminentemente montañoso en el que se asientan las cabeceras de las dos cuencas fluviales más importantes de la provincia de Palencia: la del Carrión, al oeste, y la del Pisuerga, al este. Ambas corrientes nacen próximas, pero enseguida se separan obligadas a fluir en direcciones opuestas precisamente para librar el obstáculo de La Peña. De este modo, el Carrión abandona la montaña entre angosturas por la localidad de Velilla del Río Carrión, en el extremo occidental de la sierra y de la Montaña Palentina, mientras el Pisuerga vira hacia el este entre anchas vegas de regadío que aún se hacen más amplias tras dejar atrás el núcleo de Cervera en dirección a Aguilar de Campoo.

Estas dos cuencas definen dos ámbitos bien diferenciados por su paisaje, su orografía, su cobertura vegetal y su poblamiento. Así, el alto Carrión está situado a una elevada altitud media y reúne en su tercio septentrional, en el denominado macizo de Fuentes Carrionas, el conjunto de cúspides más destacado de la cordillera Cantábrica, solo superado por el macizo central de los Picos de Europa. En esta parte se concentran las cimas más emblemáticas de la Montaña Palentina: el Curavacas



Fuertes desniveles, roquedos y pendientes de brezos y escobas caracterizan el paisaje del alto Carrión. Vega de Carrecaballos y cara norte del Curavacas.

(2525 m), el Espigüete (2450 m), el Mojón Tres Provincias (2494 m), Las Lomas (2448 m) o el Pico Murcia (2349 m), por citar algunos de los numerosos "dosmiles" que se suceden a lo largo de las distintas líneas de cumbres y que alcanzan su techo en el vértice de Peña Prieta a 2539 m sobre el nivel del mar. Es un sector de fuertes pendientes con gran presencia de la roca, que se muestra desnuda, en forma de paredes insalvables, cortados inverosímiles y extensos canchales, dominando aquí y allá laderas cubiertas de matorral. La enorme extensión que ocupan estas formaciones arbustivas enmascara antiguas zonas de pasto, hasta hace poco mucho más presentes en el paisaje que en la actualidad, cuando aparecen restringidas a las vegas fluviales, a la parte baja de las pendientes menos escabrosas y a las amplias cabeceras glaciares de los valles de montaña. También han desaparecido engullidas por el matorral grandes superficies del entorno inmediato de los pueblos que se dedicaron al cultivo de cereales y legumbres, pero que fueron progresivamente abandonadas hace ya varias décadas.

En este sector de la Montaña Palentina los bosques perduran fundamentalmente en su tercio meridional, con algunas masas naturales de robles y haya en el entorno de Otero de Guardo y Camporredondo de Alba, pero sobre todo con una presencia muy importante de las repoblaciones de coníferas, que ocupan actualmente los montes de la sierra del Brezo, la sierra de Canales y el valle de Miranda, enlazando



Los bosques escasean en el alto Carrión, correspondiendo la mayor parte de su superficie arbolada a repoblaciones de pino silvestre localizadas en los montes menos escarpados de la mitad sur.

por el sur con el pinar autóctono de Velilla del Río Carrión, en las faldas de Peña Mayor. En cambio, la mitad septentrional del alto Carrión apenas conserva algunas manchas de bosque asociadas a pueblos como Cardaño de Abajo y Vidrieros. Estas masas forestales, fragmentadas y reducidas, jugaron en el pasado un importante papel como fuente de madera y leña, entre otros recursos, para los habitantes de la montaña.

Otra característica significativa del alto Carrión es su escaso poblamiento humano, con núcleos dispersos, emplazados a gran altitud, entre los 1240 m de Camporredondo de Alba y Otero de Guardo, y los 1440 m de Cardaño de Arriba o los 1500 m del núcleo abandonado de Valsurbio. A esas cotas las condiciones de vida son, y sobre todo fueron en el pasado, extraordinariamente duras y exigentes, especialmente durante la mitad invernal del año. Por este motivo, no es de extrañar la existencia de enormes superficies de terreno que han permanecido deshabitadas a lo largo de la historia, siendo apenas aprovechadas durante los breves meses del verano por rebaños de merinas trashumantes, llegados de Extremadura, y ganaderos de vacuno trasterminantes, en su mayoría procedentes de la comarca cántabra de Liébana.



Vidrieros se asienta en una estrecha vega a orillas del Carrión.



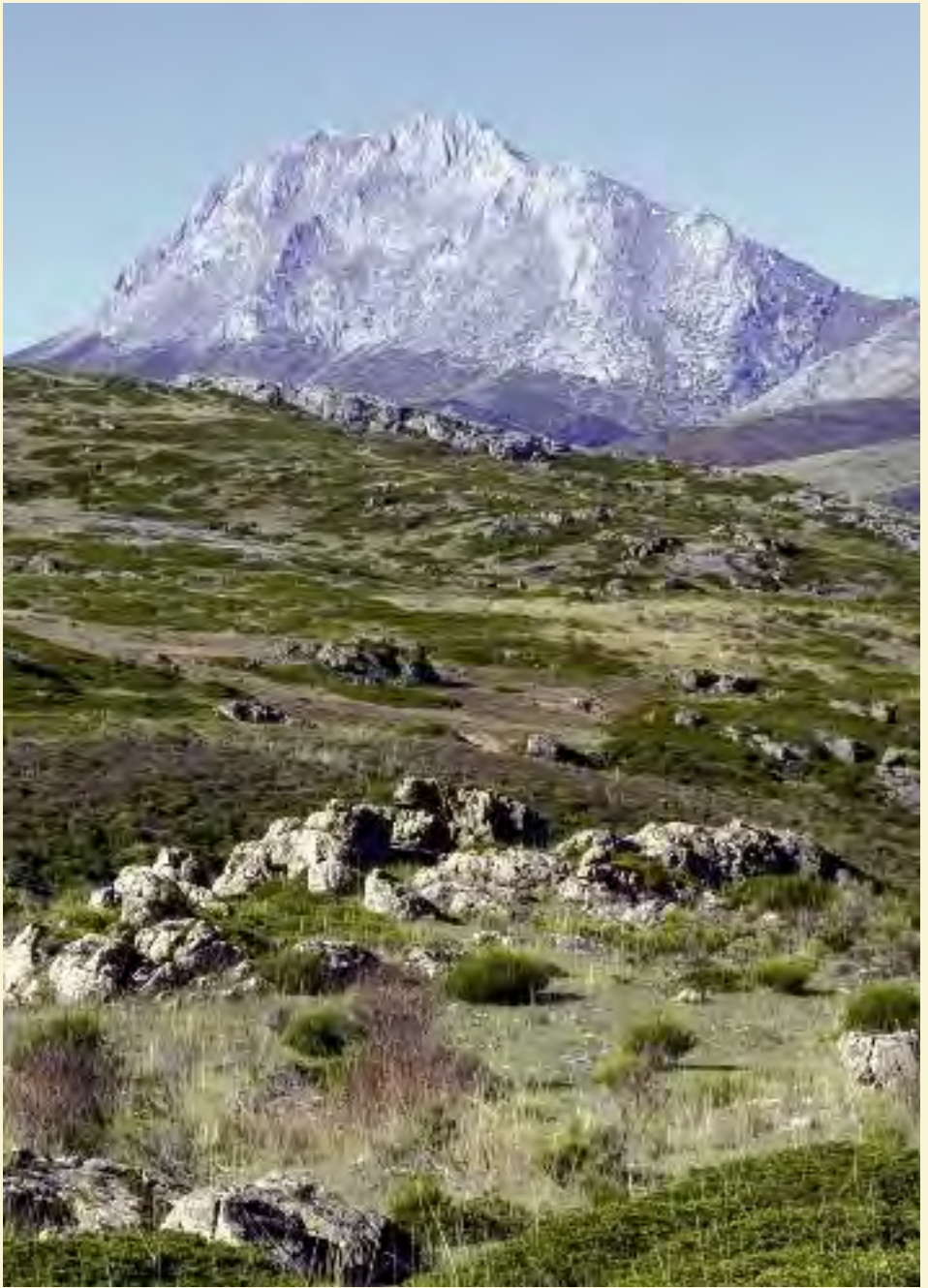
Los bosques son los auténticos protagonistas en el paisaje del alto Pisuerga. *Arriba*: valle del río Castillería en las cercanías de Celada de Robledo. *Abajo*: robledal del Pando.

Por el contrario, el sector del Pisuerga representa un espacio más abierto, de valles más amables, situado a una altitud media sensiblemente inferior. Sus principales alineaciones montañosas dibujan una semicircunferencia abierta hacia el sureste, con la sierra de Peña Labra al norte, la divisoria Carrión-Pisuerga al oeste y la sierra de La Peña por el sur. A lo largo de estos cordales se suceden cumbres que superan los dos mil metros pero que se quedan lejos de las cotas que alcanzan los gigantes del Carrión. La sierra de Peña Labra es una "pared" de fuertes y bruscas pendientes sobre la cual despuntan tímidamente sus cumbres más destacadas: Peña Labra (2019 m), el pico Tres Mares (2171 m) y Valdecebollas (2143 m). De occidente a oriente, establece una nítida divisoria con la vertiente cantábrica, dominando el puerto de Piedrasluengas, el valle de Redondos y la Castillería, antes de perder altitud en su prolongación oriental de la sierra de Híjar, donde empieza a diluirse la cordillera Cantábrica.

Menos espectacular resulta orográficamente, que no por su paisaje, la divisoria Carrión-Pisuerga, con sus formas alomadas, en las cuales se abren numerosos pasos entre los 1400 y los 1700 m de altitud. Sus relieves más sobresalientes son la Peña Santa Lucía (1854 m), con sus espectaculares cortados calizos colgados sobre Santibáñez de Resoba, y la Horca de Lores, que se eleva por encima de los dos mil en su posición interpuesta entre los valles de Pineda y Arauz, al oeste, y el sector septentrional de La Pernía, al este. Esta divisoria entronca por el sur con la sierra de La Peña, que disfruta de un gran protagonismo en el paisaje del alto Pisuerga, con sus pendientes densamente forestadas y la característica silueta abombada de Peña Redonda (1996 m) en posición prominente.

El paisaje de esta parte de la Montaña es una verde sucesión de valles fértiles, con vegas más o menos amplias tapizadas de prados de siega y recorridas por riachuelos de flujo cambiante, sujetos a fuertes oscilaciones estacionales. Especialmente llamativos son sus montes de robles albares y rebollos, con buenos hayedos en las franjas forestales más altas y en las umbrías. Estos bosques cubren grandes extensiones de terreno hasta los 1500-1600 m de altitud, y forman una masa casi continua que enlaza con las florestas cántabras de Liébana a través de los puertos de Lores, Casavegas y Piedrasluengas. Pero no solo destacan por su superficie, sino también por su excepcional estado de conservación, con numerosos rodales maduros en los que proliferan árboles viejos, retorcidos y ahuecados, de enorme importancia para la fauna.

En la cuenca alta del Pisuerga, los asentamientos humanos se distribuyen homogéneamente por todos los valles principales, desde los 1000 m de altitud de Cervera, hasta los 1330 m de Piedrasluengas, con una mayoría de núcleos habitados por debajo de los 1200 m. En general son pueblos de piedra, más ganaderos que agrícolas, de pequeño tamaño y hábitat concentrado, con calles estrechas y caserío apretado como defensa frente a las condiciones climáticas. Hacia el este y hacia el sur de este sector, la montaña da rápidamente paso a una altiplanicie salpicada de pueblos más abiertos y de acentuado carácter agrícola, con llamativos casetos de era diseminados por las tierras de labranza, anchas y llanas, que se extienden a su alrededor.



El Espigüete es una de las cumbres emblemáticas del Parque Natural.

El Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina

Dos sectores bien diferenciados, cuenca alta del Pisuerga y alto Carrión, conforman el núcleo del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, tal y como aparece reflejado en su propia denominación oficial. Declarado por ley 4 de 27 de junio de 2000, este espacio protegido es uno de los más extensos de Castilla y León con 78.179 ha de superficie. Sus límites quedan definidos al norte y al oeste por la raya fronteriza con la Comunidad Autónoma de Cantabria y la provincia de León, respectivamente. A lo largo de esta línea divisoria, la Montaña Palentina entra en contacto con varios espacios protegidos que, del lado de Cantabria, se corresponden con espacios de la Red Natura 2000 catalogados como Lugares de Importancia Comunitaria (LIC) o Zonas de Especial Protección para las Aves (ZEPA): LIC de Liébana, LIC Valles altos del Nansa y Saja y Alto Campoo, ZEPA de Liébana, ZEPA Sierra del Cordel y cabeceras del Nansa y del Saja, y ZEPA Sierra de Híjar. Por su parte, del lado de León se encuentra el Parque Regional de Picos de Europa en Castilla y León, en el que se superponen la catalogación autonómica y las figuras de LIC y ZEPA.

Este marco general se completa por el sur con la divisoria que establecen las sierras del Brezo y de La Peña, definiendo entre medias un amplio territorio al que aportan superficie diez términos municipales y cuarenta y seis núcleos de población.

Arriba: cascada en el paraje de Los Escalones, por el que se descuelgan las aguas excedentes del pozo Curavacas. *Centro:* barrio de Campo perteneciente al núcleo de Alba de los Cardaños, cuyos barrios originales quedaron separados por las aguas del embalse de Camporredondo. *Abajo:* arquitectura tradicional de piedra en Triollo.





A grandes rasgos, el sector occidental del Parque comprende el macizo de Peña Lampa y toda la cuenca del Carrión situada por encima de la localidad minera e industrial de Velilla del Río Carrión. A nivel geopolítico, este sector se reparte entre los términos municipales de Velilla del Río Carrión, Triollo y Cervera de Pisuerga, con la salvedad del valle de Arauz al norte que pertenece a La Pernía.

Por el centro del espacio protegido se extiende la amplia cuenca formada por el curso alto del Pisuerga y sus múltiples afluentes, un ámbito comprendido fundamentalmente en terrenos municipales de Cervera de Pisuerga, La Pernía y Polentinos. En esta parte, el Parque Natural desborda de forma puntual la divisoria de vertientes al norte del puerto de Piedrasluengas, englobando la recogida cabecera del arroyo Cayuela, un monte de robles y hayas cuyas aguas vierten hacia el Cantábrico. También por el sur los límites del Parque superan la divisoria de aguas de la sierra de La Peña, incluyendo el precioso valle de Tosande y las vertientes mediterráneas de este cordal en los términos de Dehesa de Montejo y Castrejón de la Peña.

Por último, hacia el oriente, el Parque Natural se extiende como una cuña por las estribaciones montañosas del Valdecebollas y la sierra de Híjar, abarcando las cabeceras de sucesivos cursos fluviales que fluyen de norte a sur al encuentro del Pisuerga. Estos son los valles de Gamedo, Vergaño, Mudá y Santullán en términos de San Cebrián de Mudá, y el curso alto de los ríos Rubagón y Camesa, en el término de Brañosera, incorporando también un reducido enclave al sur de Valberzoso catalogado como monte de utilidad pública de Aguilar de Campoo.

Arriba: robledales de Ruesga. *Centro:* verdes prados y lomas cubiertas de bosque en el valle de la Castillería. *Abajo:* cuadra de Celada de Roblecedo.



Mapa de zonificación del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina.

Dentro de estos límites, la gestión del Parque Natural se basa en una ordenación del territorio que define para cada sector una serie de usos y limitaciones dirigidos a compatibilizar la conservación del paisaje, la gea, la fauna y la flora con el desarrollo socioeconómico de los pueblos de la zona. De forma general, todos los usos tradicionales están permitidos, incluso se potencian como forma de explotación sostenible del medio, mientras que el resto de actividades extractivas y económicas se tratan de dirigir hacia las zonas menos sensibles del espacio. Así, los enclaves más delicados para la fauna, en especial para el oso pardo, o los ecosistemas mejor conservados se incluyen en zonas de reserva y zonas de uso limitado tipo A. En estas áreas la administración del Parque Natural puede establecer restricciones temporales de acceso, como de hecho ocurre cada temporada con el objetivo de garantizar la tranquilidad en determinados lugares considerados clave para la reproducción y alimentación otoño-invernal del oso pardo¹.

En cualquier caso, la mayor parte del territorio del Parque Natural se incluye en zonas de uso limitado tipo B, las cuales concentran y soportan la mayoría de las actividades extractivas y socio-económicas que se desarrollan en el espacio protegido junto con las zonas de uso compatible (que se corresponden sobre todo con praderías y zonas de cultivo aledañas a los pueblos), y las zonas de uso general (que coinciden con áreas de suelo urbano).

¹Estas restricciones afectan directamente al uso público del espacio natural y deben ser tenidas en cuenta por los visitantes, que encontrarán información puntual y actualizada sobre estas resoluciones y su vigencia en la Casa del Parque Natural en Cervera de Pisuerga (ver Anexo 2).



Las principales cumbres y alineaciones montañosas del macizo de Fuentes Carrionas están formadas por rocas del Carbonífero: calizas de montaña en el Espigüete, a la izquierda, y conglomerados en el Curavacas, a la derecha de la imagen.

Características geológicas de la Montaña Palentina

La gran heterogeneidad paisajística y estructural de la Montaña Palentina encuentra parte importante de su explicación en la complejidad de su sustrato geológico, formado principalmente por rocas sedimentarias del Paleozoico y, en menor medida, del Mesozoico. La edad de estas rocas varía entre los 420 millones de años de algunos materiales del Silúrico y los 240 m.a. de las rocas más jóvenes del Parque, que corresponden al Triásico Inferior. No obstante, la mayoría de las rocas presentes se formaron durante el período Carbonífero (entre 350 y 300 m.a. antes del presente), en un contexto y en una etapa de la historia de La Tierra muy diferentes a los actuales.

Hace aproximadamente 300 millones de años, a causa de los movimientos de las placas que forman la corteza terrestre, dos grandes masas continentales, Laurasia y Gondwana, fueron convergiendo lentamente hasta llegar a colisionar. El choque dio lugar al levantamiento de una enorme cadena montañosa (denominada por los geólogos cordillera Varisca o Herciniana), cuyas dimensiones alcanzaban los 3000 km de longitud y variaban entre los 700 y 900 km de anchura. Junto a otros sistemas montañosos, esta cordillera formaba parte de un gran supercontinente, llamado Pangea, que englobaba todos los fragmentos de corteza continental que en aquellos tiempos había sobre La Tierra.

Durante la formación de la cordillera Varisca, las capas de roca existentes sufrieron una intensa deformación, dando lugar a estructuras como pliegues y fallas. La deformación creó un gran relieve que, al mismo tiempo que se iba levantando, iba siendo desmoronado por los agentes erosivos. Los sedimentos procedentes de este desmantelamiento se fueron depositando sobre rocas más antiguas que ya estaban deformadas, dando lugar a discordancias, esto es, discontinuidades en la disposición

de las capas de sedimentos que evidencian pautas y procesos de sedimentación diferentes. Pero, como la deformación que estaba creando la cordillera continuaba, las rocas discordantes también se deformaron conjuntamente con el sustrato sobre el que se habían depositado. El resultado fue una cordillera de una gran complejidad, tanto estructural como estratigráfica.

Esta convulsa historia ha quedado grabada en las rocas del Paleozoico que aparecen en el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, de tal modo que, a ojos de un geólogo, es posible asignar este sector a una zona de la antigua cordillera Varisca denominada Zona Cantábrica. A su vez, dentro de la Zona Cantábrica se pueden reconocer varias unidades que muestran rasgos estructurales y estratigráficos diferentes. En el Parque afloran dos de ellas:

-La Unidad del Pisuerga-Carrión, en la que se encuadra la mayor parte de la superficie del Parque Natural;

-Y la Unidad del Esla-Valsurvio, que ocupa tan solo el tercio meridional.

La primera de ellas se caracteriza por presentar rocas con edades comprendidas entre el Silúrico y el Devónico, con predominio de materiales detríticos de naturaleza silíceo, entre los cuales se depositaron abundantes capas de carbón. Esta Unidad forma el núcleo del denominado Arco Astúrico, sobre el cual se disponen (cabalgan) el resto de las unidades geológicas de la Zona Cantábrica (esto se puede ver de una forma muy gráfica en el Centro de Interpretación de la Minería de Barruelo de Santullán; ver anexo 3). En cambio, la Unidad del Esla-Valsurvio está compuesta por



La peculiar cumbre de Peña Labra aparece coronada por una franja de conglomerados del Triásico que reposan sobre calizas del Carbonífero. La falta de determinados sedimentos en posición intermedia denota la existencia de una discontinuidad de gran interés para el estudio geológico de la zona.



Las rocas de tonalidad rojiza del Triásico Inferior dibujan llamativos estratos en las laderas y cortados orientales del Valdecebollas.

rocas sedimentarias que abarcan prácticamente todo el Paleozoico, desde el Cámbrico hasta el Carbonífero. Estructuralmente, se caracteriza por el desarrollo de tres grandes cabalgamientos que apilan y triplican una importante cantidad de rocas sedimentarias paleozoicas, todo ello como resultado de la compresión que esta zona sufrió durante la Orogenia Varisca. Cuando cesó el levantamiento de la cordillera Varisca, el avance inexorable del proceso erosivo terminó por producir una planicie con relieves muy suaves sobre los que más tarde se depositaron, en posición discordante, los sedimentos de la era Mesozoica. A esta etapa sedimentaria pertenecen las rocas del Triásico Inferior que existen en el Parque, fácilmente reconocibles por su color rojizo, como son los conglomerados, areniscas y pizarras que afloran entre Salcedillo, Brañosera y el alto de Pamporquero. Estas rocas mesozoicas, que se encuentran en la parte más oriental del Parque, no se consideran incluidas en las unidades de la Zona Cantábrica mencionadas, ya que su formación es posterior al levantamiento de la cordillera Varisca.

A pesar de que la Orogenia Varisca dio lugar a una gran cordillera, la cadena de montañas que vemos actualmente no se debe a aquel levantamiento (la cordillera Varisca fue desmantelada por la erosión hace millones de años), sino a otra orogenia muy posterior, la Orogenia Alpina. Hace aproximadamente 65 millones de años, Iberia todavía no era una península, sino una especie de gran isla que, empujada por los movimientos de las placas tectónicas, colisionó contra Francia y Europa produciendo el levantamiento de la cordillera Pirenaica y de su prolongación occidental: la cordillera Cantábrica. Al mismo tiempo, al sur de la actual cordillera Cantábrica

empezó a formarse una cuenca sedimentaria, la cuenca del Duero, a la que iban siendo transportados por los ríos los materiales procedentes de la erosión de las jóvenes montañas que se acababan de elevar justo al norte.

Desde entonces, aquel relieve originado por la Orogenia Alpina se ha ido modelando lenta pero implacablemente por efecto de distintos agentes erosivos. Así, gran parte de su geomorfología actual se explica por la acción abrasiva del hielo durante las etapas glaciares del Cuaternario, que se sucedieron a lo largo de los dos últimos millones de años de historia de La Tierra e incidieron de forma especial en este sector de la montaña cantábrica. El último pulso glaciar se desarrolló entre 50.000 y 20.000 años antes del presente. Fue un episodio de enfriamiento global que, combinado con otros factores como el relieve y la latitud, hizo que las masas de hielo glaciar cubrieran grandes extensiones de la cordillera Cantábrica, aunque su desarrollo fue desigual de unas zonas a otras. Así, en la vertiente norte de estas montañas, las formas excavadas por los glaciares y sus depósitos asociados pueden ser identificados incluso en cotas situadas a unos 800 metros de altitud, llegando a los 500-600 m en el entorno de los Picos de Europa. En cambio, en la vertiente meridional los frentes glaciares se quedaron en zonas mucho más elevadas, avanzando aproximadamente hasta los 1400 m sobre el nivel del mar en el valle de Pineda.

De acuerdo con ello, abundan en el Parque formas derivadas del glaciario, como el imponente valle en artesa de Pineda, los lagos de origen glaciar de Las Lomas, Fuentes Carrionas o pozo Curavacas, los circos del Espigüete y Valdecebollas



Los valles que descienden desde los altos de Pineda exhiben una nítida y espectacular morfología glaciar. En la foto, la vega los Cantos vista desde la subida a Los Pozos.

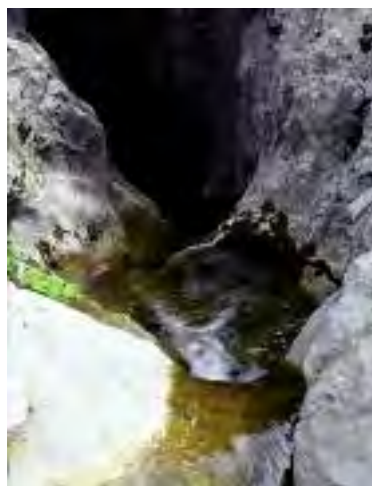


Arriba: laguna de origen glaciar del pozo Curavacas. *Abajo:* la potencia de los depósitos aluviales que flanquean el curso alto del Carrión denotan su gran capacidad erosiva y de arrastre, especialmente durante las crecidas que siguen al deshielo de la primavera.

o las superficies de abrasión de Cardaño de Arriba, por señalar algunos ejemplos significativos. Otros restos del pasado glaciar desaparecieron hace apenas un centenar de años, como las nieves permanentes y los heleros de la cara norte del Espigüete, que todavía eran explotados para proveer de hielo a las principales ciudades castellano y leonesas a finales del siglo XIX.

También los cursos de agua han jugado un papel modelador del relieve muy importante, hasta el punto que, en la etapa climática actual, extinguidos los hielos glaciares, su acción erosiva es la que más incide y modifica el terreno junto con los procesos gravitacionales de ladera.

Asimismo, en los sectores en los que abundan las calizas, la disolución del roquedo calcáreo por acción del agua ha dado lugar a vistosos lapiaces marcados como surcos en la superficie de las rocas. Del mismo modo se han formado impresionantes complejos cársticos, con simas y cavidades subterráneas de gran desarrollo horizontal y vertical, dolinas y pequeños valles cerrados que desaguan por retorcidas galerías a modo de auténticos laberintos insertos en las entrañas de la montaña. Fantásticos ejemplos del modelado cárstico existente en el Parque se encuentran en la zona del Espigüete, Peña Mayor y Peña Redonda. Igualmente, merece ser destacado el edificio cárstico que acompaña el nacimiento del Pisuerga en el circo de Covarrés, a poniente del pico Valdecebollas, donde las aguas del incipiente curso fluvial se precipitan en la espectacular sima del Sel de la Fuente a 1766 m de altitud, para brotar de nuevo a la superficie, después de recorrer más de 2 km de galerías subterráneas, frente a la cueva del Cobre, a 1620 m de altitud y a más de un kilómetro de distancia.



Arriba: boca de la sima cárstica del Sel de la Fuente, por donde se cuelan las aguas que drenan el circo de Covarrés dando origen al río Pisuerga. *Centro:* impresionante desprendimiento de bloques de conglomerado en el paraje de El Estrecho (valle de Pineda). *Abajo:* detalle de los macroconglomerados del Curavacas. Los líquenes que cubren estas rocas silíceas son los responsables de su característica tonalidad verdosa.



Los frentes atlánticos cargados de humedad dejan nubes bajas que trepan por la cara norte de Peña Labra y penetran en la Montaña Palentina a través de collados y puertos ocultando bajo espesas capas de niebla la cabecera de los valles.

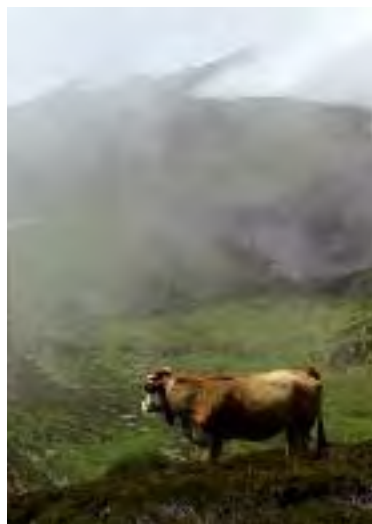
El clima

La Montaña Palentina posee un clima frío y húmedo, muy continentalizado por efecto de la orografía y la altitud. No obstante, dentro de su ámbito se dejan sentir notables variaciones en lo que a condiciones atmosféricas se refiere, lo que tiene que ver con su situación geográfica a medio camino entre dos dominios bien diferenciados, como son el oceánico y el mediterráneo. Así, en su franja septentrional resulta palpable la influencia atlántica, con un alto nivel de precipitaciones y una baja insolación, que van acompañados de unas temperaturas relativamente suaves y atemperadas para lo que cabría esperar de una zona de montaña, donde la climatología es, de por sí, rigurosa y se recrudece rápidamente con la altitud. En cambio, cuanto más al sur y al este, a medida que la montaña da paso a los llanos circundantes el clima acentúa su carácter mediterráneo, lo que se traduce en una drástica reducción de la pluviosidad, así como en fuertes contrastes térmicos diarios y anuales, con inviernos extremadamente fríos y veranos cálidos, incluso calurosos, y secos.

En general, la zona de influencia del Parque Natural registra precipitaciones elevadas (por encima de la barrera de los 1000 mm anuales), suponiéndose considerablemente más abundantes y copiosas hacia las cumbres (donde se estiman por enci-

ma de los 2000 mm al año). Por el contrario, hacia el sur y el este se revelan progresivamente más reducidas y llegan a situarse por debajo de los 500 mm en los páramos y llanuras de La Peña y Aguilar de Campoo, a pesar de su proximidad a la montaña. Frente a esta tendencia global, existen importantes diferencias locales que tienen que ver con efectos del relieve y de la orientación de las cadenas montañosas en relación a los vientos dominantes del oeste y noroeste. Esto determina pluviosidades más altas en las vertientes occidentales y norteñas, más expuestas a los frentes húmedos, y condiciones más benignas al otro lado de las montañas, donde el propio relieve actúa como paraguas y pantalla protectora.

A lo largo del año, los meses de noviembre a marzo tienen los niveles de pluviosidad más elevados (entre 100 y 150 mm por mes), asociados al paso de continuos frentes atlánticos que barren de oeste a este el norte peninsular durante la estación invernal y dejan precipitaciones prácticamente uno de cada dos días. Abril marca un cambio de tendencia, aunque se caracteriza por un tiempo revuelto y húmedo que perdura toda la primavera y alcanza mediados de junio. Entonces, el verano trae un notable y brusco descenso de las precipitaciones, que se sitúan en el orden de 30 mm/mes en su mínimo anual de julio y agosto. En plena estación estival, las escasas lluvias suelen llegar acompañadas de fenómenos tormentosos, que descargan de forma torrencial y local, si bien en esta época las nieblas, frecuentes en todo el Parque pero sobre todo en su parte septentrional y en los valles de montaña, contribuyen a mantener un cierto grado de humedad ambiental. A pesar de todo, julio y agosto, incluso septiembre, son periodos de déficit hídrico



Arriba: Amanecer de principios de verano en la Montaña Palentina, con nieblas que se van levantando y disipando conforme avanza la mañana. *Centro:* las nieblas son muy frecuentes en las zonas altas de la divisoria cantábrica, especialmente durante el verano y el otoño. *Abajo:* los primeros días de sol de la primavera comienzan a derretir las nieves del invierno en Vidrieros.



Nubes bajas descargan aguanieve sobre Vergaño ya avanzada la primavera. En la Montaña Palentina el tiempo invernal perdura habitualmente hasta el mes de mayo.

para la vegetación en la mayor parte de la Montaña, lo que condiciona la presencia y distribución de muchas especies y formaciones vegetales.

A partir de septiembre vuelve a cambiar el ciclo, de tal modo que para el mes de octubre se han recuperado los valores de humedad y precipitaciones de la primavera. Con la salvedad de cortos "veranillos" otoñales, el invierno se acerca rápidamente y la nieve hace su aparición en las cumbres de forma temprana aunque irregular. En noviembre las nevadas ya alcanzan los valles y cubren de blanco los pueblos, aunque no en la medida de antaño, cuando cortaban los caminos y dificultaban la vida cotidiana durante semanas. Basta con escuchar las historias que se cuentan por toda la Montaña para llegar a la conclusión de que, en el curso de una vida humana, los inviernos se han vuelto menos fríos, con nevadas más irregulares y menos copiosas. Aunque estas apreciaciones subjetivas solo se ven refrendadas en parte por los datos existentes, sí es cierto que las condiciones climáticas de los últimos años parecen apoyar un avance del clima hacia posiciones más cálidas, con precipitaciones en forma de nieve menos abundantes y relegadas a zonas cada vez más altas de las montañas.

En lo que se refiere a las temperaturas, las medias mensuales son frías en una parte importante del año y más bien frescas en los meses del estío, como resultado de unas máximas que pueden llegar a ser relativamente elevadas pero que se ven compensadas por unas mínimas bastante bajas a lo largo de todo el año. Esto hace que las heladas sean frecuentes entre octubre y mayo, y que la escarcha y el rocío



Las nieblas veraniegas proporcionan la humedad que necesitan los bosques de hayas más meridionales del Parque Natural en la sierra de La Peña.

matinal sean la norma en los amaneceres del verano. De forma general, noviembre suele marcar el inicio del periodo más gélido del año, con medias que se sitúan en el rango de 0 a 2,5 °C en los principales valles y que disminuyen a valores negativos con la altitud. Durante la primavera estas temperaturas medias van subiendo lentamente hasta alcanzar cifras de 16-17 °C en pleno verano, con máximas que pueden rondar los 30 °C a mediodía pero que van siempre seguidas de mínimas relativamente bajas, de hasta solo 7-8 °C, lo que determina oscilaciones diarias en el orden de 17-20 °C. Por el contrario, en el invierno los balances térmicos se mueven en rangos mucho más estrechos, de entre 5 y 9 °C, incluso menos, permaneciendo las máximas bajas a lo largo de todo el día.

El paisaje vegetal

Las diferencias ambientales que se derivan de los gradientes térmicos y de precipitaciones que caracterizan el clima de la Montaña Palentina tienen una traducción inmediata en la cubierta vegetal del Parque Natural. Así, de norte a sur y de oeste a este aumenta la influencia mediterránea sobre el paisaje vegetal del Parque, lo que determina cambios muy notables en la composición florística de unas zonas a otras que contribuyen a explicar la enorme riqueza botánica que atesora el espacio protegido. Así, en cuestión de cientos de metros o kilómetros, y de modo gradual, se pasa



Extensos robledales de *Quercus petraea*, salpicados de hayas, serbales y abedules, tapizan la cabecera del Pisuerga en el valle de los Redondos.

de comunidades típicamente atlánticas a otras genuinamente mediterráneas. Esto es especialmente evidente en las masas forestales, que aparecen dominadas por hayedos y robledales en las zonas más altas y septentrionales, pero que dan paso a rebollares y encinares en las zonas menos elevadas y más meridionales, donde el verano trae consigo un periodo, más o menos largo, de déficit hídrico al que los primeros no consiguen hacer frente de forma competitiva.



En el extremo suroriental del Parque los bosques de robles y hayas se entrelazan con densos encinares, como este del entorno de Ruesga.

Este esquema general de la vegetación, relacionado con características ambientales a gran escala, se superpone a otros factores igualmente decisivos pero que actúan a nivel local, como son la altitud, la orientación de las laderas, el sustrato geológico y el grado de desarrollo y humedad del suelo. Estas variables, todas ellas muy cambiantes en el ámbito de la montaña, determinan un paisaje vegetal complejo, en el que los bosques, en toda su diversidad, se distribuirían de forma natural desde los fondos de valle hasta los 1700-1800 m de altitud, siendo reemplazados por formaciones arbustivas de piornos y escobas en la orla supraforestal, y, a mayor cota, por brezales de porte cada vez más ralo, que acabarían dando paso a pastizales naturales salpicados de enebros rastreros en las zonas más elevadas y expuestas.

Sin embargo, la realidad se ve muy transformada por la influencia humana sobre el paisaje. Siglos de pastoreo e interacción con el entorno han convertido las vegas fluviales en continuos prados de siega, divididos por mojones, setos arbustivos de espinos albares, endrinos y sauces o sencillos vallados de madera, interrumpidos tan solo por bosques ribereños en los que confluye una gran diversidad arbórea (con chopos, álamos, fresnos, sauces, salgueras y avellanos) y arbustiva (con arraclanes, cornejos, saúcos, boneteros, zarzamoras, rosales...). También en el pasado, grandes áreas en torno a los pueblos fueron intensamente trabajadas para el cultivo, sobre todo de cereales como la cebada y el centeno. Estos terrenos se presentan en la actualidad abandonados, permitiendo el avance espontáneo de la cubierta arbustiva, en la que se entremezclan matas espinosas con piornos y escobas. En este ámbito, los bosques, respetados como fuen-



Arriba: pastizales de altura en las cotas culminantes de Valdecebollas. A medida que pierden altitud, las laderas se ven cubiertas de brezales y piornales. *Centro:* brezal en las faldas de la sierra de Híjar, en el alto Camaces. *Abajo:* piornal en plena floración primaveral ocupando la orla supraforestal de los bosques de La Peña.



te de leña y madera, alimento para el ganado y refugio para la caza, se han visto relegados, en la mayoría de los casos, a las tierras no cultivables de las laderas, a las pendientes y a las umbrías, lo que no ha impedido la conservación de grandes superficies forestadas con un enorme valor biológico.

En los valles y laderas de media y alta montaña, en áreas más alejadas de los núcleos habitados, el uso humano ha sido igualmente intenso pero principalmente ganadero y estacional, dando lugar a pastizales de diente que se mantienen gracias al ramoneo regular del ganado y los herbívoros silvestres y que, en época reciente, se han visto infrautilizados, principalmente por cambios en la composición y manejo de la cabaña ganadera más que por una disminución en el número de reses. Esto ha favorecido un avance generalizado del matorral, que hoy se manifiesta en amplias landas de brezo que medran sobre suelos silíceos en torno a praderas y majadas, con aulagares y tojales en zonas calizas, y extensos piornales en enclaves de suelo potencialmente forestal, más potente y desarrollado. Basta contemplar fotos antiguas o hablar con los nativos para comprobar el cambio drástico que este progreso del matorral a costa de tierras agrícolas y de pasto ha producido en el paisaje del Parque en apenas unas décadas.

Mucho menos acusada, incluso en algunas zonas inexistente, ha sido la intervención antrópica en las cotas más elevadas de la Montaña Palentina, donde se desarrolla un tapiz vegetal relativamente pobre en especies pero de singular interés, compuesto por plantas capaces de resistir en ambientes extremadamente fríos, expuestas a periodos de gran escasez de agua. En este ámbito, la vegetación leñosa y de mayor porte se

Arriba: las matas de enebro rastrero desarrollan portes tortuosos y abigarrados que denotan las difíciles condiciones del medio en el que se desarrollan. *Centro:* las aulagas aparecen asociadas a zonas de sustrato calcáreo, donde se hacen especialmente evidentes en la primavera cuando se recubren de flores amarillas. *Abajo:* arándano en flor.

limita a escobonales de piorno serrano, brezales ralos de brecina y arándano, y matas almohadilladas y retorcidas de enebro rastrero, siendo común la sabina rastrera sobre sustratos calizos y rocosos. Estas especies conforman manchas de matorral bajo en el entorno de cervunales y pastizales subalpinos. Incluso allí donde aflora la roca, ya sea en forma de cantiles, roquedos, canchales o pedrizas, arraigan saxífragas, siemprevivas y otras herbáceas anuales de vistosas flores con increíbles adaptaciones que les permiten conquistar repisas y grietas prácticamente desprovistas de suelo. Muchas de estas especies presentan áreas de distribución y poblaciones muy reducidas, limitadas a enclaves aislados o distantes entre sí. Un ejemplo extremo lo proporciona *Primula pedemontana*, una hermosa primavera de flores rosas que se distribuye esencialmente por los Alpes, en el centro de Europa, pero de la que se conoce una población ibérica precisamente acantonada en la cara norte del Curavacas.

Otro detalle que añade relevancia a la flora alpina de la Montaña Palentina es la coincidencia en el alto Carrión del sector más elevado de la cordillera Cantábrica sobre sustrato silíceo, lo que está relacionado con la existencia de numerosos endemismos y taxones de ámbito reducido. De hecho, dentro del Parque se localizan algunas de las más significativas representaciones del piso alpino de toda la cordillera, donde este nivel bioclimático, con su comunidad vegetal característica, solo se manifiesta por encima de los 2300 m de altitud en localizaciones necesariamente puntuales, de extensión reducida, y principalmente en áreas de montaña caliza. Buen ejemplo de ello son las praderas de *Oreochloa blanka* y *Juncus trifidus* que se desarrollan en las cotas culminantes de los macizos de Curavacas y Peña Prieta.

Arriba: la sabina rastrera cubre amplios sectores en laderas de sustrato calizo. *Centro:* *Ranunculus parnassifolius* subsp. *cabrerensis* es una planta escasa presente en gleras de la alta montaña silíceo del Parque. *Abajo:* la siempreviva cantábrica es un bello endemismo de la cordillera que aparece bien distribuido por roquedos de cotas altas de la Montaña Palentina.





Hayedo en los montes de Velilla del Río Carrión.

Los bosques

Toda la riqueza y variedad del entramado vegetal del Parque no consigue, sin embargo, desviar la atención de sus bosques, que constituyen uno de sus elementos más destacados, tanto por su variedad como por su presencia en el paisaje. En el conjunto del Parque, pero con especial protagonismo en el sector del Pisuegra y en las cabeceras de sus afluentes, las masas arboladas ocupan superficies realmente notables y presentan un elevado grado de cohesión, estableciendo puentes de comunicación entre valles aledaños e incluso desbordando la frontera que insinúa el eje de la cordillera para fundirse con los bosques cántabros de la Liébana a través de los puertos de La Pernía.

En este contexto, los hayedos predominan en las partes más elevadas, conquistando cotas más bajas y alcanzando mayor desarrollo en las umbrías. Aunque son bosques básicamente monoespecíficos, en los que apenas participan otras especies asociadas a áreas de borde y claros forestales, como el serbal de cazadores, el mostajo, el abedul, el cerezo silvestre o el escuernacabras, en sus entrañas son frecuentes el acebo y el tejo que, en determinados enclaves, alcanzan densidades y portes notorios. También aparecen con asiduidad pies aislados o pequeños rodales de roble albar, muchas veces formados por ejemplares centenarios, gruesos y retorcidos. Esto ha dado pie a la hipótesis que considera al haya un colonizador reciente de nuestras montañas, que ha desplazado competitivamente al roble albar de las zonas más altas y de las vertientes más húmedas. Así se explicaría la localización actual de los robleales albares en cotas medias y en las solanas, donde conforman algunas de las



La diferente tonalidad de las hojas recién brotadas del rebollo, más blanquecinas, y del roble albar, mucho más oscuras, permite estudiar con detalle, en la primavera, la distribución de una y otra especie en los bosques de las zonas meridionales del Parque, donde la influencia mediterránea en el clima tiene efectos palpables sobre la cubierta vegetal.

masas más imponentes, homogéneas y continuas del Parque Natural. Su ámbito aparece en ocasiones muy constreñido entre el hayedo y los melojares o rebollares, que constituyen la formación arbórea dominante allí donde la componente mediterránea empieza a ganar la partida. Los bosques de rebollo tienden a ser también monoespecíficos, con árboles derechos que no suelen alcanzar gran altura, principalmente debido al uso tradicional que de ellos se ha hecho para obtener ramón para el ganado y leña. De forma característica presentan un sotobosque denso, casi intransitable, formado por un pujante rebrote que deriva de las raíces superficiales típicas de la especie.

Aparte de estas formaciones forestales dominantes, en el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina existen otras masas arboladas con un desarrollo superficial más limitado y restringido. La más importante de ellas por extensión es el encinar, que ocupa laderas enteras en los sustratos calizos de La Peña y en el entorno del valle de Tosande, conquistando incluso las vertientes que miran a Cervera de Pisuerga y Ruesga. Estas encinas, de pocos metros de altura, copa redondeada y porte achaparrado, con sus troncos y ramas densamente tapizados de líquenes, seleccionan suelos que retienen poca agua y soportan con éxito las exigencias del clima continentalizado, con sus fuertes heladas invernales y sus periodos de extrema sequedad estival. La clave de su estrategia reside en el follaje persistente o perennifolio, protegido por cutículas rígidas y coriáceas que evitan la desecación y muerte de las hojas en condiciones extremas.



Encinar en el valle de Tosande.



Pinar de repoblación en el valle de Pineda.

Mucho más localizadas se encuentran otras masas forestales de carácter relicto que se desarrollan en el sector más occidental del Parque, como son el enebral de Peña Lampa y el pinar autóctono de Velilla del Río Carrión. Ambas se interpretan como los últimos retazos de antiguas formaciones boscosas que estuvieron mucho mejor representadas en la cordillera Cantábrica en el pasado, hace algunos miles de años, y bajo unas condiciones climáticas de frío extremo y fuerte sequedad ambiental. El enebral es una formación laxa de sabina albar que se extiende por las laderas orientales y meridionales del macizo calizo de Peña Lampa, mientras que el pinar de Velilla es un reducido núcleo de pino silvestre instalado en la vertiente occidental de Peña Mayor, al norte de Velilla del Río Carrión. Este pinar se considera de origen natural, aunque se presenta inmerso en una gran masa de repoblación de la misma especie, que ocupa las laderas de la sierra del Brezo y amplios terrenos en el entorno de Valcobero y Valsurbio. Esta repoblación, bien asentada y con árboles de buen tamaño, supone un porcentaje elevado de la superficie forestal del Alto Carrión y tiene gran importancia natural a pesar de su carácter artificial y del aprovechamiento maderero al que está sometido. Aunque sí es una de las más notables, no es la única repoblación del Parque, donde se pueden ver plantaciones de coníferas de menor extensión en la entrada al valle de Pineda, en las orillas del embalse de Ruesga y en otros enclaves.

En tiempos más recientes, se han seguido acometiendo repoblaciones forestales en algunas áreas del Parque, si bien con criterios muy distintos, orientadas principalmente a conseguir la recuperación y fomentar la diversidad de la cubierta autóctona para favorecer la conservación de especies protegidas, con especial atención al oso pardo.

Bosques de singular interés de la Montaña Palentina



El pinar de Velilla se extiende por la parte media-baja de la vertiente occidental de Peña Mayor.

En el ámbito del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina tienen gran relevancia varios bosques con nombre propio, que destacan por su singularidad o su interés biogeográfico:

-El **pinar de Velilla** se localiza en las cercanías de Velilla del Río Carrión, en la umbría de Peña Mayor. Es uno de los dos únicos bosques de pino albar o pino silvestre que se consideran autóctonos en la cordillera Cantábrica (siendo el otro el pinar de Lillo en el vecino Parque Regional de Picos de Europa en Castilla y León). Aunque actualmente se encuentra englobado en una repoblación mucho más extensa de la misma especie, el sector natural del bosque, de apenas unas decenas de hectáreas, se distingue por la madurez del arbolado, con pies esbeltos que ramifican a gran altura del suelo y que configuran una masa irregular y bien espaciada. En esta parte del bosque se intercalan especies caducifolias, como hayas, abedules, serbales y mostajos, y el sotobosque presenta una rala cobertura arbustiva con abundancia de gayuba. Una senda señalizada permite recorrerlo (ver anexo 4).



Bosques de singular interés de la Montaña Palentina (cont.)



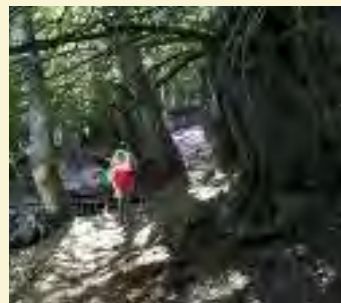
-Próximo al anterior, el **enebral de Peña Lampa** se sitúa también en los alrededores de Velilla pero en la cuenca del río Grande. Es una vistosa y fotogénica formación boscosa de sabina albar, compuesta por una mayoría de árboles de porte estilizado, que crecen como velas en las laderas calizas del monte, arraigando incluso en grietas y repisas. Entre las sabinas se desarrolla un manto bajo de aulagas y se intercalan majuelos y rosales silvestres, así como algunos quejigos y rebollos, que destacan sobre todo en el otoño cuando sus hojas se tiñen de color mientras las sabinas permanecen inmutables. Este tipo de bosque resulta excepcional en la cordillera Cantábrica, en cuyas estribaciones meridionales se localizan las masas más septentrionales y occidentales de toda su área de distribución.



-La **acebeda de Las Comuñas**, conocida también como acebal de Perapertú, es una espesura de acebos de 2,5 ha de superficie, distribuida en cuatro masas muy próximas entre sí y conectadas por pies aislados. Siendo esta especie común en el sotobosque de robledales y hayedos, así como de otras formaciones forestales y arbustivas, raramente da lugar a masas continuas como esta, donde además los acebos alcanzan porte arbóreo manteniendo en su interior amplios espacios de suelo desnudo, que proporcionan refugio al ganado doméstico y a la fauna. Esta acebeda se localiza en el monte Las Comuñas, por encima de San Martín de Perapertú, en el interior de un extenso robledal, orientado al sur.



-La **tejada de Tosande**, o tejal de Tosande, es uno de los bosques más afamados de la Montaña Palentina, así como una de las tejedas de mayor extensión y mejor estado de conservación de toda la península Ibérica. Situada en la umbría del valle homónimo, es una excepcional concentración de tejos que crecen en el interior de un hayedo, con abundancia de otras especies, como escuernacabras o pudios, serbales de cazadores, mostajos, avellanos y fresnos. En este enclave se han censado cerca de 800 pies, muchos de ellos de porte excepcional, que dan lugar a un enclave mágico, donde las copas de los tejos invaden el espacio interior del bosque, haciéndolo parecer lúgubre y umbroso, y donde hasta la más leve de las brisas hace chirriar las ramas rompiendo la sensación de mutismo y soledad que reina en el resto del hayedo. Al mismo tiempo, los castigados y retorcidos troncos de los tejos, algunos de colosales dimensiones, mezcla de materia viva de tonos rojizos y madera muerta de colores verdosos, contribuye a acrecentar la atmósfera de misterio y misticismo que caracteriza a esta singular masa forestal. La senda de Tosande permite recorrer, de una forma respetuosa y organizada, los sectores más imponentes de la tejeda (ver anexo 4).



Izquierda, arriba y centro: panorámica general del enebral de Peña Lampa y detalle de las sabinas. *Izquierda, abajo:* rodal de acebos integrado en el robledal de Las Comuñas. *Derecha:* tejeda de Tosande.

La fauna

La variedad de ambientes que se deduce de la diversidad vegetal de la Montaña Palentina, unida a su buen estado de conservación, garantiza la existencia de una extraordinaria riqueza faunística. La especie protagonista, erigida en símbolo indiscutible del Parque Natural, es el oso pardo, el mamífero más amenazado de la cordillera Cantábrica. En el espacio protegido existe un importante núcleo reproductor formado por una treintena de ejemplares, cuyas áreas de campeo incluyen también los bosques limítrofes de Liébana, en Cantabria, y todo el ámbito del Parque Regional de Picos de Europa en la provincia de León. Esta población, de vital importancia para la conservación genética del oso cantábrico, atravesó un momento crítico en las décadas finales del siglo XX, cuando alcanzó mínimos demográficos, con años en los que no se registraba ningún nacimiento. Sin embargo, desde entonces ha mostrado una lenta pero esperanzadora recuperación, fruto de los ingentes esfuerzos invertidos en su protección, y de una acertada gestión encaminada a mejorar el hábitat y reducir la mortalidad no natural de la especie. De este modo, se ha pasado a contar con 2 ó 3 hembras con crías cada año, lo que constituye el pilar básico para la ansiada recuperación de la especie en la Montaña Palentina. El otro punto trascendental para su conservación a largo plazo es conseguir restablecer la comunicación y el intercambio genético con la población osera, mucho más numerosa, que habita el centro-occidente de Asturias, el Alto Sil y los Ancares de León. Ambas subpoblaciones se creían completamente aisladas hasta hace poco tiempo. Sin embargo, recientes estudios genéticos han llegado a la conclusión de que al menos 4 osos han pasado de una subpoblación a la otra en los últimos 15 años, con 3 machos procedentes del occidente que han ingresado en la población oriental, y un macho palentino que ha viajado por todo el territorio osero cantábrico, llegando hasta sus confines occidentales, en el límite con Galicia. Por si fuera poco, también se ha podido constatar que uno de los machos occidentales se ha cruzado con una osa palentina, dando nacimiento a dos esbardos de genotipo mixto, los primeros en décadas.



Los osos cantábricos se caracterizan por su pequeño tamaño. *Dcha.*: huella de oso impresa en el barro.



El oso pardo

El oso pardo es un carnívoro plantígrado que presenta una amplísima distribución por áreas septentrionales del planeta. Aunque a nivel global no se encuentra seriamente amenazado, no ocurre lo mismo con muchas de las poblaciones más meridionales de la especie, que se presentan en la actualidad aisladas entre sí y en evidente riesgo de extinción. Este es el caso de la cordillera Cantábrica, donde viven los osos pardos de menor tamaño, con hembras que rondan los 80-100 kg y machos que raramente se acercan o superan los 200 kg. En general, son animales solitarios, que únicamente se muestran sociables durante el celo, cuando machos y hembras pueden emparejarse por cortos periodos de tiempo, y durante la crianza de los cachorros, cuando los jóvenes esbardos siguen a su madre durante el primer año y medio de vida, aunque las camadas de 2 y 3 hermanos pueden permanecer unidas otro año más.

A pesar de ser un animal carnívoro, su alimentación lo define más bien como un omnívoro con un importante aporte vegetal en su dieta que complementa con insectos y carroñas. Solo ocasionalmente parece depredar de forma activa sobre jóvenes ungulados o incluso ganado doméstico. Así, durante la primavera, el alimento fundamental de los osos lo constituyen brotes tiernos de herbáceas, que sustituyen en el verano por frutos carnosos y en el otoño por bellotas y hayucos. Estos frutos secos, consumidos en grandes cantidades, les permiten acumular enormes reservas de grasa que resultan de vital importancia para el invierno, cuando los osos se retiran a cuevas, denominadas oseras, para la hibernación. Este sueño invernal, durante el cual los osos ralentizan sus constantes vitales, se prolonga durante un tiempo variable, desde varias semanas a varios meses, en función de la crudeza del invierno y la disponibilidad de alimento. En general, la hibernación se produce entre los meses de enero y abril, si bien en la cordillera Cantábrica se han detectado casos excepcionales de familias de osas con esbardos que aparentemente permanecieron activos todo el invierno.

Durante la estancia en la osera, se producen los nacimientos, siendo las osas con crías las últimas en abandonar el cubil con la primavera ya avanzada. Las osas pueden tener entre 1 y 3 cachorros, que permanecen unidos a su madre hasta la primavera siguiente, de modo que una misma hembra solo se puede reproducir con éxito, en el mejor de los casos, cada dos años.



La barbastela o murciélago de bosque es una especie típica de áreas forestales aunque también es frecuente en el entorno de los pueblos del Parque.



El murciélago ratonero grande habita ambientes forestales pero también zonas abiertas de cultivo.



El murciélago de cueva depende de la existencia de refugios subterráneos, siendo especialmente frecuente en las zonas cársticas del Parque Natural.

Otros mamíferos

Aparte del oso pardo, en el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina existen del orden de 60 especies de mamíferos, de los cuales casi una veintena son murciélagos que establecen sus refugios en cavidades de la roca, viejos edificios o huecos de árboles añosos, habitando desde los bosques maduros de robles y hayas, hasta los sotos fluviales con sus áreas agrícolas asociadas, y desde los núcleos urbanos hasta la alta montaña.

Entre los insectívoros, destaca la presencia del desmán ibérico en los numerosos cursos de aguas frías y revueltas que surcan el espacio protegido, mientras que en los pastizales coinciden las dos especies de topos de la península, el endémico topo ibérico y el topo europeo. Algo parecido ocurre entre los lagomorfos, que muestran una interesante diversidad en la Montaña Palentina, donde solapan sus áreas de distribución las tres especies de nuestra fauna: la liebre de piornal -endémica de la cordillera Cantábrica y propia de ambientes montanos en el límite de los bosques-, la liebre europea y la liebre ibérica -estas últimas asociadas a áreas más bajas y de campiña.

Otro grupo de gran interés es el de los carnívoros, que cuenta con un amplio elenco de especies, en su mayoría de hábitos nocturnos o crepusculares, pero algunas relativamente fáciles de observar a pleno día. Este es el caso del gato montés, que sale a cazar con frecuencia a los pastizales inmediatos a las carreteras, sobre todo durante el invierno.



Liebre de piornal (*Lepus castroviejoi*)



El lobo ibérico ocupa, junto al oso pardo, el escalón más alto en la cadena trófica del Parque.

También la comadreja y el armiño pueden ser sorprendidos en las horas centrales del día, incluso en el entorno de los pueblos. Ambos mustélidos se diferencian por el tamaño, mucho mayor en el caso del armiño, lo que le da acceso a presas proporcionalmente más grandes. Además, este último muda en el invierno a un hermoso pelaje níveo en el que destacan los ojos vivarachos y la punta de la cola de color negro, mientras que la comadreja, en nuestras latitudes, mantiene su coloración rojiza todo el año. Otros mustélidos, como la garduña, la marta o la gineta, unen a sus hábitos taciturnos una estrecha ligazón a los medios forestales. También el tejón es típico de zonas boscosas, si bien sus rastros se encuentran muchas veces en los caminos que atraviesan brezales y áreas subalpinas alejadas de cualquier mancha arbolada. Por su parte, el turón y, especialmente, la nutria paleártica se presentan asociados a los medios fluviales del Parque, siendo comunes en tramos de aguas limpias con riberas bien conservadas.

El resto de grandes depredadores de la Montaña Palentina son cánidos. El más común es el zorro, que puede ser sorprendido al caer la tarde campeando distraídamente por áreas abiertas, en el entorno de manchas forestales y espesuras de matorral, aunque sus poblaciones han disminuido mucho en los últimos años a consecuencia de la persecución a la que ha sido sometido. El otro es el lobo, cuya presencia, llena de misterio, se constata las más de las veces por sus huellas, excrementos o restos de cacerías nocturnas. En la Montaña Palentina existen varios grupos reproductores que se mueven por grandes áreas de campeo ocasionando, de cuando en cuando, daños al ganado, si bien depredan básicamente sobre la abundante comunidad de ungulados silvestres que puebla el Parque, sobre todo corzos y ciervos. Estas dos especies se observan fácilmente en las primeras horas de la mañana y al anochecer, cuando salen a pastar a campo abierto desde cualquier mata de arbolado o matorral



Hembra de rebeco cantábrico con su cría.

espeso. El corzo delata igualmente su presencia con roncros ladridos cuando se siente alarmado por la cercanía del hombre, siendo habitual que se escuchen ejemplares en cualquier recorrido que atravesase áreas forestales. Por su parte, el ciervo se erige en protagonista del espacio durante la berrea, entre mediados de septiembre y octubre, cuando los machos salen al atardecer a las crestas y linderos del bosque para proclamar su hegemonía sobre los harenes de hembras. Este acontecimiento alcanza gran espectacularidad en determinados parajes de la Montaña Palentina, donde numerosos ciervos participan al mismo tiempo de esta guerra dialéctica, ocupando los puntos estratégicos del valle y haciendo retumbar sus voces a lo largo de toda la noche.

Otro ungulado muy abundante en el Parque Natural es el jabalí, del que se encuentran frecuentes revolcaderos en los barrizales que se forman en muchos caminos del monte, así como hozaduras en los pastizales, a los que salen durante la noche en busca de bulbos y raíces. Un cuarto representante de esta familia, el rebeco, ocupa el ámbito supraforestal y la alta montaña del Parque, resultando común aunque no tan numeroso como en otras áreas cercanas, caso de los Picos de Europa. Al contrario que los anteriores, es una especie de costumbres diurnas, adaptada a moverse por medios agrestes y roquedos donde muy pocos vertebrados son capaces de desenvolverse con igual agilidad y destreza. Las hembras, acompañadas de sus crías y jóvenes de hasta un año de edad, forman manadas, que son dirigidas por una hembra vieja y pueden llegar a constar de varias decenas de ejemplares. Estos grupos se hacen más numerosos durante el otoño-invierno, cuando los machos, hasta entonces solitarios, se unen a las hembras durante el celo.

Estas cuatro especies de ungulados silvestres son objeto de gestión cinegética dentro de los terrenos del Parque Natural, lo que constituye una importante fuente de ingresos para la economía de los pueblos de la montaña.

Por último, entre los roedores, grupo en el que tienen cabida, además de la ardilla, un buen número de ratones, ratas y topillos, merece la pena destacar la presencia del lirón gris, una especie forestal típica del bosque atlántico. De hábitos nocturnos, vive en grupos familiares que construyen nidos de hojas frescas en el interior de las oquedades de los árboles, mostrando una gran capacidad para trepar y saltar entre las ramas. Por el contrario, durante la época fría, hiberna en una galería excavada en el suelo. También tienen interés las

ratas de agua, con dos especies muy similares, de cuerpo rechoncho y hocico romo, pero distintas costumbres. La rata de agua propiamente dicha (*Arvicola sapidus*) vive ligada a cursos fluviales y arroyos, medio en el que se desenvuelve a la perfección, siendo muy buena nadadora y buceadora. En cambio, su congénere, la rata topera (*A. terrestris*), se asocia a medios terrestres, donde construye entramados de galerías subterráneas que se descubren por los montones de tierra y hierba que deposita en torno a los agujeros de entrada. Durante el invierno, excava, en ocasiones, estas galerías entre el suelo y la capa inferior de la cubierta de nieve, apareciendo con el deshielo largos tubos de tierra o canalillos desprovistos de hierba que constituyen rastros inequívocos de su actividad. Finalmente, en las zonas más elevadas del Parque, en canchales y áreas pedregosas en el límite de pastizales, establece su territorio el topillo nival, un simpático roedor de hocico chato y pelaje pardo grisáceo, que se deja ver ocasionalmente a pleno día corriendo apresuradamente de un escondite a otro.

Mejores oportunidades de observación brinda al caer la noche, cuando sale a buscar alimento al descubierto entre grandes medidas de precaución y continuas paradas para olfatear el ambiente. Si se tiene la fortuna de tropezar con uno en esta circunstancias, basta quedarse muy quieto para poder disfrutar de sus quehaceres, a veces, a muy corta distancia y a simple vista.



En no raras ocasiones el lirón gris anida en las viejas techumbres, pródigas en recovecos, de chozos y cabañas.



Rata de agua (*Arvicola sapidus*).

Aves de la Montaña Palentina

El Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina destaca asimismo por su avifauna, tanto por el número de especies que se han citado, alrededor de 200, como por la presencia de poblaciones destacadas de algunas aves amenazadas o características del bosque atlántico y de las altas cumbres de la cordillera Cantábrica. Así, en la alta montaña del Parque, donde la hostilidad del ambiente parece poco apropiada para el asentamiento de muchas especies, sorprende descubrir una comunidad de passeriformes alpinos variada y de gran interés, con especies tan atractivas para el observador como el pechiazul, el roquero rojo o la collalba gris, visitantes estivales de plumaje llamativo que aprovechan la explosión de recursos que ofrecen las zonas altas durante el verano. Otras aves como el acentor alpino, la bisbita alpino o las chovas piquigualda y piquirroja, permanecen de forma sedentaria en la montaña, aunque adoptan un comportamiento nómada fuera de la época de cría que les permite amoldarse a los cambios climatológicos y a las nevadas descendiendo temporalmente a cotas más bajas.

El gorrión alpino proporciona otro ejemplo de adaptación a la alta montaña de singular interés, al ser una de las pocas aves capaces de resistir el invierno en las cotas más elevadas, a costa de diminutos insectos que el viento deposita en los neveros. Fuera de la época de cría, estos gorriónes se reúnen en bandos numerosos, a veces compuestos por varias decenas de ejemplares, que divagan por amplias áreas alpinas, acompañando en ocasiones a los montañeros alrededor del buzón de cumbres, donde su comportamiento resulta extraordinariamente confiado. En este mismo ambiente, el treparriscos aparece de forma localizada, asociado a cantiles rocosos y canchales, por los que se mueve ágilmente trepando como un ratón y entrando y saliendo continuamente de grietas y cavidades en busca de arañas y otros invertebrados. Habitualmente se detecta primero por su silbido largo, fino y agudo, que muchas veces lanza en vuelo, instante en el que parece una enorme



Izquierda: acentor alpino. *Derecha:* macho de pechiazul.

mariposa de alas redondeadas, con grandes manchas rojas y contrastadas motas de color blanco.

También en las zonas supraforestales del Parque, donde los pastizales luchan por mantenerse libres de brezos y escobas, encuentra su hábitat la perdiz pardilla, una especie que ha visto menguar ostensiblemente sus poblaciones en las últimas décadas, quedando relegada a áreas de matorral en la cabecera de los valles. A su lado, resultan comunes pájaros como la curruca rabilar-ga, el acentor común y la bisbita campestre. Esta última especie, propia de páramos, eriales y zonas abiertas en general, penetra en la Montaña Palentina en densidades que contrastan con su escasez en áreas colindantes de la cordillera.

Otro grupo relevante en el ámbito del Parque está formado por las aves forestales, entre las cuales se contaba el urogallo hasta su precipitada extinción como reproductor en los años 80 del siglo XX. Con posterioridad, se siguieron detectando machos aislados durante algún tiempo, entre ellos un ejemplar "loco" que atacaba a los senderistas y a los coches en las cercanías de Velilla del Río Carrión, mostrando un comportamiento agresivo y temerario que parece darse con cierta frecuencia en las poblaciones en regresión o al borde de la extinción.

Desaparecido el urogallo, los pájaros carpinteros se erigen en los representantes más destacados de la avifauna forestal del Parque, con poblaciones de interés a nivel nacional en el caso del picamaderos negro, el mayor de los pícidos ibéricos, y el pico mediano, que alcanza buenas densidades en los robledales montanos, mostrando preferencia por los sectores maduros del bosque.



Gorrión alpino en plumaje de verano.



Macho de treparriscos.

Pico mediano.





Pito ibérico.



Totovía.

De pico menor se conoce un pequeño núcleo reproductor muy localizado, mientras que el pito real ibérico (*Picus viridis sharpei*), que para algunos autores debería ser considerado una especie independiente (*P. sharpei*) con categoría de endemismo ibérico, resulta abundante, en especial en sotos y bosques de ribera bien conservados. Dado el tipo de hábitat en que se desenvuelven, estas aves resultan, en general, difíciles de observar, siendo el mejor momento para ello la primavera temprana, cuando el bosque permanece libre de follaje y las aves muestran una importante actividad relacionada con el celo, con sonoros reclamos y tamborileos que, en algunas de ellas, se escuchan a gran distancia. Más adelante en la temporada, se unen a este concierto forestal los trinos de paseriformes de gran interés para el observador de aves como el papamoscas cerrojillo, un reproductor escaso y localizado en robledales de la cara sur de la cordillera, y el agateador norteño, una especie difícil de separar de su congénere el agateador común excepto por el canto. Además, en determinados rincones del espacio protegido, es posible detectar al picogordo, mientras que los extensos pinares de repoblación de Guardo y Velilla del Río Carrión acogen uno de los más importantes núcleos de piquituerto de la montaña cantábrica.

Otras especies llamativas seleccionan áreas de borde forestal, como la totovía, que resulta muy común en las zonas bajas y de media montaña del Parque, o el chotacabras gris, que llega a la Montaña Palentina hacia finales de abril, cuando se empieza a oír su curioso runruneo en las horas del crepúsculo, en linderos y claros asociados a landas de matorral o pastizales. Esta especie resulta más abundante en los fondos de valle y en el límite meridional del Parque, resultando escasa en zonas altas. En cambio, el verderón serrano selecciona la franja superior del bosque, formando bandos bien cohesionados al final del verano, con aves que se muestran muy activas y se mueven al unísono entre puntos de alimentación en el suelo y de refugio en los árboles.

Aparte de estos grupos de aves ligados a distintos medios, en la Montaña Palentina existen poblaciones importantes de aves rapaces. Las más comunes y frecuentemente observadas son el busardo ratonero y el cernícalo vulgar, que cazan en terrenos abiertos y se dejan ver con facilidad sobrevolando los campos o mientras otean a sus presas desde cualquier atalaya. Igualmente abundante resulta el gavi-lán, aunque pasa mucho más desapercibido por sus costumbres forestales, al igual que sucede con el cárabo, si bien esta rapaz nocturna resulta más fácil de detectar por su ulular característico que anuncia su presencia en los territorios de caza de cada valle y cada monte arbolado al caer la noche. El milano negro también es frecuente, sobre todo en zonas bajas, pasando a ser una de las rapaces dominantes a medida que se abandona el ámbito de la montaña en dirección a la meseta. Por el contrario, su congénere, el milano real, es un nidificante escaso que se vuelve algo más numeroso durante el invierno, cuando el milano negro se haya recluido en sus cuarteles de invernada en el África subsahariana.

Otra rapaz muy presente en los cielos del Parque es el buitre leonado, que se estableció en la zona a finales de los años 80 y cuenta en la actualidad con varias decenas de parejas reproductoras. No obstante, la Montaña Palentina es área de campeo habitual para otras colonias de buitres asentadas en comarcas más o menos alejadas, lo que explica la cantidad de ejemplares que ocasionalmente se concentran en terrenos del Parque en torno a carroñas y cadáveres de animales silvestres.

Menos numerosos, aunque relevantes dentro del conjunto de la provincia, son los efectivos que mantienen el águila real, con unas 8 parejas, y el halcón peregrino, con unos 30 territorios ocupados en torno a cantiles rocosos, situados incluso a gran altitud. Entre las rapaces nocturnas, se han localizado varias parejas de búho real, que dependen igualmente de la existencia de roquedos pródigos en oquedades y cuevas apropiadas para anidar.

En cualquier caso, la comunidad de rapaces del Parque varía considerablemente a lo largo del año. Así, durante la primavera y hasta el otoño, se hacen frecuentes en la Montaña Palentina varias especies estivales, como el alimoche, la aguililla calzada, la culebrera europea y el abejero europeo. Junto a ellas, el aguilucho cenizo resulta más escaso y aparece restringido a las vegas del Pisuerga, ya en los confines meridionales del espacio protegido.

Águila real adulta.





El buitre leonado surca con frecuencia los cielos del Parque.

En esta zona sorprende descubrir, al final del verano, bandadas de cernícalos primillas que, una vez finaliza la temporada de cría, se concentran en campos de cereal cosechados y prados de siega con una alta densidad de ortópteros.

Otras rapaces se presentan de manera ocasional, incluyendo aves tan vistosas como el águila pescadora, que se observa con cierta regularidad en los embalses de la zona durante los pasos migratorios, y el buitre negro, que se detecta cada vez con más frecuencia asociado a grupos nómadas de buitre leonado que cubren largas distancias en busca de alimento. Igualmente interesante resulta la presencia accidental del quebrantahuesos, una especie en peligro de extinción en la península Ibérica, cuyo área de cría se limita a los Pirineos y sierras prepirenaicas. Tanto jóvenes en dispersión como adultos han sido avistados en la Montaña Palentina, siendo de esperar que aumenten las citas si progresa con éxito el proyecto de reintroducción de la especie iniciado en Picos de Europa.

Por otra parte, la existencia de varios embalses en el ámbito del Parque Natural atrae a un elevado número de aves ligadas a medios acuáticos, desde somormujos y anátidas hasta cormoranes, garzas, limícolas y gaviotas. La mayoría de estas especies se ven durante la migración, poniendo en evidencia el importante flujo migrato-

rio que atraviesa la cordillera Cantábrica por el sector correspondiente a la Montaña Palentina, tanto en el paso prenupcial de la primavera, como en el paso otoñal, que abarca desde el mes de agosto al mes de noviembre.



Durante la primavera temprana es posible observar al mismo tiempo somormujos lavancos en plumaje de verano (izda.) y en librea de invierno (dcha.).



El chorlitejo chico (izda.) y el andarríos chico (dcha.) nidifican en torno a ríos y embalses del Parque.

Lo habitual en estas fechas es que bandos de cucharas, ánades rabudos y frisos, silbones y gansos recalen durante horas o días en las aguas abiertas de los embalses, mientras en las orillas se hace notar la presencia de individuos aislados o pequeños grupos de correlimos, chorlitejos, archibebes o agachadizas comunes, entre otras especies más raras o accidentales. Tan solo el somormujo lavanco, el zampullín chico, el ánade azulón, la focha común, el chorlitejo chico y el andarríos chico nidifican habitualmente en los embalses del Parque. Esta última especie se extiende además a algunos tramos fluviales bien conservados, siendo especialmente notable la población que ocupa el curso alto del Carrión, aguas arriba del embalse de Camporredondo de Alba.

La variedad de aves asociada a los embalses de la Montaña Palentina también decae durante el invierno, cuando lo habitual es que el somormujo lavanco, el ánade azulón y la focha común sean las especies más frecuentes, acompañadas de un número variable de porrones europeos y moñudos, cercetas comunes y cormoranes grandes. En esta época, aunque también en otras estaciones, pueden aparecer de forma irregular bandos de gaviotas reidoras y, en menor número, ejemplares solitarios o pequeños grupos de gaviotas patiamarillas y sombrías.

Un último aspecto de interés, en el contexto actual de cambio climático, es la detección creciente de especies típicamente mediterráneas en el ámbito de la Montaña Palentina. Un buen ejemplo lo proporciona el críalo, que cuenta con un incipiente núcleo reproductor en el entorno del embalse de Aguilar, a las puertas del Parque Natural, o la golondrina dáurica, cuya nidificación en la presa de Requejada en el año 2000 puede ser la avanzadilla de una próxima colonización de la comarca. Precisamente, el avance de estas u otras especies hacia áreas cada vez más norteñas es una de las previsiones que auguran los ecólogos en relación con el calentamiento del planeta.



Golondrina dáurica (izda.) volando en compañía de golondrinas comunes (dcha.).

Anfibios y reptiles

Al menos 12 especies de anfibios y 14 de reptiles conforman la fauna herpetológica de la Montaña Palentina. Tanto unos como otros son animales ectotermos, que necesitan de fuentes externas de calor para activar su metabolismo. Esto limita su periodo de actividad anual a los meses menos fríos, presentando un periodo más o menos largo de hibernación según la especie, pero que abarca, en general, desde el otoño hasta la primavera. De hecho, a medida que avanza el otoño, las distintas especies se van retirando paulatinamente a galerías subterráneas, escondrijos bajo las piedras, recovecos en pilas de leña, etc. Por el contrario, con el aumento de las horas de luz y la subida de las temperaturas que caracterizan la primavera, anfibios y reptiles vuelven a la actividad y cobran protagonismo en los distintos ambientes del Parque, convirtiéndose en presas importantes para muchos depredadores.

El grupo de los anfibios reúne un conjunto de organismos estrechamente vinculados a distintos tipos de medios acuáticos, de los que dependen sobre todo para la reproducción. Desde torrentes de montaña de corriente fría y oxigenada, hasta turberas rezumantes de aguas semiestancadas, charcas temporales o pilones artificiales construidos como bebedero para el ganado, son aprovechados por tritones, ranas y sapos para aparearse y hacer sus puestas durante la primavera y el verano. A partir de ese momento, tanto los huevos como las larvas necesitan de un entorno acuático para completar su desarrollo, pero los adultos de muchas especies se ven entonces capacitados para abandonar las zonas de cría y ocupar otro tipo de hábitats. De este modo, pueden aparecer incluso en lugares aparentemente secos y alejados de cualquier punto de agua, si bien en esa situación evitan la exposición al sol adoptando una actividad nocturna. En cualquier caso, muestran preferencia por ambientes de alta humedad, como puede ser el suelo del bosque. De hecho, entre la hojarasca de hayedos y robledales, es relativamente sencillo tropezarse con la rana bermeja, uno



La salamandra común (izda.) y el sapo corredor (dcha.) son anfibios de costumbres muy terrestres.

de los batracios más abundantes y característicos del Parque, de tonos pardos o verdosos, con una ancha banda temporal oscura que va desde los orificios nasales hasta detrás del ojo. En este entorno, abunda igualmente el sapo común, rechoncho y de cuerpo verrugoso, y la salamandra común, una especie de coloración muy



Tritón alpino

variable que, en este sector de la cordillera Cantábrica, suele ser amarilla con dos bandas anchas de color negro a lo largo de los costados. También lejos del agua puede ser encontrado el sapo corredor, un sapo relativamente pequeño y de aspecto grueso, con patas cortas que no le permiten saltar, por lo que se mueve a base de pasos torpes pero rápidos, lo que explica su nombre común. Otra especie de comportamiento muy terrestre es el sapo partero, que llega a ocupar áreas elevadas en la montaña. Durante la primavera y parte del verano, es posible detectar su presencia por el canto aflautado de los machos, que emiten al caer la noche desde una galería subterránea o desde un escondite bajo una piedra. El canto repetitivo, con ligeras diferencias en el tono, de varios machos próximos entre sí da lugar a delicadas sinfonías que merece la pena pararse a disfrutar. Es característico de esta especie que, tras la fecundación, los machos transporten los huevos sobre sus patas traseras, lo que les obliga a reunirse en charcas y puntos de agua hasta que tiene lugar la eclosión y liberación de los renacuajos.

El resto de anfibios presentes en el Parque se observan principalmente en ambientes acuáticos. Así, el tritón alpino, con su vistoso vientre de color rojo anaranjado, puede ser localizado en pequeños remansos y en las orillas someras de lagunas de montaña, incluso a gran altitud, donde frecuentemente se presenta acompañado por el tritón palmeado. En cambio, el tritón jaspeado prefiere medios de aguas lentas y someras, con abundante desarrollo vegetal y situados a menor altitud. En zonas de aguas estancadas, habitualmente con vegetación palustre en las orillas, aparece la ranita de San Antonio, una pequeña pero vistosa rana de color verde vivo que demuestra una gran capacidad de salto y una gran agilidad para trepar. Las aguas quietas de áreas encharcadas, orillas de embalses y lagunas son el hogar de la rana verde, que resulta más abundante en cotas bajas, aunque puede ocupar humedales por encima de los 1500 m de altitud. En las zonas donde se establecen colonias, a veces en lugares muy degradados, organizan sonoros conciertos con su ruidoso croar. En este tipo de hábitat, y también en torno a charcas temporales, se puede encontrar el sapillo pintojo ibérico, un sapo estilizado con apariencia de rana. Por último, la rana patilarga, una especie muy similar a la rana bermeja aunque con zancas considerablemente más largas, aparece siempre en las cercanías de arroyos y cursos fluviales de montaña.



Lagartijas serrana (izda.)
y de turbera (dcha.).



Lagarto verdinegro en época de celo.

También entre los reptiles existen algunas especies típicas de ambientes húmedos, como praderas y herbazales encharcadizos, áreas fangosas asociadas a arroyos, claros forestales, sotobosques umbrosos y turberas. Este es el caso del lución, un saurio con aspecto de culebrilla que se distribuye por el norte peninsular, ocupando principalmente áreas de montaña en Castilla y León, y del eslizón tridáctilo, que recuerda igualmente a una pequeña serpiente por sus movimientos, aunque conserva patas vestigiales acabadas en tres dedos. Si bien el primero es fundamentalmente nocturno, el eslizón muestra una actividad básicamente diurna y se deja ver ocasional-

mente de forma fugaz cuando huye culebreando de los pies del observador para desaparecer inmediatamente entre la hierba o en un agujero bajo tierra. En la Montaña Palentina, se encuentran también dos serpientes de costumbres muy acuáticas: la culebra viperina, que se alimenta de anfibios, peces e invertebrados, y la culebra de collar, uno de los ofidios más comunes e inofensivos, que tiene una dieta similar pero frecuenta también medios terrestres.

Otro conjunto de reptiles se observa comúnmente en roquedos, muros de piedra, tapias y medios similares a distinta altitud. Es el caso de las lagartijas serrana, roquera e ibérica que, en muchas libreas, muestran patrones y coloraciones similares. La serrana llega a ocupar áreas rocosas en la alta montaña. Es un endemismo ibérico de aspecto robusto, con machos que, en la cordillera Cantábrica, suelen lucir una vistosa tonalidad verde con dos pequeños pero llamativos ocelos de color azul en las axilas. Por el contrario, la lagartija de turbera, que también alcanza cotas muy elevadas, incluso por encima de los 2000 m de altitud, prefiere brezales y áreas turbosas, y muestra coloración pardusca, aunque se reconoce mejor por su cabeza notablemente corta. También en terrenos del Parque Natural se encuentra la lagartija colilarga, una especie más mediterránea que puede ser localizada en zonas abiertas y meridionales del espacio protegido.

Esta diversidad de pequeñas lagartijas, se completa con otras tres especies de lagartos de mayor tamaño. El más frecuente de ellos es el lagarto verdinegro, un endemismo ibérico que se distribuye principalmente por el tercio noroccidental de la península, habitando sotos y áreas boscosas con matorral arbustivo. Si bien las hembras son pardas, los machos lucen al principio de la primavera, en pleno celo, una vistosa librea de color verde brillante con la cabeza azul turquesa. En cambio, los machos de lagarto verde solo exhiben la garganta de color azul. Esta especie penetra en la península Ibérica asociada a los ambientes eurosiberianos, alcanzando áreas de media montaña en la cornisa Cantábrica. Por último, el lagarto ocelado, que puede superar los 70 cm de longitud, se revela más abundante en las zonas de mayor influencia mediterránea del Parque. Estas tres especies se detectan y observan con cierta facilidad en determinados momentos de la primavera, cuando se muestran muy activos y salen al borde de caminos y senderos para termorregular sus cuerpos exponiéndolos directamente a los rayos del sol.

Por otro lado, en el Parque Natural, y aparte de las culebras viperina y de collar, son comunes dos pequeñas serpientes no venenosas del género *Coronella*, como son la culebra lisa europea, que aparece en el entorno de matorrales y roquedos montanos, donde se alimenta básicamente de lagartijas, y la culebra lisa meridional, que prefiere zonas arbustivas de ambiente mediterráneo situadas a menor altitud. Junto a estas, existe un vipérido, la víbora de Seoane, cuya distribución mundial se restringe al norte de la península Ibérica, donde habita pastizales y zonas de matorral abierto hasta 1500 m de altitud, aunque excepcionalmente se ha observado en cotas superiores. Esta víbora, de cuerpo grueso y cola relativamente corta, que raramente supera los 50 cm de longitud, cuenta con dos colmillos protractiles en posición anterior de la boca a través de los cuales inyecta un potente veneno a sus presas (micromamíferos, lagartijas, anfibios, aves). Su diseño y coloración resultan muy variables, aunque lo habitual es que presente una banda dorsal fragmentada en forma de zig-zag. Este dibujo no aparece, sin embargo, en individuos melánicos, que resultan especialmente frecuentes en áreas de montaña.



La víbora de Seoane es el único reptil de la Montaña Palentina potencialmente peligroso para el hombre. Estar precavidos de su presencia y llevar un calzado fuerte son la mejor protección frente a su picadura.

Peces del curso alto del Pisuerga y el Carrión

El ámbito del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina comprende el curso alto de un buen número de cauces y arroyos de montaña, lo que limita la presencia de peces a unas cuantas especies capaces de colonizar el tramo de cabecera de los ríos. La existencia, además, de varias presas a lo largo de los cauces principales constituye un obstáculo insalvable que limita los movimientos naturales de los peces y aumenta su grado de aislamiento hasta niveles que pueden comprometer su conservación, como debió ocurrir con la anguila, cuya pesca se cita en documentos del siglo XIX. Aún así, los ríos del Parque Natural poseen una interesante variedad, especialmente elocuente en lo que se refiere a los ciprínidos. Dentro de esta familia, la especie más representativa de los ríos del Parque es la bermejuela, un pez sedentario y de costumbres gregarias, que habita incluso riachuelos de escasa entidad, en los que se alimenta de pequeños invertebrados acuáticos. Su nombre deriva de una mancha roja que presenta en la base de las aletas pares y anal, muy notoria durante la época de celo. Junto a ella aparece el gobio, que se cree originario de las cuencas del este ibérico y sur de Francia, desde donde

dio el salto a la cuenca del Duero a partir del siglo XIX. Es un pez bentónico, que forma pequeñas agrupaciones en tramos de corriente moderada y fondos arenosos o de grava. Si bien presenta barbillones sensoriales a ambos lados de la boca que le hacen parecer semejante a un barbo, se identifica claramente por las manchas oscuras que se alinean a lo largo de sus flancos.



Un caso parecido al del gobio lo proporciona el piscardo, que debió ser introducido en el sistema fluvial del Duero a principios del siglo XX, procedente de cuencas vecinas en las que se considera autóctono. En cualquier caso, ocupa actualmente la mitad oriental de la cuenca del Duero, penetrando por el Pisuerga y el Carrión hasta los cursos de su cabecera, y apareciendo incluso en embalses y lagos de montaña. Es un pez pequeño y de coloración contrastada, que da



La bermejuela (*arriba*), el gobio (*centro*) y la lamprehuela (*abajo*) son peces de talla pequeña frecuentes en los ríos del Parque. Mientras que los dos últimos son bentónicos, las bermejuelas nadan en la columna de agua formando pequeños cardúmenes.



La variedad de trucha común que habita los ríos del Parque Natural, de aguas frías y bien oxigenadas, se caracteriza por presentar una tonalidad general amarillenta y el cuerpo densamente cubierto de pintas rojas y negras.

lugar a grandes cardúmenes. Otros ciprínidos de mediano tamaño, como la boga del Duero, el barbo común y el bordallo, alcanzan de forma natural los límites meridionales del Parque y pueden aparecer en las aguas remansadas de los embalses.

Con todo, la especie más destacada de la Montaña Palentina es la trucha común, un salmónido de tamaño medio y tonalidad verdosa, generalmente con profusión de motas negras y rojas en los costados. Propia de aguas frías y de corriente rápida, con fondos de guijarros y cantos rodados, ha sido tradicionalmente el recurso pesquero más solicitado en los ríos del Parque, donde antaño era posible capturar ejemplares de grandes dimensiones, que podían llegar a rondar el metro de longitud.

En las corrientes de aguas claras y oxigenadas del Parque aparece también la lamprehuela, un pececillo bentónico de hábitos crepusculares y sedentarios. Es un pez muy pequeño y alargado, que presenta tres pares de barbillones alrededor de la boca con los que palpa el lecho fluvial en busca de invertebrados acuáticos.

Una última especie, la perca americana o *blackbass*, ha sido introducida en el embalse de Aguilar de Campoo con fines deportivos. Se trata de un pez exótico y de alimentación piscívora que representa una seria amenaza para la conservación de los ciprínidos autóctonos de pequeño tamaño que habitan ese tramo del Pisuerga.



La boga del Duero está presente en el curso medio de los principales ríos de la cuenca del Duero.



Reina de *Bombus pascuorum*.



Reina de *Bombus terrestris*.



Reina de *Bombus lapidarius*.



Bombus soroeensis subsp. ancarinus.

Apuntes sobre la fauna invertebrada

Si la comunidad de vertebrados resulta diversa y abundante en la Montaña Palentina, mucho más lo es el conjunto de invertebrados que puebla los distintos hábitats del Parque. Esto resulta patente en determinados periodos del año. Así por ejemplo, coincidiendo con el momento álgido de la floración primaveral, los pastizales y la campiña del espacio protegido se llenan literalmente de mariposas, dípteros, abejas y abejorros, coleópteros, chinches, arácnidos... Basta con pararse a estudiar en detalle una flor o una porción de suelo para descubrir un incesante ir y venir de pequeños organismos, algunos de ellos increíblemente hermosos, con diseños extraordinarios y combinaciones de colores inimaginables. A pesar de su tamaño, muchas veces diminuto, desempeñan un papel trascendental en el funcionamiento de los ecosistemas terrestres, siendo responsables de la polinización de muchas plantas, interviniendo en la descomposición de la materia orgánica y formando parte esencial de la cadena alimenticia, entre otros procesos básicos de la naturaleza.

Un grupo especialmente interesante en el ámbito del Parque Natural es el de los abejorros, integrado por una amplia variedad de especies del género *Bombus*. Son himenópteros sociales muy relacionados con las abejas, de las que se distinguen por su aspecto más robusto y rechoncho, así como por la densa pilosidad que cubre sus cuerpos. La mayoría poseen diseños contrastados y muy atractivos, con bandas blancas, amarillas y naranjas intercaladas con franjas negras. Al contrario que sus parientes, carecen de aguijón y, por tanto, no pueden atacar ni defenderse por medio de picaduras. En la cordillera Cantábrica se han encontrado al menos 30 de las 38 especies que actualmente se reconocen en la península Ibérica.

En la Montaña Palentina existe una llamativa diversidad de abejorros que desempeñan un papel ecológico fundamental como agentes polinizadores de un amplio elenco de plantas vasculares.

Igualmente llamativos son los lepidópteros, de los que se han catalogado unas 140 especies diurnas, siendo estimado el número de nocturnas en el orden de las 800 especies. Entre las mariposas diurnas existen tres taxones estrictamente protegidos. Uno de ellos es la mariposa apolo (*Parnassius apollo asturiensis*), que destaca por su envergadura y se asocia a zonas elevadas, si bien en la Montaña Palentina puede ser observada en pastizales y zonas rocosas a partir de 1200 m de altitud. Los otros dos son la hormiguera oscura (*Maculinea nausithous*), que aparece de forma escasa en prados encharcados y turberas, asociada a una discreta herbácea perenne denominada pimpinela mayor (*Sanguisorba officinalis*), y *Euphydryas aurinia castillana*, que vuela cerca de bosques de ribera y en claros forestales.

Otras especies interesantes, propias de la alta montaña del Parque, son las montañesas, mariposas del género *Erebia* que lucen oscuras libreas y que incluyen varias subespecies restringidas a este sector de la cordillera y Picos de Europa, así como una especie endémica, la montañesa gigante (*Erebia palarica*), bautizada así por ser la erebia de mayor tamaño de la península Ibérica (hasta 55 mm de envergadura). Además, en el matorral de piorno serrano, por encima de los 1600 m de altitud vuela *Pieris ergane*, una de las mariposas más raras, por su escasez, de Castilla y León y de todo el país. En este ámbito, habitando pastizales subalpinos y alcanzando incluso la zona de cumbres, se descubre otro pequeño endemismo de la cordillera Cantábrica, *Colias phicomone juliana*, que en la Montaña Palentina parece restringida a los cordales que culminan en Peña Prieta y Curavacas, en el límite con la provincia de León.

Por último, merece la pena destacar las agrupaciones de mariposas azules que muchas veces se encuentran durante el verano a orillas de charcas, arroyos y riachuelos en distintas zonas del



De arriba abajo: mariposa apolo, *Euphydryas aurinia* y hormiguera oscura, lepidópteros diurnos protegidos presentes en el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina.



Parque. Estas mariposas son machos de niña coridón (*Polyommatus coridon asturiensis*) que esperan a la eclosión de las hembras y levantan el vuelo al unísono al paso del senderista. Nubes parecidas se forman también de imagos de otras especies, como *Aporia crataegi*, que se reúnen en puntos determinados para tomar sales y agua del suelo. En cualquier caso, resulta interesante comprobar que, muchas veces, entre los ejemplares dominantes aparecen individuos aislados de una mayor variedad de especies.

Por otro lado, en la Montaña Palentina tienen gran relevancia varios grupos de insectos forestales, empezando por los coleópteros, entre los cuales se citan varias especies protegidas. La mayor de todas ellas es el ciervo volante (*Lucanus cervus*), uno de los artrópodos más impresionantes de la fauna europea que depende de la existencia de bosques maduros con abundancia de pies viejos y tocones de madera muerta. Este mismo requisito resulta indispensable para dos llamativos cerambícidos o longicornios, como son *Rosalia alpina*, que muestra una estrecha relación con el haya, y *Cerambyx cerdo*, vinculado a bosques de roble. Estos escarabajos, de cuerpo estirado y antenas excepcionalmente largas, especialmente en los machos, resultan escasos en el Parque. El primero es un pequeño coleóptero inconfundible por sus tonos grises y azulados, mientras que el segundo alcanza gran tamaño y luce una coloración completamente negra a excepción del extremo de los élitros que tiende a marrón o castaño.

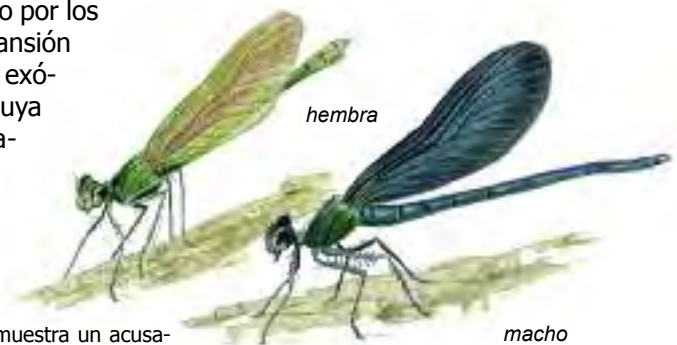
También ha sido destacada la gran variedad de himenópteros del suborden de los *Symphyla* que habita en los bosques de frondosas del Parque Natural. A este grupo pertenecen un conjunto muy diverso de pequeñas avispijas de características primitivas que, por lo general, se alimentan

Arriba: el ciervo volante (*Lucanus cervus*) es el mayor coleóptero de la fauna europea; los machos pueden alcanzar 90 mm de longitud y poseen mandíbulas desproporcionadamente grandes con las que se enfrentan a sus rivales durante el cortejo. *Abajo:* los machos del longicornio *Rosalia alpina* exhiben antenas que superan la longitud de su cuerpo.

en las flores (ya sea de savia, polen o néctar). Las hembras de muchas especies significativas disponen de un ovopositor en forma de sierra o taladro con el que consiguen cortar los tejidos vegetales para depositar los huevos en su interior. Una vez eclosionan, las larvas son, en su mayoría, fitófagas y se alimentan de hojas, tallos o madera, demostrando una gran especialización, de forma que cada especie se halla en una planta determinada que constituye su planta nutricia.

Otro ámbito con una fauna invertebrada interesante, son los pequeños arroyos de montaña que abundan en el Parque Natural. En ellos resulta muy común el siempre llamativo escorpión de agua (*Nepa cinerea*), un chinche o heteróptero acuático que vive en remansos, sobre fondos fangosos, y que dispone de un largo apéndice respiratorio en el extremo del abdomen que le permite captar oxígeno sin necesidad de salir a la superficie. Sus hábitos subacuáticos le habilitan para permanecer activo a lo largo de todo el año, al contrario que otros habitantes del medio fluvial que solo emergen en los meses más cálidos. Esto es lo que ocurre con los odonatos, libélulas y caballitos del diablo, que patrullan con gran maestría de vuelo cortos tramos de río, moviéndose a gran velocidad y con bruscos cambios de dirección. Entre ellos es muy abundante *Calopteryx virgo*, cuyos machos se identifican fácilmente por sus colores metálicos y sus alas tintadas de azul. En esta época del año, el lecho fluvial, en tramos de aguas corrientes y fondo de guijarros, contiene gran número de ninfas y larvas de insectos, desde efémeras, libélulas y caballitos, hasta moscas de las piedras (plecópteros) y tricópteros. Estas últimas producen hilos de seda que utilizan para construir curiosas cápsulas hechas a base de piedrecitas y restos vegetales de las que apenas sacan la cabeza y las patas para desplazarse por el fondo. La morfología y el tamaño de estas "casitas ambulantes" permite su identificación, muchas veces hasta el nivel de especie.

Otro invertebrado acuático de mención obligada es el cangrejo de río autóctono (*Austropotamobius pallipes*) que hasta mediados del siglo XX era común en casi todos los ríos del Parque, pero que en la actualidad apenas sobrevive acorralado en reductos aislados de las cuencas principales y en tramos fluviales de alta montaña. El drástico declive sufrido por este "cangrejo de patas blancas", no solo en la Montaña Palentina sino en toda la península, ha sido provocado por una enfermedad muy contagiosa, la *afanomicosis*, producida por un hongo que se ha difundido por los ríos ibéricos asociado a la expansión del cangrejo señal, un crustáceo exótico, de origen americano, cuya introducción prohíbe explícitamente la legislación actual.



El caballito del diablo *Calopteryx virgo* muestra un acusado dimorfismo sexual, con hembras de tonalidad verde-metálica y machos intensamente azules.

El discurrir de las estaciones en la Montaña Palentina



Invierno

Avanzado el mes de diciembre, cuando por fin las fechas del calendario confirman la llegada del invierno, hace ya semanas que la nieve cubre las zonas altas del Parque, dibujando un precioso telón de fondo a los montes pardos y grises de bosques sin hoja. El frío y el silencio se han adueñado de la montaña y apenas se escuchan tímidos reclamos de reyezuelos, carboneros y agateadores entre las ramas de los árboles, o de bisbitas en los campos. En el fondo de los valles, muchos pueblos parecen solitarios, con solo algunas chimeneas humeantes entre una generalidad de casas cerradas. Muy pronto la nieve bajará aún más y cubrirá los tejados y las calles, dificultando durante días las comunicaciones. Para los últimos vecinos, son jornadas dedicadas a las tareas del hogar y a trabajos artesanales delante del fuego, con breves salidas al exterior para coger troncos de la leñera o para conducir las vacas hasta el pilón más cercano.

Las inclemencias meteorológicas y la escasez de alimento, o los impedimentos para acceder a él, animan también a los últimos osos a encuevarse para dejar pasar lo más crudo del invierno al amparo de la osera, sumidos en una suerte de sueño no muy profundo. No obstante, la nieve recién caída enseguida se ve surcada por rastros de zorros, liebres, corzos y ciervos que delatan los esfuerzos del resto de la fauna por conseguir comida, ya sea sorprendiendo a un roedor en su madriguera, ramoneando las hojas verdes y coriáceas del acebo, o localizando algún parche de pastizal no cubierto. Estas zonas libres de nieve atraen a numerosas aves durante el día, desde zorrales y bisbitas hasta ocasionales bandos de avefrías, y son frecuentadas por los gatos monteses, que ahora extienden su periodo de actividad a las horas centrales del día. Entonces se dejan ver en actitud de caza, prospectando sigilosamente los prados y olisqueando las entradas de las galerías subterráneas en busca de topos y roedores.

De este modo, con breves periodos de calma que se intercalan al paso de sucesivos temporales, y con la línea de la nieve coqueteando con la altitud, va avanzando lentamente la estación, sin grandes cambios en un escenario que parece dormido. Por eso sorprende descubrir en pleno invierno algunos indicios que apuntan al nuevo ciclo que está por comenzar: mirlos acuáticos que se persiguen en el río en actitud de celo,

De arriba abajo: aspecto invernal del Curavacas; abedules en las faldas de la sierra de Peña Labra; San Juan de Redondos.

cigüeñas que vuelven a ocupar prematuramente los campanarios y las choperas próximas a los pueblos, lanzando al aire sonoros crotoreos, una rana que se escabulle en las gélidas aguas de un remanso o el penetrante ulular de un búho real desde un cortado calizo ribeteado de nieve helada. También de forma tempranera, algunas matitas de primulas amarillas florecen en los ribazos o en puntos soleados del bosque, y los primeros narcisos despuntan en los pastizales montanos, acompañados por las flores rosadas del diente de perro.

Para el mes de marzo, la luz cegadora de un sol velado, colgado muy abajo en el cielo, ilumina haciendo brillar los amentos ocres y amarillos que cuelgan de las ramas de chopos y avellanos. Junto a ellos, algunos sauces ya cubren sus copas de flores amarillas, introduciendo una nota primaveral en una estampa por lo demás sobria e invernal, de atmósfera transparente, con bosques que relucen pardos y grises al sol, resaltando tan solo la fronde verde y oscura de acebos y tejos. El viento, todavía a estas alturas, arranca hojas secas de los rebollos alimentando suelos tapizados de hojarasca en los que una mirada atenta descubre el discreto despertar de violetas, eléboros y anémonas.

Primavera

En la segunda quincena de marzo, apenas estrenada la nueva estación, se hace patente la llegada de numerosas aves migradoras, con golondrinas, milanos negros, culebreras y alimoches conformando la avanzada de las muchas especies estivales que se asentarán en la zona a lo largo de las próximas semanas. Al mismo tiempo, en los campos persisten bandos invernales de bisbitas comunes, zorzales reales y alirrojos, que parecen resistirse a emprender el viaje hacia sus áreas de cría en el norte de Europa. Entre ellos, ahora es posible distinguir individuos solitarios de bisbita alpino, que comienzan a regresar al ámbito de la montaña y muy pronto reclamarán un territorio en las zonas más elevadas del Parque exhibiéndose en vistosos vuelos de celo y luchando contra el viento por que se oiga su letanía. Entretanto, los osos han abandonado sus refugios invernales y merodean por el monte en busca de carroñas de ungulados que han sucumbido al invierno. Frecuentan también los pastizales subalpinos que se abren en medio de los pironales o en áreas escarpadas,



De arriba abajo: Valberzoso; anémona de los bosques; *Gentiana verna*; hayedo en el entorno de Piedrasluengas.



El discurrir de las estaciones en la Montaña Palentina (cont.)

donde dedican largas horas a pastar brotes tiernos de gramíneas y otras herbáceas. En este ámbito coinciden con manadas de rebecos, que vuelven a ocupar las alturas en busca de los pastos frescos que van quedando libres de nieve o intercalados entre los neveros.

Con lentitud pero de manera inexorable, los signos de la primavera se van afianzando a lo largo del mes de abril, por más que el paso del enésimo temporal del año vuelva a teñir de blanco la cumbre de las montañas y devuelva temporalmente la sensación invernal al paisaje. Poco a poco, los bosques ribereños reverdecen con la fructificación de los chopos, mientras en los setos y orlas arbustivas blanquean las matas de endrino y en los prados de media montaña empieza a extenderse la floración del capilote o narciso de los prados. Los bosques siguen desnudos, aunque las yemas del haya empiezan a hincharse dando al árbol una tonalidad violácea o rojiza que se transmite al conjunto de la masa y permite diferenciar con claridad los hayedos de los robledales, aún grises e inmutables. En este ambiente de primavera latente, con los árboles sin hoja y pocos pájaros aparentemente cantando, resulta sorprendente descubrir jóvenes volantes de mirlo acuático posados en los cantos rodados a orillas del río, ver a los colirrojos y a las lavanderas aportando ceba a sus polladas o incluso contemplar a los cigojinos ya crecidos asomados al borde del nido. Esta primera nidada de algunas aves tempraneras, coincide con la llegada de una nueva oleada, más numerosa si cabe, de aves estivales, que se instalan en los bosques, en la campiña y hasta en la alta montaña, llenando, ahora sí, de trinos alegres el ambiente sonoro del Parque.

Mayo marca el punto de inflexión que hace desaparecer de golpe las sensaciones invernales y hace estallar la primavera en la Montaña Palentina, con la vida bullendo en cada rincón. En las primeras semanas, el sustrato de algunos hayedos se convierte en una alfombra continua de jacintos de color azulado que se apresuran a abrir sus flores antes de que los árboles extiendan sus hojas y con ellas impidan que los rayos del sol iluminen el suelo del bosque. En ese primer momento, los hayedos se visten de un verde fresco y exultante que resalta en las laderas, pero que se apaga en pocas semanas para confundirse con el verde oscuro de los robledales albares, que por entonces, y de forma tardía, aún empiezan a echar hoja a pesar de su posición

De arriba abajo: nevada tardía en la sierra de Peña Labra; floración del diente de león en Arbejal; narcisos en Lores.

altitudinal en cotas inferiores de la montaña. Más o menos a la vez, abren sus yemas los rebollos, cuyas hojas presentan una abundante pilosidad que da a la copa del árbol un tono blanquecino muy revelador.

Mientras todo esto ocurre en el entorno forestal, en las zonas calizas han florecido las aulagas espinosas y sus matas almohadilladas de vivo color amarillo contrastan con abigarradas manchas de pequeñas carrasquillas de color azul. Para finales de mayo, un verde lleno de fuerza domina el paisaje combinado con el intenso amarillo de los piornos, que tiñen grandes extensiones de las laderas. La floración del narciso de los prados ha progresado en altitud alcanzando la alta montaña y, tras ellos, han empezado a abrirse los gamones, que en algunas zonas, bien conocidas por los lugareños, se desarrollan en altas densidades. De forma llamativa, en los prados húmedos de los valles se produce una intensa floración de orquídeas entre bistortas, botones de oro y manzanillas. La proliferación vegetal va acompañada de una inusitada abundancia de insectos: carábidos que corren entre las hierbas, cicindelas que patrullan los caminos, chinches de vistosos colores, y mariposas, abejas y moscas que no cesan de visitar las flores.

Verano

El inicio del verano viene acompañado de una notoria mejoría del tiempo, con una ostensible disminución de las lluvias y un considerable aumento de las temperaturas, que enseguida se acercan a sus máximos anuales. Los días soleados se suceden, con amaneceres radiantes y luminosos que dan lugar a bancos de niebla transitorios en algunos fondos de valle. También en las sierras que conforman el eje de la cordillera son frecuentes las nieblas, formadas por masas de nubes compactas y húmedas que ascienden desde la vertiente cantábrica y se quedan colgadas de las cumbres, a veces durante toda la jornada, deshaciéndose en jirones y desvaneciéndose al doblar la divisoria.

En esta época el campo se presenta plétórico y lleno de vida, con la vegetación pujante y de un verde intenso. Las sucesivas floraciones de la primavera se han ido diluyendo, dando paso a una amplia variedad de flores que añaden una nota de color pero ya no se erigen en protagonistas del paisaje. De hecho, las gramineas han pasado a ser dominantes, conformando un



De arriba abajo: flores del gamón; aulagar en el entorno de Estalaya; *Dactylorhiza maculata*.

El discurrir de las estaciones en la Montaña Palentina (cont.)



manto continuo de hierba alta que tapiza los pastizales y brinda cobijo a la fauna. No en vano muchos pájaros, desde alondras y totovías, hasta escribanos y tarabillas, ocultan sus nidos en el suelo, valiéndose de la densa cobertura que proporciona la vegetación herbácea en este momento. Estas y otras aves se encuentran ya ocupadas en sacar adelante a sus polladas, aprovechando la superabundancia de insectos y otros invertebrados que ha traído consigo la época estival. Incluso en la alta montaña, donde el verano parece más rezagado, ya tienen volantones los pechiazules y las jóvenes collalbas andan reclamando detrás de sus padres. También han tenido descendencia los rebecos, de modo que en las manadas se ve a las hembras preocupadas amamantando a los recentales y tratando de no quedarse rezagadas del grupo.

A finales de junio, o principios de julio si las lluvias han sido abundantes y tardías, cuando ya hace tiempo que el ganado pasta libre en los puertos, se inicia una frenética actividad en los valles con el comienzo de la siega, que, en cuestión de semanas, transformará la estampa del Parque. Poco a poco, parcela a parcela, los campos van adquiriendo una tonalidad amarillenta al tiempo que se quedan desnudos, dejando sin abrigo a roedores y saltamontes. Esto atrae a un número creciente de ratoneros, cernícalos, chovas y cornejas que se concentran en las fincas para dar cuenta del festín. Con las mismas intenciones acuden las cigüeñas, cada vez más, acompañadas por los jóvenes del año ya crecidos. Estos bandos de cigüeñas irán haciéndose progresivamente más compactos hasta convertirse en agrupaciones premigratorias. Y es que la temporada reproductora empieza a tocar a su fin, de forma prematura si se contempla desde la perspectiva de aquellas aves que afrontan ahora una segunda nidada. Este contraste es fácil de constatar incluso entre las aves que crían en los pueblos, donde los vencejos, que desde mayo eran una nube cotidiana revoloteando sobre los tejados, empiezan a desaparecer del entorno urbano, mientras golondrinas y aviones continúan entrando a cebar a los nidos instalados bajo los aleros.

Apenas iniciado el mes de agosto, la migración de las aves es ya una realidad evidente con la llegada de cientos de mosquiteros musicales y papamoscas cerrojillos que están de paso por sotos y lindes forestales. Muchos passeriformes comienzan a reunirse en grandes

De arriba abajo: Herrerueta de Castillería; tudanca en los puertos de Valdecebollas; almiar; Santa María de Redondo.

bandos que vagabundean por áreas de pastizal y brezales próximos a zonas arboladas.

Rápidamente, los signos que apuntan al final de la temporada estival se van haciendo visibles también en las hojas de los árboles, cuyo verde lustroso se va apagando, virando al amarillo en los abedules de las cotas altas y mutando al rojo en los serbales de cazadores, que se presentan ahora densamente cargados de pomos. Y es que el mes de agosto trae consigo una auténtica proliferación de frutos carnosos, con la maduración de arándanos, moras, endrinas y un gran número de bayas, que pasan a constituir una parte importante de la dieta de la fauna en general, carnívoros incluidos. De hecho, los excrementos de zorros, garduñas y tejones, relativamente frecuentes en los senderos del monte, se aprecian cargados de semillas en esta época del año. Igualmente, los osos se sienten irremediamente atraídos por esta nueva fuente de recursos y acuden a las arandaneras para recolectar sus frutos con sorprendente destreza, utilizando sus largas uñas a modo de peine. Del mismo modo, se encaraman a la copa de los escuernacabras para alcanzar sus drupas de color negro, dejando ramas descuajadas y combadas como rastro de su visita.

El final de agosto apunta ya al cambio de estación, con mañanas y tardes que se vuelven frías y cielos en los que nunca faltan las nubes. En los pastizales agostados, varias veces ramoneados, han empezado a florecer los azafrares silvestres y resultan muy visibles los calveros de césped que han levantado los jabalíes durante la noche. Los bosques han perdido color y fuerza, y en la alta montaña solo se escucha el viento y el rumor del agua en las torrenteras. Las bandadas de pájaros, siempre acompañadas de tintineos y reclamos, parecen tímidas y recelosas; tampoco las mariposas vuelan ya con la gracia de hace semanas, y la fauna invertebrada no parece abundante. En cierto modo es un periodo de transición que precede a un nuevo pero breve resurgir que tendrá lugar en los próximos meses.

Otoño

Sin esperar al cambio de estación, los últimos verañantes han ido abandonando los pueblos, casi al mismo tiempo que los aviones y golondrinas que, desde finales de agosto, se concentraban en los tendi-



De arriba abajo: el Curavacas desde los campos agostados de Vidrieros; floración del acónito; Salcedillo.

El discurrir de las estaciones en la Montaña Palentina (cont.)



dos eléctricos esperando con nerviosismo el momento de la marcha. Para los vecinos que residen todo el año en el Parque, o que al menos permanecen hasta la llegada de las nieves, es hora de hacer acopio de leña y preparativos para el invierno. A estas alturas, ya han obligado al ganado a bajar de los puertos; incluso hay quien recoge sus animales en las cuadras al caer la noche, aunque muchas reses siguen pastando al aire libre en prados y pastizales de media montaña, no muy lejos del pueblo. También los rebaños de vacuno transhumante han emprendido el retorno a sus localidades de origen, dejando atrás chozos y majadas. Mientras tanto, los últimos pastores de merinas trashumantes, envueltos en largas capas impermeables, continúan en sus puertos, mirando de soslayo y con recelo al cielo, rezando para que la lluvia y la nieve les respeten hasta los primeros días de octubre, su fecha tradicional de regreso a las dehesas extremeñas. Con un poco de suerte, septiembre se presentará cálido y seco, casi como una prolongación del verano, pero con la misma probabilidad podría resultar lluvioso y desapacible, hasta frío en la alta montaña.

De uno u otro modo, la llegada del otoño desencadena la berrea del ciervo. De forma tímida al principio, pero cada vez más descarada, los bramidos de los grandes venados resquebrajan el silencio del atardecer, retumbando en las peñas y alcanzando casi cada rincón del Parque. Muchos visitantes acuden entonces a disfrutar de este grandioso espectáculo, que hace palpitar la montaña justo cuando los colores del otoño han comenzado a imponerse devolviendo la intensidad perdida al follaje de hayas y robles, serbales y abedules, arces y chopos, cerezos y tilos. Es una auténtica delicia sentarse a contemplar desde cualquier alto la sinfonía de amarillos, naranjas y rojos que viste el monte, mientras un coro de machos celosos se disputa el dominio sobre los harenes de hembras. Hay que esperar a las horas del crepúsculo, cuando, amparados por la oscuridad creciente, los ciervos se atreven a salir a terreno descubierto y arrecian en sus llamadas. Aunque pocos ruidos más se oyen, la noche trae consigo un nuevo despertar y uno tiene la certeza de no estar solo en medio del monte, aunque pocas criaturas se dejarán observar. Un escalofrío recorre el cuerpo al pensar que, a buen seguro, en algún lugar del bosque, fuera del alcance de nuestra mirada pero posiblemente no muy

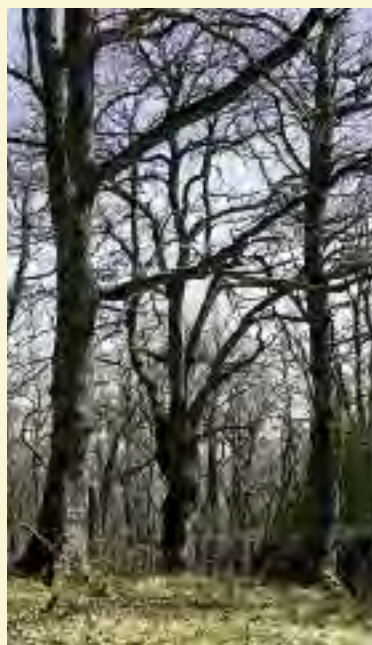
De arriba abajo: serbal de cazadores; vega del río Rivera; preparando un ramo en Triollo; bosques de Rebanal.

lejos, uno de los últimos osos de la Montaña Palentina esté merodeando por las entrañas del robledal, comiendo bellotas sin descanso para acumular las reservas de grasa que le permitirán afrontar, en solo unos meses, el periodo de hibernación.

Durante esta primera mitad del otoño, el ámbito del Parque Natural se convierte igualmente en una importante zona de paso para miles y miles de aves migratorias que, en una elevada proporción, aprovechan el anonimato de la noche para hacer su viaje. La intensidad de la migración postnupcial comienza a remitir ya entrado el mes de noviembre, tras el paso de las bandadas de gansos que, procedentes del Norte, acuden en masa a las lagunas de Tierra de Campos para pasar el invierno. Es el momento de la matanza, cuando muchas familias vuelven a reunirse en los pueblos para colaborar en la tarea de producir los embutidos que luego disfrutarán a lo largo de todo el año. Es tiempo de encuentro alrededor de la mesa, de puesta al día entre padres oriundos de la montaña e hijos que un día salieron a estudiar a la ciudad y ligaron, quizás para siempre, sus vidas laborales a un ámbito totalmente ajeno al de sus orígenes... largas horas de recuerdos y charla amena dedicadas a *envolver* la carne en cocinas y horneras, caldeadas por el fuego de la chimenea.

La misma añoranza se respira en el exterior, donde los vientos del noroeste han comenzado a deshojar sistemáticamente los bosques, empezando por los hayedos de las partes altas. El verde ha dado paso al marrón, y la única nota de color procede de la infinidad de setas que se agarran a los troncos muertos, forman corras en los prados o prosperan a los pies de los árboles, en el extremo del micelio que micorrizan sus raíces. En la alta montaña, la nieve ha vuelto a hacer acto de presencia, empujando a las manadas de rebecos hacia el cabecero de los valles, donde, algunas tardes, se puede ver a los machos persiguiéndose a la carrera por laderas empinadas y a través de los neveros mientras se disputan sus derechos sobre las hembras, que parecen ramonear la corta hierba del pastizal con desinterés y parsimonia. Al acercarse la noche, seguirán los pasos de la hembra más vieja, que sabrá guiar al resto del rebaño al refugio más seguro entre altos piornos y matas de haya, a salvo del lobo y de la brisa helada que empuja nubes de nieve contra las montañas, augurando la vuelta anticipada del invierno.

De arriba abajo: robledales de la cuenca del Pisuerga; *Amanita muscaria*; rebollar en Valle de Santullán.



El hombre en la Montaña Palentina

Tradicionalmente se asume, en base a hallazgos puntuales, que la colonización humana de la cordillera Cantábrica se produjo de forma gradual a lo largo del Paleolítico Superior, en torno a 14.000-9.000 años antes de Cristo (a. C.) coincidiendo con los momentos finales de la glaciación Würm. En este periodo, el retroceso generalizado de los glaciares fue convirtiendo en habitables parajes anteriormente inhóspitos por estar cubiertos de nieves perpetuas. Sin embargo, en el caso de la Montaña Palentina, los restos arqueológicos hallados hasta el momento solo permiten asegurar la existencia de grupos más o menos estables durante el Neolítico, entre 5.000 y 3.000 a. C. De esta época data un conjunto de pinturas rupestres descubiertas a principios del siglo XX en el entorno de Camasobres, en una pequeña cavidad cárstica conocida como cueva de los Burros. En las paredes más protegidas de este refugio se conservan, aunque en avanzado estado de deterioro, huellas de dedos y varias figuras de trazo simple y esquemático, que parecen representar, entre otros motivos aislados, una escena de caza.

De este mismo periodo, abarcando hasta la Edad del Bronce, proceden diversos monumentos megalíticos, en su mayoría túmulos funerarios como los que se citan en el valle de Tosande y Cillamayor. Eran enterramientos colectivos formados por una cámara circular o poligonal que, en la mayoría de los casos, comunicaba con el exterior por medio de un corredor o pasadizo de acceso, todo ello definido mediante grandes losas hincadas en el suelo y cubiertas con lajas horizontales a modo de techo. Una vez construida, esta estructura era soterrada bajo una acumulación de piedras y tierra con forma de montículo semiesférico, que es lo que realmente constituye el túmulo. Este tipo de sepulcro puede aparecer aislado, pero en muchos lugares se encuentra formando parte de laxos conjuntos funerarios que estarían ligados a grupos humanos bien asentados y organizados, los cuales, en ese momento, ya se repartían por muchos valles de la cordillera.



Cántabros y romanos

Avanzando en el tiempo, hacia el año 600 a. C. se registra la llegada al norte ibérico de grupos de pobladores celtas que, tras entrar en contacto con las comunidades nativas, pasaron a integrarse en ellas dando origen, en el ámbito que nos ocupa, al legendario pueblo de los cántabros. Estos habitaron no solo la Montaña Palentina, sino también las planicies de piedemonte al sur de la cordillera, extendiendo sus dominios hasta la Montaña Oriental Leonesa por el este y hasta la costa por el norte. Uno de sus principales asentamientos, el poblado de Tamárica, pudo estar radicado en algún lugar entre Veliilla del Río

Izquierda: estela de Acida, lápida con inscripción cántabra encontrada y conservada en Ruesga.



Fuente de la Reana y ermita de San Juan (Velilla del Río Carrión).

Carrión y Guardo si nos atenemos a la descripción de Plinio el Viejo, que lo sitúa al pie de las fuentes Tamáricas. Estas surgencias, en número de tres y muy próximas entre sí, llamaron la atención del historiador romano por ser un manadero intermitente que auguraba prontas desgracias a todo aquel que se atrevía a contemplarlo cuando no echaba agua. Esta descripción concuerda con la actual fuente de La Reana de Velilla del Río Carrión, en la que los investigadores reconocen formas constructivas de la época imperial romana.

Los cántabros eran un pueblo matriarcal, en el cual la mujer desempeñaba un papel preponderante tanto en la organización social, como en la distribución de los bienes. Su subsistencia se basaba en la caza y la recolección, con una agricultura rudimentaria que los hacía proclives a completar sus necesidades mediante incursiones en los poblados de sus vecinos del sur, los vacceos, que estaban mucho mejor organizados para el trabajo de las tierras. Vivían en poblados protegidos por murallas, taludes, fosos o torreones de piedra, que se situaban, por lo general, en montículos ligeramente destacados del terreno circundante, dominando las vegas fluviales en las cercanías de ríos o fuentes. Otras veces, se disponían en lo alto de escarpes de difícil acceso y clara finalidad defensiva. Con el devenir de la historia, su carácter guerrero y hostil los convirtió en feroces enemigos del Imperio Romano, a cuya dominación se resistieron con arrojo y valentía, obligando a intervenir al mismísimo César Augusto. Este emperador dirigió entre los años 29 y 19 a. C. las llamadas Guerras Cántabras contra los pueblos del norte de Iberia, que concluyeron con la pacificación del territorio ocupado por cántabros y astures. Lejos de suponer el sometimiento a Roma, la derrota marcó el inicio de un lento proceso de romanización que nunca llegaría a ser completo en estas montañas.

En cualquier caso, los romanos permanecieron en la península hasta el siglo V, y en ese tiempo dejaron numerosas huellas de su paso por la Montaña Palentina, sobre todo vestigios de calzadas empedradas, miliarios y viaductos asociados a la red de

caminos que utilizaron para conquistar la región y explotar sus yacimientos mineros de mercurio y hierro fundamentalmente. Así, en el Alto Carrión existen indicios de dos puentes, que permitían salvar el río a la altura de Camporredondo de Alba, en el estrecho donde actualmente se levanta la presa de Compuerto, y aguas arriba de Vidrieros, donde se encontraba el puente Tebro, que fue volado durante la Guerra Civil. Esta ruta, utilizada más adelante como camino real y vía pecuaria, remontaba el valle de Pineda y comunicaba con Liébana a través del valle de Arauz. Otra vía cruzaba la montaña por su extremo oriental, uniendo Herrera de Pisuegra con Reinosa a través del collado de Somahoz, donde se desviaba un ramal hacia el oeste para pasar por Brañosera hacia Herrerueta. Desde allí se podía seguir en la misma dirección al encuentro de la ruta del Carrión o bien girar al norte para pasar a Liébana por Piedrasluengas.

El imperio romano empezó a desmoronarse en Iberia a partir del año 409, cuando hicieron su entrada en Hispania, de forma pactada, los pueblos germánicos de los alanos, suevos, vándalos silingos y vándalos asdingos. Solo unos años más tarde, seguirían sus pasos los visigodos, que acabarían estableciendo su propio reino en la península, aunque su hegemonía sobre determinadas partes del territorio tardaría algo más en hacerse efectiva. Entre estas zonas se encontraban las tierras de cántabros y astures, que volvieron a ser objeto de cruentas campañas militares a principios del siglo VII, fecha en la que serían definitivamente asimilados por la cultura y las leyes godas pero, sobre todo, por la religión cristiana. Sin embargo, el reinado visigodo en la montaña cantábrica no fue en absoluto duradero, pues se vio prematuramente truncado por la invasión musulmana del año 711, que daría paso a la conquista de toda la península por los árabes en un breve plazo de apenas cinco años.

La invasión árabe y la repoblación de la montaña

Hacia el año 714, las tropas del gobernador musulmán Muza alcanzan el norte palentino provocando la huida de sus moradores y con ello la virtual despoblación de la comarca. Buscando refugio, los montañeses cruzaron al otro lado de la cordillera y allí se unieron a los nativos y a una legión de cristianos desplazados de tierras más sureñas por los árabes para gestar un primer foco de resistencia, que habría de ser la semilla de la futura Reconquista. Décadas más tarde, aprovechando una sucesión de malas cosechas y el surgimiento de disputas internas entre las distintas facciones árabes, el rey astur Alfonso I impulsa una serie de campañas que obligan a los musulmanes a retirar sus posiciones al sur del Duero. Este avance fue acompañado del levantamiento de numerosas fortificaciones en puntos estratégicos de toda la montaña a modo de defensas contra posibles incursiones, que llegarían con el tiempo aunque ya no conseguirían revertir el proceso iniciado. De esta época data la construcción de torres defensivas como las que hubo sobre la peña de Tremaya, en el



Estela medieval procedente de una tumba de los siglos XII-XIV, en la que se puede ver una cruz griega con decoración a bisel de aspas o estrellas semejando joyas (plaza de Vidrieros).



Izquierda: riscos de Peñas Negras, donde existió una torre defensiva en época altomedieval. *Derecha:* fortaleza de Villanueva de la Torre (s. XIII-XIV), ejemplo de la arquitectura militar de la Baja Edad Media en el ámbito de la Montaña Palentina. De la construcción original solo se conserva el torreón principal.

acceso al valle de Redondos, o en Peñas Negras, cerca de Cervera de Pisuerga, que desempeñarían un importante papel durante la siguiente fase de repoblación de la comarca. A este menester dedicaron grandes esfuerzos los reyes cristianos y la nobleza, tanto laica como eclesiástica, durante los siglos posteriores, lo que explica que la gran mayoría de los actuales núcleos de población de la Montaña Palentina tengan su origen entre los siglos IX y XII, aunque alguno de ellos pudiera ser interpretado como una refundación de un asentamiento anterior al haber sido levantado sobre las ruinas de un poblado previo a la invasión.

En sus primeras tentativas, la repoblación se llevó a cabo mediante el sistema de *pressura*, que consistía en la ocupación de tierras abandonadas y sin dueño, de modo que el derecho a la propiedad del terreno se conseguía por el simple acto de su roturación y cultivo. Sin embargo, con mayor frecuencia el regreso de los pobladores se produjo bajo la dirección y al amparo de nobles y, sobre todo, instituciones eclesiásticas, entre las que destacó, en el ámbito de la Montaña Palentina, la abadía de Lebanza. Este tipo de iniciativas dio lugar al desarrollo de un régimen señorial, según el cual el señor concedía a sus vasallos protección y el derecho a explotar la tierra, a cambio de lo cual los campesinos quedaban sujetos al pago de una serie de tributos (la mayoría de las veces satisfechos en especie), a la prestación de determinados servicios y al acatamiento de sus leyes y ordenanzas. En otras ocasiones, los señoríos surgieron como resultado de donaciones de la corona o de personajes poderosos en recompensa por servicios prestados, frecuentemente, en la guerra. De este modo, la montaña se transformó en un ámbito de complicada estructura señorial, en el que intervenían merinos en nombre del rey, instituciones eclesiásticas, condes y señores, cada uno ejerciendo parcelas de poder que se fueron entrelazando y cambiando de manos con el tiempo en virtud de matrimonios, herencias y nuevas concesiones.



La colegiata de San Salvador de Cantamuda es el exponente más sobresaliente de la arquitectura románica en el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina.

El románico en las iglesias del Parque Natural

Durante la Edad Media, en plena etapa de reorganización y repoblación del territorio, la construcción de los nuevos núcleos de población fue acompañada de la edificación de sencillos templos parroquiales que, a partir del siglo XII, comenzaron a incorporar elementos propios del románico. Este estilo arquitectónico se extendió ampliamente por la Montaña Palentina y perduró hasta el s. XIII, en transición al gótico. Desde entonces, y como es lógico, la práctica totalidad de estas iglesias han sufrido reformas y reconstrucciones, a veces con el simple objetivo de su conservación, pero en otras ocasiones con la finalidad de ampliarlas y adaptarlas a las expectativas y necesidades de sus feligreses. Aún así, muchas de ellas mantienen intacta su estructura medieval y conservan partes destacadas de su fábrica original, desde portadas, ábsides o espadañas, hasta elementos decorativos como capiteles y canecillos.

Salvo casos aislados, las iglesias de origen románico de los pueblos del Parque Natural resultan similares entre sí, tanto por su estructura, como por sus proporciones. Suelen ser

templos de tipo rural y pequeñas dimensiones, cons-
truidos en sillería de buena calidad o, alternativamen-
te, en mampostería rematada con sillares en las
esquinas y alrededor de puertas y ventanas. Por lo
general, se componen de una sola nave rectangular,
con una espadaña de altura modesta a los pies y un
único ábside formando la cabecera, que puede tener
forma semicircular o cuadrangular y que suele apare-
cer reforzado con contrafuertes. La decoración exte-
rior se concentra en las portadas, generalmente de
medio punto, con arquivoltas que apoyan en colum-
nas provistas de capiteles, en los que aparecen refle-
jados motivos vegetales o históricos. También las
ventanas suelen rematar en arco de medio punto con
columnitas laterales y capiteles de similares caracte-
rísticas.

Al interior, estos templos resultan sobrios y
solemnes, mostrando escasa ornamentación. Quizás
por ello llamen poderosamente la atención los frescos
que adornan las capillas de algunas iglesias y ermi-
tas, como ocurre con las pinturas murales de época
bajomedieval de Valberzoso y San Felices de
Castillería. Asimismo, en Rebanal de las Llantas se
conserva una destacada pila bautismal románica, de
gran interés artístico, parecida si cabe a la que exis-
tía en la iglesia de Valcobero pero que fue trasladada
al Obispado de Palencia.

Mención aparte merece la colegiata de San
Salvador de Cantamuda, ejemplo excepcional de la
arquitectura románica palentina. Al contrario que los
pequeños templos rurales, es un edificio esbelto, de
elegantes y armoniosas proporciones, con planta de
cruz latina y tres ábsides en la cabecera, siendo el
central mayor que los laterales. La espadaña se divi-
de en tres cuerpos iguales, con un arco apuntado en
el primer piso y un campanario de cuatro huecos en
arco de medio punto en el segundo. La portada prin-
cipal abre al sur y resulta muy sencilla, con una arqui-
volta de bolas como única ornamentación. En cam-
bio, toda la cornisa de la iglesia aparece poblada de
canecillos, algunos muy erosionados pero otros que
conservan su decoración original. En el interior, des-
tacan los techos, con forma de bóveda apuntada
excepto sobre el crucero, que posee nervios con
rosetas, y, sobre todo, el altar, que apoya en un con-
junto de columnas, cada una de ellas tallada con un
motivo diferente.



Arriba: espadaña de la iglesia de San Pedro (San Felices de
Castillería. *Centro y abajo:* portada principal de la iglesia de
San Martín Obispo (Salcedillo), vista general y detalle de la
decoración de las postas.

Una vida ligada al ganado y al trabajo de la tierra

A partir de este contexto histórico, político y social, en la Montaña Palentina se desarrolló un modo de vida basado, esencialmente, en la ganadería, con una agricultura de subsistencia supeditada a las condiciones ambientales de la montaña y dirigida, de forma prioritaria, al autoconsumo de las familias y a la alimentación de los animales domésticos. Lo habitual era que en cada casa hubiera gallinas, un cerdo, cabras y ovejas, una caballería que se utilizaba como medio de transporte y algunas vacas, que constituían el elemento central de la explotación, en torno al cual se organizaba la vida de los montañeses. En este sector de la cordillera se criaba la raza tudanca, una vaca de pelaje negro ceniza, con astas bien desarrolladas, muy apreciada para el trabajo en el campo y como animal de tiro, aunque su carne no se consideraba demasiado buena. Esto hizo que, ya en la primera mitad del siglo XX, se potenciara su cruzamiento con la raza pardo-alpina, de origen suizo, en un intento de obtener una vaca que mejorara la producción de carne y leche conservando la potencia de tiro de la tudanca.

Tradicionalmente, el ganado vacuno se dividía en dos grupos que se manejaban por separado. Por un lado, los animales que se empleaban en las labores del campo, los cuales permanecían todo el año en el entorno de los pueblos, y por otro, las reses que se destinaban a la producción de leche y carne, que componen lo que se llama la cabaña y se cuidaban en régimen de pastoreo extensivo siguiendo el ciclo natural de los pastos. A medida que progresaba la primavera, esta parte del rebaño se conducía a praderas cada vez más elevadas, hasta que, para mediados de mayo o junio, se subía a la sierra, donde permanecía hasta entrado el mes de agosto. Seguidamente, se invertía el ciclo para terminar pastando los prados cercanos al pueblo durante el otoño, antes de que el invierno obligara a su estabulación. En esta época, el ganado se mantenía con la hierba almacenada en los pajares y tan solo se sacaba una o dos veces al día para beber en el río o en los abrevaderos, cuando los había.



La raza tudanca es la vaca más representativa de la Montaña Palentina.



Campesino segando a *dalle* o guadaña en Salcedillo.

La cabaña, que reunía animales de una parte o del conjunto del pueblo, era atendida por el sistema de veceras, de modo que el cuidado del ganado se dejaba en manos de uno o dos veceros que iban rotando entre los distintos vecinos en función del número de cabezas que cada cual tuviera en el rebaño. En algunos pueblos también se contrataba un vaquero, aunque esta costumbre estaba mucho más extendida para la atención del ganado menor (ovejas y cabras), que siempre se arreglaba con un pastor al que se facilitaba la comida y se pagaba en especie. El pastor, y en su caso el vaquero, dormían en la majada junto al rebaño, en un rústico chozo apenas provisto de un camastro hecho con largueros de madera y escobas. Hasta allí subía a diario un vecero para llevar alimentos y colaborar en el cuidado del rebaño hasta la tarde.

De forma paralela a estas ocupaciones, en el entorno de los pueblos se cultivaban huertos de patatas, lechugas, cebollas y legumbres -arbejas (guisantes), titos (muelas o almortas), garbanzos, lentejas-, así como fincas de cereal, sobre todo de centeno, cebada y avena. También se plantaban algunas variedades de trigo (tardío, tresmesino), pero este cultivo no se daba en todos los pueblos. En todo caso, la mayor parte de los terrenos se reservaba a la producción de hierba, que constituía el recurso fundamental en la alimentación invernal del ganado. La hierba se segaba a mano con el *dalle*, mediante un corte limpio a ras del suelo; luego se dejaba secar al sol sobre los campos, volteándola con frecuencia antes de proceder a su recogida y transporte hasta el pajar. A esta faena se entregaba toda la familia durante largas jornadas de verano, aunque en algunas zonas, como La Braña, era frecuente la contratación de jornaleros, que venían desde La Pernía expresamente para la siega. La operación se repetía, aunque a menor escala, durante septiembre y octubre, cuando se recogía la hierba tardía. Antes, en el mes de agosto, se segaba el cereal, que se llevaba a las eras para la trilla, proceso mediante el cual se separaba el grano de



Reunión del concejo del pueblo en Villabellaco hacia los años 70 (foto cedida por Pedro Olea).

la paja. Mientras que el grano se utilizaba para fabricar harina, que luego se almacenaba en las paneras, con la paja se cubrían las techumbres de los edificios y, el sobrante, se sumaba a la hierba de los pajares para complementar la dieta del ganado. Antiguamente, también estaba muy arraigado el cultivo del lino, como reflejan multitud de topónimos que hacen referencia a las linares que se extendían por los llanos inmediatos a los pueblos. El lino florecía en junio y se cosechaba a finales de agosto. Su simiente, denominada linaza, se daba de comer a los cerdos y de la paja se obtenían finas hebras que se utilizaban para hacer paños en los telares.

Aunque este sistema productivo resultaba hasta cierto punto autosuficiente, desde muchos pueblos se salía anualmente a Tierra de Campos para vender o intercambiar productos abundantes en la montaña (como frutos secos) o que los montañeses fabricaban durante el invierno (aperos, puertas y utensilios de madera, toneles y carrales para el vino, etc.). Estos se canjeaban, fundamentalmente, por vino, trigo y cebada, mercancías que escaseaban o no se producían en sus lugares de origen. Del mismo modo, a la montaña llegaban los arrieros pasiegos y lebaniegos cargados de artículos y artesanías. También los pastores de merinas ofrecían a los lugareños calcetines, prendas de cuero, cencerros o sogas hechas con crines, que confeccionaban en las horas muertas durante su estancia en los puertos.

Las propiedades comunales

Con el paso del tiempo, en los pueblos de la montaña fue arraigando un sistema de propiedad que diferenciaba las fincas particulares de los bienes de la comunidad, cuya explotación estaba regulada por las ordenanzas del concejo, del que formaban



"Toro ratino" en una fotografía de los años 60. Esta raza se extendió rápidamente por los pueblos de la montaña a partir de la década de los 70 en sustitución de las autóctonas tudancas (foto: Pedro Olea).

parte todos los vecinos. Entre esos bienes comunales se contaban dehesas y zonas de pasto, así como montes de los que se extraía leña para el invierno y madera para la construcción o la fabricación artesanal de aperos, utensilios o albarcas. Habitualmente, para la extracción de leña se hacía una corta de forma conjunta y luego se distribuía en "adres" o montones más o menos iguales que se sorteaban entre los vecinos. A continuación, cada uno de ellos acarreaba, ya de forma independiente, "la suerte" que le había tocado hasta el pueblo en carros tirados con vacas.

Igualmente eran propiedad del común los frutos del monte, cuya recolección estaba controlada para garantizar el acceso de todos los vecinos a esos recursos. Ejemplo de ello era la cosecha del gamón, que se salía a buscar en fechas establecidas por el concejo, acudiendo a determinados enclaves de conocida abundancia. Allí se cargaban carros enteros de esta planta que, convenientemente rehidratada, resultaba muy nutritiva y se daba de comer al ganado durante el tiempo que permanecía estabulado.

Otro tipo de uso, de cuya regulación se encargaba el concejo, era el aprovechamiento del agua, que siempre fue un recurso escaso y solicitado, en especial para el riego de huertos y fincas. Para asegurar un justo reparto, se establecían vecerías, que iban rotando entre los vecinos en turnos de mañana, tarde y noche, y que siempre dieron pie a todo tipo de artimañas y picarescas para conseguir aumentar en unas horas el tiempo de riego y con ello beneficiar la producción.

El concejo era también el encargado de suministrar el toro que se empleaba como semental para el ganado del pueblo, el cual era elegido y comprado en alguna de las ferias que se celebraban en localidades importantes de la zona o en comarcas ale-

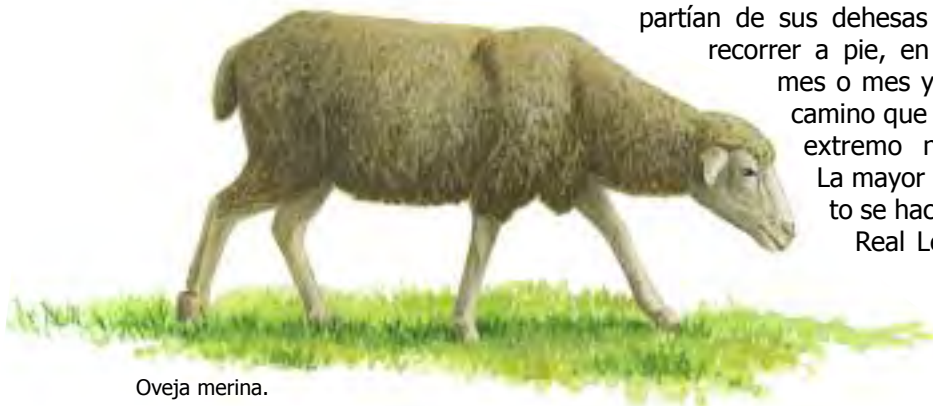
dañas. Para este animal se reservaban determinadas zonas de pasto comunal, los llamados prados del toro, pero la responsabilidad de su atención iba pasando alternativamente de unos vecinos a otros. En muchos pueblos, aparte de este toro del conejo se designaba un toro de la cabaña, que era seleccionado entre los novillos del pueblo a partir de animales de 3 años. Este toro se mandaba al monte en el verano con el rebaño que no participaba en las labores agrícolas.

Por otro lado, el funcionamiento de la comunidad exigía de la participación de todos los vecinos en los trabajos que, con relativa frecuencia, había que acometer por necesidad o en beneficio del pueblo. Así, era norma que cada casa enviara al menos un representante a las faenas que se hacían "a huebra" o en hacendera, las cuales incluían desde limpiar los accesos de nieve, arreglar los caminos o reparar el chozo de la cabaña antes del verano, hasta segar los prados del toro y colaborar en la recogida de la hierba de un vecino enfermo. Este tipo de trabajos comunitarios contribuyó desde sus orígenes a construir el tejido de solidaridad y vínculo entre los vecinos que caracteriza a los pueblos de la montaña, y que tenía su manifestación rutinaria en los "hiladeros" o reuniones espontáneas que se daban en las plazas, o en los hogares durante el invierno, cuando se terminaban las tareas diarias y quedaba tiempo para la relajación y la charla desenfadada.

La trashumancia

Desde muy antiguo, la vida cotidiana en los pueblos de la Montaña Palentina se vio enriquecida, tanto desde el punto de vista cultural y social como económico, por la presencia periódica y temporal de las cabañas de merinas trashumantes, que recalaban en la zona con sus ganados y su cohorte correspondiente de pastores y ayudantes. La trashumancia en la Península Ibérica comenzó a desarrollarse en algún momento del siglo XII como un sistema de manejo del ganado lanar adaptado a la distinta fenología que presentan los pastos de las zonas de invernada en Extremadura, origen de las grandes cabañas de merinas, y los agostaderos de zonas de montaña como la cordillera Cantábrica. Esto, unido a la abundancia de pastos de la que disponían muchos pueblos de la montaña durante el verano, permitió que algunas zonas, denominadas puertos pirenaicos, se arrendasen cada temporada a estas cabañas ganaderas.

De este modo, hacia el mes de mayo, los rebaños partían de sus dehesas de origen para recorrer a pie, en el plazo de un mes o mes y medio, el largo camino que los separaba del extremo norte palentino. La mayor parte del trayecto se hacía por la Cañada Real Leonesa Oriental,



Oveja merina.



Cordel Cerverano a su paso por el monte del Tremedal (término de Cervera de Pisuerga). Esta vía pecuaria era utilizada por los rebaños trashumantes que veraneaban en los puertos del valle de Redondos.

que se abandonaba al sur de Guardo en el llamado Campo de Cansoles, en las cercanías de San Pedro de Cansoles. Allí, los rebaños se desviaban por vías pecuarias de segundo orden en dirección a Velilla del Río Carrión y Cervera de Pisuerga, que eran los principales puntos de entrada a los puertos de la Montaña Palentina.

La llegada de los rebaños trashumantes a la comarca se producía a finales de mayo o mediados de junio, despertando a su paso inusitada expectación, en parte derivada de la presencia de muchos pastores que eran naturales de la montaña y regresaban a sus casas por primera vez en muchos meses. Una vez en los puertos, las merinas eran atendidas por un grupo jerarquizado de pastores, a la cabeza de los cuales estaba el mayoral, responsable de la intendencia y de las cuentas, seguido por el rabadán, la persona, el compañero y el zagal, que solía ser un muchacho joven cuya función principal era preparar la comida. Mientras duraba su estancia, la logística de los distintos rebaños repartidos por una misma zona se organizaba desde roperías localizadas en los pueblos, donde en ocasiones había hasta horno para cocer el pan y desde donde se subía regularmente a los puertos con sal para las ovejas y comida para los pastores.

Para finales del verano, con los prados de altura agostados, los pastores se veían obligados a conducir sus rebaños a zonas cada vez más alejadas de la majada, hasta que las primeras lluvias del otoño hacían rebrotar brevemente los pastizales. Así se aguantaba hasta primeros de octubre, cuando se iniciaba el regreso, cubriendo en primer lugar el camino hasta el pueblo que había arrendado el puerto, donde era costumbre que el pastor obsequiara a todo el vecindario con un cordero, el cual se degustaba en una comida comunal, mientras el rebaño se dejaba dormir en determinados prados para beneficiarse de su abono.

Arquitectura tradicional de la Montaña Palentina



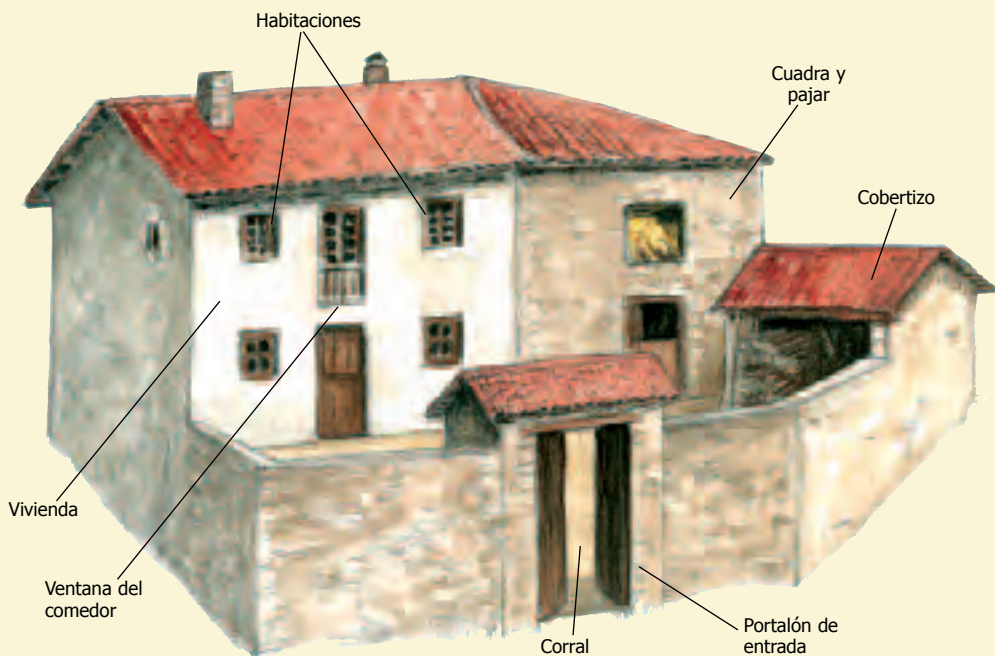
La Benina, en Valcobero, es la última casa de techo vegetal que queda en los pueblos del Parque.

En el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina encontramos pueblos de casas grandes y voluminosas, fabricadas en piedra caliza o arenisca. Estos pueblos pueden parecer, a priori, muy diferentes entre sí, mostrando algunos un poblamiento disperso y algo anárquico, con calles que semejan caminos de servicio a propiedades independientes, mientras otros conforman núcleos compactos de casas alineadas y calles irregulares. Sin embargo, en lo esencial todos comparten una misma tipología arquitectónica, de claro estilo montañés, fiel reflejo de la vinculación histórica que existió entre la Montaña Palentina y las comarcas del lado norte de la cordillera.

Como corresponde a su origen popular, la mayoría de las construcciones poseen muros de mampostería, si cabe reforzados en las esquinas y en el marco de los vanos con sillares bien labrados. Solo en algunos casos se emplean pantallas de varas entretejidas y selladas con barro, "*muros de sietu*" que pueden resultar fotogénicos en la actualidad pero que constituyen una solución humilde a la que solo se recurría si faltaban los recursos. En el extremo opuesto, algunas casas solariegas de los siglos XVII y XVIII destacan sobre el resto por su fábrica totalmente realizada en sillería. Por lo que se refiere a los tejados, en la actualidad todas las construcciones muestran cubiertas de teja árabe, frecuentemente retenida con cantos rodados, que evitan que vuelen las tejas con el viento o sean arrastradas por el peso de la nieve durante el deshielo. Tan solo persiste en Valcobero una vieja casa, conocida por el nombre de "*La Benina*", que conserva el tipo de techumbre vegetal, a base de paja de centeno, que fue habitual en la Montaña Palentina hasta la segunda mitad del siglo XX. A decir de los montañeses, aquellas casas de colmo o "cuelmo" eran más cálidas que las actuales en el invierno, y también más frescas en el verano, pero su mantenimiento exigía mucho trabajo y dedicación.

En cualquier caso, el elemento básico de estos pueblos es una propiedad unifamiliar compuesta por la vivienda y varios cobertizos o anejos que, por norma, se distribuyen alrededor de un patio o corral cerrado por altos muros de mampostería. A este patio se accede desde el exterior por un portalón adintelado, que debía ser lo suficientemente amplio como para que pudiera pasar un carro. Justo enfrente y al otro lado del corral, se levanta la vivienda, quedando los muros a ambos lados cubiertos total o parcialmente por cobertizos que apoyan en pilares de madera y sirven tanto de leñero, como para recoger los aperos de labranza, el carro y diversas herramientas. También suelen dejar espacio libre para la matanza y sitio para un banco de carpintería, en el que se reparaban los aperos y se hacían trabajos artesanales de madera. Aunque esta es la distribución más extendida en los pueblos del Parque, en el Alto Carrión resulta si cabe más frecuente que estos cobertizos, con sus mismas funciones, aparezcan adosados a la vivienda por el exterior, conformando lo que se denominan *soberas*.

Por lo general, la vivienda se acomoda en un edificio rectangular de dos plantas, compartiendo espacio con dependencias para los animales y para el almacenamiento de los productos del campo. Así, al otro lado de la entrada se accede a un zaguán, al que dan las puertas de la cuadra, con pesebres para las vacas y cortes para el ganado lanar, y varias bodegas, al menos una de ellas utilizada como panera. Desde esta sala parte igualmente una escalera de madera hacia el piso superior, donde se hallan las habitaciones y un comedor. Originalmente, aquí solía estar también la cocina, auténtico núcleo de la vida familiar, si bien en la actualidad resulta más frecuente que se haya trasladado a la planta baja en sustitución de una primitiva bodega. Sea cual sea su ubicación, en la cocina se encuentra el horno para cocer el pan, que resulta visible desde el exterior como un abultamiento de perímetro semi-



Recreación de una casa de labranza característica de la Montaña Palentina.

Arquitectura tradicional de la Montaña Palentina (cont.)

circular adosado a la fachada. Por otro lado, en el primer piso, pero ocupando una parte independiente del edificio estratégicamente localizada sobre la cuadra, se halla el pajar, que cuenta con vanos abiertos justo encima de los pesebres para facilitar la tarea de echar de comer al ganado. De forma reseñable, es muy frecuente que las viviendas aparezcan encajadas en el terreno, aprovechando el desnivel existente para hacer que el *bocarón*, por el que se introduce la hierba en el pajar, abra al exterior justo a la altura del carro, lo que denota una cuidada planificación a la hora de acometer la obra.

Al lado de las viviendas, con todas sus construcciones auxiliares, existen otro tipo de edificaciones, en su mayoría abandonadas o en desuso al haber quedado obsoleta la función original a la que estuvieron vinculadas. Buen ejemplo de ello son los molinos, que ocupan lugares apropiados a orillas de arroyos y riachuelos, siempre en el entorno de los núcleos habitados. En la actualidad se conserva solo una muestra de los que llegó a haber en el pasado, cuando eran una infraestructura de gran relevancia en la vida cotidiana, pues en ellos se producía harina esencial para la alimentación de las familias y para la fabricación de piensos para el ganado. Había molinos de propiedad individual, aunque este era el supuesto más excepcional, ya que habitualmente se trataba de un bien compartido entre toda la comunidad o al menos entre varios vecinos. En estos casos era usual la contratación de un molinero, al que se pagaba en especie la denominada *maquila*. Otras veces, los aldeanos se veían obligados a peregrinar con el carro cargado de cereal hasta los grandes molinos de Cervera de Pisuerga, Triollo o Aguilar de Campoo, donde el grano muchas veces se intercambiaba directamente por una parte proporcional de harina, sin tener que esperar a la molienda. Aparte había fraguas, al menos una en cada pueblo, que estaban destinadas al trabajo de un herrero de oficio. Era habitual que en sus inmediaciones hubiera un potro de herrar, en ocasiones incluso alojado en el interior de un cobertizo adosado al edificio de la fragua, pues el mismo herrero era también el encargado



De arriba abajo: portal de acceso al corral de una casa tradicional de Salcedillo; cobertizo de un corral de Villabellaco; cocina antigua en Brañosa.

del herraje de los animales. Por el contrario, no quedan restos ni recuerdos de hórreos en los pueblos del Parque, aunque su existencia en tiempos históricos parece probable en base a algunos topónimos que han perdurado, sobre todo en zonas colindantes con la provincia de León.

Por otro lado, dada la importancia de la actividad ganadera en la zona, resulta evidente el interés de las construcciones asociadas a la vida pastoril, sobre todo chozos y corrales, de los que quedan numerosos ejemplos repartidos por toda la montaña, aunque muchos de ellos no son más que ruinas o restos difíciles de interpretar. El tipo de refugio más usual en las majadas y en los pastos de altura del Parque era el llamado *chozo de horma*, formado por una base circular de piedra sobre la que se apoya una estructura cónica de ramas o *llatas*, que se cubre con manojos de escobas trenzadas. En ocasiones, esta techumbre se hacía con tepes, de modo que el chozo parecía cubierto de césped, y en raras ocasiones la estructura se terminaba con una falsa cúpula de piedra. Más antiguos parecen ser unos sencillos refugios que se pueden ver en las faldas del Curavacas, acondicionados en el interior de oquedades naturales formadas en el seno de grandes desprendimientos de roca o en morrenas, a las que simplemente se añadía un murete o una puerta de madera y escobas a modo de cierre. Estos chozos fueron utilizados, al menos, por los ganaderos trasterninantes cántabros del valle de Pineda hasta hace algunas décadas, antes de que se generalizara el levantamiento de las cabañas de las que disponen hoy en día.

Efectivamente, con el avance de los tiempos, los chozos de altura de los pueblos se fueron transformando en cabañas de piedra, con cubierta de teja a dos aguas, pobremente acondicionadas en el interior para permitir la existencia de una chimenea y un camastro hecho de listones de madera y jergones de paja. Estas cabañas aparecen muchas veces adosadas a una tenada en forma de cobertizo que se abre al interior de un corral rodeado por muros de piedra y tradicionalmente provisto de dos entradas, una a cada extremo del recinto.



De arriba abajo: molino de harina y potro de herrar en San Juan de Redondo; chozo del Tremedal en la senda del Oso; chozo antiguo en El Estrecho del valle de Pineda.



Mina de carbón abandonada en término municipal de Velilla del Río Carrión.

La historia reciente: la minería del carbón en la Montaña Palentina

Con algunos sobresaltos, como el que se produjo con el paso de las tropas francesas durante la guerra de Independencia, este fue el panorama en el que se desarrolló la vida de los pueblos de la Montaña Palentina hasta el siglo XIX. En ese momento, con la revolución industrial en pleno apogeo en media Europa, se produjo en nuestro ámbito un hecho especialmente significativo. Corría el año 1838 cuando, de forma casi anecdótica, el párroco de Salcedillo, don Ciriaco del Río, descubrió la existencia de carbón en el Valle de Santullán, hecho que habría de resultar trascendental para el devenir histórico de toda la comarca.

En cuestión de pocos años comenzaron a operar en la zona las primeras compañías mineras, abriendo varios pozos en el entorno de Orbó y Barruelo de Santullán. El empuje de la nueva industria transformaría especialmente esta última localidad, que pasaría de ser una insignificante aldea a convertirse en uno de los principales polos industriales de la provincia y en uno de los mayores focos de población de la montaña, creciendo a base de barria-



Izquierda y página siguiente: muestra de los trabajos que se realizaban en las minas de Barruelo en la obra del escultor local Ursicino Martínez "Ursi".



das obreras y familias desplazadas que llegaban atraídas por la constante demanda de mano de obra.

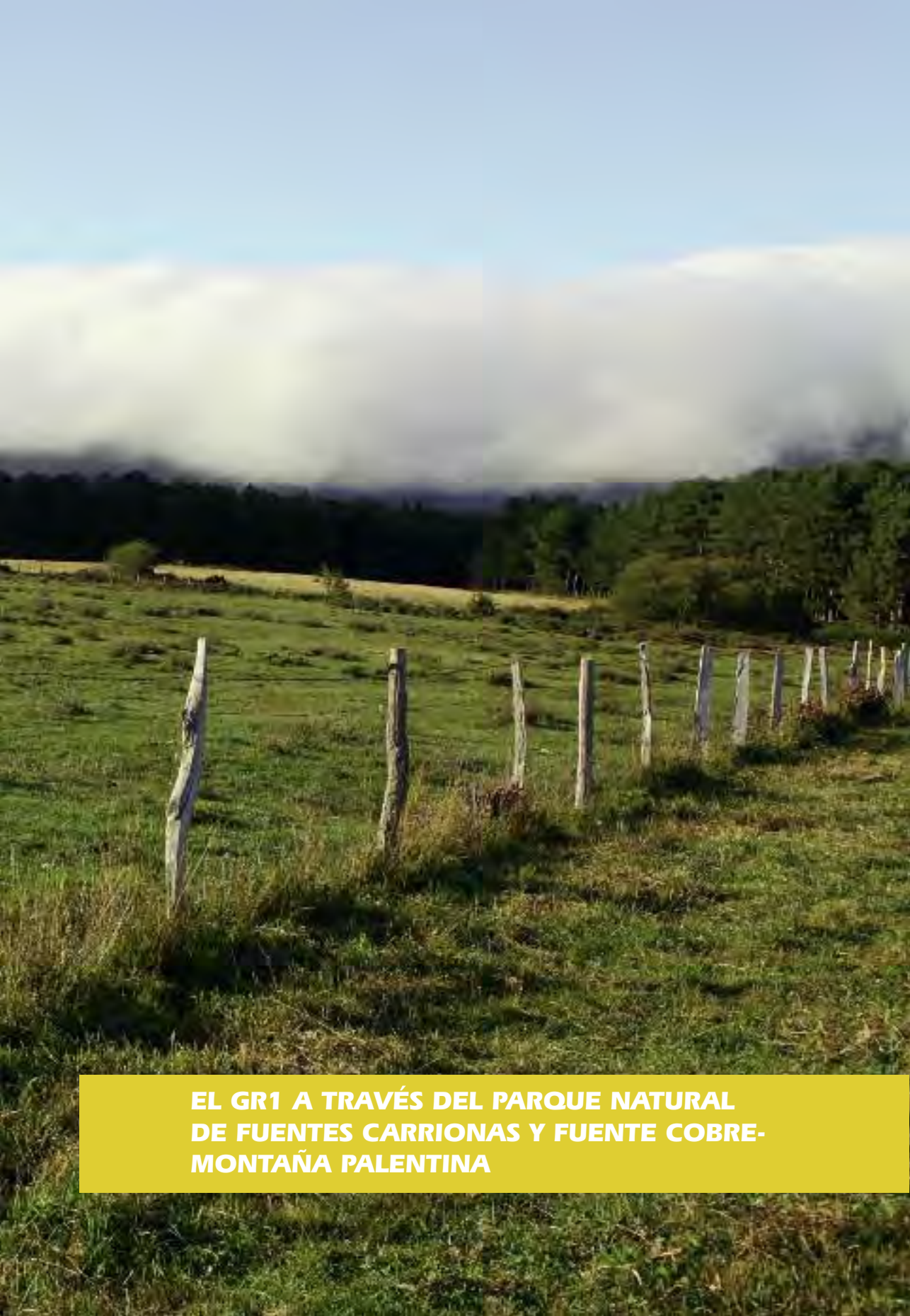
El auge minero de la cuenca del Rubagón acabaría por contagiar a otras localidades vecinas del valle de Mudá, la Castillería, La Pernía y el entorno de Velilla del Río Carrión y Guardo. Todas ellas vieron impulsadas sus opciones de negocio a finales del siglo XIX con la construcción del ferrocarril de Bilbao a La Robla, que disparó la demanda de carbón palentino con destino a los altos hornos vizcaínos. No obstante, la actividad extractiva en estas otras zonas de la Montaña no llegó a alcanzar nunca ni el desarrollo ni la importancia de las minas de Barruelo, siendo acometida, por lo general, por empresas de menor entidad y a pequeña escala. Así se entiende que la minería tampoco llegara a tener en estos pueblos una repercusión social y urbanística equiparable a la que produjo en el valle de Santullán.

En este contexto, la cuenca denominada La Pernía-Barruelo fue explotada con fuertes altibajos, pero de manera continua, hasta 1972. En ese intervalo de más de 100 años de actividad se extrajeron del orden de 20 millones de toneladas de hulla, en su mayor parte procedentes de las minas de Barruelo que, no obstante, no se hicieron tan conocidas por su productividad como por su peligrosidad, dada la existencia de abundantes bolsas de grisú asociadas a las capas de carbón. Una proporción igualmente mayoritaria de ese mineral extraído fue empleado, en forma de briquetas de carbón, como combustible para los trenes de vapor de la época, dada la vinculación histórica de las minas de Barruelo con la empresa Ferrocarriles del Norte.

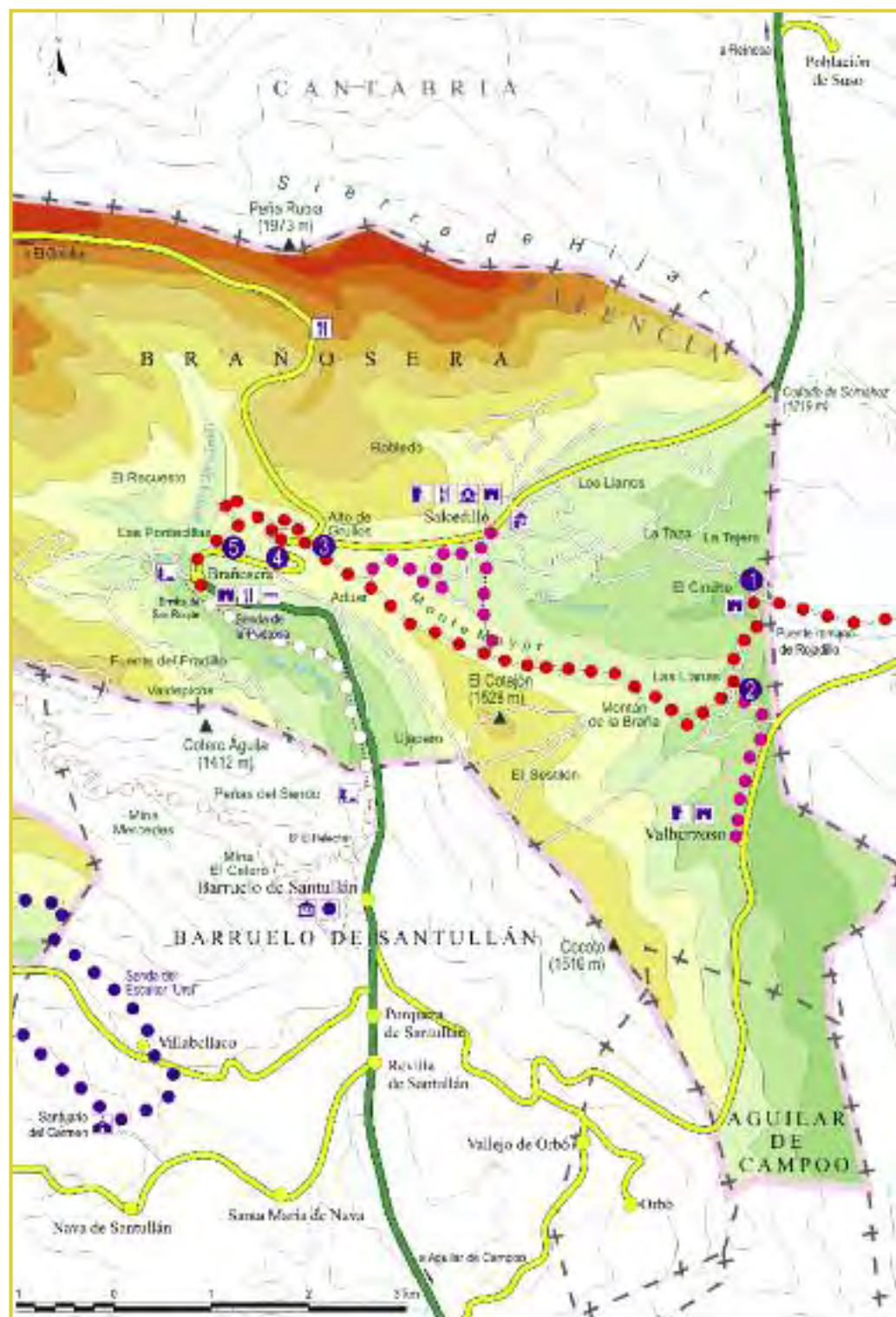
La paulatina mejora de las minas barruelanas y la apertura del pozo Calero en 1914, que se convertiría en la principal explotación de la zona, llevó a la cuenca a sus mayores rendimientos en la década de 1920. Posteriormente, la conflictividad social y política de los años 30, que precedieron a los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil, dieron paso a una alternancia de fases de mayor y menor actividad, parones y cambios de titularidad en las concesiones, que desembocaron, finalmente, en el cierre de la última mina del Rubagón en el año 2005, cuando cesó la actividad en el pozo Peragido de Vallejo de Orbó.

A partir de ese momento, solo la demanda de materia prima para la producción de energía eléctrica en la central térmica de Velilla, inaugurada en 1964, ha permitido el mantenimiento de una residual actividad minera en el entorno de esta localidad y Guardo, donde la extracción se centra en la antracita y representa el último reducto palentino de la minería del carbón.





**EL GR1 A TRAVÉS DEL PARQUE NATURAL
DE FUENTES CARRIONAS Y FUENTE COBRE-
MONTAÑA PALENTINA**



PRIMERA ETAPA: POR TIERRAS DE LA BRAÑA

De Mata de Hoz a Brañosera

Mata de Hoz-Brañosera (10,4 km/3h 30´)

Con un amplio bagaje a sus espaldas, el Sendero Histórico GR 1 accede a la Montaña Palentina desde el término cántabro de Valdeolea, por un camino de uso agrícola y ganadero que remonta el curso del río Camesa partiendo de las inmediaciones de Mata de Hoz. Erigida en último hito del GR 1 en Cantabria, esta pequeña localidad de caserío disperso, rodeada de prados y disimulada entre robles, despide al senderista con un ambiente apacible y solitario, no sin antes ofrecerle descanso en una humilde zona de recreo con fuente emplazada a los pies de su principal monumento: la iglesia de San Juan Bautista, un templo compacto, de altos paramentos y ábside semicircular, de claro estilo románico. Las aperturas de su entorno y el arbolado existente no permiten contemplarla desde el exterior más que de forma parcial, si bien su principal atractivo reside en las pinturas murales de época gótica que se pueden admirar en su interior y que se atribuyen al "maestro de San Felices", un autor de nombre desconocido que trabajó en la segunda mitad del siglo XV en numerosas capillas del norte palentino y la comarca de Campoo, dejando un importante legado al que tendremos ocasión de acercarnos en las próximas jornadas.

Desde Mata de Hoz, la ruta sigue la carretera local en dirección a Valberzoso y Barruelo de Santullán, avanzando unos 800 m por el asfalto hasta alcanzar el puente sobre el río Camesa. Allí, sin llegar a cruzar el cauce, se desvía a la derecha por una pista de tierra que aparece cerrada por una cancela para el ganado, lo cual no supone ningún obstáculo ni para el senderista ni para el cicloturista en busca del límite palentino.

El siguiente tramo del camino discurre por lo alto de la loma que separa la vaguada del Camesa, a nuestra izquierda, de la amplia vega, notoriamente más hundida, que retrocede por el otro lado hasta Mata de Hoz, ofreciendo grandes vistas de la sierra de Híjar, con sus perfiles romos y su cubierta arbustiva. Este cordal conforma una potente barrera orográfica en constante pelea con las nubes que ascienden

Doble página anterior: vista de la sierra de Híjar desde los prados de Valberzoso.

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre el puente de Rojadillo y Brañosera:

1-Puente de Rojadillo 42°56´08" N/4°14´30" O; 2-cruce en el entorno de Valberzoso 42°55´35" N/4°14´33" O; 3-alto de Grullas 42°56´23" N/4°17´49" O; 4-desvío a Brañosera en el alto de Grullas 42°56´22" N/4°18´01" O; 5-Brañosera 42°56´16" N/4°18´40" O.



La "U" perfecta del collado de Somahoz rompe la uniformidad de la sierra de Híjar, creando un paso de fácil tránsito muy utilizado desde la antigüedad.

desde la vertiente cantábrica y que encuentran en el collado de Somahoz el único punto débil para franquear la sierra. Dada la facilidad de su tránsito y su escasa altitud (1219 m), este paso fue desde siempre utilizado por los ganaderos de los pueblos cercanos para conducir sus animales en venta a los mercados y ferias de Reinosa. Al decir de los ancianos de Salcedillo, que todavía recuerdan vívidamente aquellas marchas que se repetían el primer y tercer martes de cada mes, "no había más ilusión que ir a llevar las vacas al mercado, aunque luego muchas se trajeran de vuelta porque no había salido comprador". A esta peregrinación se unían ganaderos de otras localidades, sobre todo Brañosera y Valberzoso, con ocasión de las ferias más importantes, como eran las de Santiago y San Mateo. No obstante, la tradición de este paso de montaña se remonta a tiempos mucho más pretéritos. Así lo demuestran los restos, ya casi perdidos, de una calzada empedrada que atravesaba el collado y que se relacionan con una primitiva vía romana de segundo orden que conectaba, directa o indirectamente, con la ruta de Pisoraca (Herrera de Pisuerga) a Julióbriga, uno de los principales asentamientos del Imperio Romano en Cantabria.

El trayecto de aproximación a la muga provincial ofrece también la oportunidad de observar la abundante y variada comunidad ornítica que habita este entorno de brezales ralos, salpicados de arbustos espinosos y retazos de pastizal, que son aprovechados por yeguas en régimen de semilibertad. Así, de las manchas de matorral más alto y cerrado vuelan currucas rabilargas y acentores comunes que rápidamente se zambullen de nuevo entre la vegetación, mientras que de las áreas más descarnadas levantan alondras, collalbas y bisbitas, entre las que sorprende descubrir con relativa frecuencia a la bisbita campestre, de porte estilizado y costumbres



El puente de Rojadillo formaba parte de una vía romana de segundo orden, aunque su fábrica actual corresponde más bien a época medieval.

muy terrestres. En lo alto de los arbustos se posan tarabillas comunes y algún que otro alcaudón dorsirrojo de bellos colores y marcado antifaz negro, mientras vemos pasar sobre nuestras cabezas culebreras, ratoneros y milanos en actitud de caza.

Finalmente, apenas unos metros antes de que nos topemos de frente con el vallado que divide los terrenos de Salcedillo del lado palentino, y Mata de Hoz, del lado cántabro, la pista se bifurca, decantándose el GR por el ramal de la izquierda para traspasar una portillera y entrar, definitivamente, en terrenos de Palencia y del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina. Esta opción nos conduce rápidamente a las orillas del río Camesa, donde se localiza el puente, originalmente romano, de Rojadillo, de 10 m de longitud y un solo ojo en forma de arco. Con más de 4 m de anchura y toda la base fabricada en sillería, aparentemente encajada sin argamasa, es una obra extraordinariamente sólida, tanto como para haber resistido las crecidas primaverales del Camesa a lo largo de los siglos. Desde su plataforma, originalmente defendida por pretilos ahora inexistentes, se contempla el cauce fluvial, que fluye cinco metros más abajo entre grandes lanchones de roca finamente pulida, a través de un auténtico túnel formado por las frondas de robles albares y abedules, entre los que se intercalan mostajos, avellanos, sauces y algún que otro bonetero.

Al otro lado del puente, proseguimos la marcha por una pista arcillosa encajada entre el robledal de Monte Mayor, que se cierra por encima del camino, y las pendientes de matorral, arbustos espinosos y pinares de repoblación que se abren hacia el sureste. Así se alcanza enseguida una bifurcación que, en realidad, se corresponde con un ancho cortafuegos, de piso pedregoso e irregular, que sigue por la linde

del bosque, mientras nuestro camino continúa un poco más abajo por unas roderas entre robles y escobas. Este tramo acaba por salir a una pista forestal de buen firme que, por la izquierda, va a dar a la carretera, a unos 500 m de Valberzoso. Esta pequeña localidad, de caserío disperso, bien merece una visita, sobre todo por su iglesia parroquial de origen románico. No obstante, nuestra ruta prosigue en sentido contrario, internándose en el robledal de Monte Mayor, donde el arbolado más tupido del borde forestal da paso rápidamente a una zona relativamente abierta, de pies recios y suelo despejado, cubierto de hojarasca. Aunque la mayor parte de los árboles presentan fustes relativamente jóvenes, entre ellos crecen pies aislados o rodales de ejemplares más viejos, de tronco retorcido, tapizado de musgos y repleto de oquedades.

El primer tramo por el interior del bosque es una subida relativamente pronunciada, que finaliza con un par de giros acentuados. A partir de ahí, el recorrido se convierte en un delicioso paseo, sin apenas desnivel, disfrutando de la quietud del bosque, donde el silencio permite escuchar hasta el agudo y fino susurro del reyezuelo listado, lanzado desde algún punto del dosel, seguramente acompañado por los suaves reclamos de mitos, carboneros y herrerillos. Tan solo el súbito y ronco ladrido de un corzo, alertado por nuestra presencia, consigue distraer nuestra atención de los cambios que se van dejando notar en los diferentes sectores del robledal. Así, las zonas más abiertas se ven interrumpidas a cada trecho por áreas de sotobosque más denso, en las que se da una proliferación de brezo blanco y acebo, con mostajos, serbales de cazadores y avellanos que se suman al roble albar y al haya en el estrato arbóreo. En algunos puntos, el bosque parece incluso haber arraigado sobre un canchal de grandes bloques colonizados por musgos y líquenes, que convierten el sustra-



Árboles vetustos en un sector aclarado del bosque de Monte Mayor.

Valberzoso y su iglesia románica



Un desvío de apenas 1,5 km comunica el trazado del GR 1 con la pequeña localidad de Valberzoso, que se asienta en una falda luminosa y verde a los pies del repentino relieve de los montes Cotejón y Cocoto, coronado por una línea de aerogeneradores. Es un pueblo de caserío disperso y atractiva arquitectura popular, con casas y cuadras de sillarejo y grandes dinteles. Amplios prados de siega dividen el núcleo en tres barrios, localizándose su edificio más destacado, la iglesia de Santa María la Real, en un ligero altozano desde el cual dicen que antiguamente "solo se veían prados y tierras de labor, que eran tan pequeñas que no daban ni vuelta las vacas cuando iban uncidas". Además, el camino para llegar a ellas era malo y estaba tan hundido de ser transitado que "el carro y las vacas no se veían cuando iban por él". Nada que ver con el paisaje actual en el que las tierras han sido engullidas literalmente por la vegetación, quedando tan solo los prados como testigos del pasado.

La iglesia, obra de finales del siglo XII o principios del XIII, es un pequeño templo de buena sillería, curiosamente orientado "de espaldas" al pueblo, con una sencilla espadaña mirando al monte y el ábside semicircular de la cabecera enfrentado a la localidad. Un pórtico lateral cegado oculta en su interior la portada de acceso, de claro estilo románico, con arquivoltas decoradas



De arriba abajo: iglesia de Santa María la Real de Valberzoso, portada románica y capilla principal.



Valberzoso y su iglesia románica (cont.)

con motivos ajedrezados y bolas, que apoyan en capiteles labrados con figuras vegetales. Con todo, la ornamentación más llamativa se puede ver en el interior, donde la capilla mayor y parte del muro norte de la nave conservan atractivas pinturas murales, datadas hacia el siglo XV y atribuidas, igual que las de Mata de Hoz, al maestro de San Felices. Estos frescos representan una variedad de temas relacionados con la Navidad, La Pasión o momentos de la vida de Santos, como el martirio de San Sebastián. En uno de los paños, quizás el más representativo, se puede ver un lienzo dedicado a la Última Cena, y por debajo un caballero empuñando su lanza y cabalgando hacia un texto que reza: "Esta obra mandó hacer Juan González, padre de Tristán. Se hizo en el año de 1483".

Aunque ahora ya quedan muy pocas personas viviendo de continuo en el pueblo, antes había gran cantidad de ganado, vacas, cabras, ovejas y yeguas, que se sacaban a pastar en veceras mediante acuerdos con otros vecinos. Los animales se llevaban "a escurrir" (a reunirse con los demás) a una zona próxima al barrio del Medio que se llama "El Escurridero", donde hoy se puede ver una pequeña zona de recreo a los pies de un majestuoso roble y en la periferia de una extensa pradera. Allí se llevaba "la boyada", que era la pareja que se utilizaba para el trabajo del campo.



De arriba abajo: roble del Escurridero y dos rincones del pueblo con casas independientes rodeadas de árboles.





Pista forestal utilizada por el sendero GR 1 en su travesía del robledal de Monte Mayor.

to forestal en un laberinto intrincado y misterioso, pródigo en recovecos que, a buen seguro, proporcionan escondrijo a corzos, jabalíes y ciervos, así como encames ocasionales al oso. En tiempos de la Guerra Civil sirvieron también de refugio a un grupo de guerrilleros republicanos o maquis, que durante seis largos años permanecieron ocultos en esta zona, combatiendo y huyendo de la represión del bando vencedor.

De este modo, el camino avanza rectilíneo hasta que empieza a oírse a lo lejos, mitigado por el follaje, el ladrido de los perros de Salcedillo. Poco después se encuentra un camino, bien marcado pero claramente secundario, que se desvía a la izquierda de la pista forestal en dirección a los pastos de Ujapero, que disponían de un corral con su "choza" y a los que se subía el ganado en primavera, antes de que el avance de la temporada permitiera utilizar los pastizales de la sierra de Híjar. Este camino de Ujapero tiene su prolongación, apenas unos metros más adelante, por debajo de la pista, desde donde desciende en dirección al pueblo de Salcedillo, cuyas casas a duras penas se alcanzan a distinguir entre el ramaje de los árboles.

Sin tomar ninguno de estos desvíos, el trazado principal del GR 1 prosigue su avance a través del bosque para coronar, al cabo de un kilómetro, el punto más elevado de la etapa, que se hace evidente más por el repentino predominio de las hayas que por la existencia de un cambio notorio en las pendientes del camino. En cualquier caso, a partir de este punto sigue un progresivo descenso que conduce al exterior de la mancha forestal en una zona venteada, cubierta de piornos y brezos, y con vistas a la sierra de Híjar, que se presenta negra y oscura a la sombra de las nubes que no cesan de acechar desde Cantabria. Dejando abajo a la derecha el núcleo de Salcedillo, envuelto en el armonioso tintineo de los cencerros del ganado, la ruta



Iglesia parroquial de Salcedillo dedicada a San Martín Obispo.

Salcedillo

Siguiendo el camino de Ujapero es posible bajar hasta Salcedillo, que cuenta con una interesante y fotogénica iglesia parroquial, para retomar luego la ruta en el alto de Grullos, variante que incrementa en apenas 1 km la longitud total de la etapa. Con este objetivo, se sigue la senda marcada en el suelo del bosque hasta dejar atrás la cobertura forestal en las cercanías del pueblo, que está ubicado en una ladera soleada justo por encima de la confluencia del arroyo de los Grullos y el río Camesa. Este último curso fluvial es apenas un alegre torrente que divide el núcleo por la mitad, procedente de la cercana fuente de Rocamesa, que mana del corazón de la sierra de Híjar en las laderas de Peña Rubia.

Culebreando entre prados cercados por muros y vallas de madera, el camino pasa al lado de una cantera de arenisca roja, del mismo color que la piedra que lucen las fachadas del pueblo, especialmente evidente en los dinteles y grandes sillares que enmarcan puertas y ventanas. Tras vadear el arroyo de los Grullos, el camino sube hacia las primeras casas

dejando a un lado un pequeño molino situado a orillas del río Camesa. Solo unos pasos más adelante, el trayecto desemboca en el centro del pueblo, a los pies de la iglesia de San Martín Obispo, en cuya fábrica se evidencian numerosas reformas de los siglos XVII y XVIII, pero en la que se conserva una excepcional portada románica, con tres arquivoltas cuidadosamente labradas y finamente decoradas. Este elemento es todo lo que queda del templo románico original, que fue bendecido en el siglo XII por el obispo de Burgos, a cuya diócesis pertenecía la zona en aquella época.

Además de la iglesia parroquial, Salcedillo posee una cuidada arquitectura popular, si bien los detalles de mayor atractivo aparecen de puertas adentro, en los corrales que preceden a las viviendas. Si se tiene ocasión de visitar alguno, se podrá comprobar cómo la madera, envejecida por la edad y la exposición a los elementos, adquiere protagonismo en estos espacios, donde el tiempo parece haberse detenido en otra década. En efecto, en muchos corrales sigue guarecido el carro, el arado y los aperos de labranza apoyados contra el muro, la leña bien ordenada por tamaños, con haces de escobas apilados en algún altillo para iniciar la lumbre... A su lado sorprende descubrir ruedas de molino integradas en muros o recostadas contra alguna pared, recuerdo de una antigua industria de la que participaba el pueblo. Muchas de estas piezas están fabricadas en conglomerado, un tipo de roca aparentemente poco apto para esta finalidad, pero que "quedaba perfectamente pulido al hacer girar la piedra con agua y arena".

Tras visitar el pueblo y para regresar al trazado del GR 1, debemos tomar la carretera local en dirección a Brañosa, la cual rodea el núcleo urbano por su parte alta. Esta vía asfaltada, de escaso tráfico, remonta la valleja del arroyo de los Grullas hasta el alto homónimo, dando vista en el trayecto a un conjunto de prados en los que suele pastar el ganado, siempre acompañado por el alegre canturreo de los cencerros.

De arriba abajo: vista del pueblo en la que se aprecia el característico tono asalmonado de las paredes de piedra construidas con arenisca roja; una de las calles que va a dar a la iglesia; portalón de acceso a una tradicional casa de labranza; colmenas antiguas o cubos fabricados con troncos ahuecados de roble.





Desde el alto de Grullos se tiene una buena vista del macizo que forman el Valdecebollas y el pico Cueto.

desemboca en la carretera en el alto de Grullos. De este punto parte un ramal asfaltado de unos 7 km que asciende hasta la cota 1780 m, donde se levantan las obras inacabadas de lo que iba a ser el refugio de montaña de El Golobar y desde donde se puede emprender la travesía de la sierra de Peña Labra, ascender al Valdecebollas o descubrir el sumidero del Sel de la Fuente.

Caminando por el margen de la carretera, el GR 1 deja atrás el desvío de El Golobar para ir al encuentro de una pista de tierra que sale a la derecha de la calzada en la primera curva. Este camino de uso agropecuario desciende directamente a Brañosera por la vertiente de solana de un empinado vallejo, que antaño debía ser intensamente cultivado en terrazas delimitadas por muros de piedra, pero que ahora aparece invadido por un confuso manto de helechos, escobas, salgueras, majuelos, zarzas y rosas silvestres.

Brañosera

La ruta accede a Brañosera por el emplazamiento de una singular ermita, conocida como capilla de San Miguel, que se puede ver adosada a los muros del cementerio local. Por su sencillez y reducidas dimensiones bien podría pasar desapercibida, pero la calidad de su fábrica y su extraña fachada son detalles que invitan a estudiarla con mayor detenimiento. Así descubriremos que se trata de los restos más añejos de la localidad, correspondientes a una antigua iglesia románica que fue volada durante la revolución de octubre de 1934, lo que explica que apenas quede de



Panorámica de Brañoseira desde el tramo final de la etapa.

ella más que un tramo de bóveda de cañón apuntada. Como testigo de su valor histórico conserva una inscripción relativa a su consagración, en el año 1118 por el obispo Pascual de Burgos, en una piedra integrada en una de las esquinas del muro sur, que destaca sobre las demás por su tono ennegrecido. No obstante, el origen del santuario es todavía anterior, pues aparece reseñado en el famoso "fuero de Brañoseira", mediante el cual el conde Munio Núñez y su esposa Argilo, en nombre del rey Alfonso II el Casto, concedieron el privilegio de poblar el lugar de Brannia Osaria a cinco familias encabezadas por "Valerio, Felix, Zonio, Cristuebal y Cervello" el día 15 de octubre del año 824. Este documento, de enorme relevancia histórica, constituye la primera carta-puebla otorgada no solo en Castilla, sino en el conjunto de los territorios cristianos durante la Reconquista. En él se establecen las condiciones para la ocupación de un territorio que se describe cuidadosamente y que, a grandes rasgos, coincide con el actual término de Brañoseira. Asimismo se fijan las relaciones entre los colonos y el señor de las tierras, en este caso limitadas al pago de un tributo, con exclusión explícita de la vigilancia militar y el servicio en los castillos. También se faculta a los pobladores a cobrar un impuesto (el *montático*) por los ganados de otras villas que se llevaran a apacentar a terrenos de Brañoseira, con la obligación de pagar a su vez al señor la mitad de la cantidad recaudada, y se deja escrito el compromiso de los vecinos de hacer extensivas las prerrogativas del fuero a aquellas personas que pudieran acudir a poblar el lugar en años venideros. Igualmente interesante resulta un pasaje que describe el pago destinado al nuevo poblado como un espeso bosque, en el que los condes mandan levantar la iglesia de San Miguel Arcángel, a la que donan tierras de labor a un lado y otro del templo.



Esa advocación es la que hoy se conserva en la pequeña capilla de San Miguel, desde la que se domina el emplazamiento del pueblo en un verde rrellano ganado al bosque, rodeado de fuertes pendientes y colgado sobre el curso del río Rubagón. Esta corriente fluye al oeste de la localidad, hundida entre prados vertiginosamente inclinados y laderas densamente forestadas. Atendiendo a su etimología, Rubagón se puede transcribir como "río rojo", denominación que probablemente aluda al color que adquieren sus aguas durante el deshielo, cuando bajan cargadas de sedimentos ricos en hierro. De hecho, la tonalidad rojiza de los afloramientos rocosos que se alcanzan a ver por encima del pueblo, en la sierra de la Braña y en las laderas de Valdecebollas, delata la abundancia de este mineral en el sustrato de la zona. Sin embargo, el boca a boca asegura que fue así bautizado tras una cruenta batalla que enfrentó en sus orillas a cántabros y romanos, y que tiñó literalmente de sangre sus aguas.

Bajando hacia el pueblo descubriremos un núcleo compacto y de calles irregulares, con casas grandes y vistosas que emplean en sus muros la afamada "piedra de Brañosera", una arenisca ferrosa que se extrae de canteras próximas y transmite su tonalidad rojiza al conjunto de la localidad. El buen trabajo de cantería que se aprecia en la mayoría de las fachadas, muchas de ellas con ventanas grandes y modernas, da al conjunto un aspecto próspero y actual sin romper con la armonía de la arquitectura tradicional. Al mismo tiempo, pone en evidencia algunas construcciones claramente más viejas, que lucen vanos pequeños e irregularmente distribuidos, y conservan retazos del revocado que antaño era norma general pero que ahora se tiende a eliminar para resaltar la belleza y el encanto de la piedra. En todo caso, el edificio más destacado es la iglesia parroquial de Santa Eulalia, que se acomoda en un costado de la localidad. Como tantos otros templos del entor-

De arriba abajo: capilla de San Miguel Arcángel; iglesia de Santa Eulalia y detalle de su portada románica.

no, sufrió las iras desatadas durante los sucesos revolucionarios de los años 30 del siglo pasado, aunque fue posteriormente reconstruida conservando algunos elementos románicos que merecen ser contemplados, como la espadaña, típica de las iglesias de la Montaña Palentina, la portada antigua y un ventanal de medio punto que se abre por encima de ella.

Junto con los atractivos de su arquitectura, en el pueblo llama la atención la existencia de un par de restaurantes, que gozan de justa reputación en la comarca, así como varias iniciativas relacionadas con el turismo rural y de aventura, que lucen sus carteles al exterior y dan idea de la reconversión emprendida para adaptar la actividad local a los nuevos tiempos y demandas de la sociedad. En el pasado, Brañosera vivió fundamentalmente de la ganadería y la agricultura, complementada con trabajos artesanales como la fabricación de carretas de madera o ruedas de molino, mediante las cuales se sacaba provecho de las materias primas más abundantes en el entorno. Junto al ganado vacuno, en el pueblo, y en la vecina localidad de Salcedillo, siempre estuvo muy arraigada la cría de caballos, que se venden para carne y se mantienen en régimen de semilibertad pastando en montes y zonas comunales a lo largo de todo el año. Esto fue así hasta mediados del siglo XIX, cuando a estas actividades tradicionales se vino a sumar la minería del carbón, que transformó profundamente la economía de la comarca, convirtiéndose en el motor de su desarrollo. Participando de esta revolución, muchos vecinos de Brañosera pasaron entonces a compatibilizar sus ocupaciones agropecuarias con un empleo en la mina, conjunción que perduró al menos hasta la década de 1960, cuando comenzó el declive y cierre de las explotaciones, que culminaría en el año 2005 con la clausura del último pozo.

Arriba y centro: dos rincones de Brañosera mostrando las características paredes de piedra del pueblo en las que se emplea la arenisca roja de Brañosera. *Abajo:* fachada de la que dicen ser la casa más antigua del pueblo.





Pastizales del Sel de la Fuente, pertenecientes a Brañósera, en la cara norte del pico Valdecebollas.



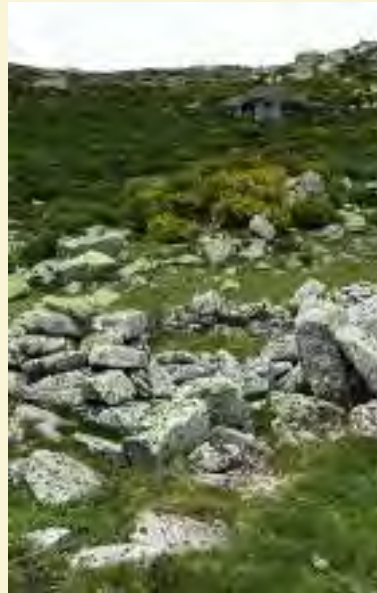
El Sel de la Fuente debe su nombre a la existencia de un espectacular sumidero en el que desaparecen las aguas del arroyo de Covarrés; su regreso a la superficie tiene lugar en Fuente Cobre, donde se sitúa tradicionalmente el nacimiento del Pisuerga.

La mojonera del Sel de la Fuente

Los terrenos de Brañósera se extienden por una amplia cabecera de monte, pastizales y bosques que comprende las aguas vertientes del río Rubagón y sus afluentes, alcanzando por el norte la cresta culminante de la sierra de Híjar. Curiosamente, por el noroeste desbordan la divisoria para abarcar también el circo glaciar de Covarrés y los frescos pastizales del Sel de la Fuente, que se sitúan en la cara norte de Valdecebollas, ya en el ámbito del valle de Redondos y La Pernía. Una antigua leyenda explica cómo la propiedad de ese puerto quedó en manos de Brañósera hace mucho tiempo, a consecuencia de la aparición de un cadáver en el Sel de la Fuente del que se hizo cargo la gente de esta localidad. Aunque la veracidad del relato no puede ser confirmada con datos históricos, lo cierto es que el paraje de *Cova Regis* aparece citado en el propio fuero de Brañósera como parte de los terrenos concedidos a su concejo de vecinos. Esto no impidió que fuera objeto de litigio en el siglo XVI, reclamando su posesión los pueblos de Santa María y San Juan de Redondo, posiblemente en base a su situación geográfica en "su" lado de la montaña. Aunque el resultado del pleito fue favorable a Brañósera, se alcanzó un acuerdo de "usadías" según el cual el ganado de Redondos podía entrar al puerto durante el día, existiendo la obligación de devolverlo

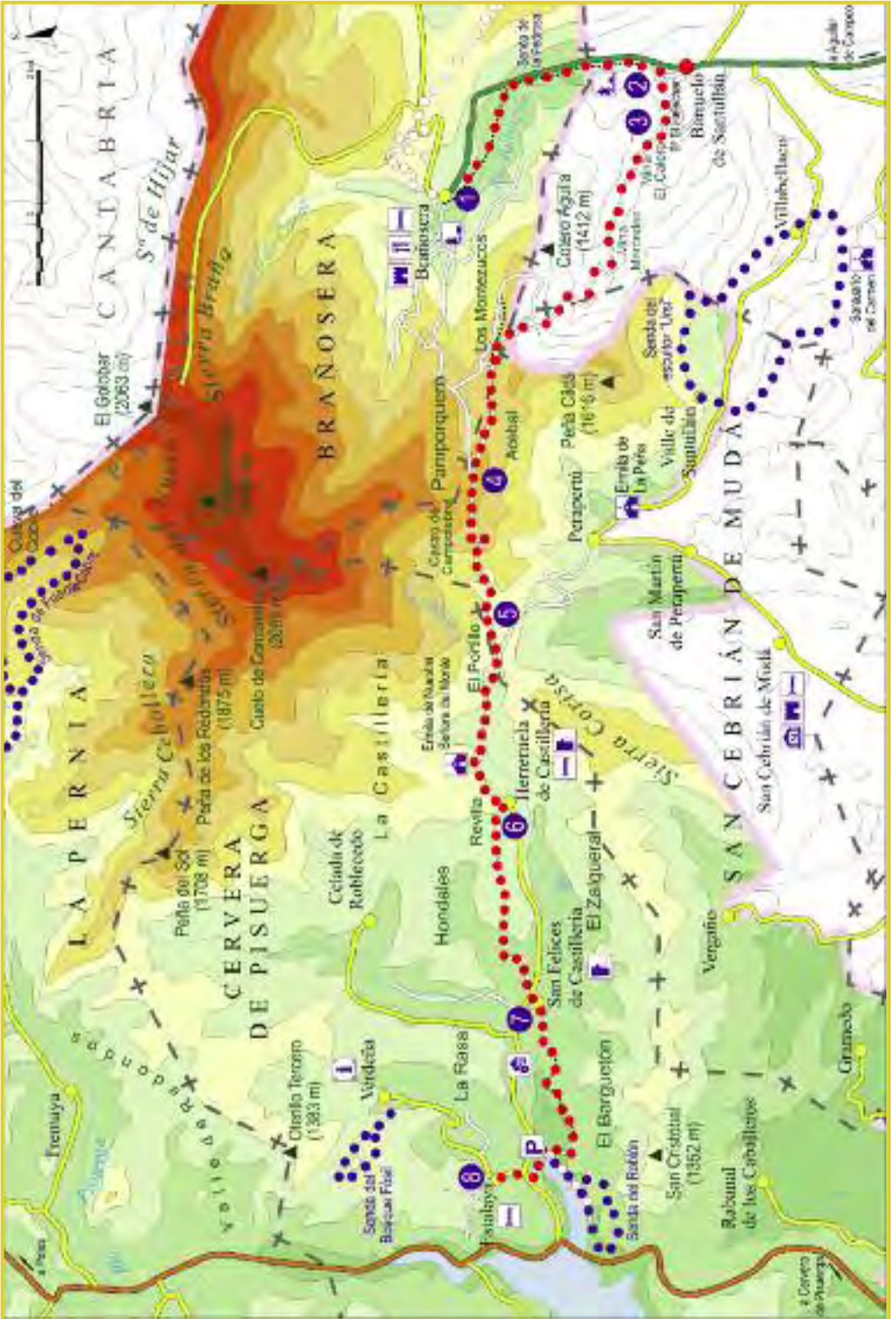
al valle al caer la tarde. Del mismo modo, los rebaños de Brañósera podían bajar hasta los alrededores de la fuente del Cobre durante las horas de luz, debiendo ser retornado al puerto al final de la jornada.

Como recuerdo de aquellas disputas ha llegado a nuestros días una bonita tradición que se repite en el mes de septiembre cada 9 años, habiéndose celebrado por última vez en 2009. Así, en la fecha convenida, gentes de Santa María y San Juan de Redondos, Celada de Roblecedo y Brañósera se reúnen en el Sel de la Fuente para "la mojonera", en el transcurso de la cual se recorren los deslindes comprobando los mojones que delimitan los terrenos de cada junta vecinal y que consisten en cruces grabadas en la roca con la inicial de cada pueblo inscrita en los distintos cuadrantes. Para dejar constancia del recorrido se contrata un notario, elegido alternativamente por las juntas de Brañósera y del valle de Redondos, y se levanta acta de la localización de los mojones y su aceptación por todas las partes, firmando como representantes los alcaldes o presidentes y como testigos, personas de distinta edad de cada uno de los pueblos. Al final del acto unos y otros se intercambian copas de vino, utilizando para ello unas antiguas tazas de plata que se guardan para tal efecto desde hace siglos.



Como testigos de las viejas costumbres pastoriles, en el Sel de la Fuente todavía es posible distinguir restos de chozos (*arriba*) y corrales de piedra (*abajo*).





SEGUNDA ETAPA: LA CASTILLERÍA De Brañosa a Estalaya (23,5 km/7h 45´)

Brañosa-Barruelo de Santullán (3,3 km/1h)

Mentalizados para una larga etapa en la que cambiaremos los paisajes pindios y boscosos de La Braña por los valles idílicos de fondo llano y colinas forestadas de la Castillería, salimos de Brañosa en dirección a Barruelo de Santullán por la conocida como senda de La Pedrosa. Esta ruta de pequeño recorrido se inicia a las afueras de la localidad, en el mismo enclave de la ermita de San Roque. Esta pequeña capilla no llama tanto la atención por su arquitectura, como por su ubicación al borde del talud que limita la población por el oeste, ofreciendo, a primeras horas de la mañana, una magnífica panorámica del robledal que tapiza la vertiente opuesta. También desde aquí se aprecia el tramo del valle que nos disponemos a recorrer, en el cual el cauce del Rubagón se presenta encajonado y hundido, oculto en la espesura de frondosas que envuelve la salida del valle.

Disfrutando de estas vistas, iniciamos sin demora la marcha por una pista forestal ancha y cómoda, que desciende suavemente entre prados y setos arbolados distanciándose cada vez más de los ruidos que llegan del pueblo y de la carretera que circula más arriba en la ladera. Así se llega a un cercano cruce de caminos, donde nuestros pasos se desvían a la izquierda de la pista principal por una vereda estrecha que se interna de forma decidida en el robledal. Aunque de fácil tránsito para el senderista, este sendero de firme irregular puede resultar algo dificultoso para hacer en bicicleta de montaña, siendo recomendable que los ciclistas menos expertos eviten este tramo utilizando en su lugar el carril-bici que corre a orillas de la carretera hasta Barruelo.

En todo caso, la senda de La Pedrosa se adentra en este punto en una masa densa y umbrosa, donde la elevada humedad ambiental favorece la proliferación de

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre Brañosa y Estalaya:

1-Ermita de San Roque (Brañosa) 42°56´03" N/4°18´16,54" O; 2-área recreativa de La Pedrosa (Barruelo) 42°55´08" N/4°17´30" O; 3-El Calero 42°54´47" N/4°18´18" O; 4-Pamporquero 42°55´55" N/4°21´10" O; 5-El Portillo 42°55´46" N/4°23´27" O; 6-salida de Herrerueta 42°55´43" N/4°24´46" O; 7-San Felices 42°55´30,68" N/4°26´46,25" O; 8-Estalaya 42°55´37" N/4°28´29" O.



avellanos en el sotobosque y permite que recias hayas de porte elegante se abran un hueco en la masa dominante de robles albares y rebollos. Avanzamos ahora casi sin desnivel a través del bosque, aprovechando el silencio reinante para aguzar el oído en busca de pinzones, trepadores azules, carboneros y pájaros carpinteros, con la expectativa puesta en el pico mediano, sin duda, la especie más interesante del lugar. Asimismo, resulta estimulante cualquier encuentro con un agateador, que de inmediato pondrá en alerta al observador más experimentado para tratar de discernir entre las dos especies presentes, el común y el norteño, físicamente tan similares que una distinción segura solo se puede basar, la mayoría de las veces, en la identificación de sus voces.

Absortos en los sonidos del bosque y con la vista puesta en la traza del camino, sobre el que pueden aparecer impresas las huellas de corzos, jabalíes y ciervos, alcanzamos un cruce señalado en el seno del robledal, donde la senda gira bruscamente en el sentido de la pendiente para lanzarse a una rápida bajada en busca de las orillas del Rubagón. Apenas 200 m más adelante, el camino se asoma a la llamada poza de los Pilonos, un remanso de aguas verdes y transparentes alimentado por un rápido turbulento, cuyo rumor constante apaga el trino de los pájaros y el susurro del follaje agitado por el viento.

Inmediatamente, el senderista emerge a un pastizal rodeado de arbolado en la margen izquierda del cauce. Solo el uso regular del sendero hace que exista una vereda marcada a través del herbazal, la cual nos dirige hacia un paso de grandes losas de piedra dispuestas sobre una zona encharcadiza y fangosa. Al otro lado, la vegetación se vuelve a cerrar de inmediato en torno al camino, formando una suerte de túnel vegetal que nos conduce entre prados ganados a la floresta hasta el área recreativa de La Pedrosa. Allí la senda termina en el emplazamiento de las

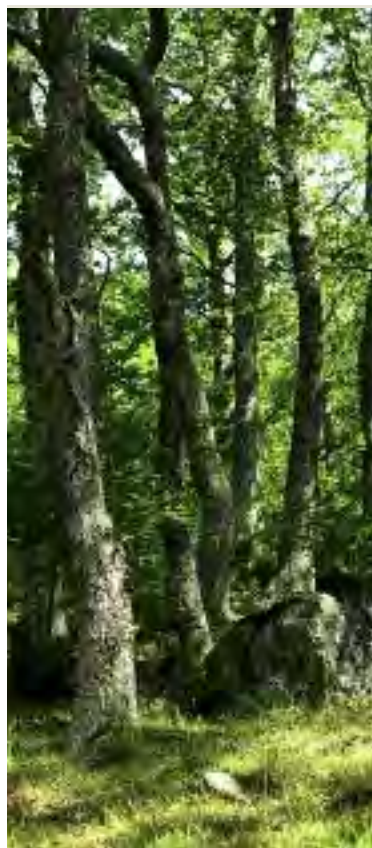
Arriba: ermita de San Roque de Brañosera. *Abajo:* senderistas haciendo el camino de La Pedrosa, un tramo del GR 1 apto incluso para familias con niños.

piscinas y el campo de fútbol municipal de Barruelo, en un sector de bosque aclarado, equipado con mesas y bancos de piedra.

Para continuar hacia el pueblo, el GR 1 se dirige a la parte baja del aparcamiento de las piscinas, donde un robusto puente de madera da acceso a la otra margen del Rubagón, comunicando una senda ancha y bien marcada que se abre paso a través de un denso rebollar. No obstante, este nuevo tramo por el interior del bosque finaliza enseguida, al salir a una antigua escombrera, ahora parcialmente cubierta de hierbas y arbustos espinosos, con arbolado de chopos en las lindes. Desde este claro se avista ya el casco urbano de Barruelo, compuesto por casas bajas de estilo obrero y moderno, que trepan por la ladera del Ujapero en medio de un pujante regenerado de rebollos que trata de recuperar antiguos dominios extendiendo sus raíces hasta el mismo borde del pueblo.

Al otro lado de la escombrera, alcanzamos una encrucijada, siendo nuestra opción más directa para proseguir la marcha el camino que se ensancha justo enfrente perdiéndose al fondo en una curva entre robles. Como alternativa, podemos tomar el ramal que desciende a nuestra izquierda en dirección al pueblo, por el que iremos a salir, al cabo de unos 200 m, a la pista de tierra que conduce desde Barruelo al barrio de El Helechar, nuestro próximo destino. El punto donde se juntan esos dos caminos, localizado justamente a las afueras de la localidad y al pie de un puente sobre el Rubagón, es especialmente interesante por la vista que se tiene del curso fluvial, que en este tramo se presenta teñido de rojo, haciendo justicia a su nombre. Sin embargo, no son tanto las aguas como el propio lecho fluvial el que presenta esa tonalidad, lo que parece apuntar al elevado contenido en hierro de los sedimentos que aquí baña la corriente como explicación más plausible de tan llamativa coloración.

Arriba: entre Brañosera y Barruelo, el GR 1 atraviesa un magnífico robledal con predominio del rebollo. *Abajo:* las aguas del Rubagón se tiñen de rojo a las puertas de Barruelo.





Vista de Barruelo de Santullán, entre las escombreras e instalaciones mineras que han marcado su historia y los bosques que representan su extraordinario entorno natural.

Barruelo de Santullán

Desde el puente del camino de El Helechar se puede entrar directamente al corazón de Barruelo por una calle flanqueada de edificios bajos, adosados por sus muros laterales, en los que alternan viviendas con algún negocio. Basta un breve paseo para darse cuenta de que no estamos en la típica localidad montañesa entregada a las labores del campo, sino en una villa obrera y de marcado carácter urbano, heredera de un esplendoroso pasado ligado a la minería del carbón, como atestiguan viejos edificios fabriles y extensas escombreras repartidas por su entorno.

Sin embargo, la que hoy es capital del valle de Santullán y del alto Rubagón, fue en sus orígenes una humilde aldea compuesta por un puñado de viviendas y cuadras en las que vivían poco más de una decena de vecinos entregados al cultivo de cereales y la cría de ganado vacuno y lanar. Así fue durante siglos, hasta que, en la primera mitad del siglo XIX, el descubrimiento de importantes yacimientos de carbón en la zona daría lugar a una auténtica revolución urbanística, económica y social. En cuestión de solo unas décadas, aquella aldea de campesinos se transformó en el segundo núcleo de población de la provincia y en uno de los principales centros industriales del norte del país, impulsando a Palencia al segundo lugar de las regiones productoras de carbón de España, solo por detrás de Asturias. El acelerado crecimiento demográfico, con gentes llegadas de los más variados lugares, pero sobre todo de otras comarcas carboneras de León y Asturias, motivó la construcción de sucesivas barriadas obreras, a base de "cuarteles" de dos pisos y planta larga-

da, divididos en viviendas que la empresa minera alquilaba a los trabajadores y sus familias. Así, Barruelo fue creciendo a base de barrios uniformes, ganando progresivamente terreno al monte por las laderas del Ujapero y conquistando las vegas al otro lado del Rubagón. Al mismo tiempo, la empresa se vio obligada a proveer de servicios a los nuevos pobladores, para lo cual fue preciso crear, entre otras infraestructuras, un economato, cajas de ahorros, una escuela, un centro sanitario y una farmacia.

A pesar de los altibajos que acompañaron el desarrollo de la minería local, Barruelo siguió creciendo hasta superar los 10.000 habitantes en la segunda década del siglo XX, cuando se alcanzaron las mayores cotas de producción en esta cuenca. Fueron, no obstante, años difíciles y de creciente conflictividad social, que estallaron poco más tarde en las revueltas mineras de octubre del 34, en las que Barruelo ocupó un lugar protagonista, con luctuosos sucesos que aún no se han olvidado. Tras ellos vinieron los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil, que en esta parte de la montaña se vivieron con especial intensidad al situarse uno de los frentes de combate en los altos de Valdecebollas y sierra de Híjar. Con Barruelo dominado por los alzados y un importante destacamento republicano instalado en Reinosa, muchos barruelenses cruzaron la divisoria para alistarse en el bando progubernamental, viéndose obligados a luchar contra sus propios compañeros, reclutados por los nacionales a este lado de la montaña. Aquel frente se mantuvo estable durante más de un año, hasta el 14 de agosto del 37, cuando una gran ofensiva de las tropas nacionales acabó en pocas horas con la resistencia del ejército republicano. El fin de la guerra todavía dio paso a una larga etapa de escarceos guerrilleros en los montes de la zona, que perduraron por lo menos hasta la segunda mitad de los años 40.



Calle principal de Barruelo, flanqueada por casas adosadas de dos pisos.

Con estos acontecimientos en la memoria, Barruelo fue recuperando en los años siguientes su pulso minero. Sin embargo, ya nunca lograría retomar los niveles de actividad de épocas anteriores, viéndose abocado a sucesivos cierres, breves reaperturas repletas de esperanzas y sueños rotos, todo ello en medio de una continua pérdida demográfica que hoy se intenta paliar con la búsqueda de nuevas fuentes de progreso, basadas en la puesta en valor del legado minero y en las nuevas oportunidades que brinda la riqueza natural del entorno. En este contexto se encuadra la creación del llamado Centro de Interpretación de la Minería (CIM), que incluye un museo radicado en el edificio de las antiguas Escuelas Nacionales. Se trata de una moderna infraestructura de enfoque educativo, que ofrece al visitante multitud de recursos para conocer a fondo la minería en la cuenca del Rubagón, desde su geología hasta su historia. Su ubicación hacia la parte alta del pueblo hace que desde sus puertas se domine buena parte de la localidad, con las chimeneas de viejas instalaciones mineras despuntando sobre el resto de edificios, por delante de negras escombreras y terrazas surcadas por raíles en desuso, por los que un día circularon trenes cargados de mineral y briquetas de carbón hacia todos los puntos del país.

Además del museo, el CIM cuenta con otra instalación si cabe más ilustrativa, situada en la salida hacia Vallejo de Orbó. Se trata de una mina visitable en la que se recrea la actividad cotidiana en las galerías subterráneas, permitiendo una mejor comprensión de la dureza del trabajo de los mineros y del enorme sacrificio que supuso arrancar del subsuelo, a base de sangre, sudor y lágrimas, el mineral que ha transformado para siempre la localidad.



Fachada principal del museo minero de Barruelo de Santullán.

Barruelo-Herreruela de Castillería (13,2 km/4h 20´)

En todo caso, la visita al Centro de Interpretación de la Minería de Barruelo debe quedar postergada para una próxima ocasión, dada la larga marcha que aún tenemos por delante. Por ello, sin más dilación, regresamos al puente sobre el Rubagón en el camino de El Helechar, por el que también retoman el trazado de la ruta los ciclistas llegados desde Brañosera por el carril-bici asociado a la carretera. Esta pista irá a enlazar un poco más adelante con el camino marcado para los senderistas a través de la mata de robles que cubre el monte aledaño. En ese lugar encontraremos también una bifurcación que brinda dos opciones de acceso al Helechar: un camino ascendente que surge a la derecha y conduce directamente a las casas, y otro ramal inferior que rodea el poblado para terminar al pie de su iglesia, no tan pequeña como cabría esperar por el tamaño del lugar.

Este asentamiento, algo retirado del núcleo de Barruelo, es la única barriada de montaña que sigue habitada de las varias que se construyeron durante la época dorada de la minería en la cuenca del Rubagón. Su objetivo era acercar a los trabajadores a las bocaminas para que incluso las nevadas más fuertes del invierno no les impidieran acudir al trabajo, asegurando así el mantenimiento de la producción. Esta barriada en concreto, estaba localizada en las proximidades de la mina de El Calero, que fue el pozo más importante y legendario no solo de este sector de la montaña, sino de toda la provincia de Palencia, tanto por sus dimensiones -480 m de profun-



Calle principal de Barruelo, flanqueada por casas adosadas de dos pisos.



El pozo Calero fue la explotación más legendaria y productiva de la cuenca del Rubagón.

didad máxima y más de 22 km de galerías subterráneas- como por sus resultados de producción, el número de obreros empleados y, tristemente, también por la cantidad de víctimas -casi un centenar- que se cobró en los 67 años que se mantuvo activo.

Para llegar hasta El Calero debemos seguir las roderas que salen del extremo oeste del rellano de la iglesia, las cuales giran inmediatamente al norte para subir hasta un cercano cruce de caminos. Allí tomamos el ramal que sale a la izquierda para enfrentar enseguida una rampa más pronunciada, hundida entre altos piornos, que desemboca rápidamente en las inmediaciones de la mina, inconfundible por su singular castillete de piedra, de 15 m de altura, amplios arcos en cada una de sus caras y tejado piramidal de pizarra.

Construido entre 1910 y 1914, El Calero fue proyectado para reemplazar a los pozos que se habían explotado hasta entonces en la cuenca del Rubagón, los cuales habían prácticamente agotado las vetas existentes en el llamado "grupo superior", más próximo a la superficie y situado por encima del nivel del río. En esta ocasión, el objetivo era entrar al "grupo inferior", en el que se esperaban encontrar reservas suficientes como para poder mantener o incluso incrementar la producción. Sin embargo, la entrada en funcionamiento del pozo se vio dificultada por el estallido de la Primera Guerra Mundial, que impidió la adquisición de la moderna maquinaria con la que se había planeado dotar sus instalaciones. Para ello hubo que esperar hasta los años 20, cuando se alcanzaron por fin cotas de rendimiento acordes con las expectativas creadas, contribuyendo de manera decisiva a la etapa de mejores resultados de la cuenca. Sin embargo, a pesar de que la mina se mantuvo en explotación de forma ininterrumpida hasta 1972, los acontecimientos bélicos de los años 30 y el cambio estratégico al uso del petróleo que vino después, hicieron que ya nunca más se retomaran los niveles de actividad de entonces. Más recientemente, se volvió a reabrir en 1993 durante un periodo de 10 años, lo que quizá explique el cuidado aspecto que presentan sus instalaciones vistas desde la valla exterior, al borde de nuestro camino.

A partir del pozo Calero, la ruta comienza un largo tramo de ascenso por una antigua pista minera excepcionalmente ancha y de buen firme, que va ganando progresivamente altura sobre el valle ofreciendo a cada paso mejores vistas. Así se aprecia el lento avance de la vegetación, que va recuperando con masas de rebollo, praderas y vastos piornales antiguas zonas degradadas por la minería que han sido objeto de restauración, devolviendo poco a poco a la zona su aspecto natural.

De este modo, sin salirnos del camino principal, del que se desvían algunas roderas hacia antiguas zonas de explotación, nos vamos acercando al final del valle, formado por agrestes laderas cubiertas de bosque y cresterías de roca negruzca que culminan hacia el noroeste en el Cueto Morales, una elevación discreta, apenas destacada del resto de cotas inmediatas. En esa zona, el camino acentúa su desnivel describiendo en el último momento un giro brusco para buscar una salida al valle por la vertiente septentrional, de pendientes más moderadas.

De esta manera, la siguiente curva cerrada nos descubre un destartalado cargadero invadido de escobas en mitad de una zona en regeneración. La pista se bifurca justo en ese punto, siendo nuestra opción el ramal que sigue subiendo a la derecha y que se ve de repente interrumpido por una cárcava, abierta por las aguas de



La ascensión por el valle del pozo Calero culmina con una gran vista hacia la cabecera de La Braña, escoltada por la sierra de Híjar con sus inconfundibles bandas horizontales de roca negruzca.

escorrentía, que lo atraviesa de lado a lado. Los senderistas pueden evitar el socavón fácilmente caminando sobre el talud del camino, pero los ciclistas encontrarán más cómodo subir monte a través, por una zona libre de matorral que une la curva anterior con el siguiente tramo del camino.

No será este el único obstáculo que encontremos en esta parte de la ascensión, pues poco más arriba alcanzaremos otra bifurcación, con un ramal que se desvía a la derecha bloqueado por una nueva zanja, eso sí, menos profunda. Dado que esa es precisamente nuestra opción, se hace obligado salvar el obstáculo a pie para continuar hasta el final del camino, que va a dar, ya no mucho más arriba, a una pista forestal de trazado rectilíneo que nos guiará prácticamente hasta el cambio de vertientes. Esta se alcanza tras tomar un nuevo desvío a la derecha que nos asomará enseguida a una gran panorámica de la sierra de Híjar, con sus afloramientos de conglomerado dibujados en laderas arbustivas que van ganando entidad hacia el oeste hasta fundirse con el macizo de Valdecebollas. Mucho más cerca, por debajo del camino, se ve el lindero del robledal de Brañosera que, en esta parte alta, se diluye en una orla de abedules y pequeñas matas de arbolado disperso entre pastizales y mantos de brezo. Es una zona frecuentada por las grandes culebreras, que se ciernen sobre nuestras cabezas oteando el suelo en busca de roedores y ofidios. A su lado, nunca faltan los cernícalos vulgares, mucho más pequeños y de movimientos ágiles, así como pequeños bandos de cornejas y chovas piquirrojas que surcan el cielo a altitud variable. Más cerca del suelo también es posible realizar buenas obser-



Majada y pando de Pamporquero, con las siluetas del Espigüete (a la izquierda) y el Curavacas (a la derecha) despuntando en el horizonte, sobre el paso que se dirige a la Castillería.

vaciones, siendo frecuentes al final del verano los papamoscas cerrojillo, que no dejan de reclamar un instante desde las copas de los árboles, muchas veces acompañados por pinzones, mosquiteros musicales y páridos. Junto a ellos es posible avistar ocasionalmente grupos de verderones serranos, que resultan mucho más impredecibles y escasos, por ese motivo también más interesantes.

La ruta prosigue ahora a mejor ritmo por la parte alta del cordal que separa los valles de Brañoseira y Mudá, hasta desembocar en el pando de Pamporquero, donde se abren vastas camperas rendidas a los pies de la mole de Valdecebollas. La grandiosidad de la panorámica hace que parezca diminuta la única construcción existente, un redil para el ganado hecho de bloques de hormigón que parece recostado contra la hinchada panza de la sierra del Cueto, tapizada de herbazales y landas de brezo.

El paso de Pamporquero fue, en el pasado, una ruta de comunicación importante entre los pueblos de La Pernía y las comarcas de Campoo y Valle de Santullán, hasta tal punto que para controlar el tránsito por este collado se construyó una atalaya en lo alto del pico Cueto (también llamado Cueto de Comunales), a más de 2000 m de altitud. En época medieval, esta fortaleza formaba parte de un conjunto de torres que jalonaban los recorridos por la montaña y tenía su continuidad en el cercano Castro de los Moros, que se localiza en la sierra de Corisa, en la entrada al valle de la Castillería, nuestro próximo destino. Es interesante señalar que el topónimo de este valle, más que a la existencia de castillos, parece hacer referen-



Cabecera del arroyo del Cabrito, con la calar homónima destacando en la ladera de la sierra del Cueto.

cia a un antiguo tributo (que recibía el nombre de *castellaria*) por el cual los pobladores estaban obligados a contribuir económicamente al mantenimiento de estas construcciones defensivas.

Con estas ideas en mente, continuamos avanzando por la parte alta de los pastizales, sin tomar ninguno de los sucesivos ramales que se apartan en dirección al redil y disfrutando de grandes panorámicas del entorno. Hacia el sur, la vista sobrevuela la extensa y boscosa cabecera del valle de Mudá, con sus cuatro pueblos rodeados de prados y setos en primer término de un paisaje monticuloso, que va dando paso, progresivamente, a las inmensas planicies de la meseta del Duero. En cambio, hacia el oeste, la mirada tropieza con las principales cumbres de la Montaña Palentina: el Espigüete, el Curavacas y el macizo de Peña Prieta, que despuntan, todavía muy alejadas, por encima de las blancas calizas de la peña de Santa Lucía.

Enseguida, un paso canadiense marca el inicio del descenso hacia la Castillería a través de las faldas cubiertas de matorral de la sierra del Cueto. Tras un primer tramo de suave pendiente, el camino dibuja un par de giros en la ladera perdiendo altura y acercándose a la orla superior del bosque, pródiga en espinos albares y rosales silvestres que se ven intensamente ramoneados, prueba de la abundancia de ciervos y corzos en la zona, pero también del paso frecuente del ganado. Un poco más adelante, el senderista se sorprende a sí mismo caminando por la cresta de una suave loma, dando vista a la recogida cabecera del arroyo del Cabrito. Este torrente se descuelga rectilíneo desde "la calar" homónima, visible en las alturas del pico Cueto,



Vista del valle del arroyo de Herrerueta en la bajada del Portillo hacia la Castillería.

dibujando un surco que corta verticalmente la cara sur de la montaña a través de piornales, escobonales, brezales y matas de roble que, en estas solanas, aparecen dominadas por el rebollo.

El trayecto por la loma termina en una rápida sucesión de curvas, que hacen progresar el descenso de forma más acentuada y decidida. De este modo, el recorrido no tarda en tocar la parte alta del bosque de Perapertú, conduciendo a un primer cruce con una pista que se incorpora por la izquierda procedente de esa localidad. Apenas 300 m más adelante, se alcanza el paraje del Portillo, donde muere la sierra de Corisa en un paso estrecho convertido en una auténtica encrucijada. De allí salen, con dirección sur, nuevos ramales hacia San Martín de Perapertú y San Cebrián de Mudá. Un tercer sendero, claramente secundario, se aparta hacia el norte rodeando el monte para bajar a la mata de Andantello. La última opción, por la que se decanta nuestra ruta, es una pista que atraviesa el collado para acceder a la vertiente septentrional de la sierra de Corisa y cambiar al valle del arroyo de Herrerueta (continuidad del arroyo del Cabrito).

El siguiente tramo discurre a media altura de una pendiente rocosa, dominando un vallejo estrecho en el que una pequeña escombrera de escorias de carbón delata la existencia de una antigua mina de montaña, de nombre Florentina. En la primavera avanzada y en el verano, este trayecto resulta especialmente llamativo por la abundancia y variedad de mariposas que se concentran para libar de las flores de los cardos, aguileñas y viboreras que crecen a orillas del camino. A pesar de la rela-



La ermita de Nuestra Señora del Monte aparece de pronto, al volver un recodo del camino, cuando apenas resta un kilómetro para llegar a Herrerueta de Castillería.

tiva baja altitud de la zona, no es raro descubrir entre ellas a la gran mariposa apolo, volando y posándose brevemente en los retazos de pastizal que se abren en el manto de aulagas espinosas que tapiza la ladera.

En cualquier caso, nuestra ruta busca el fondo del valle con rapidez, cruzando el arroyo para continuar por el margen derecho de la vega, en la que apenas hay sitio para una alineación de prados delimitados por setos de chopos y sauces. A partir de ese punto se avanza casi sin desnivel, entre resaltes calizos que arrojan una pequeña ermita dedicada a Nuestra Señora del Monte. La ruta pasa a los pies de este sobrio edificio, dividido en dos cuerpos de formas cuadrangulares, con la cabecera destacada en altura sobre la nave y sin espadaña a los pies. Sus altos muros de mampostería llaman la atención por carecer prácticamente de vanos, si exceptuamos la puerta lateral de entrada en arco de medio punto y un par de pequeños ventanales muy separados entre sí. En su altar se veneraba hasta hace poco tiempo a la virgen titular del templo, muy querida en el pueblo de Herrerueta.

Tan solo se sacaba el día de Nuestra Señora, a mitad de agosto, para cubrir el trayecto hasta la iglesia parroquial a hombros y en solemne procesión.



Macho y hembra de *Polyommatus icarus*.

La vieja industria de las piedras de molino

Desperdigadas por las sierras y montañas de los pueblos de La Braña, la Castillería y el valle de Redondos, sorprende encontrar en el lugar más insospechado, ya sea en medio de un roquedo o al borde de un camino, piedras cuidadosamente labradas para ser utilizadas como muelas de molino. En ocasiones se entiende su abandono porque aparecen quebradas, rotas en el proceso de fabricación o partidas durante el transporte. Sin embargo, otras veces se encuentran terminadas, aparentemente sin daño alguno, lo que invita a pensar en un cese repentino e imprevisto de la actividad. En cualquier caso, dan idea de la importancia que alcanzó la fabricación de estas "piedras de molino" en este sector de la Montaña Palentina, una ocupación con varios siglos de antigüedad que llegó a ser estrictamente regulada para evitar el colapso del mercado y la caída consiguiente de los precios. Así lo demuestran ordenanzas de finales del siglo XVI o principios del s. XVII que regulan esta cantería, cuya riqueza se repartía entre los vecinos comprometiendo por escrito el cupo de piedras que cada uno podía fabricar. Esto se deduce de sendas actas fechadas en los años 1706 en Brañosera y 1744 en Herrerueta, en las que se determina el número de muelas que podían fabricar los concejos del valle de Redondos, Brañosera, Salcedillo, Celada de Robledo, Herrerueta y San Felices de Castillería. En estos documentos no se pone límite a la fabricación de piedras de pequeño tamaño, pero para las mayores se define el siguiente reparto: 9 para Brañosera, 8 para Salcedillo y 7 para el resto de pueblos, estableciendo además gravosas multas para el supuesto de que alguno de los concejos incumpliera el acuerdo.

El proceso de fabricación comenzaba con la localización y selección de una roca apropiada para la obtención de la pieza, que luego era trabajada directamente en el monte, a base de golpes y paciencia. Una vez labrada, era penosamente transportada en carros tirados por bueyes hasta el pueblo, traqueteando por caminos generalmente complicados. Muchas de esas piedras, que nunca llegaron a ser utilizadas, aparecen ahora decorando fachadas o patios en los pueblos, integradas en un solado o en cierres de fincas, lo cual despierta cuándo menos la curiosidad.

A decir de las gentes de Salcedillo, esta industria se mantuvo, al menos en esta localidad de La Braña, hasta el siglo XX, bastantes años después de finalizada la Guerra Civil. Sin embargo, cuando llegó la revolución industrial a la fabricación de las harinas, los antiguos molinos se vieron rápidamente abocados al cierre y al abandono de su actividad, lo que arrastró consigo a todo el proceso artesanal de fabricación de piedras y otros elementos propios de este secular ingenio hidráulico.



Piedras de molino expuesta como adorno en una fachada de Salcedillo.



Ambiente cotidiano de Herrerueta de Castillería, con el ganado en las calles.

Herreruela de Castillería

La ermita de Nuestra Señora del Monte dista apenas un kilómetro de Herrerueta, que ocupa la vertiente de solana de un fondo de valle estrecho, limitado por lomas de escasa entidad, cubiertas de bosque en la umbría, y con prados y fincas en torno al pueblo. La ruta accede al lugar por el emplazamiento de una llamativa casona, que conserva todo su tipismo a pesar de haber sido remodelada como alojamiento rural y casi convertida, de puertas para adentro, en un museo de elementos etnográficos. En este punto, la pista de tierra procedente del Portillo y Pamporquero se convierte en una calle de hormigón que atraviesa la población entre edificios voluminosos e independientes, orientados y distribuidos un tanto al azar por la pendiente. En su fábrica emplean una piedra que recuerda a la de Brañosa, pero combinando en la misma proporción cantos ferruginosos de color violáceo y piezas de arenisca más amarilla. Esto da al pueblo una tonalidad ocrácea característica, con fachadas claras que contrastan vivamente con el rojo de los tejados. Numerosos detalles contribu-

yen además a hacer de la arquitectura rural de esta localidad una de las más atractivas de la comarca, aún a pesar de la existencia de algunos añadidos o reformas que distorsionan la homogeneidad del conjunto. Así ocurre con los grandes portales en arco de medio punto que dan acceso a corrales y cuadras, con el ventanal de noble factura que se ve reutilizado en algún recoveco, o con los muros de adobe que conforman la pared de algún pajar, todos ellos elementos de gran interés etnográfico que dan lugar a composiciones fotogénicas, más aún si a la imagen se añade el ganado que cotidianamente recorre el pueblo, acompañado por el tintineo de los cencerros y el cacareo de las gallinas.

Siguiendo el curso del GR por la calle central de Herrueruela se pasa ante otro edificio cuidadosamente restaurado que llama la atención por presentar una inscripción en el dintel de la puerta. Se trata de una propiedad del concejo de vecinos distribuida en varias salas independientes. Una de ellas, situada en un nivel inferior, hoy sirve de sede al teleclub pero, antiguamente, era el local de las escuelas, donde aún se recuerda al último maestro, don Tiburcio, explicando la lección mientras se preparaba la comida en un puchero de barro, en una cocina improvisada dentro del aula. En cambio, el salón principal, al que se accede por la puerta con el dintel grabado, se empleaba como cuadra del toro, y una tercera sala, actualmente convertida en consultorio médico, servía de consistorio, en un tiempo en el que el pueblo tenía Ayuntamiento propio. De hecho, en los años 70 del siglo pasado, el término municipal de Herrueruela limitaba con el de Celada, en el que estaban integrados los demás núcleos de la Castillería. Sin embargo, la escasez de recursos económicos hizo que ambos se anexionaran a Cervera de Pisuerga a finales de esa década.



Arriba: portalón en arco de acceso a las cuadras en una típica casa de labranza de Herruela. *Centro:* rincón del pueblo mostrando la arquitectura de arenisca y teja roja. *Abajo:* puerta de la antigua cuadra del toro en la casa del concejo.



En las inmediaciones de este antiguo consistorio, la calle principal se bifurca creando una especie de plaza improvisada en torno a una gran cruz de madera, del mismo estilo que otras que se pueden ver en distintas localidades del valle. Esta en concreto fue fabricada por un carpintero de Cervera para reemplazar otra más antigua que señalaba el lugar conocido como La Cruz, que era el punto de reunión tradicional de los vecinos.

Un poco más adelante se sitúa la iglesia parroquial, dedicada a San Miguel Arcángel por más que la hornacina central de su sencillo retablo esté ocupada por la imagen de Nuestra Señora del Monte. El elemento más destacado del templo, de estilo gótico, quizás sea la vistosa bóveda de crucería estrellada que cubre la única nave, separada del altar por un arco triunfal apuntado. La puerta de entrada, de factura románica muy simple, se abre en el muro del mediodía, protegida bajo un pórtico con solera de grandes losas, entre las que se intercalan varias piedras de molino. No en vano sus habitantes fueron reconocidos fabricantes de muelas. Sin embargo, hay que remontarse mucho tiempo atrás para encontrar referencias de molinos y un batán funcionando en el pueblo. Como recuerdan los últimos vecinos, durante buena parte del siglo XX, era costumbre bajar a moler a San Felices, donde se encontraba el molino más cercano.

Aparte del trabajo tradicional de la piedra como complemento a la dedicación básicamente ganadera, en la localidad hubo arrieros y pastores trashumantes, estos últimos seguramente influenciados por el paso de la "Cañada Real" por las afueras del pueblo. En realidad, se trataba de una vía pecuaria de segundo orden por la que accedían los rebaños de merinas trashumantes al portillo del Enebro y otros puertos pirenaicos de la vertiente occidental de Valdecebollas, en terrenos del valle de Redondos.

Detalles del interior de la iglesia de San Miguel Arcángel de Herreruela. *De arriba abajo*: bóveda de crucería que sirve de cubierta a la única nave del templo, altar mayor y talla de Nuestra Señora del Monte.



Panorámica de Herruela desde la continuidad del GR 1 en dirección a San Felices de Castillería.

Herreruela-San Felices de Castillería (3,7 km/1h 15´)

Desde la iglesia parroquial de Herruela, la ruta prosigue por una calle empinada que gira al norte apartándose de la carretera de acceso al pueblo. Este camino, al principio hormigonado, coincide con el trazado de aquella vía pecuaria, la "Cañada Real", que ahora se percibe como un baldío terroso intercalado entre el suelo urbano y las fincas aledañas, erosionado por el intenso pisoteo de los rebaños y por la escorrentía durante siglos, y en muchos tramos invadido de vegetación por el desuso. Al cabo de 200 m de subida, esta calle va a salir a una pista forestal, por la que continuamos en dirección oeste, llaneando entre prados que cuelgan sobre el valle conduciendo la vista a los amplios y frondosos robledales que cubren la vertiente opuesta. Enseguida el camino se interna en una mancha arbolada, mezcla de rebollos y robles albares, con abundante sotobosque de arbustos espinosos. Así se llega a una bifurcación donde el ramal inferior comunica las fincas y prados de Descansa Zorras, perdiéndose un poco más adelante. En cambio el ramal de la derecha sigue atravesando el bosque hasta salir a lo alto de la loma de Hondanales, desde la que se avista por el norte la sierra de Cebollera y el valle de Celada de Roblecedo. Aquí se encuentra otro entronque de caminos que, en este sentido de marcha, no plantea ningún problema, pues la alternativa retrocede en dirección a Herruela por lo alto del promontorio. Sin embargo, no ocurre así si el recorrido se hace en sentido contrario, supuesto en el que se debe tener la precaución de girar en este punto hacia el bosque.



Izquierda: la vieja traza de la "Cañada Real" aún se reconoce en la periferia de Herrerueta, aunque muy erosionada y abandonada. *Derecha:* tramo del sendero de San Felices a través del rebollar.



Huertos de patatas y prados en el entorno de San Felices de Castillería.

Continuando la marcha, el trazado, cubierto de césped, se diluye momentáneamente al atravesar una hermosa pradera salpicada de matas de rebollos, que crecen en grupos apretados a modo de setos incompletos. Este es el hábitat ideal para algunos pájaros como las totovías, que se manifiestan especialmente abundantes en este paraje, levantando el vuelo desde el suelo a cada paso del caminante. La ruta continúa desde la parte baja del herbazal, donde se encuentra una pista bien definida que se dirige directamente a San Felices por el borde de prados de siega y terrazas cultivadas con patatas.



Pilón para el ganado en el centro de San Felices.

San Felices de Castillería

El camino de Herrerueta desemboca en el otero desde el cual la iglesia de San Pedro *ad Vincula* vigila y brinda protección al pueblo de San Felices. Este templo reúne las típicas características del románico rural de la Montaña Palentina: una sola nave, cabecera cuadrada y espadaña a los pies que, en este caso, resulta especialmente llamativa. Está compuesta por cuatro cuerpos, conservándose en el inferior las formas de una antigua portada, actualmente cegada, y conformando los dos superiores un campanario de elegantes proporciones, con dos grandes huecos en arco de medio punto para las campanas mayores, que aparecen coronados por arquivoltas apoyadas en columnas. En el interior se pueden ver retablos, pinturas y esculturas del siglo XVIII, así como una destacada cruz procesional de orfebrería gótica.

El pueblo se asienta en un ensanche de la vega, donde el arroyo de Valdepatas, que nace en las inmediaciones de la ermita de San Roque, en término de Celada de Robledo, confluye con el arroyo de Herrerueta, que corre pegado a las lomas cubiertas de robles y hayas que se extienden al sur de la localidad. Nuestros pasos nos conducen indefectiblemente al centro del núcleo urbano, donde se abre un espacio amplio en torno a la carretera general, al que miran casas de piedra, algunas con sus fachadas encaladas. Allí se puede ver un bonito potro de herrar, cuidadosamente restaurado, que contrasta con un viejo edificio, algo decadente pero con interesantes detalles de arquitectura popular, como son sus muros cortafuegos y los para-



mentos de adobe del piso superior, ambas soluciones constructivas inusuales en la comarca. En este mismo lugar existe un abrevadero para el ganado y una vistosa fontana de piedra blanca, bautizada con el curioso nombre de fuente del Buen Gobernador por estar dedicada a un gobernador de Santander que se casó en Cervera y poseía una propiedad en la zona. Gracias a su mediación se consiguió hacer la traída del pueblo hacia los años 50 del siglo XX, cuando en el resto de lugares de la Castillería todavía no había agua en las casas. Para ello se eligió un manantial que nace alto en el monte, lo que permite prescindir de depósito. En su lugar, el agua se lleva por gravedad hasta el altozano de la iglesia, desde donde se distribuye a todas las viviendas.

A oriente de esta plaza se extiende el barrio del Sol, donde se ubica un edificio que merece la pena visitar. Visto desde el exterior es una sencilla construcción de mampostería, con ventanales estrechos y alargados, y puerta lateral en arco de medio punto, únicos indicios que lo identifican como una pequeña ermita. Dedicada a Santa Teresa, está formada por dos cuerpos: una cabecera de planta cuadrada y una nave que sobresale ligeramente tanto en anchura como en altura. Su mayor atractivo reside en el interior, donde un arco triunfal separa la nave de la capilla, decorada con fantásticos frescos del siglo XV que recrean escenas de la infancia de Cristo y sirven para definir al maestro de San Felices, cuya obra ya hemos tenido ocasión de disfrutar en hitos anteriores del camino.

Aparte de las tradicionales faenas agrícolas y ganaderas, San Felices destacó en el pasado por su trabajo de la madera, destinado principalmente a la fabricación de barricas para conservar el vino. En el siglo XIX, también había algunos pastores trashumantes y maestros canteros que labraban piedras de molino. Por esa época, y todavía en el siglo XX, se hacían cortas periódicas para obtener

De arriba abajo: edificio con la segunda planta de *sietu*; potro de herrar y carro tradicional cargado con un viejo barril de madera, como los que se fabricaban en el pueblo.

travesas para el ferrocarril, y estaba en auge la minería del carbón, con algunas explotaciones en las inmediaciones del pueblo. Este era el caso de la mina La Florida, una de las pioneras de la Montaña Palentina, cuyas escombreras permanecen visibles a orillas de la carretera en dirección a Estalaya. De allí se extraía hulla, que se utilizaba para la fabricación de carbón de cok mediante su combustión en hornos sellados con calcita. Originalmente, este mineral transformado era transportado en carretas de madera tiradas por mulas hasta la dársena del Canal de Castilla en Alar del Rey, donde era cargado en barcazas para su venta en las ferrerías de Palencia y Valladolid. Sin embargo, en el tramo final del siglo XIX, tras la construcción de la línea de ferrocarril de Alar del Rey a Reinosa y su conexión con San Cebrián de Mudá, la actividad extractiva en la Castillería experimentó un impulso al encontrar salida su producción de carbón con destino a los altos hornos de Bilbao. Esto facilitó la explotación de otras minas, como la de San Salvador, a las que vinieron a trabajar muchos asturianos. Entre ellas las había de antracita y "de graso", que tenían la piedra de carbón más dura y con abundantes bolsas de grisú.

Conviviendo con el desarrollo industrial proporcionado por la minería del carbón, en San Felices hubo dos molinos harineros para servicio de los vecinos. Uno de ellos, localizado al oeste de la localidad, por debajo de la confluencia del arroyo de Herrerueta con el río Castillería, funcionó hasta bien avanzado el siglo XX. Contaba con dos plantas, siendo la superior para vivienda y la inferior para la molienda, y disponía además de serrería. En la etapa que recuerdan los ancianos, su propietario, natural del pueblo, lo vendió a un molinero de "Rebanal de los Caballeros" (ahora rebautizado como Rabanal para evitar confusiones con el Rebanal del Valle Estrecho). El molino tenía cierta importancia pues a él acudían gentes no solo del resto del valle, sino también de lugares tan alejados como Barruelo, Valle de Santullán, Perapertú o del mismo Rabanal. Actualmente, ha sido reconvertido en vivienda y apenas se reconoce como molino.



Detalle de las pinturas murales de la ermita de Santa Teresa, obra del maestro de San Felices (s. XV).



Prados de siega en la vega del río de Castillería, aguas abajo de San Felices.

San Felices de Castillería-Estalaya (3,3 km/1h 10´)

Finalizado el recorrido por el pueblo y repuestas las energías, nos preparamos para afrontar el último tramo de la etapa dejando atrás el acogedor enclave de San Felices, envejecido durante el invierno pero animado durante el verano, cuando regresan muchos de sus antiguos vecinos, a los que se suman los niños de un tradicional campamento juvenil que se instala en los prados alledaños. Desde el centro del pueblo, al pie del puente sobre el arroyo de Valdepatas, nos dirigimos al encuentro del arroyo de Herrerueta, callejeando en dirección sur en busca de un antiguo vado que nos permitirá salvar su curso con facilidad. A pesar de su débil caudal, el cauce se ve envuelto en una verde espesura de mentas, sauces y majuelos, que dan paso a chopos y fresnos en el estrato arbóreo.

Al otro lado del arroyo, continúa una pista forestal por el margen de la vega, entre altos espinos y setos arbolados. Al cabo de un kilómetro, este camino alcanza la entrada a un vallejo secundario, que se va estrechando a medida que se retuerce entre lomas pobladas de robles. Aunque la traza principal, con las roderas mejor marcadas, parece girar hacia esta pequeña vaguada, la ruta sigue de frente, atravesando una cancela que da paso a la travesía de una loma por la que se extiende el robledal, con árboles señeros que extienden sus ramas sobre un denso regenerado

de rebollos. Así vamos ganando altura lentamente, apareciendo entonces hayas solitarias entre los robles. De pronto, el reclamo metálico y alarmado de un pájaro carpintero hará que detengamos unos minutos la marcha para escrutar con cuidado, prismáticos en mano, las densas y confusas copas del arbolado, con la esperanza de descubrir el vibrante capirote de color rojo de un pico mediano. A pesar de sus contrastados colores, este ave resulta increíblemente críptica cuando permanece inmóvil pegada a la corteza resquebrajada y repleta de líquenes de un roble. Por ello, las más de las veces, el reclamo será el único indicio de su presencia y la única pista para separarlo de su congénere el pico picapinos.

Otra vez en camino, terminamos de coronar el montículo para empezar a descender de nuevo hacia los prados de la vega, que se presentan escoltados por altos setos de majuelos y endrinos. Poco después cruzamos el río, que ahora ya se corresponde con el de Castillería, para ir a salir a un aparcamiento a orillas de la carretera, en el inicio de uno de los senderos más visitados del Parque Natural, como es la senda del Roblón. Este punto, que será también el lugar de partida del próximo trayecto del GR 1, dista apenas 500 m de nuestro final de etapa en Estalaya, adonde se llega caminando por el margen del asfalto y siguiendo las indicaciones de las señales de tráfico.



Izquierda: viejos robles albares creciendo al margen del sendero. *Derecha:* el camino entre San Felices y Estalaya discurre en buena parte de su trazado entre setos de sauces y robles.



La soleada plaza de la Cruz era el punto de reunión del concejo de Estalaya.

Estalaya

Como todos los pueblos del entorno, Estalaya encuentra acomodo en un paisaje casi idílico de bosques y campiña arbolada, entre montes alomados surcados por multitud de arroyos. Su situación estratégica, en la entrada tanto al valle de Verdeña como a la Castillería, hace plausible la creencia popular, transmitida a lo largo de generaciones, de que el lugar nació asociado a una atalaya defensiva que habría existido en lo alto de un montículo cercano. Independientemente de ello, su caserío se recuesta en una pendiente abierta al mediodía, con casas grandes provistas de vistosos corrales, evidencia de un pasado entregado a las labores del campo, aunque aquí también hubo arrieros dedicados al transporte de sal, pastores trashumantes y carpinteros fabricantes de toneles para el vino.

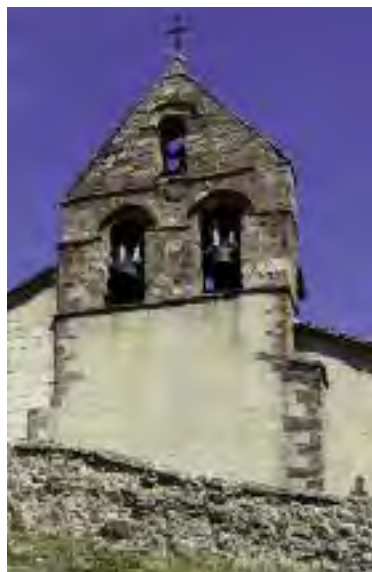
La carretera de Verdeña describe una amplia curva por la periferia del pueblo, separando un pequeño grupo de viviendas y cuadras del núcleo principal, que se apiña en torno a una única calle empinada y rectilínea. Esta callejuela atraviesa la localidad de norte a sur, partiendo de una llamativa casona situada en la parte cimera del pueblo, que ha sido reformada como centro de turismo rural. Un poco más abajo, se abre la pequeña plazoleta de la Cruz, en cuyo punto central se erige una cruz de madera análoga a la que ya nos encontramos en Herreruela señalando el punto de encuentro y reunión del vecindario. Se trata de una obra tosca de carpintería, hecha con dos buenos fustes de roble, para sustituir a la antigua, aunque su significado ya no está tan presente en la vida de los pocos vecinos que quedan en

el pueblo. Enmarcando esta plazuela, se puede ver un edificio de mampostería que luce, en el paño superior de su fachada, un estupendo blasón que identifica a una familia relacionada con el Santo Oficio, nombre que se daba en la primera mitad del siglo XX a la Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición.

Este escudo también aparece en la iglesia parroquial, situada un poco más abajo hacia el contorno del pueblo. De camino hacia ella, se pasa por delante de un gran portalón en forma de arco de medio punto, en el que llama la atención una pequeña estela grabada en su clave, justo por debajo de un pequeño altar en el que, un día, reposó la imagen de un santo. Este conjunto fue rescatado y traído piedra a piedra de un edificio de la vecina localidad de Villanueva de Vañes, antes de que resultara anegada por las aguas del embalse de Requejada.

La iglesia de la Asunción ocupa una posición ligeramente destacada, dominando una buena panorámica del núcleo urbano. Aunque ha sido profundamente reformada, su origen románico se constata en algunos restos de su fábrica exterior, como son la espadaña, algunos canecillos desgastados visibles en la cornisa del ábside, y su portada, que se abre en el lateral sur. En la antigüedad debió existir otro edificio religioso al sureste del pueblo, en un terreno llano a los pies del alto de San Juan de los Vallejos. Así parece desprenderse del hallazgo en esta zona de la "necrópolis de San Salvador", un enterramiento medieval formado por varias tumbas de lajas, que fue documentado a finales del siglo pasado. Por la tipología de sus tumbas corresponde a época Pleno y Bajomedieval, remontándose posiblemente a los tiempos de los primeros pobladores de Estalaya, teniendo en cuenta que esta población aparece mencionada por primera vez en el "Cartulario de Liébana", en 1215.

Arriba: el núcleo de Estalaya muestra fachadas cuidadosamente restauradas, conservando su aspecto tradicional. *Centro y abajo:* la espadaña y la portada de la iglesia de la Asunción son restos románicos de su fábrica original.





Arriba: grupo de senderistas en la visita al bosque fósil de Verdeña, consultando una de las señales interpretativas del yacimiento. *Abajo:* vista general de la trinchera y la pared en la que aparecen impresos los fósiles.

El bosque fósil de Verdeña

La carretera que sube a Estalaya termina, pocos kilómetros más adelante, en Verdeña, uno de los núcleos más cuidados y atractivos de todo el Parque Natural, al que ha dado fama el descubrimiento, en sus cercanías, de uno de los mejores yacimientos de España en cuanto a restos vegetales fósiles: el "bosque carbonífero de Verdeña".

Desde el punto de vista geológico, esta zona se ubica en la Unidad del Pisuerga-Carrión, que constituye el sector más oriental, y quizás más complejo, de todos los que se han reconocido dentro de la Zona Cantábrica. La mayoría de las rocas que aparecen en esta unidad son sedimentarias y pertenecen al Paleozoico. Entre ellas existen capas que fueron depositadas en ambientes marinos y otras que se acumularon en medios continentales, abarcando varios periodos geológicos: desde el Silúrico (hace 430 millones de años) al Carbonífero (hace aproximadamente 305 m. a.). Todas las que afloran en el entorno de Verdeña corresponden a esta última etapa y consisten, básicamente, en una alternancia de rocas siliciclásticas (como pizarras y areniscas) y carbonata-

das (margas y calizas), con alguna capa de carbón intercalada. Estas rocas se formaron gracias a la acumulación de sedimentos en lo que fue un antiguo delta, sufriendo con posterioridad a su depósito y litificación una intensa deformación.

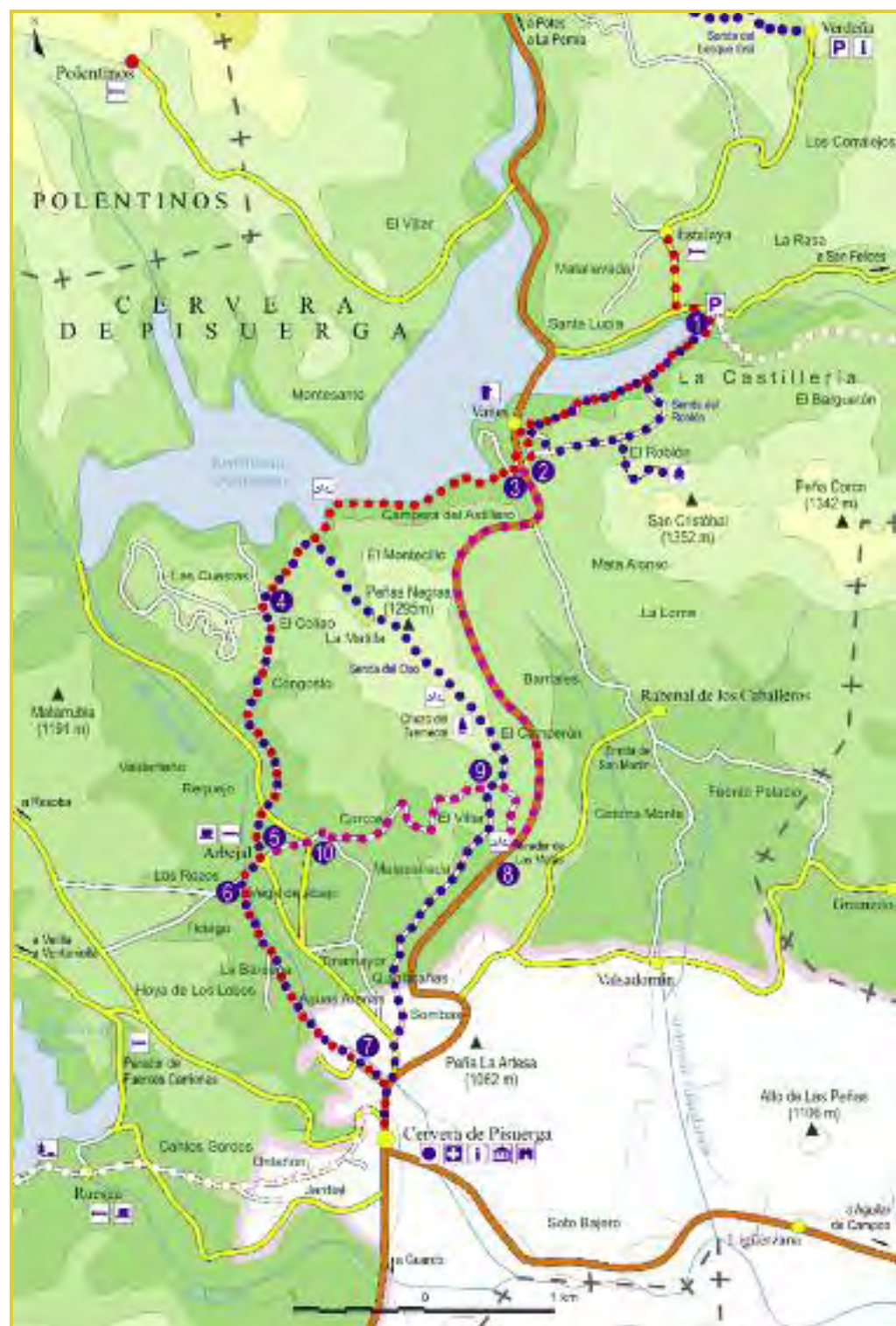
Durante los años ochenta del siglo pasado, un repunte de la minería del carbón hizo que en los alrededores de Verdeña se explotaran algunas capas intercaladas entre otras rocas sedimentarias. Así fue como, al extraer un filón de carbón que afloraba al noroeste del pueblo, quedó al descubierto la superficie superior de una capa de areniscas en la que se observaban extrañas marcas. Estas resultaron ser huellas de troncos y raíces de un gran número de vegetales de hace unos 305 millones de años. Entre ellas se observan huellas de forma cuadrada que corresponden a la base de los troncos, de las que parten impresiones radiales que se identifican como la salida de las raíces. Los aparatos radiculares (*Stigmaria*) pertenecen a la Clase *Lycopsida*, helechos arbóreos que colonizaron el arenal del antiguo delta (hoy día convertido en una arenisca).

En este conjunto de huellas es posible distinguir dos tamaños bien diferenciados, lo que representa la presencia de dos generaciones distintas de plantas. Los ejemplares de la segunda generación, de raíces más pequeñas, debieron desarrollarse una vez que los de la primera ya habían muerto, dejando espacio para una nueva colonización de licópsidas. A su lado, aparecen también marcas de troncos caídos que, por su tamaño, deben corresponder a árboles de la segunda generación. Algunas impresiones dejadas por la corteza de los troncos sobre el sustrato arenoso permiten su asignación al género *Sigillaria*.

Un rasgo del yacimiento de Verdeña que llama poderosamente la atención es que la gran mayoría de los troncos se encuentran orientados en la misma dirección. Esto se ha interpretado como resultado de la acción de un flujo unidireccional de gran energía que arrolló toda la flora instalada en las capas arenosas del delta. Probablemente, se trató de una entrada de agua de mar, muy brusca y repentina, que seccionó las licópsidas por su base, dejando las raíces ancladas en la arena, y distribuyó los troncos de los árboles según una orientación favorable al avance de la corriente.

Arriba: detalle de la pared de arenisca en el que se pueden apreciar huellas fósiles de raíces y troncos. *Abajo:* impresión de la corteza de un árbol del género *Sigillaria*.





TERCERA ETAPA: EL VALLE DEL PISUERGA De Estalaya a Cervera de Pisuerga (11,5 km/3h 45')

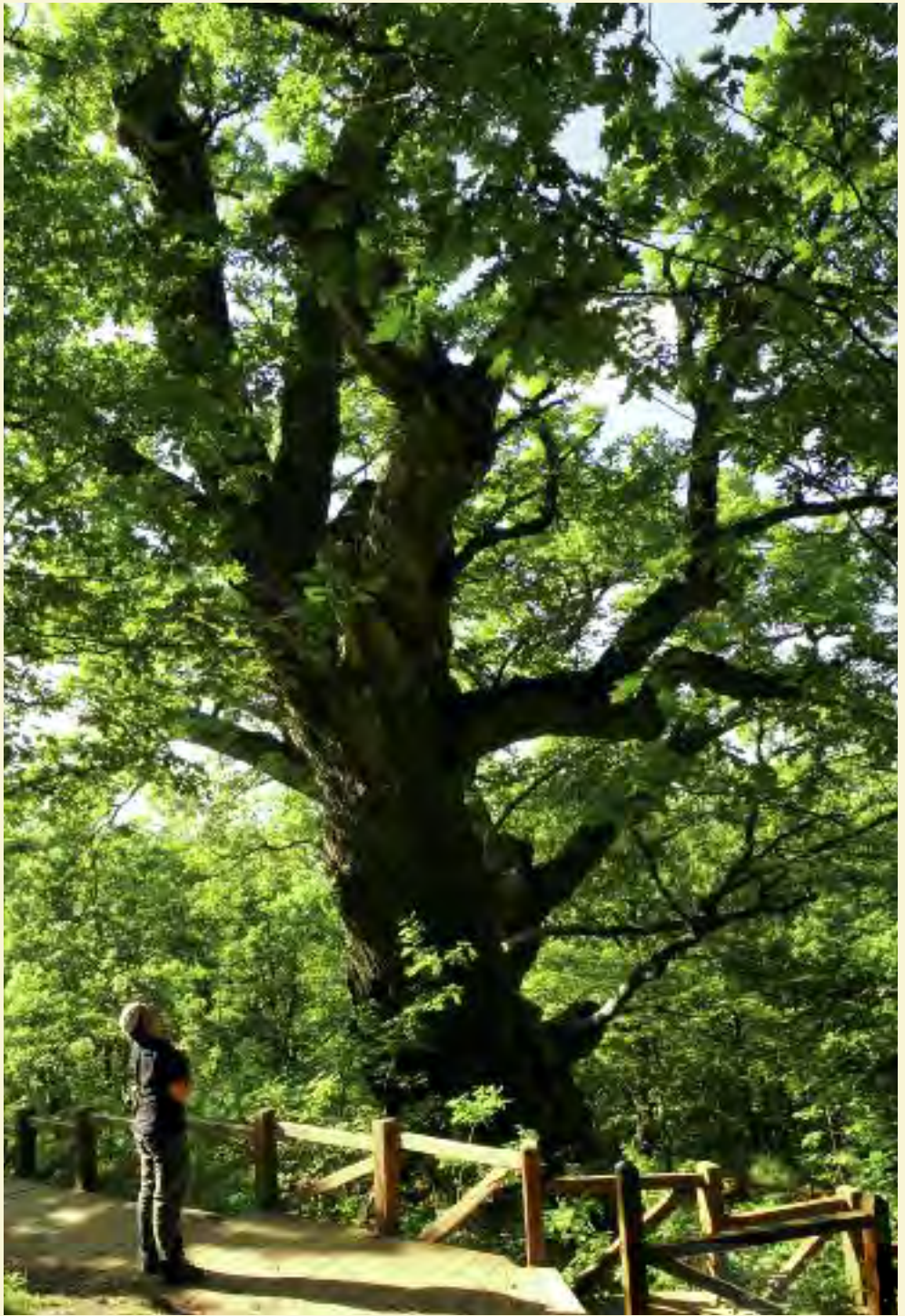
Estalaya-Vañes (3,1 km/1h)

Tras rehacer el corto tramo de carretera que separa Estalaya del aparcamiento de la senda del Roblón, retomamos el curso del GR 1 para dirigirnos hacia Vañes, nuestro destino más inmediato, por un trazado que se superpone en gran parte al del sendero de pequeño recorrido. De este modo, salimos de la zona de estacionamiento por un camino de zahorra blanca compactada que, a través de prados de siega, conduce hasta un puente sobre el río Castillería, ubicado apenas unos metros aguas arriba del punto en el que su cauce se diluye en una de las colas del embalse de Requejada. En este lugar, el alto grado de humedad del suelo sostiene un pujante matorral de sauces arbustivos, que da cobertura a un auténtico coro de ranas verdes y hace las veces de orla protectora de la lámina embalsada, en la que suele pescar algún somormujo lavanco.

Pasado el puente, la ruta continúa por el margen izquierdo del valle hasta una cercana bifurcación, donde se abren dos alternativas que permiten definir un recorrido circular para la senda del Roblón. Así, el ramal que se desvía a la izquierda, remontando las pendientes boscosas del cerro de San Cristóbal, sirve habitualmente como camino de ida para ir en busca del insigne espécimen vegetal, mientras que el ramal que prosigue a orillas del embalse representa la opción recomendada para la vuelta. Haciendo caso omiso, el GR 1 se decanta por este último trazado, que se dirige directamente hacia la desembocadura del valle de la Castillería en el Pisuerga.

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre Estalaya y Cervera de Pisuerga:

1-Parking senda del Roblón 42°55' 27" N/4°28' 33" O; 2-entrada en Vañes 42°54' 42,34" N/4°29' 15,60" O; 3-salida de Vañes 42°54' 47,66" N/4°29' 19,51" O; 4-conexión senda del Oso 42°54' 31" N/4°30' 28" O; 5-entrada en Arbejal 42°53' 14" N/4°30' 42" O; 6-puente de Arbejal 42°53' 10" N/ 4°30' 48,48" O; 7-Parque La Bárcena 42°52' 20" N/4°30' 10" O; 8-mirador de Las Matas 42°53' 16,37" N/4°29' 16,75" O; 9-cruce con el cordel Cerverano 42°53' 30,78" N/4°29' 19,86" O; 10-llegada a Arbejal por la variante para bicicleta de montaña 42°53' 13,85" N/4°30' 29" O





El porte retorcido y las cicatrices de "El Abuelo" son prueba de los avatares de una larga existencia.

El roblón de Estalaya

En el trayecto entre Estalaya y Vañes es posible, incluso recomendable, desviarse del itinerario principal del GR para visitar el viejo roble conocido coloquialmente como "el Abuelo", opción que incrementa en aproximadamente 1 km la longitud del itinerario entre ambos pueblos. Este árbol centenario, de tronco grueso y retorcido, con imponentes brazos que se extienden en las cuatro direcciones, crece en una cresta tupida, entre acebos, hayas y robles albares. Hasta su enclave conduce la senda del Roblón, de traza perfectamente definida y reservada al tránsito a pie o en bicicleta de montaña. Este sendero de pequeño recorrido surca las laderas del cerro San Cristóbal, pobladas por un hermoso bosque en el que los rebollos de la parte baja dan paso progresivamente a un sector más fresco, dominado por el roble albar y en el que se intercalan abundantes pies de haya. Numerosos paseriformes forestales acompañan habitualmente el paso del senderista, siendo especialmente interesante la presencia del pico mediano y el papamoscas cerrojillo en los sectores maduros del roble-dal. La parte final del itinerario, corta pero más exigente, termina a los pies del magnífico ejemplar, un portentoso roble albar para el que se estima una altura de 17 m, mientras que su perímetro, medido un poco por encima del suelo, alcanza los 10,6 m. Toda la base del roblón está protegida por un vallado de madera para evitar el pisoteo y la compactación del suelo, que podrían poner en peligro su subsistencia. En todo caso, una pasarela de madera ligeramente elevada permite rodear toda su circunferencia y contemplarlo desde todas las perspectivas posibles.

Aunque tradicionalmente se considera que el Roblón de Estalaya es el ejemplar más añejo y de mayores dimensiones entre los de su especie en la Montaña Palentina, en el Parque Natural existen otros robles albares igualmente notables. Más aún, cualquier recorrido a través de zonas forestales permite descubrir pies o pequeños rodales de árboles centenarios que, sin alcanzar la edad de "el Abuelo", presentan portes llamativos y fotogénicos, destacando entre la masa que los rodea. Estos árboles han sido testigos de excepción de los últimos siglos de historia en la Montaña Palentina, certificando la antigua extensión que debían alcanzar los robledales, incluso en las zonas altas de las montañas, donde actualmente han sido relegados a un papel secundario por el haya.



El trazado del GR 1 proporciona una maravillosa panorámica de Vañes y del embalse de Requejada.

Aunque el primer trecho discurre sin desnivel apreciable, solo un poco más adelante la senda se aparta de la vega anegada iniciando una progresiva subida que termina en un nuevo entronque de caminos. Este es el punto en el que las dos variantes vuelven a coincidir cerrando el circuito del Roblón, en mitad de una ladera desde la que se domina el tramo central del embalse, flanqueado por lomas frondosas que se reflejan en las aguas remansadas, acaso rizadas por el viento. Desde aquí se domina igualmente el caserío de Vañes, que se extiende a nuestros pies, al otro lado de verdes praderías que van a morir por detrás de las casas en las orillas del pantano.

Obviando el desvío hacia el Roblón, el GR 1 continúa de frente, en ligero descenso por un camino de uso agropecuario, que corre entre fincas separadas por espinos y vallados y que termina por salir a la autonómica de Cervera a Potes a unos 300 m por encima del pueblo.

Vañes

El actual núcleo de Vañes es una población moderna, heredera de un antiguo poblado que ya existía en los albores del siglo XI y que desapareció anegado por las aguas del embalse de Requejada hacia 1942. Como aún se puede ver cuando descienden los niveles del pantano, el pueblo original estaba situado en la orilla derecha del Pisuerga, en el punto donde el río Castillería confluía con la corriente principal dando lugar a una amplia vega de fértiles pastos, en la que también se cultivaban "*centeno, patatas, arvejas negras y algún lino*". Varios documentos del siglo XIX hacen referencia a lo que era una localidad activa y animada, con unos 50 vecinos (230 habitantes), en la que se criaban yeguas y había buenas reservas minerales de carbón, así como artesanos que se dedicaban principalmente a la fabricación de toneles y carrales de roble para el almacenamiento de vino.

Tras la construcción de la presa de Requejada, aquel poblado de larga tradición se vio condenado al abandono y la destrucción, lo que obligó a la mayoría de sus habitantes a trasladarse, en el mejor de los casos, a otros lugares del entorno. Sin embargo, el pueblo como entidad logró sobrevivir gracias a un puñado de familias que decidieron reasentarse en un soleado rellano a los pies del cerro de San Cristóbal, en el enclave que actualmente ocupan a lo largo del trazado de la carretera autonómica y en el paso de la vieja cañada por la que entraban los rebaños trashumantes hacia los puertos de La Pernía y Redondos. Quedó así configurado un pequeño conjunto de casas dispuestas entre la iglesia de El Salvador, obra del siglo XIX situada en la sali-



Iglesia parroquial de El Salvador.



El núcleo de Vañes visto desde la continuidad del sendero hacia Cervera.

da hacia Cervera, y el estrecho puente de piedra y altos ojos que se puede ver a las afueras en dirección a La Pernía. Aunque pudiera parecer lo contrario, este paso, por el que la carretera salva la cola del embalse que penetra hacia la Castillería, es una construcción de 1928, anterior a la existencia del pantano. Más recientemente, algunas de las casas del nuevo Vañes fueron adquiridas para la creación de un centro terapéutico especializado en la rehabilitación de patologías adictivas. Esta clínica goza en la actualidad de gran reconocimiento, en parte por las ventajas que le brinda su ubicación en un entorno natural, capaz de obrar milagros en la mente y el cuerpo de las personas.

Vañes-Arbejal (5,6 km/1h 50´)

Justo a la entrada de Vañes, poco antes de alcanzar el emplazamiento de la iglesia de El Salvador y sin siquiera necesidad de acceder al pueblo, el GR 1 se desvía al otro lado de la carretera por unas roderas que se dirigen hacia el embalse de Requejada entre un espeso piornal, del que despuntan rosales y majuelos. Aunque enseguida se abren otras opciones, nuestra ruta se decanta por una senda rectilínea que lleva, en primer lugar, hasta el lindero del bosque inmediato, girando a continuación por el borde de la masa en dirección al pantano. Así vamos a salir a otro camino bien definido que se adentra en la espesura, viéndose rápidamente envuelto por una tupida floresta, con un abundante regenerado conformando el sotobosque. Tanto es así, que sorprende descubrir, poco más adelante, una pradera relativamen-



Panorámica desde el paraje de la antigua cantera de piedra para la presa de Requejada.

te amplia, encajada en medio del bosque. Al otro lado del pastizal, la ruta continúa por una trocha bien pisada por el ganado (y, con toda certeza, también por la fauna silvestre), que nos conduce a través del arbolado, caminando ahora algo más elevados sobre el nivel del embalse. Así se llega a un paso a través de un canchal inestable pero tapizado de musgos, que cuelga de la ladera hundiéndose, a nuestros pies, en las aguas azul marino del pantano. La travesía del canchal nos introduce en una masa especialmente umbría y homogénea de avellanos que da paso, de forma repentina, a la salida del bosque, en un pastizal fuertemente inclinado en el que se perciben parches de césped levantados durante la actividad nocturna de los jabalíes. Desde la orla forestal se puede ver claramente cómo la senda cruza este herbazal hasta doblar un saliente rocoso cercano que promete grandes panorámicas del entorno.

Llegados a ese punto, un recodo del camino nos descubre el antiguo emplazamiento de la cantera de la que salió la piedra para la construcción de la presa de Requejada. Abandonada desde entonces, lo que ha quedado, aparte de algunos restos de construcciones y apoyos para el transporte de la piedra en vagonetas, es una pared de roca caliza que mira a un entrante del embalse frecuentado por ánades y andarríos chicos. Para continuar debemos rodear esta lengua de agua siguiendo la explanada de la cantera hasta interaccionar, en la base de una empinada vallina, con la denominada "senda del Oso". Este sendero de pequeño recorrido remonta el vallejo en dirección sureste para ir en busca del escarpe de Peñas Negras, donde existió en tiempos medievales un importante poblado, de nombre San Julián, que llegó a ser cabeza de un extenso territorio comprendido en el alto Pisuerga.



En ausencia de viento, las aguas del embalse de Requejada reflejan los relieves del entorno como si de un espejo se tratara.

El embalse de Requejada

Emplazado en el curso alto del Pisuerga, a escasos 15 km de su nacimiento, el embalse de Requejada fue construido en el año 1940 para regular los caudales de la cuenca y permitir el regadío de zonas agrícolas cercanas, principalmente de la vega de Arbejal. Adicionalmente, desde 1950 sus aguas se aprovechan en la producción de energía eléctrica.



Águila pescadora

Para el levantamiento de la presa se eligió un estrecho natural por el que antiguamente se comunicaban las localidades de Vañes y Arbejal. Allí se construyó un muro de planta curva de más de 50 m de altura por 200 m de longitud que dio lugar a una superficie inundada de 333 ha, con una capacidad de 65 hm³. El cierre del embalse, dos años después de terminadas las obras, supuso la desaparición de dos pueblos, Vañes y Villanueva de Vañes, que constituían por sí solos un pequeño término municipal, cuyas tierras pasaron a integrarse en Cervera de Pisuerga.

A pesar de su carácter artificial, el embalse posee una gran belleza paisajística derivada de su ubicación en un terreno montañoso, con extensos bosques que mueren justo a sus orillas y altas montañas que se perfilan en el horizonte. Desde el punto de vista natural, es una zona de especial interés para las aves acuáticas, aunque las fuertes oscilaciones estacionales en el nivel de las aguas impiden el desarrollo de orlas de vegetación palustre en sus áreas más someras y limitan el número de especies que son capaces de colonizar y reproducirse en este medio. La más abundante de ellas es el ánade azulón, cuyos efectivos fluctúan a lo largo del año, siendo más altos en la temporada invernal y tras la cría, cuando las hembras acompañadas de sus proles y los adultos imposibilitados para el vuelo por la muda de las plumas remeras buscan la seguridad del embalse. Más escasas son las poblaciones nidificantes de dos interesantes somormujos, el lavanco y el zampullín chico, de los que se registran intentos de cría en colas apartadas y rincones protegidos de las orillas, aunque el éxito de estas puestas resulta muy condicionado por los cambios de nivel de las aguas durante la primavera. Junto a estas aves nadadoras, aparece el andarríos chico, un pequeño limícola de tonos parduscos que anida en el suelo en cualquier escondite próximo a la orilla o a lo largo de los arroyos y torrentes que vierten sus aguas al embalse.

A estas reproductoras se unen durante los pasos migratorios y la invernada un amplio elenco de especies, tanto patos y limícolas, como garzas, cormoranes y gaviotas. Muchas de ellas, aún siendo relativamente frecuentes, resultan difíciles de detectar, pues limitan su presencia a un breve descanso de apenas horas o días. Es el caso de los correlimos común y zarapitín, o del andarríos grande. En cambio, los patos resultan más conspicuos cuando se dejan ver en zonas de aguas abiertas. Entre ellos son habituales ánades de superficie como el rabudo, el silbón europeo y el cuchara, o especies buceadoras como los porrones europeo y moñudo. Asimismo, durante la migración es regular la presencia del águila pescadora, aunque su estancia, siempre escasa y temporal, pasa muchas veces desapercibida.



Garza real



Cormorán grande



Andarríos grande



Macho y hembra de cuchara europea



Ganado de Arbejal a orillas del embalse de Requejada. Al fondo se distinguen las casas de Polentinos.

En cambio, en sentido contrario, GR y PR prosiguen por un trazado común en dirección a Arbejal, utilizando las trochas del ganado para asomarse a una bonita vista del cuerpo central del pantano, con las blancas casas de Polentinos al fondo, rodeadas de bosques, a media ladera de los montes Cueto y Peña Horcada. En este lugar, la ruta gira al sur en busca de un sendero que se interna en el robledal, dando inicio a una corta subida por una vertiente soleada y pedregosa, de arbolado algo abierto y denso sotobosque de helechos, espinos albares y piornos. Es un trayecto animado por infinidad de pájaros, con mosquiteros papialbos que lanzan su canto alegre pero repetitivo desde las copas de los robles, pinzones y carboneros garra-pinos que se escabullen entre las ramas, y algún que otro arrendajo capaz de alertar a toda la comunidad forestal de nuestra presencia con sus escandalosos graznidos.



Arrendajo.

En cualquier caso, la pendiente se suaviza poco más adelante, tras superar un primer cambio de vertiente que da paso a un sector del bosque oscuro y umbrío, mucho más misterioso, con abundantes vástagos de rebollo que apenas levantan un metro del suelo, intercalados con acebos y algún que otro sauce de porte bajo y deshilachado. El



Vega de Arbejal con la sierra de La Peña al fondo.

senderista atraviesa esta mata en silencio, atento a los sonidos del bosque, por un cómodo sendero cubierto de césped que termina por desembocar en una ancha pista de tierra en el portillo que llaman El Collao. Allí encontraremos un ramal que, por el norte, vuelve a adentrarse en el bosque para dirigirse a la campera de Villanueva, una tradicional zona de pasto de ganado vacuno localizada a orillas del pantano, en terrenos que un día pertenecieron a Villanueva de Vañes, uno de los poblados que anegaron las aguas de Requejada. En cambio, nuestro itinerario gira de nuevo al sur, para descender definitivamente hacia Arbejal por la linde de los prados de Congosto y El Vallejo, yendo a salir a la carretera de la presa de Requejada, muy cerca del pueblo.

Una vez se llega al asfalto hay que caminar apenas 100 m por el margen de la calzada, hasta la primera curva, donde se encuentra una senda que, por la derecha, lleva directamente a un pequeño mirador, o zona de descanso, localizado por detrás de la iglesia parroquial de San Andrés Apóstol, ya en la periferia de Arbejal. Desde allí se domina la estupenda chopera que envuelve las riberas del río Pisuerga en su aproximación a la localidad, con la silueta del Curavacas a lo lejos, sobresaliendo por detrás de la línea de montañas que conforman la divisoria Carrión-Pisuerga. Mucho más cerca, al fondo del valle se distingue el monte el Obispo, un relieve más modesto en el que se localiza la "dehesa de Arbejal", enclave al que se desplazaban todos los años los vecinos con el carro para recoger gamones que luego daban de comer a los lechones.

Variante para bicicleta de montaña entre Vañes y Arbejal por el alto de Las Matas (6,8 km)

El recorrido del GR 1 por la orilla del embalse de Requejada entre Vañes y Arbejal no resulta apto para hacer en bicicleta de montaña en gran parte de su trazado, al discurrir por trochas y veredas que atraviesan zonas de vegetación densa con ramas que cuelgan sobre el camino, e incluso canchales de sustrato inestable. Por ello, los ciclistas encontrarán más adecuado seguir desde Vañes un itinerario alternativo que incluye un primer tramo de asfalto hasta el alto de Las Matas, para luego descender hasta Arbejal por pistas de uso agrícola y ganadero.

Con esta idea y a golpe de pedal, ponemos rumbo a Cervera de Pisuerga por la carretera autonómica, que en esta parte del trayecto asciende entre prados ofreciendo una extraordinaria panorámica de la cola de Requejada, con las cumbres de la sierra de Peña Labra como telón de fondo. Esta subida continúa después por el interior del robledal, hasta coronar el cambio de vertientes en el paraje de Las Matas, donde veremos enseguida la plataforma de madera de un mirador desde el que se abarca un amplio panorama de montañas, desde Peña Redonda al Curavacas. Aunque menos renombrado y, desde luego, mucho más modesto en altura, resulta sin embargo de gran interés el crestón de oscuras cuarcitas de Peñas Negras, que emerge en primer plano justo enfrente del mirador. Este roquedo, estratégicamente dispuesto a modo de muralla en medio de lo que fue un importante corredor de comunicación entre Cervera, la cuenca alta del Pisuerga y la comarca cántabra de la Liébana, gozó de gran protagonismo en determinados momentos de la historia, especialmente en la Alta Edad Media. De hecho, durante la Reconquista se erigió en uno de los principales bastiones defensivos de la Montaña Palentina frente a las incursiones musulmanas. En aquella época, incluso existió una construcción amurallada en lo alto de estos "castros", desde la cual se gobernaba el



denominado alfoz o territorio de Peñas Negras, que alcanzaba a todo el alto Pisuegra y estaba integrado en el Condado de Liébana. Con el paso del tiempo, lo que empezó siendo un asentamiento meramente defensivo, se convirtió en un pequeño poblado, de nombre San Julián de Peñas Negras, amparado por el castillo y habitado por algunos de los primeros repobladores que se atrevieron a regresar a estas tierras tras la invasión árabe. Aquel poblado estuvo situado en lo que hoy es la mata de robles que vemos inmediatamente a los pies del roquedal.

Desde el mirador de Las Matas, la variante para bicicleta prosigue por una pista de tierra que sale a la derecha en dirección al Camperón y chozo del Tremedal. Este lugar, perteneciente a la junta vecinal de Cervera de Pisuegra desde antiguo, fue un lugar de pasto muy utilizado durante la época estival, cuando los *veceros* y pastores de Cervera subían a esta zona con sus vacas y novillas cada tarde, aprovechando el trazado del cordel Cerverano, que pasa por las inmediaciones de esta majada. Mientras las reses pastaban en la zona durante toda la noche, los pastores se acomodaban en el chozo hasta la mañana siguiente, cuando se recogía el rebaño bien temprano para regresar al pueblo a tiempo de emplear los animales en las labores del campo.

Aunque la pradera del Tremedal bien merece un desvío, dada su proximidad, nuestro periplo se desvía antes por el primer camino que encontramos a la izquierda, por el que se baja al encuentro del citado cordel Cerverano. Esta vía pecuaria, que antaño canalizaba el paso de los rebaños trashumantes hacia los agostaderos de Redondos y la Castillería, se percibe en la actualidad como una ancha banda de terreno improductivo que corre entre la linde del robledal y el margen superior de los prados.

Nuestro trazado atraviesa la caja del cordel para continuar descendiendo hacia Arbejal a través de los prados del Agua la Bandera, pasando por las inmediaciones de la Peña el Orvillo antes de asomarse a la amplia vega del pueblo. Esta llanura, que un día estuvo dedicada al cultivo de cereal y más tarde a huertas de regadío, protagoniza el último tramo del recorrido, que vuelve a encontrarse poco después con el trazado principal del GR 1 en las calles de Arbejal.



Un breve desvío señalizado desde la variante, conduce a la pradera del Camperón y al chozo del Tremedal, que se levanta al pie de los riscos de Peñas Negras.



Vista de Arbejal desde el camino que utiliza la variante de bicicleta del GR 1, con el Curavacas despuntando sobre el pueblo.



Arbejal

Por más que no pase de ser un pueblo, Arbejal es una de las localidades más grandes de cuantas jalonan el itinerario palentino del Sendero Histórico. Se asienta en el margen izquierdo del Pisuega, en el trazado del primitivo camino de Cervera a La Pernía por las vegas de Vañes, y en la periferia de un ensanchamiento del valle que antaño era intensamente cultivado. Según la tradición oral, este emplazamiento actual no se corresponde con el que eligieron los repobladores del lugar, allá por principios del siglo IX, sino que tuvo que ser reubicado tras sufrir repetidas avenidas que arrasaron el poblado original. Quizás esto explique la disposición de su caserío, recostado en la base de la loma que defiende el pueblo por el noreste, lo que hace que sus calles, estrechas e irregulares, desciendan de forma natural por la pendiente hasta converger en una pequeña plaza próxima al río.

Una de esas calles es la que da acceso al núcleo urbano desde el mirador de Arbejal, pasando por delante de la iglesia de San Andrés Apóstol, que ocupa una posición destacada en la parte alta del pueblo. Este templo llama la atención al exterior por su campanario, que se acomoda en una torre de planta cuadrada, muy diferente de las espadañas de tipología más antigua que predominan en la Montaña Palentina. No obstante, su elemento más significativo es una pequeña escultura de San Sebastián, que se atribuye al reconocido imaginero Alejo de Vahía y que se puede ver incorporado a uno de los retablos interiores, fechados en una época posterior (siglo XVIII) y de estilo rococó. Esta iglesia fue propiedad de la Orden de Malta, organización religiosa que nació con fines militares y asistenciales, y que detentó, al menos en parte, el señorío de Arbejal desde el siglo XII hasta su abolición en el s. XIX.

Arriba: torre-campanario de la iglesia de San Andrés. *Centro y abajo:* Arbejal es un núcleo tranquilo y acogedor, de casas bajas con abundancia de fachadas encaladas.



Un llamativo corredor de madera acentúa el noble carácter de la llamada Casa de la Inquisición.

Adicionalmente, la orden poseía en los alrededores otras tres ermitas, a una de las cuales corresponden los restos de una obra románica que yace semiderruida en el cementerio viejo.

Otro edificio de gran interés, tanto por su arquitectura como por su historia, así como por los rumores que insinúan negros episodios vividos entre sus muros, se localiza en la parte baja del pueblo, aguas arriba del puente sobre el Pisurga. Construido en 1762 y conocido como Casa de la Inquisición, se identifica desde la calle por su fachada encalada, provista de un magnífico corredor de madera, tras el cual se distingue el escudo del comisario del Santo Oficio don Manuel Ramos Marcos, al que se refieren los lugareños como "el inquisidor". En realidad, lo que se ve es parte de una vivienda integrada en una amplia parcela de 1500 m², en la que también tienen cabida una hornera, una bodega y varias cuadras que miran a un patio sombreado por un hermoso y centenario nogal, de amplia copa y frondoso follaje. Sus actuales propietarios descienden directamente de aquel poderoso personaje, y son depositarios de dichos y secretos familiares que se han transmitido, entre susurros, de generación en generación, hasta convertirse en leyendas no probadas. Una de ellas, especialmente truculenta, asegura que los gruesos muros de la bodega esconden, todavía en la actualidad, restos de personas que, tras ser ajus-



ticiadas siguiendo los preceptos de la Inquisición, habrían sido allí mismo emparedadas, impedidas para siempre de un enterramiento digno.

Continuando nuestro recorrido, cerca de la Casa de la Inquisición se puede reconocer un antiguo molino, ahora reconvertido en vivienda, con sus puertos y sus canales invadidos de arbustos y matorrales. Este molino fue el último que funcionó en el pueblo y contaba con tres rodezanos: el de la derecha para fabricar piensos, el del centro para trigo, cuya harina "se cribaba con un ceazo para que fuera suficientemente fina para el pan", y el de la izquierda para mover una turbina que, un día, abasteció de luz a la localidad.

Hasta hace poco tiempo la ganadería fue el principal medio de subsistencia de la población de Arbejal. Había ovejas, cabras y vacas, y las familias solían tener una mula que se usaba para el transporte, por ejemplo, de los sacos de grano. A pesar de su situación a orillas de uno de los principales cursos fluviales de la montaña, tan solo un pequeño sector de sus tierras, que llaman La Bárcena, contaba con posibilidades de riego. De hecho, la mayor parte de la vega aledaña al pueblo estaba consagrada a cultivos de secano (centeno, trigo y avena). Al menos así fue hasta 1940, cuando la construcción del embalse de Requejada hizo posible conducir el agua a estas zonas, por medio de canales que empezaron siendo de tierra y que, posteriormente, aprovechando la concentración parcelaria, se transformaron en acequias de hormigón. Esta infraestructura supuso un importante esfuerzo económico para el pueblo y despertó no pocas ilusiones, si bien enseguida cayó en desuso debido a la crisis de las formas de vida tradicionales y al progresivo abandono del campo. Es por ello que, en la actualidad, se puede ver toda la vega de Arbejal reconvertida en prados que únicamente producen forraje para el ganado.

Arriba: escudo del inquisidor don Manuel Ramos Marcos.
Centro: corral de la Casa de la Inquisición. *Abajo:* colección de cencerros que un día portaron los rebaños de Arbejal.

Arbejal-Cervera de Pisuerga (2,8 km/55´)

Continuando la marcha, salimos de Arbejal por el puente de piedra sobre el Pisuerga. Hasta su construcción en la década de 1960, la comunicación con las fincas del otro lado se hacía por una alargada pasarela de madera, muy vulnerable a las crecidas y riadas del deshielo. Pasado el puente se inician varios caminos que dan acceso a distintas zonas de cultivo, de modo que, para continuar hacia Cervera, tenemos que tomar sucesivamente dos desvíos a la izquierda, que nos sitúan en la trayectoria de La Bárcena por la margen derecha del río.

Así comenzamos a alejarnos de Arbejal, dejando tras nosotros una bonita panorámica del pueblo, sobre el que emerge el oscuro crestón cuarcítico de Peñas Negras coronando el alto de Las Matas. Poco más adelante, la vista se pierde tras la pantalla de vegetación ribereña que corre en paralelo a las orillas del Pisuerga, con altos chopos entre los que se intercalan fresnos, sauces y algún que otro roble, así como numerosos arbustos, desde boneteros a espinos albares y endrinos. En esta zona, sensiblemente llana, el río avanza dibujando amplios meandros, con su corriente dividida aquí y allá en brazos que independizan isletas de vegetación exuberante, de las que brota el delicioso y melódico silbido de las oropéndolas y desde donde nos llegan las risotadas estridentes de los pitos ibéricos cuando vuelan de un tronco al siguiente. Este ambiente sonoro contrasta con las aves que reclaman nuestra atención en cuanto los prados de La Bárcena comienzan a abrirse un hueco a la derecha de la pista: alcaudones dorsirrojos apostados en los vallados, tarabillas en los rosales y bandos de gorriones sobre los campos, en su mayoría comunes pero potencialmente acompañados por molineros y chillones.



El camino de La Bárcena comunica Arbejal con Cervera por el margen derecho de la vega del Pisuerga.



El río Pisuerga a su paso por la vega de Arbejal.

Hasta la construcción del embalse de Requejada, La Bárcena era la zona tradicional de regadío de Arbejal, lo que permitía el cultivo de patatas, garbanzos, alubias, fréjoles..., productos que no se daban en el resto de la vega. Por este motivo se decía que de las tierras de La Bárcena "vivía todo el pueblo". Tal era la importancia de este enclave que cuando un hijo se casaba, sus padres dividían su parcela para cederle una pequeña porción de terreno y "que tuviera de qué vivir". Esta costumbre hizo que, con el tiempo, las fincas de La Bárcena se convirtieran en un apretado conjunto de minifundios cuya propiedad se repartía entre todos los vecinos.

En la actualidad, esta zona es un ensanchamiento de la vega formado por una sucesión de prados que se extienden entre el bosque de ribera, al este, y el denso robledal que cubre la loma que cierra el valle por el oeste. A su entrada, el camino se divide, con un ramal que se aparta a la derecha y muere en las tierras más cercanas al bosque, y otro que sigue de frente atravesando los campos.

Este último se acaba convirtiendo en un simple sendero que nos conduce a través de un paso estrecho, encajado entre el río y un escarpe rocoso. Por un momento, la orla de chopos, avellanos, arraclanes y sauces se abre para permitirnos contemplar la corriente del Pisuerga, donde se detecta con facilidad al mirlo acuático, ya sea posado sobre un canto rodado o volando a ras del agua con su babero blanco brillando en la oscuridad de la arboleda.



Mirlo acuático



El paseo accesible desemboca en los jardines de La Bárcena, en la periferia de Cervera.

La senda de La Bárcena contacta poco más adelante con un ancho camino peatonal, adaptado para el tránsito de personas discapacitadas, en un punto donde se conserva una antigua noria de regadío. En la vega de Arbejal se recuerda la existencia de tres norias: dos de tipo hidráulico como esta, en las que era la fuerza de la corriente la que impulsaba el mecanismo que consigue elevar el agua a un depósito desde el que se distribuye a los campos aledaños, y una tercera, propiedad de un particular de Arbejal, que era accionada por un tiro animal.

A partir de aquí, la ruta continúa a orillas del río por una zona recreativa en el entorno periurbano de Cervera de Pisuerga, yendo a parar a los jardines y estanques del paseo Antonio Villanueva, más conocido como parque de La Bárcena.

Cervera de Pisuerga

Por su situación geográfica, Cervera es, junto a Velilla del Río Carrión, la puerta de entrada a la Montaña Palentina, un nudo de comunicaciones desde el que parten rutas hacia todos los puntos de la comarca y un centro administrativo y de servicios en el que coinciden las gentes de la montaña con comerciantes, turistas y montañeros venidos de fuera. Dado que en su casco urbano se localiza la Casa del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, constituye también el principal punto de referencia para todo aquel que se acerca al norte de la provincia con el objetivo de conocer o disfrutar del espacio protegido. Con todo, su rele-



Casas de soportal a los pies del cerro del Castillo, a orillas de la carretera general que cruza Cervera.

vancia a nivel comarcal y su importancia estratégica no es algo coyuntural, sino que se remonta a principios del siglo IX, a los inicios de la repoblación, cuando no tardó en configurarse como cabeza de los territorios del alto Pisuerga.

En sus primeros tiempos, el poblado de *Cirvaria* o *Cerbaria*, como aparece citado en esa época, estaba protegido por varias fortalezas, de las que apenas quedan restos. La principal de ellas se erigía sobre el cerro de El Castillo, dominando la población por el oeste, pero además existía otra fortificación en lo alto de Peña Barrio, a oriente del Pisuerga, y una tercera en el lugar de Vallejera, sobre un peñasco a orillas del río Rivera frente al enclave de San Vicente. Todas ellas debieron ser concebidas para prevenir y, en su caso, rechazar posibles incursiones musulmanas. Sin embargo, más que por la defensa de sus posiciones, las tropas cerveranas destacaron por su activa participación en la Reconquista, sobre todo en algunas batallas de gran trascendencia histórica, como fue la toma de Baeza en el año 1227. Aquella victoria supuso para la localidad la consecución de ciertos privilegios en forma de exenciones de impuestos, así como el reconocimiento por parte de la realeza, para siempre reflejado en el escudo de la villa por medio del león rampante, emblema del reino de León, y la bordura de "gules" (de color rojo intenso) con 8 cruces doradas que recuerda que la conquista se materializó el 30 de noviembre, el día de San Andrés. Además, el escudo de Cervera incluye la figura de un ciervo, probablemente en alusión al topónimo de la localidad, que se ha querido traducir como "lugar poblado de ciervos".

Durante la Edad Media y siglos posteriores, Cervera de Pisuerga fue señorío de los Velasco y, más tarde, de los condes de Siruela, en tanto que para los asuntos eclesiásticos estuvo ligado al obispado de León hasta mediados del siglo XX, cuando pasó a depender de la Diócesis de Palencia. A lo largo de esta etapa, la villa destacó por la fabricación de lienzos y paños tanto de lino como de lana, con un importante número de tejedores que abastecían a la localidad y vendían en los mercados de Palencia, Reinosa y Burgos. De forma paralela, muchos vecinos se dedicaban al transporte de harina y grano con destino a Reinosa y Santander, funcionaban hasta 5 molinos harineros, que daban servicio no solo al pueblo, sino también a otros lugares del entorno, y se celebraban gran número de mercados y ferias ganaderas, a las que acudían tratantes de toda la región y provincias limítrofes. Todo ello contribuyó a realzar el papel protagonista de Cervera en la comarca, lo que atrajo a numerosas familias de noble estamento social, hidalgos que edificaron notables casonas y palacios. La mayoría de estas construcciones nobiliarias, que hoy dan carácter señorial y monumental a la villa, datan de los siglos XV a XVII y exhiben vistosos escudos en sus fachadas, algunos tan impresionantes como los que se pueden ver en la llamada casa de los Leones. Otras casonas destacadas son el palacio de los Gil, actualmente reconvertido en Casa de Cultura, la casa del conde de Siruela o la casa-palacio de los Gutiérrez de Mier, que acoge el museo de Piedad Isla. El carácter montañés de muchas de ellas contrasta vivamente con el modelo típicamente castellano de las calles y plazas que conforman el núcleo de la villa, donde se ven viviendas adosadas de tres plantas, con soportales en el piso inferior y grandes ventanas y galerías de aspecto luminoso en los superiores, saltando a la vista su semejanza con los cascos históricos de Tierra de Campos.



Arriba: las fachadas de antiguos edificios nobiliarios de Cervera lucen fantásticos blasones labrados en piedra. *Centro* y *abajo:* soportales en el centro de la villa.



Arriba: iglesia parroquial de Santa María del Castillo. *Abajo, izda.:* ermita de la Cruz. *Abajo, dcha:* ermitorio rupestre de San Vicente.

Al lado de este patrimonio civil, Cervera cuenta con varios edificios religiosos de enorme interés, encabezados por la iglesia parroquial de Santa María del Castillo. Ubicada sobre un ligero promontorio en las faldas del cerro que le da nombre, es un templo sobrio y voluminoso, de porte monumental, con torre campanario adosada a los pies y grandes ventanales distribuidos regularmente a lo largo de sus muros. De estilo gótico tardío, fue construida en cuatro fases a lo largo del siglo XVI, de tal modo que la obra se remató con una portada de estilo renacentista en el año 1593. Su parte más antigua corresponde a la capilla de Santa Ana, mandada construir por los Gutiérrez de Mier hacia 1470-1480 para acoger el sepulcro de sus fundadores y familiares. Esta capilla cuenta con un único retablo que sirve de digno marco para una pintura excepcional, de título "La Adoración de los Reyes", realizada en 1495 por el que fuera pintor de cámara de los Reyes Católicos, Juan de Flandes. Igual detenimiento merece el retablo de la capilla mayor, realizado en madera por el maestro cerverano Juan Gil del Barrio Palacio en 1607, en cuyo cuerpo central se puede ver la talla gótica policromada de la Virgen del Castillo.

Muy diferente es la ermita de la Cruz, un templo de proporciones más modestas y estilo barroco, que se erige en protagonista de la plaza Ángel Gómez de Iguanzo, en el centro de la villa. Construida en 1783, posee una vistosa espadaña que combina en su fábrica grandes sillares de piedra roja y blanca, y cuyo elemento más llamativo es una escultura de Jesús Nazareno que preside la plaza desde una hornacina dispuesta sobre la portada. El contrapunto a esta riqueza ornamental se encuentra a las afueras de la localidad por el camino de Vado, a orillas del río Rivera, donde se conservan los restos del eremitorio rupestre de San Vicente. Se trata de un antiguo santuario que pudo estar asociado a un complejo monástico ocupado por monjes foráneos en la Alta Edad Media. Lo que queda actualmente es una pequeña capilla excavada en un farallón de roca arenisca, con una necrópolis de tumbas antropomorfas, labradas en la piedra, a sus pies.

Extinguida su comunidad de eremitas, la ermita de San Vicente pervivió como una simple capilla rural hasta el siglo XIX, cuando quedó definitivamente abandonada y arruinada. Paradójicamente, en la actualidad se reconoce como uno de los vestigios más antiguos de Cervera, parte fundamental del patrimonio monumental de la villa declarado Conjunto Histórico-Artístico en 1983.



CUARTA ETAPA: EL VALLE ESTRECHO

De Cervera de Pisuerga a Triollo (23 km/7h 30´)

Cervera de Pisuerga-Ruesga (2,5 km/50´)

El paso del GR 1 por Cervera de Pisuerga marca un punto de inflexión en el discurrir del itinerario. Si el tramo anterior nos había ido alejando de las altas cumbres y los paisajes montaraces del Parque Natural para acercarnos al enclave más humanizado de Cervera y a su entorno de relieves más modestos, en transición hacia los páramos de raña que se abren un poco más al sur, ahora la ruta vuelve a virar al oeste para encaminarse hacia el alto Carrión y devolvernos al corazón del espacio protegido. Con este objetivo, nos disponemos a afrontar una larga etapa que nos guiará por las suaves vegas del Valle Estrecho y las duras rampas del alto la Varga hasta la divisoria Carrión-Pisuerga, desde donde descenderemos al encuentro del Carrión para terminar la jornada en Triollo bajo el influjo del todopoderoso Curavacas.

Dada la longitud del itinerario que tenemos por delante, conviene iniciar la marcha con las primeras luces del día, partiendo de las inmediaciones de la iglesia de Santa María del Castillo. Allí debemos tomar una calle hormigonada que sale de la trasera del cementerio viejo de Cervera y sube a contactar con la carretera de los Pantanos, si bien nuestra ruta se desvía un poco antes a la izquierda por una pista que comunica el nuevo tanatorio y camposanto de la localidad. Sin llegar a coronar el altozano que ocupa esta moderna infraestructura, una bifurcación nos invita a desviarnos otra vez a la izquierda por un camino agrícola más estrecho que se dirige a Ruesga pasando por las inmediaciones del cerro del Castillo. De este modo, doblamos enseguida la loma que hace las veces de divisoria entre los valles del Pisuerga, a nuestras espaldas, y el Rivera, sobre el que emergen las pendientes rocosas del

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre Cervera de Pisuerga y Triollo:

1-Cervera de Pisuerga (pista del tanatorio) 42º 51´ 54,24" N /4º30´ 9,81" O; 2-Ruesga 42º51´ 52,91" N/ 4º31´ 22" O; 3-Ventanilla 42º52´ 45,17" N/4º33´ 39" W; 4-puente de La Vega 42º53´ 24,59" N/4º35´ 11" W; 5-Rebanal de las Llantas (camino del prado Lebaniego) 42º53´ 26,81" N/4º37´ 28,56" O; 6-Rebanal de las Llantas (salida hacia La Lastra) 42º53´ 29" N/4º37´ 36,24" O; 7-alto la Varga 42º54´ 16,74" N/4º38´ 50" O; 8-La Lastra 42º54´ 53,14" N/4º40´ 11" O; 9-Camino Real 42º54´ 55,85" N/ 4º40´ 58,19" O.



Vertiente septentrional del pico Almonga.

pico Almonga, salpicadas de matas de robles y hayas entre afloramientos de caliza y mantos de enebros y sabinas rastreras. A nuestro alrededor predominan las fincas abandonadas, parcialmente invadidas de helechos, piornos y zarzas, desde las que cantan los trigueros a la mañana.

Apenas al cabo de un kilómetro, el camino comienza a descender encajándose cada vez más entre setos de rebollos y arbustos de porte alto. Así se llega a un cruce que, por la derecha, nos permite prolongar la bajada hasta salir a la carretera local de Cervera a Ruesga, a unos 400 m del pueblo. Debemos cubrir esa distancia caminando por el margen del asfalto, hasta alcanzar el puente sobre el río Rivera que da acceso al bananal derecho de la vega, donde se alza el compacto núcleo de piedra y teja envejecida de Ruesga.

Ruesga

Nada más entrar en el casco urbano de Ruesga, la carretera se estrecha repentinamente a su paso bajo los recios paramentos de su iglesia parroquial, obra del siglo XVI dedicada a los Santos Justo y Pastor. Su aspecto sobrio contrasta con la apariencia grácil y hasta elegante de la torre-campanario que se levanta a sus pies apoyada en tres arcos de medio punto, a través de los cuales se accede a la portada principal, de estilo barroco. Su interior consta de una sola nave cubierta por bóveda de crucería, cuya ornamentación prácticamente recae en tres sencillos retablos, datando el central de la misma época de construcción del templo.

Desde el emplazamiento de la parroquial, es posible adentrarse en el pueblo, callejeando entre fachadas de viejos edificios de mampostería, que, en algunos casos, conservan la tipología tradicional de las casas de labranza, con su portalón de acceso y su corral recogido entre altos muros perimetrales. No obstante, cualquiera de estas callejas acabará por conducirnos de nuevo a la calle principal, a la que abren sus puertas algunas construcciones más modernas o remozadas, en las que encuentran acomodo varios mesones y un centro de turismo rural. Es la evidencia palpable del auge turístico del que disfruta esta pequeña localidad gracias a las posibilidades de recreo que ofrece el cercano embalse de Ruesga, cuyo muro de piedra de 30 m de altura emerge por encima del pueblo, obstruyendo un paso estrecho del río Rivera. Este pantano fue construido en el año 1923 con el objetivo prioritario de regular y mantener estables los caudales del Canal de Castilla. No obstante, desde un principio fue aprovechado también para el regadío de unas 15 ha de terreno en la vega de Ruesga, lo que permitió la diversificación y aumento de la producción agrícola local, hasta entonces centrada en el cultivo de patatas y distintas variedades de trigo y centeno, que servían de complemento a la cría de ganado vacuno y ovino. En el siglo XIX había también considerables extensiones de lino, que ocupaban algunos pagos del entorno, todavía hoy conocidos como los Linares, que se perdieron con el desarrollo de la industria textil y el abandono de los viejos telares artesanos.

Sin embargo, las tierras de labranza de Ruesga son famosas por otro tipo de cosecha, más fortuita e inesperada... Así, de entre los cantos rodados que se retiran de las eras inmediatas al pueblo cada temporada, antes de proceder a la siembra, se han ido entresacando numerosas lápidas y fragmentos grabados con dibujos e inscripciones



Arriba: calle central de Ruesga. *Centro y abajo:* campanario y retablo mayor de la iglesia parroquial dedicada a los Santos Justo y Pastor.



Estela con dibujos e inscripciones prerromanas integrada en una fachada de Ruesga.

anejo al cementerio que llaman la Casa del Diezmo, y que actualmente queda en el interior de una propiedad privada. Las piedras grabadas se localizan precisamente hacia la base de la pared que mira al camposanto. En muchas apenas se aprecian dibujos muy deteriorados y textos difícilmente inteligibles, casi borrados, pero entre ellas destaca una piedra que yace tumbada, conocida como estela de Acida, en la cual se distinguen con claridad cuatro campos bien definidos: una cabecera doble, un dibujo de dos personas con bastones y brazos extendidos, una larga inscripción en latín y dos arcos.

de época romana que hacen referencia al pueblo cántabro de los Camáricos o Tamáricos. Algunas de estas piezas fueron aprovechadas en su momento como materiales de construcción y así se pueden ver repartidas por la localidad formando parte de paredes y tapias. Una de las más llamativas luce en los muros de la calleja que se dirige al río desde el frente de la iglesia. Está formada por una cabecera con doble disco de radios rectos y un campo central en el que aparecen representadas dos figuras humanas vestidas y cogidas de la mano. De ella se dice que pudo ser la lápida de una sepultura en la que fueron enterrados dos niños. Justo enfrente, al otro lado de la calle, el lateral de una verja metálica aparece ornamentado con un canto en el que se insinúa un dibujo de radios muy desgastado pero que da cuenta de la atención con la que los campesinos revisan las piedras que el arado arranca de la tierra en busca de huellas del pasado.

En todo caso, la mayor concentración de lápidas se encuentra en uno de los laterales de un pequeño edificio



Canto extraído de las tierras de labranza de Ruesga conteniendo el fragmento de una inscripción cántabra.



Cala de aguas remansadas color turquesa en la zona de baño y recreo del embalse de Ruesga.

Ruesga-Ventanilla (5,7 km/1h 55´)

Después de contemplar el interesante conjunto epigráfico de Ruesga, no sin antes repasar alguna fachada más en busca de indicios que apunten a la existencia de otras estelas hasta el momento no descubiertas, proseguimos la marcha por la carretera que atraviesa el pueblo en dirección al embalse. A partir de aquí, nuestro recorrido coincidirá en buena parte de su trazado con una ruta de bicicleta de montaña, cuya señalización puede ser, en ciertos cruces, opuesta a la del GR. En todo caso, esto no sucede en los primeros desvíos que encontramos a la salida del núcleo urbano, donde las señales dirigen los pasos tanto del senderista como del cicloturista por un atajo que evita la carretera y va a dar a la pista de acceso a la zona de recreo existente en el entorno del embalse de Ruesga. Hasta allí se llega por un corto ramal de tierra, después de dejar a la izquierda el camino de las Calicatas, que antiguamente comunicaba la mina de cobre de Landillero en las faldas del pico de las Cruces. De este modo, vamos a dar a las orillas del pantano en un hermoso recodo donde las aguas remansadas penetran en calas fotogénicas y apacibles, muy concurridas por bañistas y veraneantes, sobre todo en los meses más cálidos de julio y agosto. Nuestra ruta continúa por el camino de tierra que sigue la margen derecha del embalse, enlazando playas fluviales, áreas recreativas sombreadas por chopos o robles y zonas de acampada señalizadas a los pies de relieves calizos y laderas boscosas, en las que se ven masas homogéneas de hayas y robles que engloban rodales mucho más abiertos de encinas.



Tras rodear un último entrante de agua, más profundo y recogido, la pista se adentra en una arboleda de robles, avellanos y sauces, que parecería envuelta en un silencio absoluto de no ser por el canto alegre pero repetitivo de los mosquiteros papialbos. Este tramo va a dar a un promontorio con buenas vistas hacia la parte central del embalse, que en esta zona se presenta como un brazo de aguas intensamente azules, escoltado por masas forestales heterogéneas que descienden prácticamente a tocar sus orillas. Apenas unos metros más adelante, la traza del camino parece difuminarse en un agreste pastizal, salpicado de afloramientos de caliza en los que hacen su aparición las encinas. Las marcas de paso más notorias y utilizadas por quienes frecuentan este delicioso paseo nos invitan a continuar de frente, sin perder altura, si bien la caja original del camino comienza a descender de inmediato, encajándose cada vez más en el terreno pedregoso hasta hacerse nuevamente evidente. En cualquier caso, tanto una opción como la otra se reencuentran poco después a la entrada de un pinar de repoblación, y a escasos centímetros sobre el nivel del pantano. A partir de aquí, la ruta prosigue por una pista forestal bien cuidada y sin desnivel apreciable, disfrutando de la agradable fragancia de los pinos a través de un túnel formado por cientos de ramas de coníferas y sauces que se entrelazan sobre nuestras cabezas.

El trayecto por el pinar termina algunos cientos de metros más adelante, cuando la pista que vamos siguiendo se aparta del embalse adentrándose en la repoblación. En ese preciso lugar, el GR abandona la comodidad del camino forestal para continuar por un sendero más estrecho a través de la maraña de majuelos, fresnos y salgueras que prospera en las márgenes del pantano. Obsesionada por seguir fielmente el perfil de la orilla, nuestra ruta continuará enlazando trechos

Arriba: área recreativa a orillas del embalse de Ruesga. *Centro y abajo:* sendos tramos del sendero entre Ruesga y Ventanilla, a través de las masas forestales que tapizan las márgenes del pantano.



Llegando al final del recorrido del embalse de Ruesga, se ofrece a nuestros ojos una magnífica panorámica, con el caserío de Ventanilla en primer plano rendido a los pies de un horizonte montañoso presidido por la masa caliza de la peña Santa Lucía (a la izda.) y el oscuro crestón del Curavacas (en el centro).

de senda con roderas de tractores y trochas de ganado a lo largo del camino restante hasta Ventanilla, avanzando siempre entre altos matorrales en los que encuentran cobijo currucas, mirlos y petirrojos, que reclaman alertados a nuestro paso. Tan solo en algunos recodos en los que la vegetación se abre de forma inesperada podremos disfrutar del paisaje y obtener pistas que nos permitan ubicarnos en el mapa, al menos hasta que, en una de las últimas vueltas, alcancemos a distinguir el caserío de Ventanilla por detrás de un montículo y al final de las explanadas de barro cuarteado que acompañan el tramo final del embalse. En esta zona resulta relativamente sencillo salvar la pantalla de sauces que delimita el vaso del pantano para poder recorrer libremente con los prismáticos la masa de agua en busca de las anátidas y somormujos que frecuentan esta cola. Tampoco será difícil detectar andarríos en los parches de fango que conserven algo de humedad, ni algún que otro milano negro prospectando las áreas de aguas más someras en busca de carroñas o peces excesivamente confiados cerca de la superficie.

Ya en las cercanías del pueblo, la senda atraviesa un oscuro túnel de avellanos antes de verse obligada a vadear un arroyo, saltando de piedra en piedra. Poco más adelante, desemboca en un camino más amplio, que es, en realidad, la pista de la que parten todos los ramales que hemos ido encontrando a lo largo del último trayecto. Este camino desciende por la derecha hacia Ventanilla, yendo a parar a orillas del río Rivera, al pie del puente que mantiene comunicados el barrio de la iglesia y el resto del poblado.



Amanecer en el embalse de Ruesga.

El embalse de Ruesga

Dispuesto en el cauce del río Rivera, entre las localidades de Ventanilla y Ruesga, fue el primer embalse que se construyó en la cuenca del Duero en 1923, coincidiendo con un último impulso que se trató de dar, sin éxito, a la navegación y el transporte por el Canal de Castilla. Su limitada capacidad, solo 10 hm³ para una superficie inundada de 91 ha, lo convierten en el segundo embalse más pequeño de la cuenca, con un perímetro irregular de 11 km, repleto de entrantes y calas recogidas.

Al contrario de lo habitual, en sus aguas se permiten todo tipo de actividades lúdicas y acuáticas, excepto la navegación a motor, lo que ha dado pie a la creación de una zona de esparcimiento en sus orillas más próximas a Ruesga, con áreas de recreo, zona de acampada y puntos de baño que atraen a numerosos visitantes cada verano. Con esta finalidad, sus niveles se mantienen relativamente estables a lo largo del año, lo que hace que se parezca a un gran lago natural de aguas transparentes, inmerso además como está en un bellissimo entorno de bosques y montañas. La estabilidad de sus niveles hídricos favorece asimismo la reproducción de aves acuáticas en sus orillas, siendo destacables sus poblaciones de somormujos lavancos y zampullines chicos, que han tenido aquí, algunas temporadas, sus mejores colonias de cría de toda la provincia. Del mismo modo, al final del verano se registran buenas concentraciones de anátidas durante la muda y el paso migratorio postnupcial, con grandes bandos de azulones que a veces se ven acompañados de otras especies menos frecuentes, como cucharas, ánades rabudos y frisos. Esto convierte al embalse de Ruesga en un atractivo y entretenido destino ornitológico, donde siempre cabe la posibilidad de detectar especies poco habituales en la Montaña Palentina.



Zampullín chico



Caseta de era en los campos de las afueras de Ventanilla. Este tipo de edificación, que se utilizaba hasta hace poco tiempo para guardar los utensilios de la labranza y la trilla, resulta más frecuente fuera del ámbito de la montaña, en pueblos más agrícolas. De hecho, los ancianos del lugar solo recuerdan la existencia de dos chozos de este tipo en Ventanilla.

Ventanilla

Aunque la continuidad de nuestra ruta nos encamina directamente a la salida del pueblo, sin necesidad siquiera de vadear el curso del Rivera, merece la pena hacer un alto en Ventanilla, a imitación de los antiguos arrieros y comerciantes que viajaban por el camino de Triollo, los cuales tenían aquí una escala obligada. No en vano, en esta pequeña y compacta localidad, a las puertas del Valle Estrecho, existió una venta muy popular, en la que era casi tradición que hicieran noche los ganaderos que acudían periódicamente con sus rebaños a las ferias y mercados de Cervera de Pisuerga. Esto posiblemente era así por la abundancia y calidad de los pastos que ofrecía el pueblo, y que hoy cabe imaginar en gran parte hundidos bajo las aguas del embalse de Ruesga, cuyos niveles máximos se quedan a escasos metros de su casco urbano.

Aquella venta, a cuya existencia muchos atribuyen el topónimo del pueblo, ya no existe pero, en su reemplazo, un moderno restaurante y establecimiento de turismo rural prosigue la tradición, ofreciendo parada y fonda a quienes viajan por la carretera de la Ruta de los Pantanos, o a quienes, como nosotros, utilizan los caminos pedestres del valle para avanzar de una forma más sosegada, en estrecho contacto con la naturaleza. Desde su emplazamiento, en la parte alta del lugar, se domina una bonita panorámica, apreciándose la distribución escalonada del caserío por una soleada ladera que cuelga sobre un meandro del río Rivera, dejando al otro lado del cauce tan



solo el puñado de casas que arropa la iglesia parroquial de San Adrián. Es éste un templo pequeño, de una sola nave y con una sencilla espadaña a los pies, cuyo elemento más relevante son los tres retablos barrocos que decoran su cabecera al interior. Muy cerca de la iglesia, pero al otro lado del puente, se levanta el que posiblemente sea el edificio más destacado de Ventanilla, una casa de fachada encalada que deja vistos los sillares que conforman las esquinas y molduras de puertas y ventanas, y que luce sobre la entrada principal dos llamativos escudos con las armas de la Orden de Calatrava.

Aunque fue siempre un lugar pequeño, de menos de 200 habitantes, era y aún es el núcleo más poblado del Valle Estrecho. En el pasado, tuvo minas de hierro en explotación, y hasta una cantera de mármol, si bien fue más conocido, junto a las localidades vecinas de San Martín de los Herreros y Rebanal de las Llantas, por sus maestros carpinteros, que fabricaban puertas, aperos, carretillas, yugos, rastrillos, escaleras y todo tipo de útiles de madera, aprovechando la riqueza forestal de sus montes. Era a partir de finales de agosto, una vez terminada la trilla, cuando los hombres se entregaban a esta ocupación, que empezaba con la corta y extracción de la madera del monte, que se debía hacer en fase de luna menguante, y se prolongaba durante los meses siguientes con la talla y elaboración de las piezas. De este modo, era ya entrado el otoño cuando llegaba el momento de salir a vender la producción en carros tirados por bueyes que se tambaleaban por los caminos. Habitualmente, era el cabeza de familia, acompañado de sus hijos mayores, quien dirigía estas expediciones, de duración impredecible y en las que se llegaba a comarcas más o menos alejadas en función de cómo se diera el negocio. Había quien se dirigía por el oeste hacia La Valdavia y Saldaña, reco-

De arriba abajo: Ventanilla ocupa un fondo de valle rodeado de montes cubiertos de bosques; iglesia de San Adrián, y puente sobre el río Rivera, que divide la población en dos barrios bien diferenciados.



Casa blasonada de Ventanilla, con escudos de la Orden de Calatrava en su fachada.

riendo uno por uno los pueblos de La Peña, mientras otros viajaban a Tierra de Campos o se aventuraban en dirección a Osorno por Aguilar de Campoo y Alar del Rey. El objetivo era estar de regreso para las fiestas navideñas, con un saquito lleno de monedas y el carro repleto de los productos que no proporcionaba la montaña (vino, legumbres, alubias y garbanzos, trigo, bacalao, harina). Estos alimentos a veces se compraban con dinero pero en muchas ocasiones eran objeto de trueque, ofreciendo los montañeses a cambio medidas de hayucos que se comían como frutos secos y servían de engorde para el ganado.

En todo caso, no se debe olvidar que, al igual que en toda la montaña, la dedicación fundamental de los habitantes de Ventanilla era la cría de ganado, en este caso caballar, vacuno y ovino, complementada con el cultivo de trigo, titos, centeno y cebada en eras y bancales repartidos por el entorno del pueblo. Estas tierras hoy yacen en gran parte abandonadas, invadidas de arbustos y matorral cuando no han sido reconvertidas en prados de siega, que son el único cultivo que aún mantiene superficies considerables en explotación.

Ventanilla-San Martín de los Herreros (3,1 km/1h)

Retomando la marcha en el punto donde la habíamos dejado, esto es en el puente sobre el Rivera, salimos de Ventanilla por una pista agrícola que remonta la orilla del río por su margen derecha. Todavía en la periferia del pueblo y a la vista de sus últimas casas, se atraviesa una espesura de fresnos para ir a salir a una vega tan



Vega del río Rivera entre Ventanilla y San Martín; al fondo, a la derecha de la imagen, se distingue la figura cuadrangular y sombría del Curavacas.

amplia como inesperada. De forma casi repentina, el paisaje, bloqueado en torno a Ventanilla por altas arboledas y lomas cercanas, se abre a una extensa y alargada planicie de prados de siega, salpicada por setos incompletos de sauces y espinos, y limitada al norte por el bosque ribereño de chopos que esconde a nuestros ojos el curso del Rivera. Hacia el sur, la vista alcanza aún más lejos, sobrevolando suaves lomas tapizadas de escobas que rápidamente se transforman en las empinadas laderas de la sierra de La Peña, salpicadas de calares y cubiertas de bosques.

Sin dudarlo un instante, la pista se adentra en los pastizales en dirección a una nave ganadera de moderna construcción aunque, unos metros antes de llegar a ella, nuestra ruta se desvía a la izquierda, por un camino secundario que prácticamente desaparece, al alcanzar el margen de la vega, entre un monte bajo, todavía no muy cerrado, de piornos, escobas, endrinos, majuelos y rosas silvestres. En un pasado no muy lejano, por esta zona se extendían tierras de cultivo y zonas de pasto, pero ahora nos vemos obligados a continuar bordeando los prados por las veredas del ganado. Desde esta posición es fácil observar los movimientos de las aves rapaces que acostumbran a patrullar el valle a la caza de musarañas, ratones y topillos. Su mayor abundancia coincide con las semanas que siguen a la siega, cuando la falta de cobertura vegetal hace que las presas sean más vulnerables. Entonces, se hacen frecuentes los milanos negros y los cernícalos vulgares, y se deja ver el amenazado milano real, aunque la rapaz más abundante es el busardo ratonero. Aquí y allá se observan ejemplares de esta especie, muchas veces oteando el terreno circundante desde postes y otros posaderos elevados, pero a veces también caminando por el suelo a la persecución de grandes artrópodos o volando en círculos sobre la zona. Los matorrales por los que avanza nuestra ruta son también el escondite de las totovías, que levantan el vuelo a nuestro paso, impulsándose en el aire con enérgicos y breves aleteos antes de volver a posarse entre los arbustos algunos metros más adelante.

Este trayecto por el margen de la vega implica pequeños rodeos, mediante los cuales se evitan entrantes de los pastizales por vallejitas secundarias que se abren hacia el sur, hasta que, finalmente, se alcanza una senda de césped mejor marcada y de trazado casi rectilíneo, que se corresponde con el antiguo camino que comunicaba los pueblos de Ventanilla y San Martín de los Herreros. La traza más visible de la ruta nos permite ahora despreocuparnos de buscar continuamente la trocha más adecuada para evitar las manchas densas de matorral. Esto nos permite levantar la vista para disfrutar de la imponente panorámica que cierra el horizonte frente a nosotros, con el blanco caserío de Santibáñez de Resoba tendido a los pies de los tortuosos relieves de peña Escrita y la peña de Santa Lucía, empujadas ambas por la imponente silueta del Curavacas, que emerge espectacular justo por detrás.

Así nos vamos aproximando al extremo de la vega, donde la chopera que marca el curso del río Rivera, gira al suroeste cerrando la zona de pastizales contra un conjunto de farallones de roca oscura conocidos como los castros de La Vega. Los vecinos de San Martín también se refieren a ellos como los "castros del Gigante", pues es aquí donde la leyenda radica la vivienda y propiedades del Gigante del Valle Estrecho.

Justo por debajo de estos peñascos, alrededor de los cuales dan raudas pasadas los aviones roqueros, el camino se transforma, una vez más, en una pista mejor marcada que nos aproxima al puente de La Vega, un paso de piedra con dos ojos por el que se salva la corriente del Rivera para ir a dar a la carretera a 500 m de San Martín. El tramo final hasta el pueblo discurre por el margen de prados envueltos por hileras de chopos en las que se esconden palomas torcaces, cornejas y urracas, y desde donde nos llegan las risotadas del pito ibérico. Fuera de la época de siega, es habitual que aquí pasten rebaños de vacas, o incluso ovejas custodiadas por soñolientos mastines que gustan de recostarse a la sombra del arbolado.



Rebaño de vacas pastando en los prados inmediatos a San Martín de los Herreros.

El gigante del Valle Estrecho



La silueta del Gigante recostado a poniente de Peña Redonda resulta perfectamente reconocible desde cualquier punto elevado del Valle Estrecho.

Cuenta una vieja y arraigada leyenda que, muy cerca del núcleo de San Martín de los Herreros, en el paraje de los castros de La Vega, en el margen derecho del río Rivera, vivía un gigante, al que todos en el Valle Estrecho temían. Este hombre tenía una sola hija a la que cuidaba con mimo y adoraba profundamente. Pero llegó el día en el que la chica empezó a sentirse tremendamente infeliz y desdichada, pues ningún mozo de los alrededores osaba acercarse y entablar relación con ella. Por más que deseaba marcharse de aquellas tierras, no podía debido a la estrecha vigilancia a la que la tenía sometida su padre. Aún así, un día lo intentó a pie por un sendero del monte Cadalcio, siendo sorprendida y severamente castigada por ello. Por si no fuera suficiente, el Gigante colocó varias piedras enormes en medio del camino para evitar que sintiera nuevas tentaciones de huir.

Así pasó la chica largos años de desesperanza y soledad, hasta que un día, con la ayuda de alguna persona cercana, preparó un brebaje de hierbas del campo con el que condimentó el almuerzo de su padre. A consecuencia de ello, nada más terminar de comer, el Gigante se quedó profundamente dormido, dando tiempo a la joven para escapar por el monte en dirección a Peña Redonda.

Cuando el Gigante se despertó y descubrió la ausencia de su hija, embraveció de tal modo que sus gritos retumbaron por todo el Valle Estrecho. Desesperado, buscó a la joven casa por casa y pueblo por pueblo, hasta que un viajero le informó de que la habían visto en tierras lejanas, donde había sido acogida por un señor poderoso. La tristeza ensombreció entonces la propia existencia del Gigante, que no tardó en destruir su casa y abandonar sus ganados y sus tierras, despidiendo a sus siervos para dirigirse a lo alto de la sierra. Allí se quedó durante días con la vista perdida en las amplitudes de Tierra de Campos. Dicen que por las noches hablaba solo y sus lamentos helaban la sangre de los vecinos que los escuchaban desde el pueblo. Finalmente, una tarde se recostó sobre la Peña Redonda, se cubrió los ojos con un pañuelo, cruzó las manos sobre el pecho y se quedó para siempre dormido.

Los días siguientes se recuerdan fríos y oscuros, con la niebla tapando la montaña y ocultando a la vista los acontecimientos que el sol de jornadas más tarde por fin reveló. Sobre el perfil de la sierra, los vecinos de San Martín podían reconocer la silueta del Gigante, mucho más grande de lo que era; la sangre de su corazón había teñido las rocas entre Cadalcio y Pico Cimero, había penetrado la tierra dando nacimiento a la fuente Colorada y empapando el suelo que se había vuelto de color negro, como se puede ver en las minas de San Martín; sus lágrimas habían trazado un surco a través de la ladera y formado grandes pilares de piedra. Cuentan que aquellas lágrimas fueron el origen del gran lago subterráneo que subyace en las entrañas de La Peña y que cada año, cuando se acerca la fecha en la que murió el Gigante, sus aguas brotan con fuerza por la fuente Deshondonada. Dice también la leyenda, que aquel gigante escondió un tesoro en algún lugar de la montaña, aunque nadie ha logrado dar con él todavía.



Castros de La Vega, donde la leyenda sitúa la morada del Gigante del Valle Estrecho.

San Martín de los Herreros

La estrecha carretera que da acceso a San Martín, guía nuestros pasos a través de la localidad, serpenteando entre casas encaladas y muros de piedra. El pueblo ocupa un fondo de valle que empieza a ser realmente estrecho, lo que obliga a muchas edificaciones a buscar acomodo en la ladera de solana, incluida la iglesia parroquial, que ocupa la posición más destacada. Por este motivo, los alrededores del templo, dedicado a San Martín, se erigen en una magnífica atalaya para tomarse un respiro y disfrutar de una inmejorable panorámica del lugar. De hecho, desde el frente de su pequeño pórtico, se domina una extraordinaria vista de Peña Redonda, en cuyo costado resulta perfectamente reconocible el perfil del gigante del que habla la leyenda. Mucho más cerca, a nuestros pies, podremos contemplar el conjunto del pueblo, dividido por el río Rivera en dos barrios: en primer término, el barrio de Abajo, más extenso, y al otro lado del cauce, el de Arriba, formado por unas cuantas casas y cuadras en la entrada al vallejo del arroyo del Monte. Este débil riachuelo capta, en las cercanías del núcleo urbano, el caudal de la fuente Colorada, cuyas aguas brotan teñidas de rojo en un rincón de sustrato fuertemente ferruginoso.

Conocida como *Ferros de Sant Martino* ya en el siglo XIII, la población posee una larga tradición en el trabajo del hierro, con varias fraguas que se mantuvieron activas hasta hace pocas décadas. Esta ocupación seguramente explica su topónimo, aunque los herreros no llegaron a alcanzar, al menos en tiempos recientes, la fama de sus carpinteros ambulantes, compartida con otras localidades vecinas del Valle Estrecho. Aún así, la actividad en torno al hierro fue protagonista en varios momentos de la historia, gracias a la existencia en terrenos del pueblo de importantes yacimientos, que



Desde la iglesia de San Martín se disfruta de una hermosa vista de Peña Redonda.

fueron explotados de forma irregular y discontinua. Así se cree que las primeras extracciones de hierro en la zona se remontan a la época de los romanos, y existe documentación acerca de concesiones que se otorgaron a varias empresas mineras a principios del siglo XX, aunque ninguna de ellas se llegó nunca a renovar. Más recientemente, en los años 50 del siglo pasado, se inició una última aventura empresarial entre grandes expectativas y visos de futuro, si bien al cabo de solo unos años de actividad se vio igualmente abocada al fracaso y el abandono de las instalaciones. Esta mina, que se localizaba a escasa distancia del pueblo, en el entorno de la fuente Colorada, llegó a contar con una treintena de empleados, obreros que, en su mayoría, procedían de las localidades del valle. Su trasiego diario, al que se unía el de los mozos y mozas que acudían a mediodía a llevarles el almuerzo, dio vida a San Martín durante aquellos años. Además de los hombres, que realizaban las tareas más exigentes físicamente, varias mujeres trabajaron también en el lavadero, seleccionando el hierro y separando el mineral de la piedra. Luego se cargaba en camiones para su transporte a la estación de Vado, desde donde se llevaba por ferrocarril hasta los puertos de Santander y Bilbao para ser embarcado finalmente con destino a Holanda, país del que procedía parte importante del capital de aquella empresa minera.

Desde entonces, la historia de San Martín ha sido la de tantos núcleos rurales de la montaña, un pueblo de economía eminentemente ganadera sometido a una constante pérdida demográfica. Tan solo en las fechas inmediatas a las fiestas patronales de San Roque, a mediados de agosto, se recupera brevemente el esplendor y la vitalidad de antaño. Ese día todo el pueblo se reúne en la iglesia de San Martín, donde se custodia la imagen



Arriba y centro: dos rincones del pueblo, con casas de piedra, en algunos casos en caladas, y vanos pequeños irregularmente distribuidos por las fachadas. *Abajo:* detalle del sustrato ferruginoso en el entorno de la fuente Colorada.



La ermita de San Roque se sitúa a las afueras de San Martín, muy cerca del puente de La Vega.

del patrón, una talla de San Roque del siglo XVI, que, de forma solemne, al paso que marca el pendón, será llevada a hombros y en procesión hasta su ermita, localizada a un kilómetro de la localidad en el cruce con la carretera de Cervera y Triollo. Esta es la única capilla que queda, de otras muchas de las que a duras penas alguien recuerda haber oído hablar, como las de San Sebastián, San Miguel, Santa Marina, San Andrés, San Vicente o La Polleda, que estarían asociadas no solo a los barrios actuales, sino también a los de Pollensa o Polledo y Paraluenga, que han desaparecido con sus propias iglesias y patronos.

San Martín de los Herreros-Rebanal de las Llantas (3,2 km/1h)

Después de visitar la iglesia de San Martín, en cuyo interior merece la pena contemplar un Cristo del siglo XIV, regresamos a la carretera general para ir en busca del puente sobre el río Rivera que sirve de acceso al barrio de Arriba. La plataforma actual, hecha de hormigón, sustituyó en la época de la mina de hierro a una antigua pasarela de madera para permitir el tránsito de camiones. Nosotros debemos cruzarla para bajar, justo al otro lado, a la pradera que se extiende a orillas del río, rodeada por altos chopos que hacen oscuro y umbrío el lugar. Al final del prado, encontraremos una salida que conecta con un sendero bien marcado por el paso continuo del ganado. Este es el inicio de un delicioso trayecto al lado del río, por un fondo de valle angosto, hundido entre laderas descarnadas, que dejan ver aquí y allá el sustrato calizo y dan paso a densos robledales hacia la parte alta del monte.

Todavía a la salida de San Martín, se alcanza a distinguir entre el arbolado el edificio del último molino que se conserva en el valle. Aunque actualmente es una propiedad particular, totalmente renovada, aún llama la atención el potente canal, delimitado por muros de piedra, por el que se encauzaba la corriente hacia el rodezno del molino. Aguas arriba de este lugar, ya en terrenos de Rebanal y en un paraje conocido como la Cueva o Cova de la Pisa, hubo también un batán, al que se llevaban a enfurtir paños y tejidos para darles la consistencia requerida.

A partir de ahí, el sendero avanza sinuoso a la par del curso fluvial descubriendo, en los espacios interiores de los meandros, pequeños pastizales que se ven ramoneados a ras del suelo por el ganado. La vegetación ribereña forma una pantalla continua, dominada por altos y espigados chopos, pero con profusión de otras especies, como sauces, fresnos, avellanos y hasta algún haya, que crece de forma puntual entre el resto del arbolado. De esta frondosidad brota el canto de numerosos pájaros, desde pinzones y currucas mosquiteras, hasta ruiseñores y chochines, aunque su voz se percibe ahogada por el continuo rumor del río.

De este modo, la ruta nos conduce plácidamente y sin desnivel apreciable hasta un resalte calizo que, de pronto, bloquea el paso desplomándose directamente sobre la corriente. Así las cosas, no queda más remedio que cambiar de orilla, salvando el cauce por un paso de grandes "lastras" y cantos rodados, que no resulta complicado, al menos con el caudal habitual en esta parte alta del río. Al otro lado nos espera el llamado prado Lebaniego, conocido así por el apodo que se daba a sus propietarios. En este enclave, donde el valle principal describe un acusado giro hacia el sur, el río Rivera recibe por la izquierda la aportación del arroyo de Rebanal, apenas un riachuelo de aguas lentas y someras. Desde aquí



Arriba: valle del río Rivera aguas arriba de San Martín de los Herreros. *Centro y abajo:* dos tramos del camino de Rebanal.



Curso alto y cabecera del río Rivera.



Fuente Deshondonada, nacedero del río Rivera.

La fuente Deshondonada

Muy cerca de Rebanal de las Llantas, al fondo de un valle que se adentra en el corazón de la sierra de La Peña, se localiza uno de los parajes más hermosos y enigmáticos del Valle Estrecho. Se trata del nacedero del río Rivera en una surgencia cárstica conocida como fuente Deshondonada o Caldereta. El camino hacia este enclave sale del prado Lebaniego, donde el arroyo de Rebanal confluye con el Rivera a menos de un kilómetro aguas abajo del pueblo. De allí parte una pista de tierra por el margen de una vega estrecha, hundida entre pronunciadas laderas cubiertas de brezos y robles. A lo largo de su recorrido va dando vista a idílicos rincones de pastizales envueltos por bosques y verticales relieves, siempre coronados por la inconfundible silueta de Peña Redonda, de tonos azulados por el contraluz del sol. El trayecto termina al cabo de pocos kilómetros en un ligero ensanchamiento del valle, que aparece cerrado por un paredón calizo pródigo en oquedades, a cuyos pies se extiende un remanso de aguas transparentes a modo de estanque, alimentado de forma continua por las aguas que manan burbujeantes de la base del farallón. Aunque, dadas sus características geológicas, la fuente está sometida a un régimen estacional con acusados estiajes y rápidas variaciones en respuesta a lluvias torrenciales y tormentas, su importante caudal a lo largo de todo el año permite que sea explotada para el abastecimiento de numerosas poblaciones, no solo del Valle Estrecho, sino también del Pisuerga hasta Matamorisca, incluida la villa de Cervera.

Desde hace algunos años, equipos de espeleólogos acuden a este lugar en verano para investigar las cavidades y galerías que conforman el complejo cárstico asociado a la fuente Deshondonada, un auténtico laberinto horadado en las entrañas de Peña Redonda. En esa época del año, cuando los pueblos reviven con la presencia de los veraneantes, cada jornada de investigación es seguida con gran expectación, de forma que las novedades vuelan de un pueblo a otro con inusitada rapidez. Así se entiende que todos en el valle sepan del sifón descendente de 74 m de longitud, saturado de agua, que comunica la boca del manantial con un lago subterráneo y un río de unos 300-400 m de desarrollo, lo que esconde una misteriosa conexión con la leyenda del Gigante.

Entre otros detalles curiosos, también se cuenta que la fuente actúa como un trasvase natural entre las cuencas del Carrión y el Pisuerga, rotunda afirmación que se sostiene en pruebas experimentales. Así, tras la construcción del embalse de Camporredondo se hizo notar que las subidas de nivel del pantano iban acompañadas de súbitas crecidas en el caudal que desaguaba la fuente. Sorprendentemente, esta relación se pudo comprobar mediante el uso de colorantes vertidos al agua en una de las colas del embalse, concretamente la que penetra por el valle de Miranda, donde se producían filtraciones por una sima que conduce directamente las aguas hasta el nacimiento del Rivera.

Si bien la visita a la fuente Deshondonada no defrauda en cualquier época del año, los lugareños aseguran que su momento más espectacular acontece poco tiempo después de producirse una tormenta, cuando el nacedero se ve desbordado y expulsa el agua a chorro, incluso por orificios de la roca habitualmente situados algunos metros por encima del manantial.



Boca superior de la fuente Deshondonada, por donde brota agua en momentos de crecida.



resta aproximadamente un kilómetro hasta el núcleo de Rebanal de las Llantas, distancia que la carretera local cubre por el flanco izquierdo del valle. Nuestro itinerario, en cambio, utiliza una trocha que discurre pegada a la base de la ladera por el lado opuesto del valle. Para llegar a ella, debemos tomar el camino de tierra que se adentra en el curso alto del Rivera, conduciendo en última instancia a su nacimiento, si bien nosotros lo utilizaremos solo hasta la primera curva. De allí sale una estrecha vereda a la derecha que nos llevará por el margen de frescos pastizales de diente hasta la entrada de Rebanal, yendo a parar justo al pie de la primera casa del pueblo.

Rebanal de las Llantas

Rebanal es el último pueblo del Valle Estrecho en el trazado del GR 1, un apretado conjunto de casas encaladas y de piedra con cubierta de teja roja, que parece hundido a orillas del arroyo homónimo entre empinadas laderas y extensos bosques de robles y hayas. Entre sus edificaciones, con muchas casas renovadas, se conservan detalles que llaman la atención, como un pequeño escudo situado sobre una ventana enmarcada con sillares y un portalón en forma de arco, viejas fachadas protegidas con cal que contrastan con la piedra oscura de los muros y la verde vegetación del entorno, o un paramento de *sietu* acabado con barro, en el que se intuye el armazón de varas entretejidas.

La estrechez del lugar no permite más que la existencia de una calle principal, la calle Real, de la que apenas sale un ramal en dirección a la iglesia parroquial de El Salvador, que ocupa un alto en la ladera de solana, dominando el pueblo a semejanza de la iglesia de San Martín. De espec-

Arriba: vista del núcleo de Rebanal de las Llantas desde el camino del valle de Rebanal y el alto la Varga. *Centro:* fachada encalada en un viejo edificio de mampostería. *Abajo:* muros de *sietu* recubiertos de barro.

to austero, es un bonito templo de piedra y mampostería, de una sola nave que termina en un arco triunfal gótico, dando cuenta de la antigüedad de su construcción. Es conocida sobre todo por conservar una importante pila bautismal de estilo románico, obra del s. XII, que está considerada entre las mejores de su clase. No en vano su copa aparece armoniosa y bellamente decorada, con figuras humanas de semblante rígido y postura algo forzada, pero notablemente expresivas, entre las cuales es posible reconocer guerreros, mujeres y hasta un juglar.

A principios de los años 70, la localidad se dio por abandonada en un cortometraje titulado "El último latir de un pueblo", en el que la fotógrafa cerverana Piedad Isla mostraba la salida de sus últimos moradores. Sin embargo, raro es llegar a Rebanal de las Llantas y no encontrar al menos alguna casa abierta, ya que la añoranza, unida a la placidez del lugar, incitan irremediabilmente a volver a sus antiguos vecinos y familiares cada vez que la ocasión lo permite. En cualquier caso, lejos quedan los días en los que Rebanal tenía su propia casa de ayuntamiento con cárcel, y una escuela con más de 30 niños, como sucedía a mediados del siglo XIX. A sus habitantes les apodaban "rejoneros" por su buen hacer con la madera, de la que eran consumados maestros. Este apodo procede del nombre que se daba a las picas o cuñas de madera que se utilizaban para unir los tablones y se empleaban en lugar de puntas de hierro. Al igual que en otras localidades del Valle Estrecho, desde aquí se salía en carro a vender productos elaborados en madera, sobre todo puertas que se llevaban a Tierra de Campos. Tal era su fama que en muchos pueblos de la meseta se esperaba con expectación a los carreteros de Rebanal para comprar alguna pieza o para hacer algún encargo, que se surtía puntualmente a la temporada siguiente, es decir, un año entero



Arriba: iglesia parroquial de El Salvador. *Centro:* las blancas fachadas de Rebanal contrastan con la piedra oscura de los muros que delimitan huertos y parcelas inmediatas a las viviendas. *Abajo:* casa blasonada.

después. Este negocio se acabó en los años 60 del siglo XX, cuando la instalación de serrerías y empresas madereras en la comarca hizo que se denunciara la competencia desleal que suponían los carpinteros ambulantes de la zona, los cuales fueron dejando su actividad, en algunos casos, para incorporarse a la plantilla de estas fábricas.

En el monte de Rebanal también se fabricaba carbón vegetal, en grandes piras de restos de madera o leña obtenida de la limpieza del monte, que se cubrían con tierra y hierba seca y se dejaban humear durante días. Habitualmente, los carboneros se movían por los montes de varias localidades en función de la disponibilidad de materia prima para luego vender su producción a particulares y empresas.

Con todo, la economía local era fundamentalmente ganadera, centrada en la cría de ganado vacuno y ovejas. La agricultura a duras penas daba para el consumo propio de los vecinos, que disponían de tres molinos para fabricar harina, todos ellos localizados en el curso del río Rivera, ya que el escaso caudal del arroyo de Rebanal no permitía la molienda, en especial en las épocas más secas y soleadas del año.

Rebanal de las Liantas-La Lastra (6,2 km/2h)

Pasado el desvío hacia la iglesia, la calle Real de Rebanal conduce a una pequeña plazoleta presidida por un pilón que era utilizado como abrevadero para el ganado. De allí sale una calleja a la izquierda dando servicio a un par de casas al otro lado del arroyo, pero nosotros debemos continuar por la calle principal hasta el siguiente cruce para tomar una pista pedregosa, que abandona el pueblo por la derecha y en subida. Nos disponemos a afrontar la parte más dura de la etapa: la subida al alto la Varga, que nos permitirá salvar la divisoria de vertientes y acceder a la cuenca del Carrión.



Apenas iniciada la marcha al alto la Varga, el sendero ofrece una bonita vista del valle de Rebanal.



Vallejo del arroyo de Cueva Teresa, área incluida en una de las zonas de reserva del Parque Natural.

Tras un corto repecho, enseguida nos sorprenderemos caminando a media ladera de una pendiente rocosa, sobrevolando el curso del arroyo de Rebanal y disfrutando de grandes vistas hacia la sierra de La Peña, tapizada de bosques y salpicada de pastizales de altura. Toda esa vertiente forma parte de una de las zonas de reserva del Parque Natural por su valor florístico pero, sobre todo, por su importancia como área de refugio, cría y alimentación para el oso pardo. Por este motivo, es una zona de acceso restringido a los visitantes durante parte del invierno y la primavera, en general entre los meses de febrero y junio, como fórmula para garantizar la tranquilidad del plantigrado durante la época de reproducción.

Prosiguiendo la marcha, el camino avanza hacia una bifurcación del valle, domi­nándose desde nuestra posición destacada la vaguada densamente forestada del arroyo de Cueva Teresa, que se aparta hacia el sur encajándose en las faldas de Peña Redonda. En esa misma confluencia, el arroyo de Rebanal y nuestra ruta giran al norte, para coincidir al mismo nivel un poco más adelante, en un enclave umbrío que se cubre en primavera de megaforbios sobre los que revolotean decenas de mariposas y abejorros. Una senda salva el torrente en ese rincón umbrío por un pontón de madera, yendo a perderse en fincas ahora en proceso de ser recuperadas por el bosque. Mientras tanto, nuestra pista continúa remontando el curso fluvial por su margen izquierdo, ganando altura lenta pero inexorablemente. Así, pronto quedan atrás las *murias* y las praderas de diente que, a duras penas, encuentran acomodo en este estrecho fondo de valle y nos recuerdan que aún no nos hemos alejado demasiado del núcleo habitado de Rebanal. Inmediatamente después, el camino se adentra entre pendientes arboladas, circulando por la base de la ladera de solana, en la que crecen sobre todo rebollos. En cambio, al otro lado del cauce, en la umbría, es el haya la especie dominante, que da lugar a una masa umbrosa, libre de sotobosque



Izquierda: rústico puente de piedra y madera en el primer tramo de la ascensión al alto la Varga. *Derecha:* trazado del camino de La Lastra por el estrecho fondo de valle del arroyo de Rebanal.

y con el suelo cubierto de hojarasca de tonos castaños. El silencio se adueña del lugar, interrumpido si acaso por el tintineo de los carboneros garrapinos y los herretillos capuchinos, que se mueven por algún lugar de las copas. De cuando en cuando, un silbido fino y agudo delata la presencia del reyezuelo listado, pero, por lo demás, todo es reposo y quietud a nuestro alrededor.

Saliendo por un instante de la mancha arbolada, la pista cruza sobre el cauce para continuar la subida por el fondo del valle, siempre a orillas del arroyo, cuyo curso queda prácticamente oculto bajo un manto continuo de avellanos, sauces y mostajos, que crecen enmarañados entre espinos albares, endrinos, rosales y mentas. Solo de vez en cuando, se alcanza a distinguir la corriente, de aguas frías y cristalinas que dejan ver un fondo de limos marrones, ideal para el camuflaje de tritones alpinos y palmeados.

Este trayecto conduce finalmente a una curva cerrada, que cambia por completo la trayectoria y el ritmo que veníamos siguiendo. En ese punto, el camino forestal se despidе bruscamente de la compañía del arroyo de Rebanal para desviarse por una valleja lateral y afrontar el tramo decisivo del ascenso al alto la Varga. La marcha ahora se ralentiza y se vuelve más costosa, mientras atravesamos un auténtico túnel forestal que, enseguida, se abre para ofrecernos buenas perspectivas del robledal albar de monte Menor, que engloba un pequeño rodal de hayas relegado al entorno de un resalte calizo. Este hueco en el arbolado coincide con el inicio de un repecho aún más empinado, donde la orientación de la pista permite una mayor insolación, suficiente para que el rebollo vuelva a imponerse a nuestro alrededor. Trescientos o cuatrocientos metros más adelante, la pendiente se toma un breve descanso, apenas suficiente para enfrentar una nueva cuesta aún más inclinada. Afortunadamente,

la rampa no se hace excesivamente larga y su premio es la coronación de un pequeño altillo, desde el cual, volviendo la vista atrás, se domina un fantástico escenario de valles, lomas y bosques que culminan en la mole abombada de Peña Redonda.

A partir de aquí, la subida se prolonga por la linde superior del robledal, a través de un manto continuo de altos y densos piornos, sobre el que despuntan serbales de cazadores, endrinos y majuelos. Aunque el desnivel del terreno circundante sigue siendo muy acusado, el trazado de la ruta trata de suavizar ahora la pendiente dibujando curvas y contracurvas en la ladera, cuya naturaleza pizarrosa se pone en evidencia en el piso del camino, formado por un lecho de lajas descascarilladas.

Poco más adelante, una curva más cerrada que las anteriores nos sitúa en una cresta enfrentada al relieve impetuoso y quebrado de la peña Santa Lucía, cuyas paredes de caliza se elevan frente a nosotros repletas de covachas y repisas, algunas de ellas manchadas de excrementos de color blanco que revelan los posaderos favoritos del buitre leonado. La profusión de oquedades apropiadas y la inaccesibilidad de sus verticales paredones convierten a esta peña en un importante lugar de cría no solo para los grandes buitres, sino también para otras rapaces como el águila real, el alimoche o el halcón peregrino, cuyo avistamiento resulta relativamente frecuente en este último tramo de la ascensión. Tan solo un último esfuerzo nos separa ya del collado de suaves formas en el que termina la subida, aumentando la ansiedad del senderista por descubrir el paisaje que se esconde al otro lado, siempre idéntico en su esencia pero tan cambiante en su vitalidad, color y luminosidad, y tan dependiente de nuestro estado de ánimo, que no existirán dos veces en las que experimentemos este momento con igual intensidad.

De este modo, entre gran expectación, el GR 1 alcanza el paso del alto la Varga



Izquierda: los crestones calizos de la peña de Santa Lucía emergen ante nosotros en plena subida al alto la Varga. *Derecha:* volviendo la vista atrás se contempla un espectacular escenario de bosques anclados a las laderas de Peña Redonda.



Vista hacia la vertiente del Carrión desde el alto la Varga, con el casco urbano de La Lastra en primer término y la mole calcárea del Espigüete culminando el horizonte.

para asomarse a un entramado de montes y vallejas, con pastos y matorrales sobre los que emergen imponentes roquedos, calizos hacia el suroeste, donde se destaca la pirámide truncada del Espigüete, y de conglomerados rojizos y verdosos hacia el noreste, donde sobrecoge la silueta de cima aserrada del Curavacas. Muy cerca de este collado, hacia el norte y a orillas de la carretera, se localiza el mirador del alto la Varga, una plataforma dispuesta de tal modo que permite contemplar casi simultáneamente los dos lados del collado para comparar sus relieves y sus paisajes. Dada la escasa distancia que nos separa del mirador, bien merece la pena el desvío, tanto para disfrutar de la panorámica más amplia que desde allí se domina hacia el lado del Pisuerga, como para disponer de la información interpretativa que la señalización de este punto proporciona al visitante, y que nos será de especial utilidad para aprender a reconocer las principales cumbres del entorno.

En cualquier caso, el trazado del GR 1 no incluye este desvío, sino que continúa de frente al otro lado del collado por un sendero abierto entre las escobas en descenso hacia el valle de Valderrianes, cuya cabecera en forma de pastizal se abre a nuestros pies. La bajada hasta esta pradera es directa y rápida, de tal modo que, en poco tiempo, nos descubriremos rodeando el muro de piedra que delimita este herbazal para traspasar una portillera y acceder a una ancha pista forestal de roderas bien marcadas. Esta pista se dirige cómodamente y con escaso desnivel hacia el núcleo de La Lastra, que se alza en lo alto de una loma cercana, recortándose contra el cielo por detrás de una arboleda de chopos de oscuro follaje.

La Lastra

Ya en las inmediaciones de La Lastra, el GR 1 se aparta de la vega de Valderrianes para acceder al pueblo caminando por la base del resalte rocoso que le sirve de asiento. Este trayecto permite una interesante perspectiva de la localidad, cuyo espacio edificado muere justo en el borde de este relieve mediante *murias* y fachadas de piedra que se funden a la perfección con la textura y tonalidad del sustrato. La pista remonta a continuación el desnivel existente por un costado para acceder en el último momento al altozano del pueblo, desde el que se disfruta de buenas vistas a costa de su exposición al viento.

En efecto, La Lastra se dispone sobre una meseta calcárea bien definida entre el alto de La Loma y la caída occidental de la peña de Santa Lucía, con el valle de Valderrianes al sur, y las pendientes de herbazales y piornos que descienden hacia el valle del Carrión y Triollo por el norte. Esta orografía parece explicar el topónimo del lugar, cuya situación a orillas del antiguo camino de Triollo a Cervera, ahora convertido en la carretera comarcal, hace pensar en un asentamiento inicial asociado al tránsito por esta ruta.

El pueblo es un conjunto compacto, de casas de dos plantas con corral rodeadas de altos muros y cerradas con verjas de forja. Con una treintena de edificios, es un núcleo muy pequeño, aunque a mediados del siglo XIX contaba con una población de 150 habitantes, muy similar a la que por entonces tenían Triollo y Vidrieros, sus localidades más próximas con las que, más tarde, pasaría a formar ayuntamiento.



El pueblo de La Lastra se asienta sobre un resalte rocoso expuesto a los cuatro vientos.



En la actualidad apenas perviven algunas familias que se dedican a la ganadería, siendo uno de los pocos pueblos en los que se ven grandes depósitos preparados para el almacenamiento y comercialización de la leche. De lo que nada queda es de las tierras que antaño se cultivaban con gran esfuerzo para obtener centeno, trigo y avena, ni recuerdos de las viejas actividades que se realizaban para la venta de leña y carbón de fragua.

Un breve paseo por las calles de la localidad basta para descubrir un buen número de propiedades arruinadas, que llaman la atención entre las pocas viviendas que permanecen ocupadas y algunas casas bien arregladas que se utilizan como segunda residencia. Sobre todas ellas se destaca la torre campanario de la iglesia parroquial, que se levanta a orillas de la carretera. Dedicada a la Asunción, es un edificio de mampostería y una sola nave, que acusa en su fábrica importantes reformas llevadas a cabo en el siglo XVIII. No obstante, conserva de sus orígenes una portada de estilo románico tardío, así como dos capillas laterales que se cubren con bóveda de crucería de estilo gótico, todos ellos detalles que denotan la antigüedad real del templo. En su interior cuenta con tres retablos barrocos y algunas tallas interesantes del siglo XVI.

Junto a este santuario, dentro del término de La Lastra existió también una ermita dedicada a Santa Lucía, que se erigía en lo alto de la peña homónima. Hasta allí se subía en procesión cada 13 de diciembre para honrar a la santa, hasta que un año sucedió un acontecimiento inesperado que vino a alterar las costumbres y la secular tradición. El siguiente relato aparece envuelto en la nube de ilusión y realidad que caracteriza todas las leyendas, pero cuentan que aquel mes de diciembre la procesión llegaba al santuario con una delgada capa de nieve que cubría el pai-

Arriba: torre-campanario de la iglesia de la Asunción. *Centro:* calle de La Lastra entre muros de piedra, casas de una o dos plantas y ruinas de antiguos edificios. *Abajo:* puerta de acceso al corral de una vivienda típica.



Al lado de construcciones reformadas, algunas casas de La Lastra conservan viejos muros de piedra contruidos sin argamasa delimitando corrales que se abren a la calle por medio de grandes portales.

saje, cuando salió de improviso una zorra de entre la maleza. El mozo que portaba el santo Cristo, a decir de todos un avezado cazador, no pudo reprimir su instinto y, sin pensarlo dos veces, arrojó la cruz con todas sus fuerzas para cobrar la pieza, matando al animal en el acto. Esta irreverencia ofendió de tal modo a la santa que desde aquel día abandonó a las gentes del pueblo, haciéndoles pasar por toda clase de penurias: a las vacas les entró la peste, vinieron tiempos de sequía y hambruna, a las mozas les salió bocio, y los mozos más fuertes sufrieron hernias. Desde entonces viene el abandono de la ermita y el apodo de raposos con el que aún cargan los vecinos de La Lastra.

Otras construcciones de interés son las viejas escuelas, cuyo edificio se puede ver a la entrada de la localidad por el GR 1, muy cerca del abrevadero en torno al cual se estructura la principal calle que recorre el núcleo, dando idea de su organización alrededor de la actividad ganadera. Muy cerca, en una de las casas próximas, funcionó la única panadería que había en muchos kilómetros a la redonda, lo que explica que a ella acudieran no solo los vecinos, sino también gentes de los pueblos cercanos, incluido Santibáñez de Resoba, y los pastores de merinas que subían sus rebaños a los puertos de Vidrieros. En este establecimiento no solo se hacía pan, sino que también tenía estanco y tienda de ultramarinos.



Espigüete y Curavacas, cumbres emblemáticas de Fuentes Carrionas

El sector más occidental del Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina conforma uno de los conjuntos de cumbres más destacados de la cordillera Cantábrica, con numerosas cimas entre los 2300 y 2500 m s.n.m., aunque solo dos de ellas, el Espigüete (2450 m) y el Curavacas (2525 m), acaparan todo el protagonismo. Esto es así no solo por su altitud, sino también por ser hitos omnipresentes en las panorámicas del espacio protegido.

Al contemplar estas imponentes moles rocosas no podemos dejar de pensar que su morfología es el resultado de la acción ejercida, a lo largo de millones de años, por los agentes erosivos, entre los cuales el agua de escorrentía ha jugado, y juega, un papel importante. Sin embargo, ha sido el hielo glaciar el principal agente modelador de estos relieves. Su acción aún estaba muy presente en gran parte de la Montaña Palentina hace algunos milenios, y sus efectos todavía son perfectamente reconocibles, por ejemplo, en los circos de la cara norte del Espigüete, en el gran valle glaciar de Pineda, o en las lagunas del Pozo Curavacas y el Pozo las Lomas, que ocupan antiguos circos glaciares.

Tampoco debemos olvidar otro factor que ha hecho posible que estos picos resalten del modo en que lo hacen, como es la erosión diferencial, debida a la distinta consistencia de unos tipos y otros de roca. En efecto, ciertas rocas, como las cuarcitas, los conglomerados, las calizas masivas o los granitos, son más resistentes a la erosión que las pizarras o algunas areniscas, de tal modo que, a medida que la erosión progresa, estas últimas van sufriendo un desgaste mayor, y las otras, más competentes, terminan por destacar en el paisaje.



Arriba: circo glaciar en la cara norte del Curavacas. *Página anterior:* vertiente sur del Espigüete mostrando la nítida línea de cabalgamiento que separa las calizas de la cumbre de las laderas de materiales detríticos más recientes.

Esto es lo que sucede en el Curavacas, que se eleva al norte de Triollo y por encima de Vidrieros como una torre negruzca, de cima chata y quebrada. Es una gigantesca masa de conglomerados del Carbonífero de hasta 1.000 metros de espesor y composición cuarcítica, que procede de sedimentos depositados hace más de 300 millones de años en lo que entonces eran unos inmensos abanicos aluviales que, hacia el oeste, se convertían en depósitos marinos. Los cantos de composición silíceo que quedaron englobados en la matriz de estos conglomerados procedían de la erosión de una gran cordillera que, en aquella época, se estaba levantando.

Observadas a cierta distancia, las rocas del Curavacas tienen tonalidades que varían desde el gris oscuro al verde. Tal coloración no es la propia de la roca, sino que, en gran medida, se debe a unos líquenes que se desarrollan principalmente sobre sustratos ricos en sílice (como conglomerados cuarcíticos, areniscas y granitos). Estos tonos contrastan drásticamente con el gris luminoso del Espigüete, que se alza más al oeste por encima del núcleo de Cardaño de Abajo. Este magnífico pico, de forma piramidal desde algunas perspectivas, está formado por la acumulación de calizas del Carbonífero Inferior, que se encuentran cabalgando sobre materiales más jóvenes, formados por rocas detríticas (pizarras y areniscas) del Carbonífero Superior. Desde la distancia, resulta notable el contraste existente entre las desnudas calizas de la parte superior y las laderas de sustrato detrítico, cubiertas de vegetación, que forman la base de la montaña y hacen resaltar la línea de cabalgamiento que separa unas de otras.

La Lastra-Triollo (2,3 km/45´)

Dispuestos a completar la etapa con un relajado descenso final hasta Triollo, salimos de La Lastra por los caminos de tierra que parten del extremo occidental del pueblo, del punto más alejado de la carretera. En ese lugar, en la base del cerro de La Loma y al pie de un rellano que hace las veces de campo de fútbol, la calle principal se divide en dos ramales de tierra. El mejor marcado de ellos sube a la izquierda pasando por la parte alta de un estercolero para continuar rodeando la colina. En cambio, el que nosotros debemos seguir, desciende a mano derecha resultando poco evidente en sus primeros metros, en los que pasa justo por debajo del montón de estiércol, que se acumula a las afueras de la localidad para luego ser aprovechado como abono en los prados. Aunque poco atractivo visualmente, este punto resulta de sumo interés para la observación de algunos pájaros que acuden atraídos por la abundancia de dípteros y coleópteros en la materia en descomposición. Así, al lado de collalbas grises, lavanderas blancas, colirrojos tizones y otras especies comunes, solo hay que tener un poco de paciencia para ver aparecer insectívoros mucho más interesantes como alondras totovía y bisbitas campestres.

A partir de aquí, el camino prosigue atravesando manchas de piornos y escobas, dejando atrás "las lastras" de caliza que afloran en el entorno del pueblo para salir a las praderas de Valdellasno, donde pastan buenos rebaños de vacuno. Entre una mayoría de vacas de otras procedencias, propias de la evolución moderna de las explotaciones ganaderas, destacan algunas tudancas de pelaje negro-grisáceo, ligeramente azulado, y con grandes astas, muy abiertas, de base blanquecina y pitón negro. Esta es la raza autóctona por excelencia del norte de Palencia, una vaca ágil y resistente, bien adaptada a la vida en semilibertad y al clima duro de la montaña. Apta tanto para la producción de leche como de carne, aunque sin especial relevancia en ninguna de las dos facetas, destaca sobre todo por su enorme fuerza motriz, por lo que era muy apreciada para las labores del campo y para el tiro de los carros con los que se salía a la meseta a vender o intercambiar productos.

En esta bajada tendremos ocasión de contemplar una bonita panorámica de Triollo, rendido a los pies del Curavacas y semioculto tras una frondosidad de chopos que se desarrollan a lo largo de las márgenes del Carrión. Esta arboleda se extiende a los pastizales aledaños en forma de setos y lindes arborescentes, pero por lo demás toda la vista que abarcamos está compuesta por vastas extensiones de brezos y escobas.

Tan solo un par de masas de regenerado de



La bisbita campestre se observa con frecuencia en los pastizales y áreas de matorral abierto del entorno de La Lastra.



Desde los alrededores de La Lastra, Triollo aparece envuelto en una espesura de chopos y setos arbolados empujados por el potente espolón rocoso del Curavacas.

roble en las solanas de Valdetriollo y Vidrieros rompen esa uniformidad del paisaje, que nos obliga a recomponer drásticamente la imagen que hasta ahora nos habíamos formado del Parque Natural en base a la experiencia vivida en nuestras etapas anteriores por las tierras de horizontes más amplios y terrenos más boscosos de La Braña y el alto Pisuerga.

Inmersos en estas reflexiones, alcanzamos el fondo del valle, por el que corre una pista de tierra ancha y rectilínea en dirección a Triollo. En este trayecto, se pasa al lado de otro estercolero, que atrae, al igual que el de La Lastra, multitud de pájaros insectívoros, entre otros, gorriones chillones y lavanderas boyeras.

Poco más adelante, la entrada a la población viene precedida por varias naves ganaderas de moderna construcción, que ocupan un rincón a las afueras, en el margen izquierdo del Carrión. En cambio, el núcleo habitado de Triollo se concentra al otro lado del río, en un ensanchamiento de la vega al que se accede por el puente de la carretera de los Pantanos y que se localiza en la confluencia del arroyo de Valdetriollo.



Triollo

De este modo, poniendo el colofón a la etapa, el GR 1 accede a Triollo por el emplazamiento de un viejo molino harinero, al que los vecinos se refieren afectuosamente como "la central". A pesar de su estado de abandono, esconde una peculiar historia, que pone en evidencia la importancia que este tipo de infraestructuras hidráulicas tuvieron en la vida rural de antaño. Prueba de ello es que en su construcción participaron noventa socios, no solo de Triollo, sino también de La Lastra, es decir, "la población al completo de ambas localidades con la excepción de tres vecinos". Para reducir los costes al máximo, la obra se hizo "de huebra", aportando los socios el trabajo físico, lo que no impidió que supusiera un fuerte desembolso. Así se hizo realidad un molino que contaba con automatismos para cerner el trigo y seleccionar la harina, y que disponía de tres "piedras": una fina para el trigo y el morcajo (trigo mezclado con centeno para amasar), otra para piensos, centeno y otros cereales, y una tercera para mover una turbina y producir electricidad. De hecho, "la central" proporcionó un temprano suministro de luz tanto a Triollo, como a La Lastra, adelanto que enseguida se convirtió en imprescindible aunque estaba sujeto a eventuales fallos mecánicos. Así ocurrió un invierno, en medio de una fuerte ventisca, cuando dos vecinos de Triollo se vieron obligados a cruzar tremendas traves de nieve para llegar al molino y encender la turbina, que había saltado a causa de la tormenta, "y eso que aquí la nieve paraba mucho menos que en La Lastra".

En cualquier caso, "la central" no funcionaba en exclusiva para los socios, sino que a ella podían acudir, y así lo hacían, gentes de todos los pueblos del entorno, como Santibáñez de Resoba y Alba de los Cardaños, que llegaban con sus carros carga-

Arriba: antiguo molino en las márgenes del Carrión entre Triollo y Vidrieros. *Centro:* "la central" de Triollo, infraestructura que tuvo gran peso en la vida cotidiana del pueblo pero que yace abandonada. *Abajo:* paisano preparando "un ramo".



El Curavacas sobresale entre los edificios en cada rincón de Triollo.

dos de cereal. También lo utilizaban muchos lebaniegos, que bajaban a comprar trigo a la comarca de La Peña y paraban a moler en Triollo en el viaje de vuelta.

Aunque este fue el último molino de la localidad, anteriormente existieron bastantes más. De hecho, hasta la construcción de "la central" los lugareños se veían obligados a recurrir a una fábrica de harina de similares características, propiedad de un empresario de Cervera, que estaba situada aguas arriba, a mitad de camino entre Triollo y Vidrieros. Este molino, cuyos muros aún se pueden ver entre los chopos del margen derecho del Carrión, se arruinó al quedarse sin clientes en cuanto empezó a funcionar "la central". Y si se echa la vista aún más atrás, es posible encontrar documentos de mediados del siglo XVIII en los que los vecinos de Triollo declaran la existencia de un batán y ocho molinos, la mayoría de ellos con varios socios, incluidos varios vecinos de La Lastra, que se repartían proporcionalmente las horas de molienda en relación a su cuota de participación.

Esta amplia experiencia y larga tradición en el aprovechamiento de la energía hidráulica resulta fácil de entender tanto por la situación del pueblo a orillas de una de las corrientes más constantes y caudalosas de la provincia, como por su importante actividad agrícola. A pesar de su altitud, 1300 m, la localidad disponía de buenas tierras de cultivo, en las que se daba mucho trigo, algo de avena, legumbres y patatas. Otro de los productos fundamentales, el centeno, se dejaba para las cuestas, "que producían mucho menos". Además, había buen abastecimiento de leña (de roble y escobas), se cogían ramas verdes de piorno para dar de comer a las ovejas en el invierno como complemento del pienso, y la ganadería proporcionaba abundante carne y leche, de modo que "de lo básico" tan solo se echaba en falta el aceite y el azúcar.



Izquierda: iglesia parroquial de El Salvador. *Derecha:* pila bautismal del siglo XVI.

En aquella época, aproximadamente hasta el último tercio del siglo XX, había mucho ganado, siendo habitual que cada casa tuviera entre 6 y 9 vacas. El pueblo contaba con una dehesa, a la que se llevaba el ganado que intervenía en las labores del campo "a eso de las 11 o las 12 de la mañana", cuando se terminaba de trabajar en las eras, "y se echaba a pacer el resto del día". En cambio, las reses que no se utilizaban para estos menesteres se subían a los puertos con un vaquero y un ayudante, que se enviaba por el sistema de veceras, es decir, rotando el turno entre los vecinos en función del número de piezas que cada cual tuviera en el rebaño. La misma organización se seguía para atender las ovejas, de las que el pueblo contaba con dos rebaños de 700 cabezas cada uno, lo que explica que no se arrendaran puertos a las cabañas de merinas trashumantes. Luego este ganado menor se fue dejando y se cambió por vacas, hasta llegar al momento actual en el que tan solo perdura un ganadero en activo, aunque "con el mismo número de animales que antaño manejaba todo el pueblo".

Esta dedicación agropecuaria tradicional sigue muy presente en el diseño urbano de la localidad, que está compuesta por edificios bajos de dos plantas con la típica distribución de las casas de labranza. Asociados a estas viviendas o en parcelas independientes integradas en el casco urbano, se mantienen algunos huertos protegidos por muros bajos de piedra. Otras propiedades aparecen arregladas y reformadas para servir de segunda residencia, incluso alguna ha sido convertida en alojamiento rural en adaptación a los nuevos tiempos.

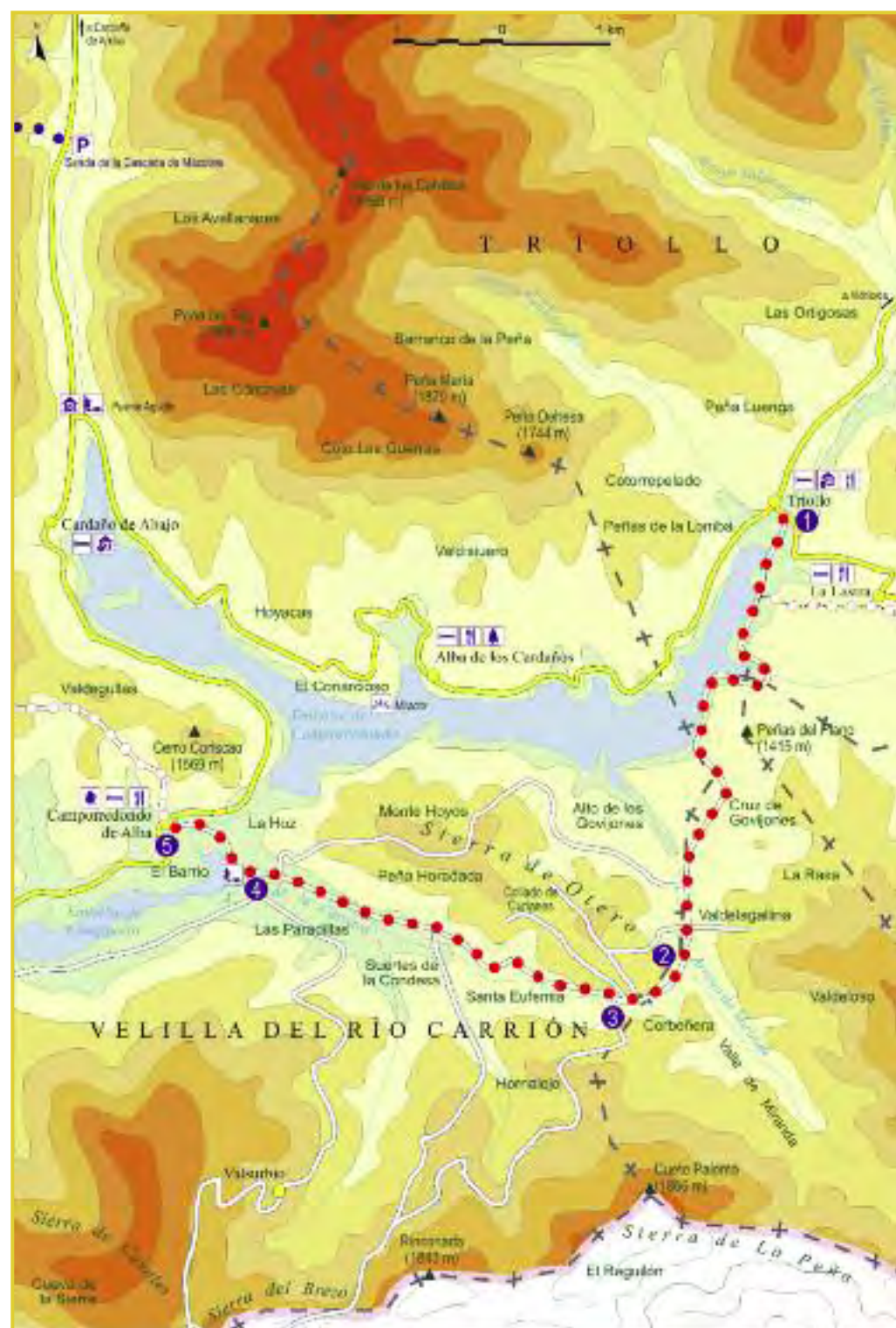


Interior de la iglesia de El Salvador.

Hacia el extremo oeste del pueblo, se levanta la iglesia parroquial de El Salvador, sin duda el elemento histórico-artístico más significativo de la localidad. Es un templo de cantería bien cuidado, con torre campanario a los pies y portada barroca, que se presenta protegida en el interior de un sencillo pórtico de arcos. Tanto este pórtico como parte de la fachada aparecen revocados y pintados de blanco, lo que hace destacar, en una esquina, la piedra delicadamente tallada de un viejo reloj de sol. El acceso a la iglesia se hace a través de un pequeño patio cubierto de césped, rodeado por un muro en el que se dice que están reutilizados los sillares del puente Tebro, el antiguo puente romano del valle de Pineda que fue volado en el transcurso de la Guerra Civil. En cuanto al interior, se distribuye en una sola nave con dos capillas laterales, destacando la bóveda de crucería estrellada que cubre el presbiterio y refleja la luz que penetra por los ventanales de la cabecera. Aparte de algunas tallas del siglo XVI, conserva una pila bautismal de la misma época, decorada con motivos vegetales y geométricos, que se puede ver adosada a uno de los laterales de la entrada.



Reloj de sol adosado a la fachada de la iglesia parroquial.



QUINTA ETAPA: EL ALTO CARRIÓN

De Triollo a Camporredondo de Alba

Triollo-Camporredondo de Alba (10,7 km/3h 30')

Después de la larga marcha que nos trajo hasta Triollo desde Cervera de Pisuerga, afrontamos ahora una etapa mucho más corta y relajada, la última del GR 1 íntegramente palentina. La ruta se inicia en el mismo lugar por el que llegamos de La Lastra, tomando el camino que arranca a las afueras del pueblo por delante de las naves ganaderas de la margen izquierda del Carrión. De este modo, disfrutando del gorjeo mañanero de los verdecillos, que no cesan de cantar desde la fronde ribereña de chopos y fresnos, comenzamos por desandar los últimos metros de la jornada anterior, esta vez dejando a la izquierda el ramal que se desvía hacia La Lastra para continuar de frente por el camino principal siguiendo el margen de la vega del Carrión. Ante nosotros se extiende una hermosa y llana pradería, limitada al fondo por una densa saucedada que oculta el curso fluvial y va a morir, no mucho más adelante, en la cola del embalse de Camporredondo.

Enseguida la pista comienza a subir, ganando altura sobre el entorno y ofreciendo cada vez mejores vistas: a nuestras espaldas, Triollo con su inseparable Curavacas, y frente a nosotros, las aguas libres del embalse, culebreando entre lomas cubiertas de escobas y piornos de flor amarilla. Así se alcanza el alto de una primera loma, de donde parten a la izquierda unas roderas bien definidas en dirección a La Lastra. Sin tomar este desvío, nuestro itinerario prosigue bajando al encuentro de un estrecho puente de piedra y espigados arcos que nos permite vadear el arroyo de Valderrianes, por una zona que se inunda en los momentos de máxima crecida del embalse. En toda esta zona, al borde del camino abundan los cardos que, en cuanto echan flor, no dejan de ser visitados por jilgueros y pardillos, así como por vistosos abejorros de diferentes especies. A su lado, las pendientes que se descuelgan hacia el pantano se ven cubiertas de rosas silvestres, espinos y piornos, arbustos en los que se esconden currucas zarceras y que utilizan como percha alcaudones reales de aspecto robusto, y alcaudones dorsirrojos, más gráciles y coloridos.

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre Triollo y Camporredondo de Alba:
 1-Triollo 42°55' 24,2" N/4°40' 47,85" O; 2-valle de Miranda 42°53' 10,75" N/4°41' 22,44" W; 3-cruce del Camino Real con el camino de Valcobero 42°52' 55,82" N/4°41' 47,78" O; 4-desvío del camino de Valsurvio 42°52' 45,17" N/4°33' 39" W; 5-Camporredondo de Alba (plaza) 42°53' 42,24" N/4°44' 44,36" O.



Panorámica del embalse de Camporredondo presidida por el Espigüete.

La siguiente vuelta del camino nos asoma a una vista aún mejor del embalse, en cuyas orillas se distingue ahora el núcleo de Alba de los Cardaños por delante de la espectacular figura del Espigüete, para muchos la montaña más hermosa y fotogénica de la cordillera Cantábrica. Este es también un buen sitio para repasar las aguas embalsadas con los prismáticos en busca de aves acuáticas, como somormujos lavancos y porrones moñudos, que resultan perfectamente identificables a pesar de la distancia.

A partir de aquí, la subida se acentúa hasta alcanzar, a base de curvas, una pequeña meseta caliza densamente tapizada de sabinas rastreras. Su travesía configura uno de los tramos más hermosos del camino, continuamente animado por el vuelo de zorzales charlos y mirlos, que se alimentan de las bayas de las sabinas... y de las gayubas que crecen discretamente entre ellas. Es una zona de gran interés para ver pájaros, donde abundan escribanos cerillos y montesinos, acentores comunes, tarabillas, bisbitas arbóreo y aviones comunes, entre especies más interesantes como el roquero rojo o el bisbita campestre.

Esta meseta se ve interrumpida poco más adelante por el valle de Miranda, que se hunde en el terreno como una breve vaguada limitada por resaltes y afloramientos calcáreos, que dan paso, en la vertiente opuesta, a una ladera más alta y empinada, coronada en su extremo superior por una repoblación de coníferas de linde rectilínea, perfectamente delimitada por un cortafuegos. El arroyo de Miranda surca este vallejo dibujando caprichosos meandros en las praderas y dando soporte a una hilera de vegetación más desarrollada a lo largo de su cauce, con endrinos, piornos, guillomos y sauces. Una corta bajada nos conduce a orillas del arroyo, en un punto

El despoblado de Miranda

En mitad del valle de Miranda, actualmente deshabitado, existió un pequeño pueblo entregado a las labores del campo. Estaba situado a media altura del valle, en un enclave en el que aún perduran restos de muros y piedras. Su memoria permanece viva en una antigua leyenda que narra un luctuoso acontecimiento sucedido con ocasión de una boda. Como no podía ser de otro modo tratándose de apenas una aldea, todos los vecinos estaban invitados a aquella celebración... Bueno, todos no; todos excepto una vieja que, a consecuencia del fatal olvido o del desprecio de sus convecinos, tramó una cruel venganza. El mismo día de la boda, mientras todo el pueblo festejaba el evento, la vieja visitó con sigilo la casa donde se guardaba la comida preparada para el banquete y la regó con veneno de un animal que llaman "vaca-viruela". El mortífero plan resultó fatalmente efectivo, de tal modo que todos los habitantes fallecieron el mismo día de la boda. Incluso corrieron la misma suerte algunos perros que acudieron a por los restos del festín.

Así fue como aquella vieja quedó en posesión de todos los bienes del valle de Miranda aunque, dada su avanzada edad, se vio obligada a pedir la ayuda de las gentes de La Lastra para salir adelante. A cambio, la anciana se comprometió a ceder a su muerte todo el término de Miranda a La Lastra, propiedad que esta localidad mantiene hoy en día.

Aunque las fechas de esta leyenda no se conocen, su veracidad histórica parece que no se sostiene, pues todos los indicios apuntan a la desaparición del pueblo en los momentos finales de la guerra de Independencia, cuando las tropas francesas asolaron el lugar en su retirada. Lo mismo le ocurrió a La Lastra, pero en este caso sus vecinos se salvaron al encontrar refugio en una cueva cercana.



El GR 1 y el Camino Real de Camporredondo a La Lastra salvan el arroyo de Miranda por un punto situado aguas abajo del enclave del antiguo poblado.



Antes de descender al valle de Miranda, el sendero GR 1 atraviesa un extenso manto de sabinas rastretras que crecen entre afloramientos de caliza.

del que se desvía a la derecha un camino de servicio a una manga ganadera. La ruta prosigue remontando el valle de Miranda por su margen derecha, dejando definitivamente atrás las vistas del embalse de Camporredondo, hasta entonces omnipresentes en el paisaje de este primer tramo de la etapa.

El trayecto por la vega del arroyo de Miranda termina en un badén con una pasarela peatonal de madera asociada, que permite vadear cómodamente el curso fluvial. En este enclave, la pista se bifurca para seguir adentrándose en el valle por la izquierda, después de atravesar una cancela, y para continuar en dirección a Camporredondo por la derecha. Esta última es nuestra opción, la cual da inicio a una rampa de casi un kilómetro de longitud que discurre por el borde de la repoblación de pinos que ya veíamos antes y que, a partir de ahora, irá ganando rápidamente protagonismo en el paisaje.

No sin esfuerzo, la cuesta termina en un nuevo entronque de caminos en la cabecera del valle de Santa Eufemia. Uno de los ramales, señalizado con las marcas de continuidad de la ruta de bicicleta de montaña que nos ha acompañado intermitentemente desde Cervera, sigue subiendo de frente, internándose en la extensa plantación de pino silvestre que tapiza la vertiente septentrional de la sierra del Brezo. Este itinerario lleva a coronar el alto de la sierra por un paso a casi 1700 m de altitud, situado a poniente de las cumbres de la Rinconada y del pico de Doña María, para descender a continuación al collado de la Cruz de Valsurbio y, de allí, al apartado núcleo de Valcobero. Sin embargo, el GR 1 se desvía a la derecha por el ramal alternativo existente en esta encrucijada, cuyo trazado coincide con el antiguo Camino Real por el que tradicionalmente se pasaba desde la cuenca del Carrión a la



Ganado pastando las praderías del cabecero de Santa Eufemia, en la parte alta del valle lateral que desemboca en Camporredondo de Alba.

del Pisuerga. Así comienza un largo tramo de bajada, por una pista de tierra que sigue las circunvoluciones del relieve encajada en la ladera de solana, siempre ligeramente elevada sobre el fondo del valle. El mayor desnivel de las primeras rectas y curvas del descenso, permite salvar con rapidez las pendientes de brezos y escobas de la parte alta del valle, que enseguida dan paso a los primeros pastizales surcados por la incipiente corriente del arroyo de Santa Eufemia. Estas praderas se irán enlazando con las siguientes, y así de forma sucesiva hasta tejer una alfombra continua hasta Camporredondo de Alba.

Superado el tramo de cabecera, la pendiente del camino se atenúa al paso frente a dos vallejas, que se encajan hacia el sur en la vasta plantación de pinos que cubre la umbría, en contraste con las landas de brezo blanco y piorno que predominan en la solana. El principal de estos valles, recorrido por el arroyo de la Cárcava, penetra en las entrañas de la sierra hasta el enclave de Valsurbio que, ubicado a 1460 m de altitud, fue el lugar habitado a más altura de Palencia y uno de los más elevados de toda la montaña cantábrica. Dicen que las duras condiciones de vida en esa zona y las difíciles comunicaciones, sobre todo en el invierno, llevaron progresivamente a su abandono en la segunda mitad del siglo XX, lo que explica que hoy en día sea un solitario conjunto de ruinas, con una sola casa reconstruida y habitable.

La confluencia del arroyo de la Cárcava da paso a los herbazales de Las Pradillas, donde suelen pastar rebaños de vacas con ritmo cansino y aburrido, que no prestan ni un segundo de atención a los alimoches y buitres leonados que pasan volando sobre sus cabezas, ni a los ratoneros que cazan en los campos contiguos. En esta parte del recorrido tampoco es extraño levantar grupos familiares de perdices rojas,

Vista hacia la presa del embalse de Camporredondo desde la localidad que le da nombre.



Los embalses del Alto Carrión

Tras fluir libre e impetuosa a través del valle de Pineda, la corriente del Carrión se ve remansada en las vegas de Triollo al alcanzar la cola del embalse de Camporredondo. Es este uno de los mayores embalses de la Montaña Palentina, con 388 ha de superficie y 70 hm³ de capacidad, y también uno de los más antiguos. Fue inaugurado personalmente por el rey Alfonso XIII en 1930 y, solo dos años más tarde, sus compuertas se cerraron anegando las tierras más fértiles de Triollo, La Lastra, Cardaño de Abajo y Alba de los Cardaños. Esta última localidad se vio además directamente afectada al perder bajo las aguas uno de sus tres barrios, el del Río, que se asentaba en el fondo de la vega a orillas del Carrión. Los otros dos, los barrios de Castro y Campo, se salvaron, pero quedaron separados por un brazo de agua, en el que se reflejan de forma casi idílica cuando el embalse alcanza su cota máxima, pero que se convierte en una vaguada de barro seco y cuarteado en cuanto los niveles descienden.

Al mismo tiempo quedaron sepultadas las antiguas vías de comunicación que enlazaban los pueblos del Alto Carrión por el fondo del valle, incluido el viejo Camino Real, que ya existía en época romana y era utilizado por arrieros, pastores y comerciantes para pasar hacia Liébana por Pineda y Arauz. Estos caminos tradicionales facilitaban las idas y venidas de los lugareños, que podían acceder fácilmente y en poco tiempo a las localidades vecinas, más próximas entre sí de lo que hoy parecen a tenor de las vueltas y rodeos que la Ruta de los Pantanos se ve obligada a realizar para salvar los entrantes de agua que penetran por cada una de las vallejas laterales.

La presa del pantano de Camporredondo, de 67 m de altura por 160 m de longitud, fue levantada en un estrecho conocido como la Hoz, justo en la mojonera que señala los límites de las tierras de Camporredondo de Alba, a una corta distancia por encima del pueblo. Aunque la localidad no se vio entonces afectada, sí sufrió, 30 años más tarde, las consecuencias de la construcción de una nueva presa, esta vez aguas abajo del Carrión. Este embalse, al que se dio el nombre de Compuerto en referencia a un puente, de probable origen romano, que existía justo en el punto donde se levantó la presa, alcanza su cota más alta a las afueras de Camporredondo, incluyendo en su vaso buena parte de los prados de valle y las mejores tierras de cultivo de esta población. Anegó también la vega de Otero de Guardo, donde existía un balneario de aguas termales, y dejó prácticamente incomunicado el núcleo de Valcobero, que se vio abocado al abandono en la década de 1970, aunque ahora ha recuperado parte de su vitalidad gracias a la fidelidad y empeño de sus antiguos vecinos.

El muro de Compuerto se levantó en una angostura inmediata a las vegas de Velilla del Río Carrión, alzándose a unos 75 m de altura sobre el cauce, lo que da lugar a una superficie embalsada similar a la de Camporredondo (376 ha), aunque su ubicación en un tramo de valle notoriamente estrecho y profundo implica una mayor capacidad, pudiendo llegar a almacenar hasta 95 hm³ de agua. Ambos embalses cumplen un importante papel en la regulación de caudales del río Carrión. Además, sus saltos son aprovechados para la producción de energía en sendas centrales hidroeléctricas, y sus aguas embalsadas permiten el regadío de unas 50.000 ha de terreno en amplias comarcas de Palencia y Valladolid, donde ha permitido la introducción de cultivos de remolacha, alfalfa o maíz en sustitución de la tradicional agricultura de secano.



El embalse de Compuerto cubre un valle estrecho y retorcido entre laderas de fuerte inclinación.



Tras recibir por la derecha las aguas del valle de Santa Eufemia, el arroyo de la Cárcava fluye por el interior de una densa saucedada camino de Camporredondo, dejando atrás los relieves de la sierra del Brezo.

que muestran querencia por la pista para sus desplazamientos, aunque siempre la utilizan en actitud nerviosa por miedo a los depredadores.

No mucho más adelante, comienzan a aparecer, por encima del camino y en medio de los brezales, pequeños cobertizos con colmenares, que constituyen una de las señas de identidad de Camporredondo y un indicio seguro de que nos vamos aproximando al pueblo. De hecho, nada más dejar atrás el desvío de Valsurbio, que se aparta a la izquierda cruzando el curso del arroyo de la Cárcava, la ruta desemboca en un recodo que da finalmente vista al núcleo de Camporredondo de Alba. En este sitio existe una pequeña zona de recreo ligeramente elevada sobre el camino, desde la que se disfruta de una estupenda panorámica de la localidad. Desde aquí se aprecia perfectamente su disposición sobre una amplia terraza fluvial a los pies de los montes boscosos de Valdegullas y Coriscao, cuya entidad no alcanza a ocultar por completo el crestón calizo del Espigüete, que emerge por detrás. Este escenario se presenta delimitado en primer término por el curso del Carrión, que dibuja un profundo meandro al sur de la villa en torno a una meseta semicircular ahora despoblada pero que antaño sirvió de asiento al núcleo original de Camporredondo (no en vano los vecinos la conocen como la zona del Barrio). La forma redondeada de esta meseta explica para algunos a la perfección el topónimo del pueblo, aunque otros lo interpretan como una derivación de la expresión *campo rotundo* (terreno roturado), que haría alusión al momento de la repoblación y la roturación de su cubierta forestal primigenia. Desde este oteadero también se llega a ver, hacia el oeste, la cola del embalse de Compuerto, mientras que hacia el este, se aprecian los riscos de La Hoz, donde se emplaza la presa de Camporredondo, lo que aprisiona el pueblo entre los dos grandes pantanos del alto Carrión, casi con la única escapatoria del valle lateral por el que nuestra ruta accede a la localidad.

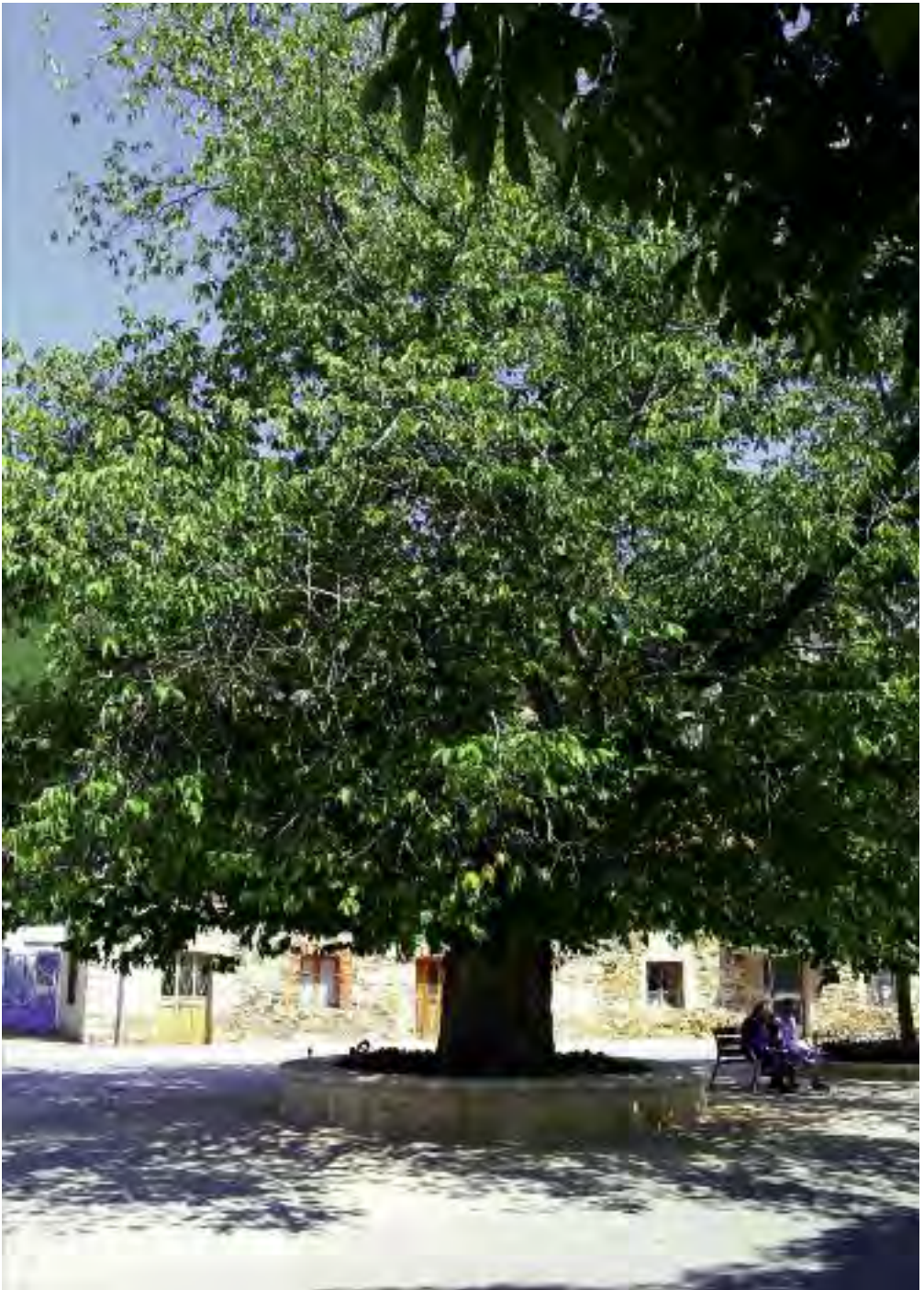
Camporredondo de Alba

Tras salvar el curso del Carrión por un puente de moderna factura, el GR 1 accede al núcleo de Camporredondo por la plaza de la Olma, en realidad, una confluencia de calles y caminos, algo espaciosa y de contorno irregular, que se sitúa hacia un costado del pueblo pero que constituye su centro vital. Esta plaza se organiza alrededor de un olmo o negrillo monumental, de tronco grueso y copa ancha. Recogido en el catálogo de especímenes vegetales de singular relevancia de Castilla y León, lo que no impide que se esté viendo debilitado por la grafiosis, es un magnífico ejemplar de *Ulmus minor* de unos 15 m de altura y 1,20 m de diámetro cerca de la base, que aseguran podría tener más de 500 años de vida. De hecho, hasta los más ancianos del lugar lo recuerdan con la misma envergadura cuando eran jóvenes y se reunían para sus tertulias a la sombra de "la olma".

A partir de la plaza, el pueblo se extiende aguas arriba y abajo del río, entre el talud de la terraza fluvial que le sirve de asiento y la carretera de los Pantanos, que rodea la localidad por el norte y el oeste, dando lugar a un conjunto compacto pero desordenado de casas independientes y calles irregulares. Si se tiene en cuenta además que prácticamente cada propiedad cuenta con un corral o patio interior, resulta fácil de entender que la sensación dentro del pueblo sea de relativa amplitud, con los edificios bien espaciados entre sí. Aunque incluye numerosas viviendas restauradas o remodeladas, aún se conservan algunas fachadas de factura tradicional y cierto estilo montañés. La más antigua se dice que es la casa del tío Perico, que se levanta al norte de la plaza de la Olma y aparece recogida tras un portalón con tejadillo a dos aguas y forma de arco, que exhibe una cruz grabada en el sillar de la clave.



Camporredondo de Alba se extiende por una terraza fluvial a orillas del Carrión.



La plaza de la Olma es el tradicional punto de encuentro y reunión de los vecinos de Camporredondo.

Entre sus piedras contiene una inscripción que parece fechar su construcción en 1690, aunque bien podría tratarse de una pieza reutilizada de un edificio anterior. En cualquier caso, la vivienda del tío Perico es una de las que conserva su aspecto original, con paredes de mampostería revocadas con barro y grandes sillares de caliza enmarcando puertas y ventanas, con largas vigas de madera muy envejecida que asoman al exterior de la fachada y revelan el uso de enormes fustes de roble en su estructura.

De todos modos, parece aceptado que el núcleo actual de Camporredondo es relativamente moderno, pues habría sido trasladado en época "reciente" desde su emplazamiento inicial en la que se conoce como la zona del Barrio. Este lugar se identifica hoy en día con un conjunto de eras situadas al sur de la localidad, en una explanada elevada sobre el curso del Carrión que se presenta rodeada por un meandro del río por todos sus costados, excepto por la especie de istmo que la conecta con el asentamiento actual del pueblo. La tradición oral asegura que, al menos, en la segunda mitad del siglo XIX todavía quedaba allí alguna casa, pero lo cierto es que ahora lo único que se ve es un conjunto anárquico de prados salpicado de *murias* de piedra, muchas de ellas semidecayentes, que no siempre coinciden con la división entre fincas. Quizás por ello sorprende que los más viejos del lugar aún sean capaces de reconocer en este caos algunos puntos de singular interés, como ocurre con los restos que llaman del Castillo, los cuales se corresponden con una porción de muro que sigue milagrosamente en pie al borde del talud que cuelga sobre el río en el lado norte del meandro. El boca a boca transmitido a lo largo de generaciones asevera que este castillo perteneció al conde de Frías, que fue un señor despiadado y severo con el pueblo. Sin embargo, esta afirmación no se ve refutada por los datos



Arriba y centro: portalón en forma de arco y fachada principal de la casa del tío Perico. *Abajo:* sillar de la clave del portalón de este mismo edificio en el que se puede ver una antigua inscripción alrededor del bajorrelieve de una cruz.



históricos, que más bien apuntan a que en este lugar hubo una casa-fuerte propiedad de los Enríquez de Cisneros, quienes ejercieron el señorío de Camporredondo.

Otro punto que merece especial atención se localiza un poco más cerca del casco urbano, en el lado interior del camino. Lo que allí queda es un montón de cantos apilados en el límite de una parcela, restos irreconocibles de una primitiva ermita dedicada a San Justo que, por algún motivo desconocido, cuentan que era propiedad de Alba de los Cardaños. Las piedras mejor labradas y las que tenían dibujos o inscripciones de esta capilla fueron reutilizadas en varias viviendas del pueblo. Así ocurre en la casa de Eufrasio, donde la fachada exterior incluye piedras grabadas, los sillares que dan forma a los vanos son reutilizados de la ermita y los peldaños que sirven de acceso al corral están hechos con las piezas laterales de antiguos sepulcros. Otras piedras de aquella capilla componen el alero de otra casa cercana, relativamente moderna, que puede ser identificada por un pequeño escudo que luce en lo alto de su fachada.

Pero al lado de estos restos antiguos, la localidad aparece también muy marcada por los cambios que trajo consigo la construcción de la presa y la central hidroeléctrica del embalse de Camporredondo. En efecto, con motivo de las obras y las posteriores labores de mantenimiento, la población recibió una oleada de inmigrantes, lo que explica la apertura de varios hostales, que aún siguen activos, y la edificación del cuartel de la Guardia Civil, que fue una petición de los vecinos para evitar problemas y por miedo a los foráneos. Igualmente, a la vista del pueblo, se abrió una cantera para extraer la arena y los materiales que se emplearon en la construcción del muro del pantano.

Arriba: muros del Castillo en las eras del Barrio. *Centro:* piedras con inscripciones en la fachada de la casa de Eufrasio, reutilizadas de la antigua ermita de San Justo. *Abajo:* torre-campanario de la iglesia de la Asunción.



La calle de las Eras ejemplifica a la perfección el estilo arquitectónico que predomina en el pueblo.

De este modo, durante algunas décadas, en Camporredondo convivieron las nuevas actividades en torno al embalse con las viejas ocupaciones agrarias y pastoriles. Las tierras de cultivo se extendían al oeste de la localidad, por terrenos que más tarde fueron parcialmente engullidos por el embalse de Compuerto. En aquella vega se cultivaban de forma alterna patatas y cereal (sobre todo centeno, "que llamaban paja", y trigo). Además, había parcelas para legumbres, guisantes, garbanzos, lentejas,... No obstante, era más importante la dedicación ganadera, que implicaba un aprovechamiento regulado de los pastos para asegurar la alimentación de los animales en todas las épocas del año. En base a este ordenamiento, por lo demás común a toda la montaña, "las novillas" se subían al monte en el verano, donde el pueblo tenía tenadas, cada una con su corral y una choza para el pastor, "al que siempre acompañaba un ayudante". En ocasiones, este ayudante era solo un niño de 10 u 11 años, a quien la experiencia de pasar varias noches durmiendo "solo" en el monte, en el camastro de un chozo, le quedaba marcada de por vida.

SEXTA ETAPA: LOS COLLADOS DEL ESPIGÜETE

Subida al paso de la Cruz Armada

Camporredondo-collado de la Cruz Armada (8,6 km/2h 50´)

No sin cierta nostalgia, nos disponemos a recorrer el último trayecto del GR 1 palentino, una ascensión larga pero progresiva, con abundantes descansos y llaneos, que nos llevará a alcanzar el límite provincial en el collado de la Cruz Armada, situado al sur del Espigüete. Allí nos espera la prolongación de esta etapa por suelo leonés, con Prioro como objetivo, lo que implica un recorrido total de 27 km, que se traduce, aproximadamente, en 8 h de marcha. Esto obliga a valorar con cuidado nuestras fuerzas y a planificar bien el itinerario, teniendo en cuenta especialmente las horas de luz disponibles y las previsiones meteorológicas.

Tras revisar meticulosamente el contenido de nuestras mochilas, asegurándonos de que no nos falte ropa de abrigo, ni alimentos energéticos, ni agua, nos reunimos en el extremo norte de Camporredondo ante la iglesia de la Asunción, un templo de modestas proporciones que recuerda en su estructura exterior, con torre campanario de piedra y pórtico de arcos, a la parroquial de Triollo. Para dar inicio al recorrido debemos ir al encuentro del camino de Valdegullas, que sale de la carretera de los Pantanos justo por encima del cementerio local, al que se accede por una pista hormigonada desde la iglesia. Una estrecha senda, que se encuentra en las inmediaciones del camposanto y va a dar a la carretera por un paso entre pretilos, nos guiará hasta este punto de partida, donde afrontaremos de inmediato una fuerte subida que, enseguida, nos proporcionará grandes vistas del pueblo y su entorno.

En el mapa se señalan los principales hitos del recorrido entre Camporredondo de Alba y el collado de la Cruz Armada: 1-Camporredondo de Alba (salida desde la iglesia) 42°53´49,80" N/4°44´44,22" O; 2-cruce del monte Coriscao 42°54´4,33" N/4°44´58,83" W; 3-Valdegullas 42°54´30" N/4°45´43,3" O; 4-cruce camino de Cardaño 42°55´25,75" N/4°48´13,5" O; 5-collado de la Cruz Armada 42°55´45" N/ 4°48´37" W.



En el primer tramo del camino de Valdegullas se disfruta de una bonita vista de Camporredondo.

En todo caso, el camino no tarda en sumergirse en una mancha de robles, con árboles jóvenes y abundante sotobosque, que nos sirve de compañía hasta una primera encrucijada. En ese punto, un ramal sale a la derecha describiendo una curva muy cerrada para dirigirse a lo alto del monte Coriscao (1569 m), donde existe un repetidor de televisión... y una espectacular panorámica del valle de los Cardaños y del Espigüete. Sin embargo, el GR 1 no toma este desvío para seguir avanzando por la vertiente de solana del cordal que enlaza el cerro Coriscao con el alto de la Cruz Armada y las faldas del Espigüete. Esta sierra, que en su tramo central supera los 1700 m de altitud, establece la divisoria entre los montes de Cardaño de Abajo, que se extienden por el lado norte, y las tierras de Camporredondo de Alba y Otero de Guardo, que se reparten la cara sur.

De este modo, la ruta prosigue con una agradable travesía de pendiente mucho más moderada, a lo largo de la cual se cruza un sector de robles más viejos, animado por el reclamo incesante del trepador azul y el canto de pinzones y petirrojos. Así vamos a dar a la cabecera de Valdegullas, donde se sale a la parte alta de una empinada pradera rodeada de bosques. En las primeras horas del día, no es difícil sorprender en este lugar a algún corzo o ciervo ramoneando al borde del pastizal, por lo que conviene acceder en silencio y con los sentidos alerta si queremos tener una oportunidad de verlos antes de que su agudo olfato y oído los avise de nuestra presencia. La existencia, aquí y allá, de parches levantados de pastizal es igualmente un indicio inequívoco de la actividad nocturna del jabalí, que abunda en este entorno aunque resulta mucho más difícil de observar.



A punto de alcanzar la cabecera de Valdegullas, surge ante nosotros la cumbre del Espigüete.

En mitad de la pradera de Valdegullas, la pista que vamos siguiendo se bifurca, apartándose el ramal inferior de nuestro trazado para volver hacia el pueblo por un itinerario alternativo. Por eso debemos optar por el camino superior, que da inicio a un nuevo tramo de subida entre robles y escobas. Superado el primer repecho, la vista se abre a la valleja de Cueva Rodrigo, coronada por una crestería negruzca de cuarcitas que afloran por encima de un resalte calcáreo de formas más erosionadas. La pista sigue ganando altura para ir a pasar precisamente por esa *calar*, donde se evidencia un repentino cambio de la vegetación asociado a la naturaleza del sustrato, sustituyendo las sabinas rastreras en la caliza a los brezos y escobas que tapizan la ladera silíceo.

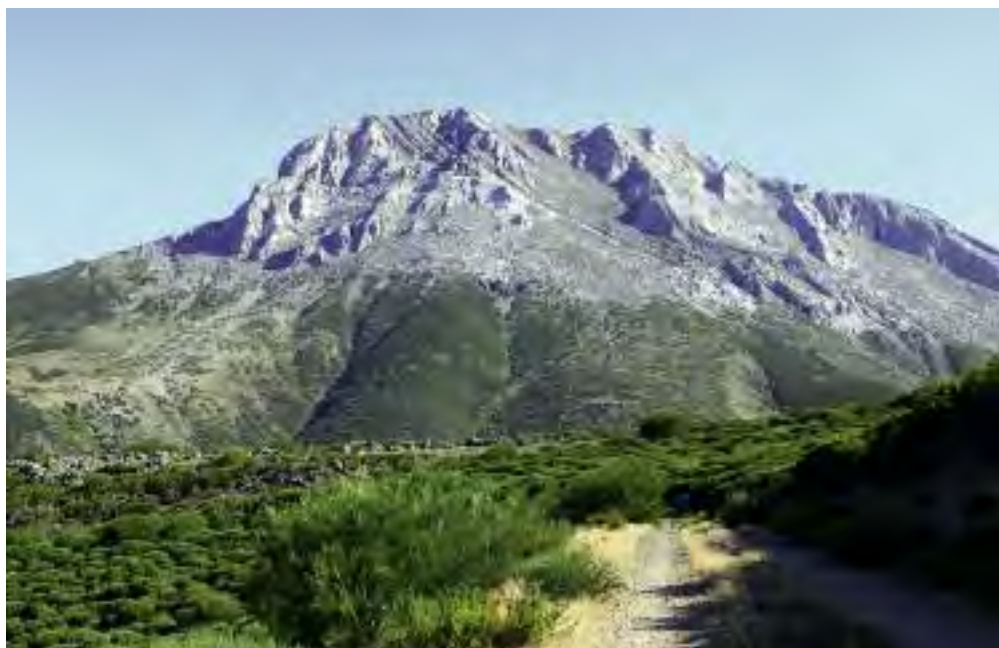
Tras cruzar la calar de Cueva Rodrigo, el camino continúa rodeando toda la cabecera, descubriendo, por encima de los robles, algún rodal aislado de abedules, y ofreciendo, de cuando en cuando, vistas hacia el fondo del valle, donde se extienden verdes praderías por las que tiene querencia el ganado, a juzgar por el sonido relajante de los cencerros que nos llega desde esas profundidades. A punto de volver la siguiente loma entre un revuelo de passeriformes en persecución de un gavián, se alcanza a ver, brevemente y a lo lejos, las casas de Velilla del Río Carrión, escoltadas por la humeante chimenea de su central térmica. También a nuestras espaldas, cuando la vegetación lo permite, se avista el valle de Camporredondo a Santa Eufemia, con las pendientes repobladas de la sierra del Brezo y, en último lugar, una cumbre destacada de silueta piramidal, que no puede ser otra que la Peña Redonda, a pesar de lo inusual de su figura vista desde aquí.



Acercándose a la parte final del trayecto palentino, el GR 1 ofrece grandes panorámicas, como esta en la que se distingue el caserío de Velilla del Río Carrión a los pies de Peña Mayor, marcando la transición de la montaña a los planos horizontes de la meseta.

Doblando la loma, el GR 1 comienza a sobrevolar el valle del Buitre, en el que quedan algunas manchas de arbolado pero donde el matorral adquiere un predominio absoluto, sobre todo por medio de vastos brezales. Desde nuestra posición se distinguen igualmente varios apriscos para el ganado, cada uno de ellos con su tenada y su corral. Así se entiende que no cese el tintineo del ganado procedente de las tenadas de la Gallina y de la Chozá, situadas respectivamente por debajo y por encima de la confluencia del arroyo del Buitre con el de Ceresuela, que da origen al río de Aviaos. Más cerca, en las faldas de la ladera por la que avanza nuestra ruta, se localiza también la majada de Valdepino, entre landas uniformes de matorral en las que comienza a despuntar un pujante regenerado de roble albar.

La ruta avanza ahora a buen ritmo, en continua aunque templada subida, encontrando cada poco cortos repechos más empinados pero que se superan cómodamente. Poco a poco, vamos girando hacia el noroeste, con la mirada puesta en la mole redondeada del pico Orvillo y su cumbre hermana del Peñón de Arbillos, cuyas vertientes nororientales exhiben pequeños circos glaciares de cabecera que, vistos desde la distancia, semejan enormes huellas o pisadas impresas en la ladera. Los siguientes pasos van descubriendo lentamente la cuerda que sirve de muga entre las provincias de Palencia y León, hasta que una simple curva, no especialmente marcada, nos sitúa cara a cara frente al sobrecogedor murallón calizo del Espigüete, que reposa majestuoso sobre pindias faldas de monte bajo.



Un simple recodo del camino descubre, de forma casi repentina, una grandiosa vista del Espigüete, que emerge poderoso ante los ojos del senderista, invitándole a disfrutar de la belleza inigualable de la que es, para muchos, la montaña más fotogénica de la cordillera.

Este tramo, de vistas espectaculares, da paso a un rápido descenso, que termina bruscamente en un cruce de caminos, donde se recibe por la derecha un ramal procedente de Cardaño de Abajo que llega hasta aquí tras recorrer la boscosa umbría del valle del río Chico. Ante nosotros se presenta ya el trayecto final del recorrido palentino del GR 1, una dura rampa rectilínea que trepa por las pendientes de la Cruz Armada (1632 m) hasta ganar el collado que se abre a su izquierda. En el manto de brezos, a un lado y otro del camino, no dejan de oírse los delicados y vibrantes reclamos de las currucas rabilargas que, ocasionalmente, revolotean sobre el matorral sirviéndose de su larga cola para dibujar cabriolas en el aire antes de zambullirse de nuevo entre el ramaje. Tan solo en la época de celo, cuando los machos salen repentinamente a cantar desde un posadero descubierto, es posible disfrutar de unos segundos de observación, con el ave exhibiendo sus hermosos colores pizarra y vino.

Las currucas nos sirven de distracción para doblegar la cuesta final que conduce al collado de la Cruz Armada, situado a 1596 m de altitud, en una ventosa divisoria que pierde progresivamente altitud desde las faldas del Espigüete hasta las del Orvillo. En este punto, la pista gira hacia la base del Espigüete y el collado de Armada, que se abre algo más al norte en un



Macho de curruca rabilarga.

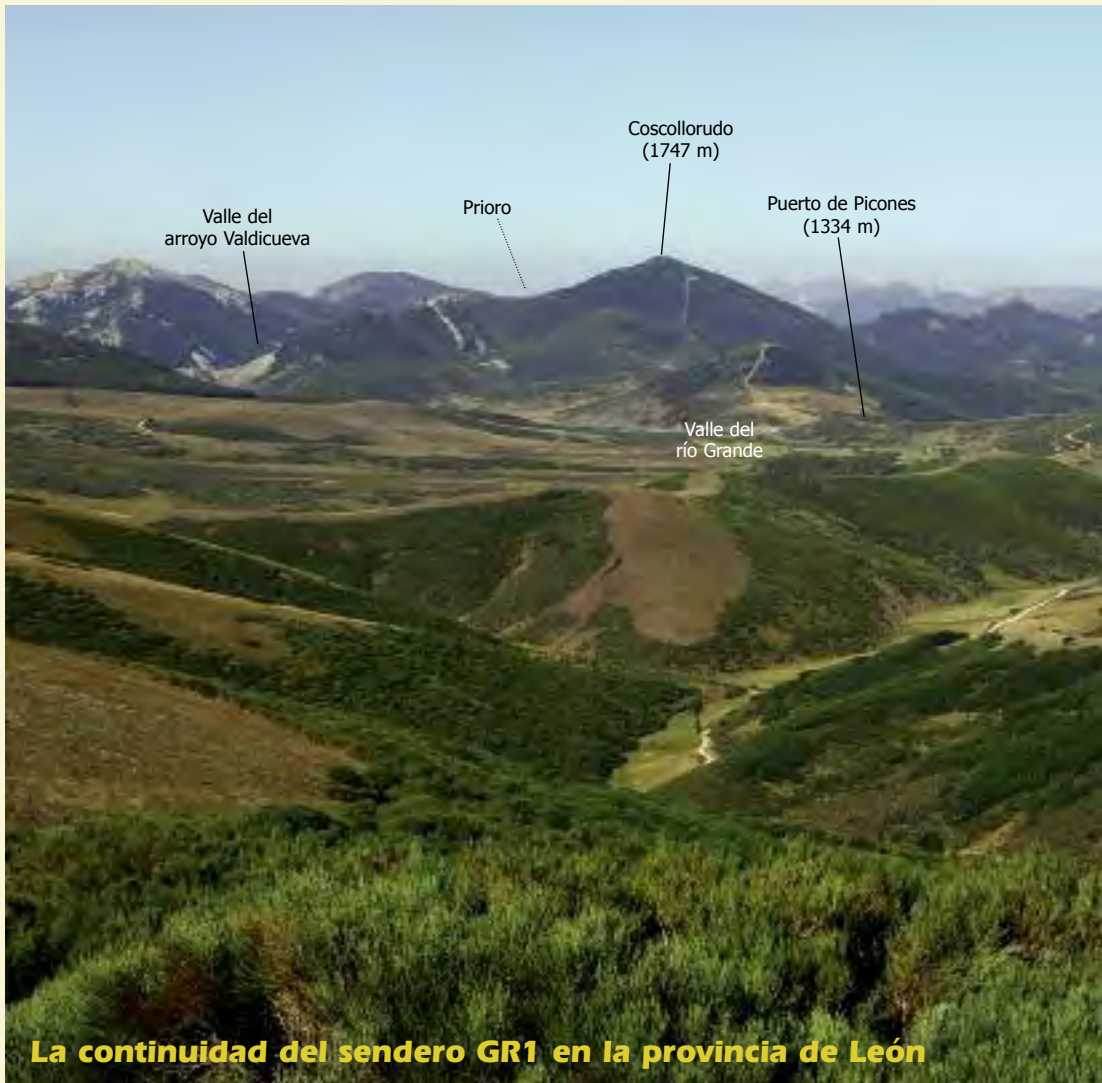


Cara sur del Espigüete.

paso cercano, pero otro camino sale en sentido contrario, siguiendo la cresta de la loma hacia el sur por el límite de un vallado. Este será el que nos guíe hasta el sendero que baja por la derecha en dirección a Valverde de la Sierra, el primer núcleo leonés del GR 1, que se avista no muy lejos, al final de caminos de concentración parcelaria, entre montes de brezo y escoba.

No obstante, antes de seguir, merece la pena hacer un alto y sentarse a disfrutar de la inmensa panorámica que se presenta ante nosotros, un auténtico rosario de cumbres y cordilleras entrelazadas. Entre ellas es posible distinguir algunos de los relieves más significativos de la Montaña Oriental Leonesa, como las Peñas Pintas y la sierra de Riaño, que ocupan el primer término entre las cimas más destacadas, o los macizos de Mampodre y Peña Ten, que emergen por detrás en una perspectiva inusual. Todavía más lejos, cabe reseñar el paso del puerto de Tarna, que se abre entre los montes del Remelende y el Abedular, y que será el hito por donde el GR 1 abandonará, varias jornadas más adelante, la provincia de León y la comunidad castellana y leonesa para continuar su periplo por tierras asturianas.

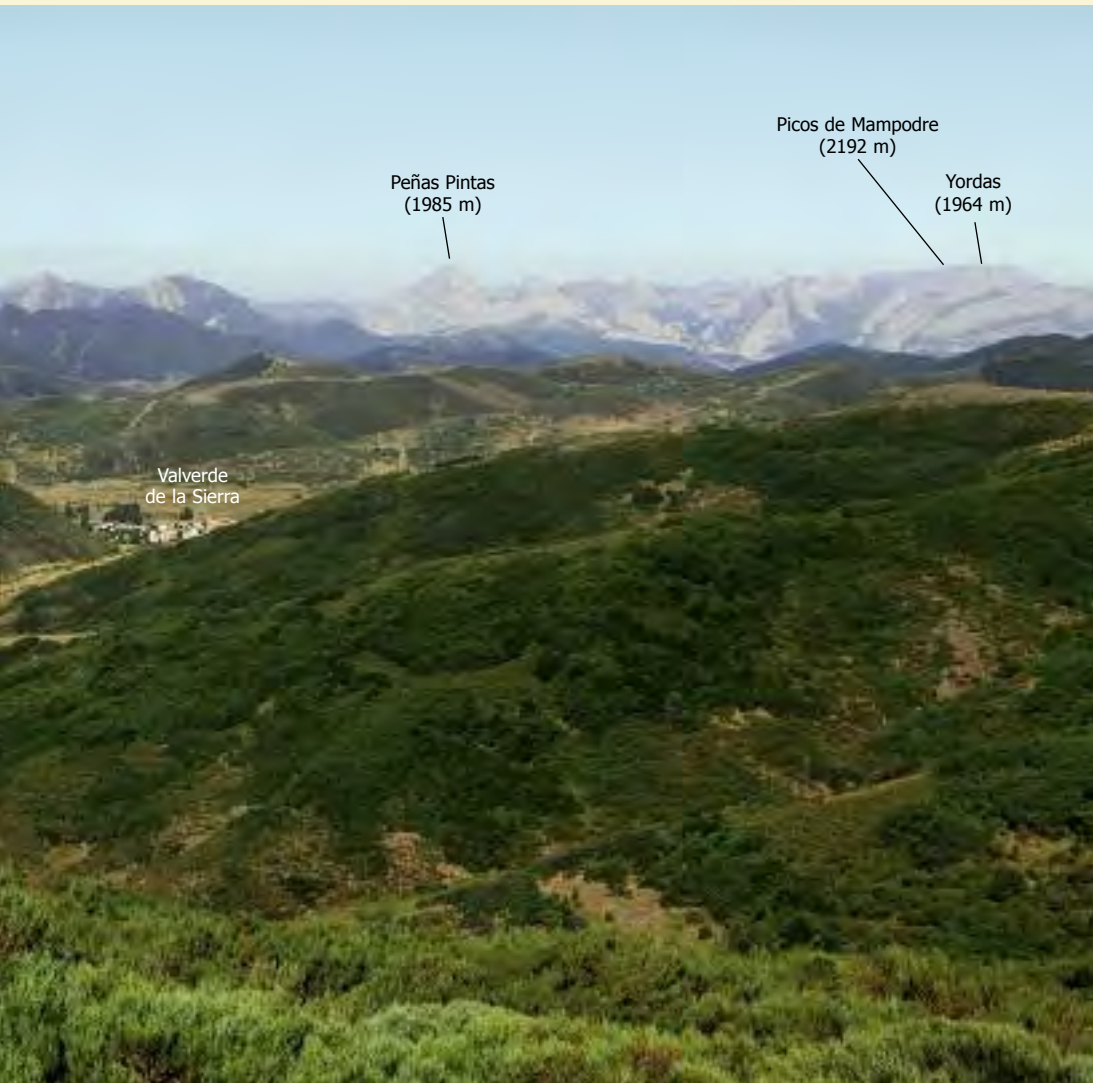
En cualquier caso, a partir de este collado de la Cruz Armada el Sendero Histórico y la etapa continúan por tierras de León y del Parque Regional de Picos de Europa en Castilla y León, de modo que a nosotros nos llega la hora de ceder el testigo para que otro libro y nuevas experiencias sirvan de guía al senderista en esta larga aventura que es el GR 1.



La continuidad del sendero GR1 en la provincia de León

Aunque desborda los propósitos de este libro, un breve apunte sobre la continuidad del sendero GR 1 en la provincia de León puede ser de gran utilidad para completar el recorrido de esta sexta etapa, que tiene por objetivo la localidad de Prioro, en el valle alto del Cea. Así pues, partiendo del collado de la Cruz Armada, conviene saber que el itinerario leonés de esta etapa comienza con un breve descenso hasta Valverde de la Sierra, población que disfruta de una de las mejores perspectivas del Espigüete. Desde allí, prosigue en un tramo llano por la vega del río Grande, atravesando amplios pastizales y rodeando las faldas del pico Orvillo hasta Besande, localidad que conserva entre su caserío varios hórreos de estilo leonés, una auténtica reliquia del pasado que nos habla de la vida rural y campesina de antaño.

A continuación, el trazado se desvía al oeste por el estrecho valle de Valdicueva para subir a coronar el puerto de Monteveijo, en una sencilla ascensión que da paso a un largo y fuer-



te descenso. La bajada ofrece impresionantes vistas del alto Cea, con grandes extensiones de bosque que envuelven el núcleo de Prioro. Este será el punto final de la etapa, un pueblo ganadero inesperadamente grande, cuyo pasado está indisolublemente ligado al de las antiguas tradiciones pastoriles y trashumantes, lo que puede ser comprobado con una visita a su interesante museo etnográfico o, simplemente, al pasear por sus calles contemplando viejos hórreos y recreaciones de chozos y chozuelos.

Aunque el recorrido que queda por delante no es complicado, toda vez que la mayor parte del desnivel ha sido superado en este primer tramo palentino, la prudencia, obligada en cualquier ruta de montaña, nos aconseja tener en cuenta que aún nos restan más de 18 km y unas 5 h de marcha. En este trayecto, solo se encuentra un establecimiento hostelero donde reponer energías en Besande, mientras que las únicas opciones de alojamiento se hallan al final de la etapa, ya en Prioro.



ANEXOS

PERFILES Y CARACTERÍSTICAS DE LAS ETAPAS

Las características intrínsecas del territorio y la distribución de los pueblos por los que discurre el sendero GR 1 a través de la Montaña Palentina, condicionan la división de su trazado en etapas, dando lugar a notables diferencias en cuanto a longitud y grado de dificultad entre unas y otras. Por este motivo, con el fin de facilitar la información práctica que el usuario necesita para valorar y planificar el recorrido de cada etapa, en este apartado se resumen las principales variables a tener en cuenta.

1.1.-Cuadro-resumen del sendero GR 1 en la Montaña Palentina

ETAPA	Km	Desnivel ascendente acumulado (m)	Dificultad
1-Mata de Hoz-Brañosa	10,4	430	media
2-Brañosa-Estalaya	23,5	660	alta
3-Estalaya-Cervera de Pisuerga	11,5	170	media
4-Cervera de Pisuerga-Triollo	23	540	media-alta
5-Triollo-Camporredondo de Alba	10,7	140	baja
6-Camporredondo-Cº Cruz Armada	8,6	430	media
TOTALES	87,7	2370	media

1.2.-Etapa 1 (Mata de Hoz-Brañosa)

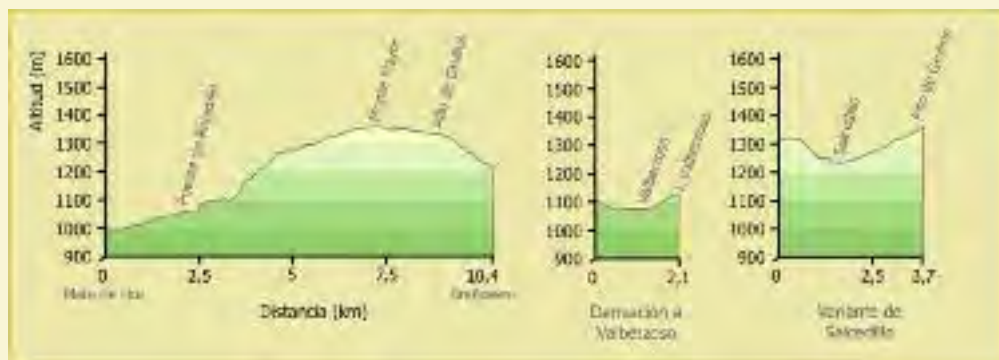
Longitud: 10,4 Km (10,5 km por la variante de Salcedillo); existe la posibilidad de visitar la iglesia románica de Valberzoso en un desvío que incrementa estas distancias en 4,2 km.

Duración aproximada: 3 horas y 30 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie)

Desnivel acumulado: 430 m en ascenso/220 m en descenso.

Elevación máxima: 1232 m.

Dificultad: media.



1.3.-Etapa 2 (Brañosera-Estalaya)

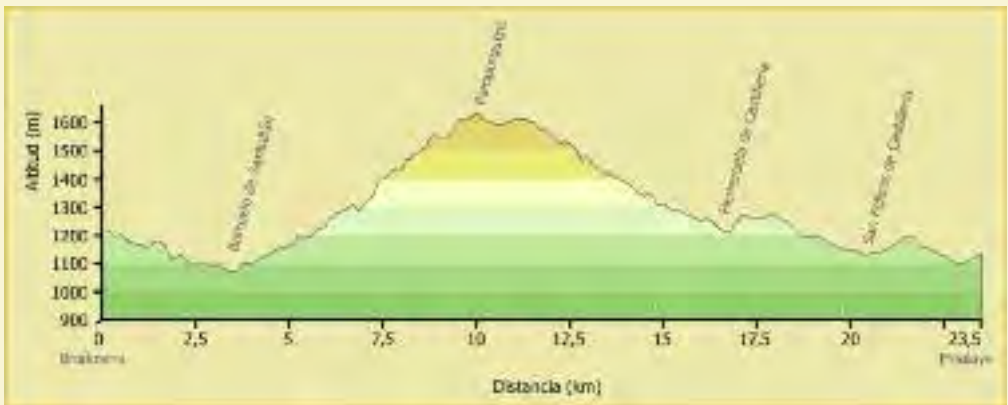
Longitud: 23,5 Km.

Duración aproximada: 7 horas y 45 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie).

Desnivel acumulado: 660 m de ascenso/780 m en descenso.

Elevación máxima: 1610 m.

Dificultad: alta (condicionada por la longitud del itinerario, la altitud por la que discurre la parte central del trazado, que puede dar lugar a la aparición de nieve entre los meses de noviembre y marzo-abril, y el fuerte desnivel que se salva en la subida a Pamporquero, aunque se debe puntualizar que toda la ascensión transcurre por caminos de buen firme y con pendientes por lo general moderadas).



1.4.-Etapa 3 (Estalaya-Cervera de Pisuerga)

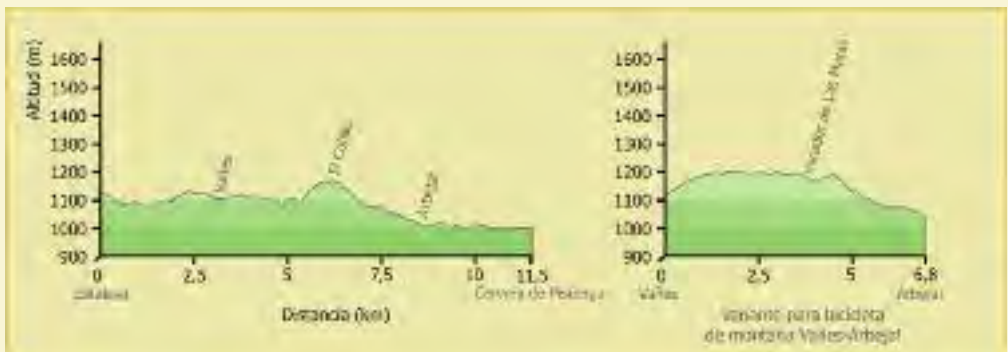
Longitud: 11,5 Km (existe una variante para bicicleta de montaña entre Vañes y Arbejal que incrementa la longitud de la etapa en 1,2 km, dejando el total en 12,7 km).

Duración aproximada: 3 horas y 45 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie).

Desnivel acumulado: 170 m en ascenso/280 m en descenso.

Elevación máxima: 1150 m.

Dificultad: media (derivada del tipo de camino que utiliza la ruta en su trazado senderista entre Vañes y Arbejal, discurriendo en muchos tramos por veredas y trochas abiertas por el ganado).



1.5.-Etapa 4 (Cervera de Pisuerga-Triollo)

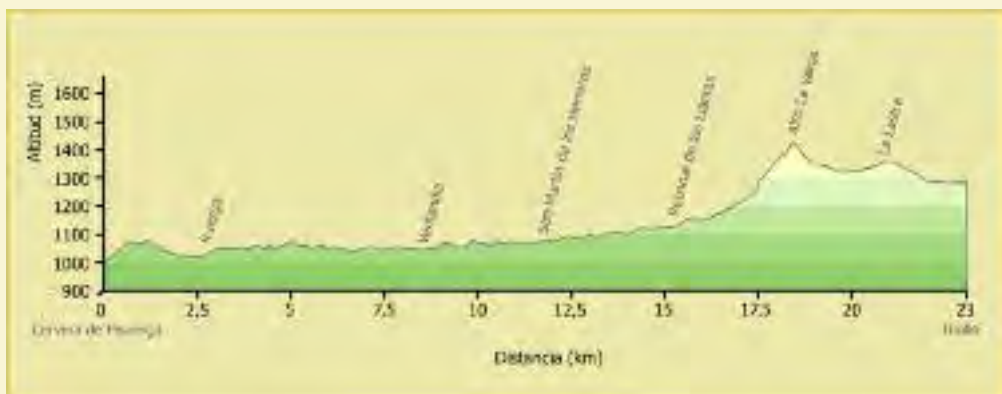
Longitud: 23 Km.

Duración aproximada: 7 horas y 30 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie).

Desnivel acumulado: 540 m de ascenso/250 m en descenso.

Elevación máxima: 1430 m.

Dificultad: media-alta (por la longitud del recorrido y el fuerte desnivel que se salva entre Rebanal de las Llantas y el alto La Varga, cuya altitud, unida a la orientación de umbría de las laderas por las que se hace la ascensión, puede dar lugar a la presencia de nieve durante la mitad invernal del año, con posibilidad de encontrar neveros y "trabes" en medio del camino hasta bien avanzada la primavera).



1.6.-Etapa 5 (Triollo-Camporredondo de Alba)

Longitud: 10,7 Km.

Duración aproximada: 3 horas y 30 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie).

Desnivel acumulado: 140 m de ascenso/200 m en descenso.

Elevación máxima: 1400 m.

Dificultad: baja (es un recorrido relativamente corto, por pistas forestales y con escasos desniveles; sin embargo, la elevada altitud a la que discurre toda la etapa obliga a prestar atención a las condiciones meteorológicas y a la presencia de nieve en momentos puntuales del invierno).



1.7.-Etapa 6 (Camporredondo de Alba-collado de la Cruz Armada)

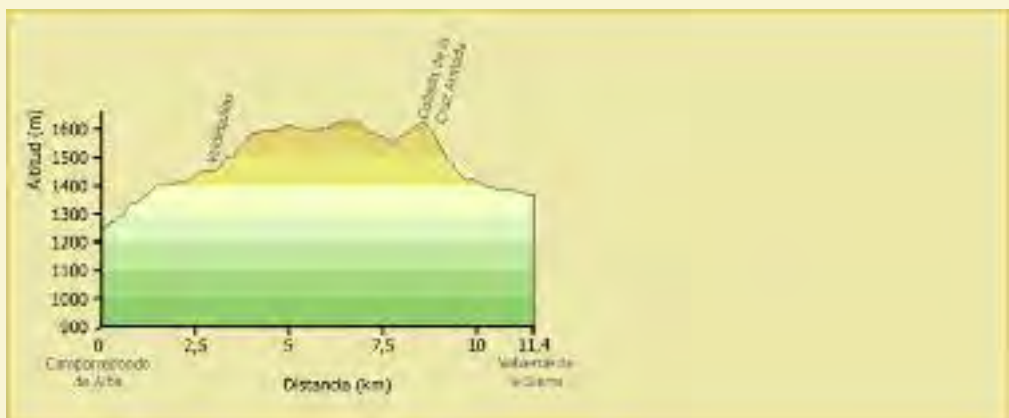
Longitud: 8,6 Km (11,4 km hasta el primer pueblo del GR 1 en la provincia de León).

Duración aproximada: 2 horas y 50 minutos (tiempo estimado para el recorrido a pie hasta coronar el collado).

Desnivel acumulado: 430 m de ascenso.

Elevación máxima: 1596 m.

Dificultad: media (el recorrido considerado, hasta el collado de la Cruz Armada, es un continuo ascenso pero con abundantes rellanos y escasas rampas de desnivel acentuado, lo que facilita mucho la subida; la elevada altitud del collado obliga a tener en cuenta la presencia de nieve en los meses de otoño, invierno y primavera).



INSTALACIONES DE USO PÚBLICO

Casa del Parque Natural Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina



Recepción y punto de información.

Gestionado por la Fundación Patrimonio Natural, dependiente de la Junta de Castilla y León, es un centro concebido como punto de encuentro para todas las personas relacionadas o interesadas de algún modo en el Parque Natural. Dispone de una amplia sala de entrada en la que un monitor recibe al visitante, ofreciéndole su ayuda para planificar su visita al espacio protegido y a la propia Casa del Parque. En este punto se puede conseguir todo tipo de información práctica, pedir consejo sobre las rutas más interesantes en cada momento del año, concertar visitas a otros centros o museos, consultar el calendario de fiestas y actividades en el ámbito del Parque Natural o adquirir el mapa-desplegable del espacio protegido y folletos de cada una de sus rutas señalizadas, así como otras publicaciones y recuerdos relacionados tanto con el Parque, como con la Red de Espacios Naturales de Castilla y León.

La sala de entrada proporciona, asimismo, espacio para interesantes exposiciones temporales de pintura de naturaleza, fotografía o escultura, y exhibe una gran maqueta en relieve del espacio protegido que resulta de gran utilidad para situarse y empezar a conocer la zona.



"En vivo y en directo"



Espacio dedicado al agua.



"Rincón de la memoria".

A partir de esta primera estancia, la Casa del Parque muestra una interesante exposición, apoyada en paneles y recursos audiovisuales e interactivos, a lo largo de la cual se ofrece una visión global del espacio protegido, tratando tanto aspectos naturales como culturales, pero prestando especial atención, en el llamado "Rincón de la Memoria", a la relación del hombre con el medio y a las formas de vida tradicionales en los pueblos de la Montaña Palentina. Atendiendo a la importancia de esta comarca como fuente principal de los recursos hídricos de la provincia de Palencia, una parte importante de la exposición se dedica a estudiar el tema del agua, abriendo la mirada al papel que desempeñan los espacios protegidos en la conservación de este importante recurso.

Este recorrido conduce, finalmente, a una sala de audiovisuales que ofrece un viaje virtual por el Parque Natural a lo largo de las cuatro estaciones, mostrando lo más relevante de su fauna y su flora en el contexto de unos paisajes cambiantes que se muestran espectaculares y hermosos en cualquier época del año.

Con todo, el centro todavía ofrece dos espacios más: "En vivo y en directo", donde el visitante puede controlar a distancia una cámara provista de un potente zoom que permite escudriñar los ambientes característicos de la montaña, y "El Parque nos visita", un rincón dedicado a exposiciones temporales sobre otros enclaves de la Red de Espacios Naturales de Castilla y León.

Consultar precio de entrada (los niños menores de 5 años no pagan, y existe una tarifa reducida para jubilados y familias numerosas).

Localización: c/ El Plantío s/n (Cervera de Pisuegra).

Horario de invierno (15 de septiembre a 15 de junio):

Martes, miércoles y domingos, de 10 a 14h.

Jueves, viernes y sábados, de 10 a 14h y 16 a 19h.

Lunes cerrado.

Horario de verano (15 de junio a 15 de septiembre):

Lunes a domingos, de 10 a 14h y 17 a 20h.

Teléfono de contacto: 979 870 688.

E-mail: cp.fuentscarrionas@patrimonionatural.org

Más información: www.patrimonionatural.org

(se aconseja visitar esta página para confirmar horarios y ver programas de actividades organizadas desde la Casa del Parque).



Casa del Oso Cantábrico

Propiedad de la Fundación Oso Pardo, es un centro dedicado a la divulgación de la biología, el comportamiento y los problemas de conservación del oso pardo en la cordillera Cantábrica, cuyo principal objetivo es difundir valores que ayuden a conservar la especie y su hábitat. A lo largo de la visita se pueden conocer, por medio de todo tipo de recursos expositivos, detalles de la vida del oso en nuestras montañas, aprender a reconocer sus huellas en el barro o las marcas que hacen con sus garras en la corteza de los árboles, así como profundizar en la relación ancestral que existe entre el plantígrado y los habitantes de las zonas rurales de la cordillera. Con todo, el recurso más impactante de toda la exposición es la recreación de una osera, que incluye la reproducción de un oso a tamaño natural. Cuenta asimismo con la "Tienda del Oso", en la que se pueden encontrar libros y artículos relacionados con la especie y los fines del museo. Consultar tarifa de entrada.

En una finca aledaña a la Casa, se ha habilitado el llamado "sendero del Oso", que es un recorrido interpretativo autoguiado que gira en torno a la alimentación estacional del plantígrado.

Localización: c/ Carlos Ruiz, 36 (Verdeña, término municipal de Cervera de Pisuerga).

Horario y fechas de apertura: Semana Santa y meses de verano, de 10 a 14h y 16 a 20h. El resto del año se pueden concertar visitas en el teléfono 942 234 900.

Teléfono de contacto: 979 879 421/979 184 186.

Más información: www.fundacionosopardo.org

Observaciones: desde la casa del oso cantábrico, la Fundación Oso Pardo organiza visitas guiadas por la Montaña Palentina para conocer el territorio donde habita el oso.



Visitantes en la Casa del Oso de Verdeña.

MUSEOS Y VISITAS

Centro de Interpretación de la Minería (CIM)

Con sede en el gran edificio de las antiguas Escuelas Nacionales, es un completo equipamiento museográfico dedicado a la minería del carbón, actividad que se sitúa en el origen del crecimiento y desarrollo de Barruelo de Santullán y que ha originado la localidad que hoy conocemos, con su compleja realidad social y cultural.

El centro cuenta con una gran superficie expositiva en la que se prodigan recursos interactivos y táctiles que pretenden hacer más ameno y comprensible cada uno de los temas que se desarrollan, que van desde los orígenes geológicos del carbón hasta los medios utilizados para su extracción, pasando por la historia de la minería local y la importancia de este mineral para el desarrollo económico e industrial de los últimos siglos.

Aparte de este museo, el centro consta de una mina visitable, cuya ambientación convierte su recorrido en una experiencia inolvidable.

Por último, asociado a ese conjunto existe un centro cultural radicado en la Casa del Pueblo, donde se realizan múltiples actividades a lo largo del año, desde exposiciones, talleres y cursos, hasta obras de teatro y conciertos. La entrada al museo da acceso al resto de instalaciones del CIM.

Localización: Barruelo de Santullán; el museo minero está situado en el centro de la localidad, a 150 m de la Plaza de España, mientras que la mina visitable se ubica a las afueras, en la salida hacia Vallejo de Orbó.

Teléfono de información y reservas: 979 607 294.

Horario: martes a domingo, de 10 a 13:30 h y de 16 a 19:30 h. La visita del museo dura entre 1 hora y 1 hora 30 minutos. El recorrido por la mina se realiza en 4 turnos de mañana y 4 de tarde, y dura 45 minutos.

Más información: www.barruelo.com



Exterior del museo.



Sala de entrada al museo.



Mina visitable.

Museo de Tallas y Maquetas Móviles Herminio Revilla "Arte en madera y movimiento"

Museo de escultura del artista local Herminio Revilla, en el que se exhiben más de 200 obras realizadas en maderas nobles, que muestran personajes, situaciones, herramientas y utensilios relacionados con la vida tradicional en el Valle de Santullán y comarca de Campoo. Una parte de la muestra está compuesta por esculturas móviles de gran interés didáctico, que permiten ver a escala desde cómo era el funcionamiento de un molino hasta el procedimiento para herrar una vaca. El museo tiene su extensión en la casa-taller de Herminio, que se sitúa en el pueblo de Villabellaco, en plena senda de Ursi, donde se pueden ver nuevas esculturas, herramientas y obras de diferentes artistas. Allí también se exhibe diverso material informativo sobre la Montaña Palentina y la senda del escultor Ursi.

Localización: Avenida Sor María (Barruelo de Santullán).

Teléfono de información y reservas: 679 391 110/ 649 159 678.

Horario y fechas de apertura: de 12:00 a 14:00 h y 16:30 a 19:30 h; abierto fines de semana y festivos del 15 de abril al 14 de junio; toda la semana, excepto lunes, del 15 de junio al 14 de septiembre. Resto del año, solo visitas concertadas. Casa-taller: visitas concertadas.

E-mail: herminio@museohr.com

Web: www.museohr.com

Reserva del Bisonte Europeo

Inaugurada en el año 2010 en terrenos de San Cebrián de Mudá, esta reserva forma parte de un proyecto internacional para la recuperación del bisonte europeo, una especie que se extinguió en libertad a principios del siglo XX, aunque fue seguidamente reintroducida con éxito en varios espacios protegidos de Polonia. Con posterioridad, nuevos grupos han sido introducidos en régimen de semilibertad en otros países euroasiáticos con el fin de aumentar la diversidad genética de la especie y reducir el riesgo de extinción derivado de catástrofes locales.

En este contexto se encuadra la reserva del norte palentino, que abarca aproximadamente 20 ha de bosque y pastizal donde ha sido liberado un contingente inicial de 5 hembras y 2 machos. Estos bisontes pueden ser observados desde dos plataformas a las que se accede de forma guiada y en grupos limitados (consultar precios y modalidades). Como apoyo a la reserva, existe un centro de interpretación en San Cebrián dotado de salas de exposiciones, audiovisuales y tienda.



Bisonte europeo.

Localización: San Cebrián de Mudá.

Horario y fechas de apertura: consultar.

Teléfono de información: 979 605 885.

E-mail: bisontesancebrian@mundominer.es

Más información: www.mundominer.es

Ruta guiada al acebal de Las Comuñas

Desde San Cebrián de Mudá se puede participar en salidas guiadas a uno de los mejores bosquetes de acebos de la Montaña Palentina. El itinerario discurre por los antiguos caminos por los que se bajaba el carbón, la leña o la hierba de los pastizales más altos. En el trayecto se asciende al pico Sestil, que ofrece magníficas vistas del entorno.

Localización: San Cebrián de Mudá.

Teléfono de reserva: 979 605 823.

Salidas: sábados, domingos y festivos de todo el año; salidas diarias entre el 15 de julio y el 30 de agosto.

Más información: www.mundominer.es

Mirador de las estrellas

Instalado en el viejo edificio de un cargadero de carbón, ejemplo de arquitectura industrial y resto visible de la importante actividad minera que tuvo la comarca hasta época reciente, esta infraestructura aprovecha los amplios ventanales de la antigua torre del cargadero para situar miradores sobre el valle, con una cúpula terminal que hace las veces de planetarium y observatorio astronómico. Se realizan visitas organizadas nocturnas en las que se tratan diversos temas (mitología griega, observación y formación planetaria). Existe un paquete turístico que combina alojamiento en el albergue de San Cebrián de Mudá y visita al Mirador de las estrellas.

Consultar precios según tamaño de grupo.

Localización: San Cebrián de Mudá.
Teléfono de información: 979 605 823.
E-mail: miradorsancebriandemuda@hotmail.com
Más información: www.mundominer.es



Parque de aventuras en árboles "El Robledal del Oso"

"El Robledal del Oso" es un equipamiento de uso público que la Fundación del Patrimonio Natural de Castilla y León pone a disposición de los visitantes del Parque Natural. A través de una serie de recorridos deportivos y lúdicos que se desarrollan a determinada altura del suelo y en íntimo contacto con el medio natural, se sugiere una nueva forma de ver e interpretar el bosque. Los recorridos que ofrece el parque son de dificultad variable y cada uno está compuesto de diferentes atracciones o retos suspendidos en altura (puentes tibetanos, tirolinas, troncos de equilibrio, lianas de Tarzán, redes de abordaje), utilizando como soporte los elementos naturales del entorno. El parque dispone además de un circuito diseñado íntegramente para personas con movilidad reducida, que puede ser realizado en silla de ruedas. Consultar precios.

Localización: monte "La Dehesa", junto al polideportivo municipal (Cervera de Pisuerga).
Teléfono de información y reservas: 630 944 521.
Horario: horario flexible pero sujeto a reserva.
E-mail: oficina@aventurasyaventuras.com
Más información: www.patrimoniounatural.org
www.miespacionatural.es

Casa Cantarranas

Museo de arquitectura y etnografía rural ubicado en una casona blasonada del siglo XVIII, en pleno casco histórico de Cervera de Pisuerga. Contiene varias colecciones de elementos y útiles constructivos que van desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Su finalidad es evitar la pérdida irremediable de las construcciones antiguas, contribuyendo así al necesario desarrollo sostenible de la Montaña Palentina. Solo se realizan visitas guiadas.

Localización: c/ Cantarranas, 6 (Cervera de Pisuerga).
Horario y fechas de apertura: visitas concertadas.
Teléfono de información: 979 870 118.
E-mail: arquiet@terra.es





Museo etnográfico Piedad Isla

Museo que ocupa una noble casona que perteneció a un importante personaje local, Gutiérrez de Mier, con más de cinco siglos de historia, donde la propia arquitectura del edificio resulta llamativa y de interés para el visitante. Cada una de las salas acoge una importante muestra de objetos tradicionales relacionados con la vida cotidiana y los oficios antiguos en los pueblos de la comarca. Otro de los grandes atractivos del museo es la colección de fotografías que se expone de modo permanente tomadas por Piedad Isla, reconocida fotógrafa natural de Cervera de Pisuerga que inmortalizó en sus imágenes los paisajes y las gentes de la Montaña Palentina.

Localización: Plaza Ángel Gómez-Inguanzo (Pza. de la Cruz),4 (Cervera de Pisuerga).

Teléfono de información y reservas: 979 870 759.

Horario y fechas de apertura: 11 a 14 h y 17 a 20 h. Abierto fines de semana y festivos a partir de Semana Santa. De junio a septiembre, el horario se amplía a toda la semana, excepto los lunes. El resto del año solo disponible para grupos (mín. 15 personas), con reserva previa.

Más información: www.cerveradepisuerga.eu

Centro de interpretación de la trucha



Instalado en la antigua "casa del guarda", el centro se ubica a orillas del río Carrión. Dispone de un conjunto de paneles interpretativos sobre el río, sus habitantes y su entorno, además de un par de acuarios con peces vivos en los que se recrea el ambiente en el que viven. El centro está equipado también con pantallas conectadas a 3 cámaras subacuáticas que permiten ver en tiempo real lo que ocurre dentro del río. Desde el centro se puede recorrer la llamada "senda de los pescadores".

Localización: c/ Las Cortes, 1 (Velilla del Río Carrión).

Horario y días de apertura: miércoles a viernes de 10 a 14 h; sábados y domingos, de 9 a 14 h. Los viernes y sábados también en horario de tarde, de 17 a 20 h y 16 a 20 h, respectivamente.

Teléfono de información: 979 861 520.

E-mail: info@centrotruchavelilla.com

Más información: www.centrotruchavelilla.com

SENDEROS DE USO PÚBLICO

Aparte del sendero GR 1, el Parque Natural de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina cuenta con una decena de senderos señalizados de Pequeño Recorrido (PR), que permiten acceder de forma autoguiada a algunos de los lugares más representativos del espacio natural.

En la siguiente relación aparecen descritos todos los senderos señalizados del Parque Natural abiertos al uso público a fecha de octubre de 2011, ordenados según su nivel de dificultad.

Senda del Pinar de Velilla

Con punto de partida en un pequeño aparcamiento situado al oeste de la colonia Virgen del Brezo, en la entrada hacia Valcobero desde la carretera de Velilla del Río Carrión a Triollo, este sendero es un corto recorrido circular por el interior del pinar que tapiza las faldas occidentales de Peña Mayor. Esta masa forestal, que se continúa por toda la vertiente septentrional de la sierra del Brezo, incluye en este sector un pequeño rodal que los científicos consideran autóctono, siendo, junto con el pinar de Puebla de Lillo en León el único que cumple esta condición en toda la cordillera Cantábrica. El itinerario culmina en dos miradores, que dan vista, respectivamente, al sector del bosque autóctono, que se extiende a media ladera del monte, y al estrecho del valle del río Carrión donde se alza el imponente muro del embalse de Compuerto. La parte alta del recorrido es un estrecho sendero que discurre por el interior del pinar natural, donde se hacen patentes las diferencias con la parte repoblada.

Longitud del recorrido: 3,5 km.

Duración aproximada: 1 hora.

Desnivel: 150 m.

Dificultad: baja (apto para familias).

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: todo el año.



Senda del pinar de Velilla.

Cascada de Mazobre.



Senda de la Cascada de Mazobre

Ruta lineal que parte de un pequeño aparcamiento situado en el paraje de Pino Llano, a mitad de camino entre Cardaño de Abajo y Cardaño de Arriba. La primera parte del recorrido, donde se concentra la mayor parte del desnivel de la ruta, discurre por una pista forestal ancha y bien marcada por el fondo del valle de Mazobre, algo elevada sobre el cauce del arroyo y flanqueada por la impresionante pared norte del Espigüete. A mitad de camino, la pista se convierte en un sendero por el que continúa la subida hasta un mirador situado justo enfrente del paredón por el que se descuelga la cascada de Mazobre. Aunque tiene agua la mayor parte del año, el momento más espectacular para contemplarla suele coincidir con el final de la primavera, cuando el deshielo alimenta constantemente su caudal.

Longitud del recorrido: 3,3 km (6,6 km ida/vuelta).

Duración aproximada: 1 hora (2 horas i/v).

Desnivel: 250 m.

Dificultad: baja.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.



Peña Redonda desde la senda del Gigante.

Senda del Gigante del Valle Estrecho

Sencillo itinerario que recorre el alto de un cordal con grandes vistas sobre el Valle Estrecho y la sierra de La Peña, en cuyo transcurso se pueden reconocer los principales hitos de la leyenda del Gigante del Valle Estrecho. El punto de inicio de la ruta se halla en el pk 15,5 de la "Carretera de los Pantanos", en la ascensión de Santibáñez de Resoba al Alto la Varga. El primer tramo es una subida a través de una pradera salpicada de escobas que pasa muy cerca de la cima de la Peña del Águila (1438 m). Un ramal de la ruta permite alcanzar esta pequeña cumbre, desde la que se sobrevuela el núcleo de Rebanal de las Llantas, para continuar por la cresta del cordal hasta las praderías de El Camperón, desde donde es posible reconocer la silueta del gigante recostado en el perfil de La Peña, al oeste de Peña Redonda. El regreso se hace por el mismo camino.

Longitud del recorrido: 2 km (4 km i/v).

Duración aproximada: 30 minutos (1 h i/v).

Desnivel: 150 m.

Dificultad: baja.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.

Senda del Roblón de Estalaya

Este recorrido, de tipo circular, se inicia en las cercanías del pueblo de Estalaya, en un aparcamiento situado en el margen derecho de la carretera que comunica los pueblos de la Castillería. Allí se toma una senda que rodea la cola del embalse de Requejada para ir al encuentro de un camino que sube a mano izquierda. Por este ramal se inicia una ascensión pronunciada, pero corta, a través del robledal que cubre las laderas del pico San Cristóbal. En la parte alta del recorrido se encuentra un breve desvío que lleva hasta los pies del Roblón, un colosal ejemplar de roble albar de 17 m de altura y 10,6 m de diámetro cerca de la base.

Después de admirar este viejo roble, incluido en el Catálogo de Especímenes Vegetales de Singular Relevancia de Castilla y León, hay que volver al trazado de la senda para continuar el camino, ahora en una bajada que conduce a las cercanías de Vañes para regresar por las orillas del embalse hasta el punto de partida.

Longitud del recorrido: 4,6 km.

Duración aproximada: 1 hora 30 minutos.

Desnivel: 125 m.

Dificultad: baja.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: todo el año.

Senda del Bosque Fósil

Es un corto recorrido circular con punto de partida y llegada en la preciosa localidad de Verdeña.

Al oeste del pueblo, se toma el camino de Majadilla, por el que se asciende hasta el enclave de una antigua explotación de carbón a cielo abierto. Allí se localiza el bosque fósil, uno de los principales puntos de interés geológico de la Montaña Palentina y un yacimiento único por sus dimensiones y su estado de conservación. Como resultado de aquella actividad minera, se puede ver una pared de arenisca repleta de huellas y restos fosilizados de troncos y raíces correspondientes a un bosque de hace 300 millones de años.

Continuando el sendero, se inicia el regreso a Verdeña por el camino del Campón, trayecto en el que se atraviesa una mancha de robledal.

Longitud del recorrido: 3 km.

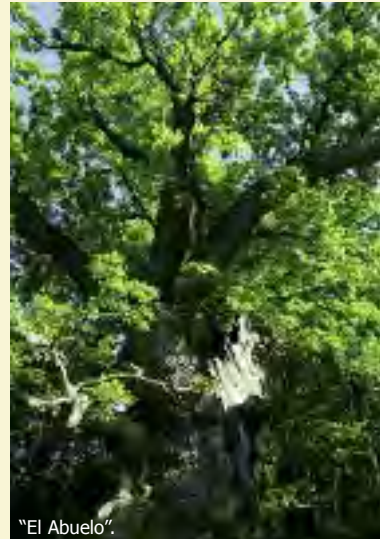
Duración aproximada: 1 hora.

Desnivel: 120 m.

Dificultad: baja.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: todo el año.



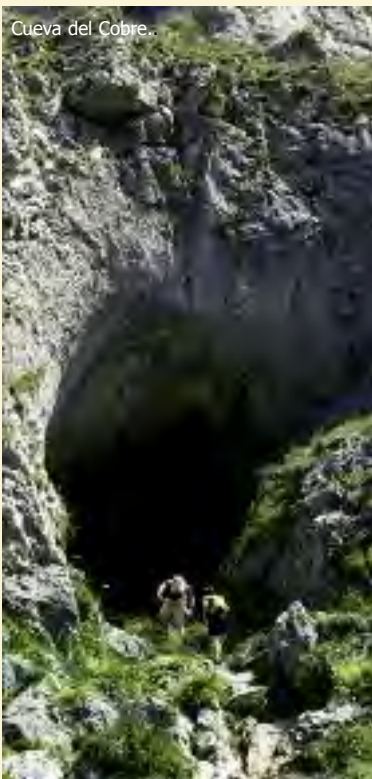
"El Abuelo".



Bosque fósil de Verdeña.



Senda del bosque fósil.



Senda del Oso

Con puntos de partida en Cervera de Pisuerga y Arbejal, este itinerario circular une la vega del Pisuerga con el resalte cuarcítico de Peñas Negras, donde existió en época medieval un poblado de nombre San Julián. Superponiéndose al trazado del GR 1, la ruta utiliza el camino de La Bárcena para recorrer el margen derecho del Pisuerga entre Cervera y Arbejal, así como para remontar el collado que separa esta localidad del embalse de Requejada. En el punto donde se alcanzan las orillas del embalse, la ruta se separa del GR para remontar una valleja y ganar la base de Peñas Negras, en el enclave de un antiguo chozo de Arbejal.

En el siguiente tramo, el itinerario recorre la base del paredón rocoso pasando por un mirador que ofrece una gran panorámica de la sierra de La Peña. A continuación desciende hasta la majada del Camperón, donde se localiza el chozo del Tremedal, que recibe su nombre del monte de robles inmediato, por el que muestra gran querencia el oso pardo.

Finalmente, el regreso a Cervera se hace por la trocha del cordel Cerverano, una antigua vía pecuaria que discurre a media ladera entre el robledal y los prados.

Longitud del recorrido: 12,2 km.

Duración aproximada: 4 horas.

Desnivel: 270 m.

Dificultad: media.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.

Senda de la Fuente del Cobre

Esta ruta se inicia en las cercanías de Santa María de Redondo, en el punto donde la carretera del valle de Redondos se transforma en una pista minera. Allí se toma un camino de tierra que se desvía a la derecha a través de una antigua escombrera de carbón para cruzar enseguida el curso del río Pisuerga.

A partir de ese punto, el itinerario avanza en progresiva ascensión por el fondo del valle principal hasta tropezar con las repentinas laderas de la sierra de Peña Labra, que obligan a un duro esfuerzo final para alcanzar el nacedero del río a los pies del potente afloramiento calizo en el que se abre la cueva del Cobre. Con cuidado, es posible visitar la amplia sala de entrada de esta gruta, por la que fluye el curso del Pisuerga, procedente del circo de Covarrés, en busca de su liberación definitiva.

Para el regreso, se toma un sendero que arranca un poco por debajo del manantial en dirección oeste. Este camino conduce, a media ladera y con escaso desnivel, hasta una pradera con grandes vistas del entorno,

donde se enlaza con una pista forestal que lleva de vuelta al fondo del valle a través del precioso robledal de El Pando. De este modo, se acaba por salir de nuevo al camino de la ida, muy cerca de la confluencia del arroyo Peñalba con el Pisuerga, desde donde solo resta desandar el tramo inicial del recorrido para alcanzar el punto de partida.

Longitud del recorrido: 13 km.

Duración aproximada: 4 horas 30 minutos.

Desnivel: 400 m.

Dificultad: media.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.

Senda del Escultor "Ursi"

Este itinerario, localizado en el límite oriental del espacio protegido, describe un circuito entre las localidades de Villabellaco y Valle de Santullán, pasando por el santuario de la Virgen del Carmen. El acondicionamiento y señalización de esta senda fueron hechos en homenaje póstumo al escultor local Ursicino Martínez, más conocido por "Ursi". Con este objetivo, y gracias a la colaboración de los artistas del Grupo Muriel, al que Ursi pertenecía, la senda está equipada con un vistoso y variopinto conjunto de esculturas que sorprenden al caminante en cada recodo del camino.

La ruta cuenta con paneles de inicio en los dos pueblos y en el santuario, de modo que cualquiera de estos lugares puede servir de punto de partida. El recorrido atraviesa una interesante variedad de ambientes, que permiten disfrutar de la fauna y flora característica de este rincón de la Montaña Palentina. Así, entre Villabellaco y Valle de Santullán, la ruta se interna en un hermoso robledal, ofreciendo buenas vistas de la umbría del valle desde un pequeño mirador. Por el contrario, el tramo comprendido entre Valle de Santullán y el santuario del Carmen, cruza pastizales de montaña en su ascenso al alto de los Castillos, donde otro mirador extiende la mirada a las cumbres de la Montaña Palentina y, al mismo tiempo, a las planicies de la meseta que se abren hacia el sur. Luego, desciende al santuario a través de una espesa masa de rebollos. Finalmente, el trayecto entre el santuario y Villabellaco discurre entre prados de siega y setos arbolados.

Longitud del recorrido: 11 km.

Duración aproximada: 3 horas 40 minutos.

Desnivel: 300 m.

Dificultad: media.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.

Restos de un chozo en el entorno de Fuente Cobre.



Escultura en la senda de Ursi.



Castros del alto de los Castillos.



Senda de la tejeda.



Tejeda de Tosande.



Valle de Tosande.

Senda de la tejeda de Tosande

Recorrido circular que parte de la carretera de Cervera a Guardo, de un aparcamiento situado a la altura de Dehesa de Montejo. En este punto de inicio, se puede contemplar el "jardín interpretativo" de la tejeda, que contiene amplia información sobre el tejo, sus particularidades y aprovechamientos, así como detalles de interés sobre el "tejal de Tosande". Al mismo tiempo posee una muestra de las especies botánicas más representativas que vamos a ver durante el recorrido, lo que puede facilitar su posterior identificación.

Una vez en marcha, la senda comienza con un descenso hasta las orillas del arroyo de Tosande, habitualmente seco, para seguir a continuación el fondo de valle por una pista forestal que enseguida se ve envuelta por la frondosidad del bosque. Tras pasar la Peña los Novios, la ruta accede al hermoso valle de Tosande, que se abre en amplias praderías rodeadas de montañas y bosques.

Todavía a la entrada del valle, la senda gira al suroeste a través de los pastizales para ir al encuentro de un sendero que se interna en el hayedo. El siguiente tramo es el más duro del recorrido, una fuerte subida que se suaviza más adelante, cuando el sendero cambia de dirección para empezar a atravesar la ladera siguiendo más o menos las curvas de nivel. En este trayecto se cruzan continuas manchas de tejos hasta alcanzar el rodal más impresionante de la tejeda, donde una pasarela de madera dirige los pasos del senderista.

Ya en la parte más elevada del recorrido, la ruta sale a un mirador que da vista al valle, con su salida hacia la ancha meseta del Duero. Seguidamente, se inicia el regreso con un descenso a través del hayedo, que va a dar a la pista forestal de Tosande, por la que debemos desandar el primer tramo del camino para volver al punto de partida.

Longitud del recorrido: 10,5 km.

Duración aproximada: 3 horas 30 minutos.

Desnivel: 350 m.

Dificultad: media.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.

Senda de la laguna de Las Lomas

Itinerario lineal que se inicia a orillas del arroyo de las Lomas, por una pista de tierra que sale de un pequeño aparcamiento situado a la entrada del núcleo de Cardaño de Arriba. La ruta sigue el margen derecho del arroyo por el fondo de valle hasta pasar la confluen-

cia con el arroyo de Valcabe, que desciende desde las faldas del pico Murcia. En el siguiente tramo, comienza la parte más dura de la ascensión, que se acentúa cuando, más adelante, la ruta cambia de orilla por un puente de madera para afrontar, en zig-zag, la subida de La Lomba, una ladera de fuerte pendiente que precede al circo glaciar donde se ubica la laguna de Las Lomas, a 2055 m de altitud.

La dureza de la ascensión se ve instantáneamente recompensada por la belleza del lago glaciar, de aguas frías y transparentes, inmerso en un paisaje increíble protagonizado por las imponentes y fotogénicas Agujas de Cardaño. La elevada altitud de este enclave hace que tanto la fauna como la flora tengan un interés especial, con especies de ámbito restringido, propias de la alta montaña.

El descenso se realiza por el mismo camino, aunque existe la opción de hacer la última parte por una pista que sigue el margen contrario del arroyo hasta Cardaño.

Longitud del recorrido: 6 km (12 km i/v).

Duración aproximada: 2 horas 30 minutos (5 h i/v).

Desnivel: 640 m.

Dificultad: media-alta.

Uso recomendado: peatonal.

Época aconsejada: de primavera a otoño.





GLOSARIO

Albarcas: calzado de madera muy apreciado para las labores del campo y de la cuadra. Se calza con zapatillas (antiguamente con escarpines) y se dejan siempre a la puerta de la vivienda para no ensuciar el suelo.

Atropar: acción de amontonar la hierba segada una vez que ha secado sobre los campos; por extensión juntar o reunir otras cosas.

Aventar: lanzar algo al aire o por los aires.

Barahones: raquetas de madera tradicionales para caminar sobre la nieve.

Bocarón: ventana del pajar por la que se introduce la hierba.

Cabaña: es la parte del rebaño de ganado vacuno perteneciente a un pastor o a un pueblo que no se destina al trabajo en el campo y que, durante la mitad estival del año, se lleva a pastar al monte en régimen de semilibertad.

Calar: afloramiento calizo que surge de forma aislada o independiente en una ladera; habitualmente llama la atención y resulta visible desde lejos por el color gris luminoso de sus rocas. Las calares suelen tener una extensión limitada y estar rodeadas de monte arbustivo o incluso boscoso.

Caldereta: guiso de oveja o de cordero.

Careo: acción de conducir el ganado hacia una zona o a través de un pasto.

Carea: raza de perro pastor de pequeño tamaño y largo pelaje muy apreciada como ayuda para el pastor a la hora de dominar y conducir un rebaño, sobre todo si es de ganado menor (ovejas y cabras).

Castro: roquedo o peña de dimensiones variables pero que destaca en lo alto de una loma o tiene una presencia significativa en el paisaje.

Coble o cobre: en castellano antiguo, rebaño o reata de bestias. Este término es conocido entre los pobladores locales del Valle de Redondos donde se asigna indistintamente al nacimiento del Pisuerga en la Fuente del Cobre.

Colmo o cuermo: techo de paja de centeno o escobas con el que se cubrían antaño las viviendas, las cuadras, los chozos y otras construcciones humildes.

Colgadizo: corral o cobertizo para el ganado. Reciben este nombre tanto las instalaciones que con este fin se habilitan en los pueblos, dentro de los corrales de las casas, como los recintos para guarecer a las reses en el monte.

Corral: entre otras atribuciones, recibe este nombre el espacio anterior a la fachada de muchas viviendas campesinas, delimitado por altos muros de piedra y que incluye cobertizos y pequeños edificios adosados hacia el interior. Generalmente se abre a la calle por medio de un portalón de gran tamaño con tejado a dos aguas.

Corte: espacio de las cuadras destinado al ganado menor, generalmente ovejas y cabras.

Chiguito: niño pequeño, chiquillo.

Chozo: cabaña de estructura sencilla destinada al pastor que debe hacer noche al cuidado de un rebaño en una zona de pasto alejada del pueblo. Antiguamente, solían consistir en una base circular de piedra sobre la que se disponía un entramado piramidal de madera que se cubría con una techumbre vegetal de escobas y piornos. Avanzando el tiempo, los chozos han pasado a ser pequeñas cabañas de piedra o ladrillo con cubierta de teja, muchas veces sin divisiones interiores, con espacio para la chimenea y provistas de un camastro de madera para el pastor.

Dalle: guadaña.

Escullar: escurrir el agua de una prenda mojada.

Espelde: se llama así a la nieve recién caída, que el viento levanta con facilidad convirtiéndola en cellisca (ventisca).

Hiladero: reunión de vecinos informal y muchas veces espontánea con la que solían terminar muchas tardes de antaño en los pueblos de la montaña, cuando la charla con los familiares y amigos constituía el principal entretenimiento disponible. Acostumbraba a tener lugar en las calles o "al calor de la lumbre" en las cocinas.

Hornera: edificio auxiliar presente en muchas viviendas campesinas, generalmente adosado a los muros del corral o patio interior de la propiedad, en el que tenía cabida el horno para cocer el pan y había espacio para curar el embutido.

Huebra: trabajos que se hacen para la comunidad o para el interés común, en los que se convoca a participar a todos los vecinos. Cuando había alguna obra o trabajo comunitario que hacer, cada casa tenía que enviar a alguien para participar en la huebra.

Linar: finca donde se cultiva lino. Con frecuencia se conserva este término en forma de topónimo (los/as Linares, la Linar) haciendo referencia a antiguas tierras en las que se plantaba y cosechaba lino pero que han cambiado de uso con el tiempo.

Merita: nombre que se da en el norte de Palencia a las ovejas de raza merina. Por extensión, a los pastores que se ocupan de los rebaños de merinas se les llama "meriteros".

Moscar: comportamiento típico de las vacas en el verano, cuando se las ve correr con el rabo levantado para ahuyentar a las moscas o para combatir el calor.

Muga: mojón, término, límite.

Osadía: término con el que se conoce una regla común en muchos montes del Parque Natural, según la cual el ganado de pueblos vecinos podía pastar libremente durante el día en zonas comunales y puertos contiguos de dos o más juntas vecinales, sin que ello diera derecho a disputas por el usufructo de los terrenos. En cambio, al caer la noche el ganado de cada pueblo debía ser recogido en las parcelas de su propiedad.

Pindio: terreno de fuerte pendiente.

Puerto: zona de pasto de altura, generalmente de propiedad comunal, a la que se suben los rebaños durante el "verano" (de mayo a octubre).

Sel: pradera en la que suele sestar el ganado vacuno.

Socayo: ponerse a resguardo (a socaire) del viento.

Tenada: cuadra para el ganado generalmente situada en el monte en forma de cobertizo abierto que, en ocasiones, puede estar protegido en el interior de un corral. Muchas tenadas incorporan un chozo para acomodo de los pastores.

Tejal: término común en los pueblos del Parque Natural para referirse a los bosques de tejos o tejedas, en realidad áreas del bosque donde se concentra gran número de pies de tejo.

Trabe: viga larga y gruesa que sirve para techar y sostener los edificios. También se utiliza para referirse a los acúmulos de nieve que se forman en determinados recodos de caminos, calles u otros lugares y que obstaculizan el tránsito.

Vecería: atender el ganado por turnos; este sistema se utilizaba para rentabilizar el esfuerzo que requería llevar el rebaño a los pastos cada día o atenderlo en las majadas alejadas del pueblo durante la época estival, de tal modo que cada casa debía enviar a uno de sus miembros "a la vecera" en proporción al número de reses que tuviera en el rebaño. Habitualmente se organizaban distintas veceras para las vacas y para las ovejas y cabras. Además, en los pueblos más grandes, las veceras se hacían por barrios.



BIBLIOGRAFÍA

Abásolo, J.A. y Alcalde Crespo, G. (1998). "Hallazgo de estelas romanas en Resoba". Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses. Tomo 69 (pág. 55-70). Palencia.

Aguado Martín, L.O. (2007). "Las mariposas diurnas de Castilla y León (Lepidópteros Ropalóceros). Especies, biología, distribución y conservación". Tomos I y II. Junta de Castilla y León. Valladolid.

Alcalde Crespo, G. (1980). "La Montaña Palentina, tomo II, La Braña". Equipo de investigaciones paleo-etnográficas. Palencia.

Alcalde Crespo, G. (1981). "La Montaña Palentina, tomo III, La Pernía". Equipo de investigaciones paleo-etnográficas. Palencia.

Alcalde Crespo, G. (1982). "La Montaña Palentina, tomo IV, Fuentes Carrionas y La Peña". Equipo de investigaciones paleo-etnográficas. Palencia.

Alcalde Crespo, G. (1997). "Fuentes Carrionas y Fuente Cobre". Ediciones Cálamo. Palencia.

Alcalde Crespo, G. et al. (1983). "Estudio monográfico sobre el espacio natural de El Valle de los Redondos y la Cueva del Cobre". Diputación Provincial de Palencia. Palencia.

Calle Faulín, N. (2008). "El adiós del Valle Estrecho a sus viejas tradiciones". Colección de Historia Montaña Palentina nº 2, pág. 37-81. Cultura&Comunicación. Palencia.

Costa Tenorio, M., C. Morla Juaristi, H. Sainz Ollero eds. (1998). "Los bosques ibéricos; una interpretación geobotánica". Editorial Planeta. Barcelona.

Cuevas Ruiz, F., W. Román Ibáñez y L. Llorente Herrero (2007). "El Pozo Calero. Historia de la minería en el Valle de Santullán". Cultura&Comunicación. Palencia.

De Juana Aranzana, E. y J.M. Valera Simó (2000). "Guía de las aves de España. Península, Baleares y Canarias". Lynx Edicions. Barcelona.

De Lózar, F. (2008). "Cervera, Polentinos, Pernía y Castillería. Su historia, sus pueblos y sus gentes". Cultura&Comunicación. Palencia.

Fernández Gutiérrez, J. (2002). "Los murciélagos en Castilla y León (atlas de distribución y tamaño de las poblaciones)". Serie Técnica. Junta de Castilla y León, Consejería de Medio Ambiente. Madrid.

Fundación Oso Pardo (1998). "El oso pardo cantábrico. El animal y su mito". Fundación Oso Pardo y J.M. Reyer Editor. Madrid.

Gibbons, W. y Moreno, T. (Eds.) (2002). "The Geology of Spain". Geol. Soc. London.

Hidalgo, R. et al. (2005). "Los tipos de hábitat de interés comunitario de España; guía básica". Ministerio de Medio Ambiente. Dirección General para la Biodiversidad. Madrid.

Jubete, F. y Martín, C.M. (2001). "Guía de las aves de la Montaña Palentina". Ediciones Cálamo. Palencia.

Lafuente, M. (1861). "Historia general de España". Establecimiento tipográfico de Don Francisco P. Mellado. Madrid.

Martí, R. y J.C. Del Moral eds. (2003). "Atlas de las aves reproductoras de España". Dirección General de Conservación de la Naturaleza-Sociedad Española de Ornitología. Madrid.

Martínez Ruíz, E. et al. (2003). Atlas Histórico de España I. Colección Fundamentos nº 169. Ediciones Istmo S.A. Madrid.

Martínez Ruíz, E., C. Maqueda Abreu y E. de Diego (1999). Atlas Histórico de España II. Colección Fundamentos nº 156. Ediciones Istmo S.A. Madrid.

Meléndez Hevia, I. (2004). "Geología de España, una historia de seiscientos millones de años". Editorial Rueda. Madrid.

Moreno Moral, G. & Sánchez Pedraja, O. (2004). "Informe sobre la notable importancia botánica del macizo de Peña Prieta". Inédito.

Oria de Rueda, J.A. (2003). "Guía de Árboles y Arbustos de Castilla y León". Ediciones Cálamo. Palencia.

Palomo, L.J., J. Gisbert eds. (2002). "Atlas de los mamíferos terrestres de España". Dirección General de Conservación de la Naturaleza-Ministerio de Medio Ambiente, Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Mamíferos, Sociedad Española para la Conservación y Estudio de los Murciélagos. Madrid.

Peña Monné, J.L. (1995). "El Relieve". Colección Geografía de España nº3. Editorial Síntesis. Madrid.

Pleguezuelos, J. M., R. Márquez y M. Lizana eds. (2002). "Atlas y libro rojo de los anfibios y reptiles de España". Dirección General de Conservación de la Naturaleza-Asociación Herpetológica Española (2ª impresión). Madrid.

Ponga Mayo, J.C. y A. Rodríguez Rodríguez (2000). "Arquitectura popular en las comarcas de Castilla y León". Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura. Valladolid.

Rodríguez Alonso, M., J. Palacios Alberti, B. Martín González (2003). "Las aves acuáticas invernantes en Castilla y León (análisis de los censos anuales de invernantes durante el periodo 1990-2002)". Serie Técnica. Junta de Castilla y León, Consejería de Medio Ambiente. Valladolid.

Rodríguez Fernández, L. R. y col. (1985). "Mapa Geológico de España. Camporredondo de Alba. Hoja 106 (16-7), escala 1:50.000". Instituto Geológico y Minero de España. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Industria y Energía. Madrid.

Rodríguez Fernández, L. R. (1994). "Estratigrafía y estructura de la Región de Fuentes Carrionas y áreas adyacentes (Codillera Herciniana, NO de España)". Laboratorio Xeolóxico de Laxe, Serie Nova Terra, 9. A Coruña.

Rodríguez Llano, J.A.; Campoamor Martínez, R. y Coto Sanz, E. (1996). "Fuentes Carrionas y Fuente Cobre". Artex impresiones. Segovia.

Rodríguez Pascual, M. (2001). "La Trashumancia. Cultura, cañadas y viajes". Edilesa. León.

Sanz-Zuasti, J., J.A. Arranz Sanz e I. Molina García (2004). "La Red de Zonas de Especial Protección para las Aves (ZEPA) en Castilla y León". Junta de Castilla y León. Consejería de Medio Ambiente. Madrid.

Sanz Zuasti, J. y T. Velasco (2005). "Fauna Vertebrada de Castilla y León. Volumen I: aves". Náyade Editorial. Medina del Campo (Valladolid.).

Velasco, J. C. et al. (2005). "Fauna Vertebrada de Castilla y León. Volumen II: peces, anfibios, reptiles y mamíferos". Náyade Editorial. Medina del Campo (Valladolid).

Vera, J. A. (editor) (2004). "Geología de España". SGE-IGME. Madrid.

Wagner, R. H. et al. (1984). "Mapa Geológico de España. Barruelo de Santullán. Hoja 107 (17-7), escala 1:50.000". Instituto Geológico y Minero de España. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Industria y Energía. Madrid.

OTROS DOCUMENTOS DE INTERÉS

Formularios oficiales de la Red Natura 2000: ES4140011 Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina. Página web de la Junta de Castilla y León: www.jcyl.es, apartado dedicado al Medio Ambiente.

OTROS LIBROS SOBRE EL GR 1

Arriola Loyola, J.L. & Martínez Fuentes, B. (1995). "GR 1 Sendero Histórico. Trayecto alavés: de Santa Cruz de Campezo a Bóveda". Diputación Foral de Álava. Departamento de Agricultura.

Comité Aragonés de Senderos de Gran Recorrido (1994). "Sendero Histórico. Lo Pont de Montaña/Puente de

Montañana-Ligüerre d'a Zinca/Ligüerre de Cinca". Prames S.A. Zaragoza.

Federación Navarra de Montaña (1996). "GR 1 Sendero Histórico. El eslabón navarro". Sua Edizioak. Bilbao.

Frechilla García, L. (2005). "GR 1 Sendero Histórico. Trayecto leonés: el Parque Regional de Picos de Europa en Castilla y León". Consejería de Medio Ambiente. Junta de Castilla y León.



Esta guía sobre
el Sendero de Gran Recorrido GR 1
(Sendero Histórico) realizada por
CAUQUÉN-Ediciones de Naturaleza y
editada por la Junta de Castilla y León,
se terminó el día 11 de noviembre,
festividad de San Martín de Tours